FERNANDO ALEGRIA

CABALLO DE COPAS



ZIG—ZAG

Caballo de Copas

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

(C) Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1957.
Derechos reservados.
Inscripción N.º 19726.
Santiago de Chile.
1957.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

FERNANDO ALEGRIA

CABALLO DE COPAS



ZIG—ZAG

ESTA mañana, como todos los días, recogí el "San Francisco Chronicle" del jardín, y luego, sentado a la mesa, sorbiendo el café con lentitud, acepté el reto de las letras de imprenta y miré el titular más grande. La columna negra es hoy un crespón de luto. Leí las palabras con objetividad y dejé, luego, que se asentaran, goteando letra por letra, hasta su último residuo. Después pensé en ellas. Y me pareció increíble. Un flujo de sentimientos angustiosos me sacudió interiormente. No, no puede ser. ¿Por qué? ¿Por qué a él, precisamente a él?

La noticia de una muerte siempre viene con una descarga retardada. La impresión primera es parecida a un desdoblamiento. Una parte de nosotros mismos nos enfrenta y nos repite, esforzándose por convencernos, que la noticia es verídica. A veces nos sorprende —¡cómo no se sorprenderán los demás!— el no sentir ninguna emoción y el no poder expresar ninguna pena que parezca sincera. Nos hacen falta lágrimas y sollozos. Fríos y mudos, nos quedamos meditando. De repente advertimos que la idea de esa muerte ya ha prendido en nosotros, y, al notar que nos hemos acostumbrado a ella, la desesperación estalla y nos vuelca el alma en un vórtice de quejas. Entonces sí sabemos qué hacer. Sabemos cómo se llora ante la impotencia. Pero supongamos que el muerto fue un caballo. No una persona que se comportó en vida como un caballo, sino

un caballo, un verdadero caballo. *Equus caballus*. ¿Cómo se reacciona entonces? El que sonría y descuente el hecho como una simple tontería, se equivoca; se equivoca profundamente. La dama retirada que ha idolatrado por años a su gato pequinés y lo pierde de improviso, víctima de un ataque cardíaco a los albores del día en un tejado de agosto, ella comprendería. La pérdida de una mascota que ha crecido en el calor sacrosanto de nuestro instinto paternal, es un golpe tan rudo como la muerte del deudo más querido de nuestra familia.

Sin embargo, este caballo no era una mascota para mí. ¿Cómo va a ser una mascota un caballo cuya muerte se anuncia en el "San Francisco Chronicle", con letras más gordas que las que anunciaron el atentado contra la vida del presidente Truman? Este caballo, en un momento dado, fue el eje central de mi vida. Fue el poder que hizo madurar mi espíritu y organizó y enderezó mis esfuerzos, transformándome, del aprendiz de pícaro que fui en años pasados, en el hombre más o menos respetable y equilibrado que soy ahora.

Miro a mi alrededor. Vivo en un ambiente que pudiera llamarse de lujo. Los objetos y los muebles forman en mi contorno una atmósfera muelle, que jamás parece tocarme directamente. Todas las líneas se disuelven aquí. Las mesas y las sillas, del más depurado estilo vanguardista, llegan hasta mí como en ondas producidas en una superficie de agua tranquila. Acaso sea el efecto de un linóleo color arcilla y unas esteras de pelusa blanca. Acaso todo el departamento responde a la luz lejana del cielo de mayo: luz turquesa empolvada de celajes. Los estantes se achatan como gatos de angora. La chimenea abre la boca y muestra parte de un paladar ceniciento. En la tibieza del aire primaveral perduran los ruidos confortables de las casas vecinas. Suena una música sinfónica en alguna parte, y su tono es rico, pero moderado y bajo. Siento cómo transitan por los jardines las viejecillas de pintorescos sombreros de paja. En la acera opuesta diviso a la esposa joven, una rodilla en el suelo, el muslo desnudo y fresco, la cadera ceñida por el pantalón corto azul,

el cabello rubio sobre la frente, las manos hurgueteando las raíces de las petunias que ha plantado en franjas ante el césped de su casa.

Desde el balcón veo la bahía envuelta en una ligera bruma, que a ratos parece espuma de mar, a veces nube de gaviotas que no consiguen remontar el vuelo. El agua es celeste y verde. Una que otra chimenea de Richmond suelta espirales de humo. No hay barcos. Sólo eucaliptos y pinos en las colinas de Albany, al borde del mar. Pero mi vista se mantiene fija en el enorme galpón verde y blanco de Golden Gate Fields. ¿Qué soledad más sorprendente que la de un hipódromo abandonado? Por la ancha pista de tierra no corre más que la brisa, y, supongo, la tusa del cardo, y, tal vez, uno que otro boleto amarillento de la última temporada. El pasto y las amapolas crecen desordenadamente. Como la distancia es larga, las galerías ofrecen un aspecto dudoso. Podrían estar pobladas de fantasmas. Todos los carreristas que he conocido en mi vida fueron seres de intensa y profunda espiritualidad. Todos tenían pasta de médiums. Todos, a mi juicio, eran capaces de desdoblarse y salir a penar en vida por los hipódromos solitarios donde vendieron su alma al diablo. Así, pues, muy bien pudieran hallarse ahora congregados ahí, mirando silenciosamente hacia mi ventana, observándome, juzgándome, atentos al gesto de angustia que creen adivinar en mis labios. Asimismo, algunos anteojos de larga vista flotan solos en el interior de las torres de los jueces. Ellos sí me calan hasta el fondo del alma. Ese mutismo me desconcierta. Formo parte de él, y esta estructura, en la que me acomodo burguesamente plácido, también está hecha de semejante irrealidad, y es parte del mismo paisaje.

Toda ella representa un minuto cuarenta y cuatro segundos y tres quintos en la vida de ese caballo. Una revolución de su organismo perfecto, una armónica combinación de patas delanteras y patas traseras, una distensión y una contracción de sus músculos soberbios y un trabajar rítmico, de sincronización absoluta, de su corazón heroico y generoso. Fue apenas un puñadito de tiempo. El deshoje de una minúscula porción

de vida. Como sello de tan espectacular división del tiempo, nació este departamento. Los muebles, los libros, los discos, los cuadros, se reprodujeron en todas las aristas y planos del arte moderno y en la mullida rusticidad californiana. Junto a este mundo material conquistó mi espíritu la calma y la hondura para apreciar mi nueva posición en la vida y darme una medida aproximada de su apasionante complejidad y engañosa consistencia.

Y ahora..., este caballo se ha muerto, y mi seguridad burguesa muestra una repentina grieta. La gente tendrá la impresión de que esta muerte significa mi ruina. Se dirá que el veterinario de Tanforan se precipitó y le quitó la vida al caballo cuando aún había posibilidades de que se salvara, y, por lo tanto, afirmarán que el Lloyd de Londres se negará a pagar el seguro. ¿De dónde puede salir este cúmulo de negras predicciones, esa creencia de que en este trance perderé todo el caudal atesorado en momentos de trascendental inspiración equina? Tengo la sospecha de que mis amigos razonarán así: "El pobre ya había pagado las inscripciones para el Clásico de Tanforan. Ahora, con el caballo muerto y el seguro que no se lo pagarán, no le queda otro camino que el de la miseria".

Y hasta cierto punto, tienen perfecto derecho a razonar de este modo, porque, ¿cómo saben ellos lo que aconteció detrás de las bambalinas en estos últimos días? ¿Saben la relación que existe entre la muerte del caballo y el viaje a Chile del famoso jinete Hidalgo, alias el Siete Millones? ¿Saben que la otra noche solamente...? Bueno, para qué sigo adelante, si estos hechos, narrados así, deshilvanadamente, carecen en absoluto de significación. Lo mejor es proseguir en orden, y, recapitulando, reconstruir una breve historia, que es, si no dramática, al menos festivamente humana; la pequeña historia del papel que desempeñó en un entremés de mi vida este animal noble, sufrido, humilde; amalgama de contradictorias cualidades; orgulloso y tímido, sabio e ingenuo, audaz y precavido, aventurero y conservador, hecho, al parecer, de pasta privilegiada —aunque las proporciones se confundieron en la rece-

ta—; gran bromista, por lo general personalmente burlado; gran sospechoso, soplado de ironía y a tropezones siempre con una honda tristeza que le empujaba hacia un callejón sin salida.

Mi caballo era así: grande en sus bondades y admirable en su desamparo. Supongo que era un genio. No tuve tiempo de conocerle a fondo. Pocos son los que, nacidos en arrabal sudamericano, surgen al dominio de la fama y deslumbran a un público internacional. Simuladores maestros abundan, y se les tolera con mayor o menor benevolencia. Pero el genuino campeón es inconfundible. Para él no hay términos medios en la admiración del público; nadie intenta enturbiar su aureola. Es único. El campeón verdadero, hecho como está con la substancia misma de la victoria, jamás decepciona a sus partidarios, que le siguen hasta la muerte. Es héroe absoluto. Venga de donde viniere, bruto entre los brutos, animal entre los que más usan las patas. No importa. Se trata del vencedor, o, mejor dicho, del que se niega a aceptar una derrota y la transforma *siempre* en victoria.

Mi campeón venía de un vallecito sureño de mi Chile natal. Centauro creado entre chacolíes y alcoholes de madera, rápido ante la esencia de la cebolla y el anca rubia de las yeguas. No conocía sino el habla que habla la uva, el volantín de sus tiempos de potrillo y la chaucha de quienes le iniciaron en las pistas del Hipódromo Chile. He aquí un caballo que sólo conoce cobradores de góndolas y conductores de golondrinas. A quien los fabricantes de vino con apellido vasco no mencionaban en el Club de la Unión, y quien, en cambio, apoyó la candidatura del más vasco de todos: "Olaverry", ilustre vencedor del Santa Anita Handicap, ídolo y maestro de mi criollo campeón. Nació entre humo de cigarrillos "Joutard" y calor de tusa de choclo. La doctrina cristiana la aprendió con el Siete Millones, jinete retirado hoy —ya se verá por qué—, ex caballerizo del famoso Molter. De Chile recordaba los años nuevos, le gustaba evocar el perfume de la albahaca y los ramitos de clavel. En las noches de fonda de la Alameda y el Parque, cuando los cohetes reventaban con-

tra las paredes de adobe de San Francisco, él pensaba con algo de nostalgia en el ranchito pelado y la media-luna del fundo lejano. Pero era feliz. Salió a navegar, porque todo chileno es "pata'e perro". Incluso los caballos. Y caballo más "pata'e perro" que mi campeón, dificulto que hubiera...

Pero dejémonos de sentimentalismos. Cuando empecé a escribir estas notas, se venía por la ventana, a grandes bocanadas, el tibio aroma de la primavera. La cortinilla de lino se infla a veces con una brisa suave, y se agita, al descender, como el pecho cándido de una adolescente. A veces quiere salirse y entregarse, perdida, entre los dedos rojos de una fucsia que la palpa anhelosamente. Siempre retorna a su recato; sin embargo, y, mientras yo la observo con mirada risueña, la cortina se alisa los pliegues y se queda silenciosa contra la pared.

Mi departamento está rodeado de flores. La anciana dueña de casa camina dulcemente entre sus rosas, azaleas, rododendros y camelias. Lleva en la mano una regadera que le gotea sobre el delantal gris, y deja minúsculas manchas de lodo en sus zapatos de tenis. Su cabello blanco luce todavía los tornasoles de la anilina que usó el mes pasado. Sus ojitos celestes me hacen musarañas detrás de los anteojos. Yo le sonrío con tristeza y miro, por encima de su cabeza, la Puerta de Oro, que se alza aparatosamente en la boca del océano. Exactamente entre yo y el mar crece un eucalipto impertinente. Ignoro qué me esconde entre sus ramas harapientas. Para mañana sólo tengo presentimientos. La historia de por qué ese caballo, que en vida construyó mi fortuna, y en la hora de su muerte ya no me pertenece, sorprenderá a todos los que, día a día, siguieron nuestra carrera de proezas, y, quizás, también a quienes oyen hablar de nosotros por vez primera.

Un chileno en San Francisco

HACE algún tiempo, cuando esta historia debe comenzar, trabajaba yo en calidad de lavador de platos en un restaurante de San Francisco. No se me pregunte cómo había llegado a tan precaria situación. El empleo de lavador de platos me servía para ganarme la comida, y, además, unos pocos dólares. Era un oficio digno. Digno de perros. En aquellos días me preparaba yo para misiones superiores, misiones que, a la sazón, no lograban definirse con claridad. Lavar platos me daba tiempo para pensar y permitir a la imaginación vuelos increíbles; me enseñaba hábitos de paciencia y comprensión estoicos, y me servía, de un modo algo sutil, para castigar los prejuicios de falsa dignidad caballeresca con que había llegado de Chile. Lave usted durante cuatro horas seguidas la salsa con que empapan el puré los restaurantes baratos de acá, y si, al cabo de ese tiempo no se le revuelve a usted el estómago a la vista de la pasta café y verde, es usted un héroe o un mártir. Un ser excepcional. A mí, el puré de papas me pone los pelos de punta; la salsa me confunde el espíritu y podría dar de aullidos si me acercaran una cucharada de esa poción infernal a los labios.

De este martirio vino a salvarme un compatriota, que cayó un día por casualidad en el restaurante. ¿Sin oírme hablar, cómo pudo adivinar Hidalgo que yo era chileno? Acaso fue ese sexto sentido que se nos desarrolla en el extranjero y nos hace oler a un paisano

a la distancia; acaso mi apariencia, pues la verdad es que llevo la chilenidad, un tipo de chilenidad vaciado en el rostro. Soy de esos chilenos "vinosos", de pelo castaño claro, ojos pardos, piel rojiza, con un mapa de finos vasos sanguíneos en las mejillas y en la nariz. Además, me dejo crecer el bigote, y en el bigote luzco pelos de todos colores, aunque predominan los rubios y colorados. Chileno, del valle central, de boca ancha, labios gruesos y risa fácil. Pudieran vestirme de esquimal, y todavía se me notaría la pinta de huaso. Por eso, tal vez, Hidalgo me reconoció tan rápidamente. Estaba yo ocupado en el lavaplatos del mostrador, cuando él se acercó pidiéndome un fósforo. Me lo pidió en español. No me sorprendió, pues estaba acostumbrado a los mexicanos y vascos de la calle Broadway. Al devolverme la cajita, inquirió:

—¿Usted es chileno?

—Sí, amigo —le respondí.

—Puchas, si somos compatriotas —dijo—. ¿Quién lo iba a pensar?

—No hace mucho que vine a San Francisco. Chitas la payasá, ¿así que usted es chileno también?

—Sí, pues. Soy del norte. Nací en Antofagasta, pero no me pregunte de allá, porque la mayor parte de mi vida la he pasado en Santiago.

Hidalgo era hombre de piel morena, blanqueada apenas en los Estados Unidos; el pelo negro y lacio, tieso sobre las cejas y la nuca; la boca pequeña y los labios finos, medio abiertos, en expresión que no era exactamente una sonrisa, sino más bien una dura amenaza; sus ojos eran obscuros y despreciativos. Una fea cicatriz le partía la mejilla izquierda. ¿Cuchillada? ¿Latigazo? Había en él algo de humilde y de achicado, pero también una expresión de burla y un desdén instintivo hacia todo y hacia todos. Su estatura era diminuta. En Chile le dirían "chico"; aquí, en los Estados Unidos, era un pigmeo. Yo le hablé largo rato ese día. Le conté mis andanzas y me escuchó sin mucho interés, pero amistoso. El no hablaba gran cosa. Al principio le creí tímido. Tal vez se avergonzaba de su escasa educación, y creía ver en mí un individuo más cultivado y

superior; tal vez se retraía para ocultar su origen humilde. Pronto me di cuenta de que estas suposiciones eran erradas. De tímido, Hidalgo no tenía nada. Si alguna vez vivió en un ambiente humilde en Chile, eso ahora carecía de importancia. No hablaba, sencillamente, porque no tenía nada que decir. Escueto, monosilábico, Hidalgo hacía salir sus pocas palabras como piezas de un amoblado pobre; todas iban a su justo lugar, y tal vez por eso le inspiraban a uno el deseo de sentarse en ellas. Me di cuenta de que le había caído bien. Desde luego, era yo menor que él; además, mi experiencia en este país de gringos era tan escasa, que, aún siendo yo mayor que él, habría sentido la tentación de protegerme.

Sentado a una de las mesas frente a la ventana, aguardó un par de horas a que yo terminara mi trabajo. Sorbía café negro y fumaba cigarrillo tras cigarrillo. A ratos leía un periódico lleno de fotografías de caballos y jinetes; parecía concentrarse un instante, levantaba la vista luego, la perdía en los transeúntes, afuera, y en seguida volvía a estudiar, haciendo marcas con un lápiz rojo junto a los nombres de los caballos y la historia de sus actuaciones pasadas. Leía el "Racing Form", la biblia de los carreristas norteamericanos. Salimos del restaurante cuando anochecía.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Vamos a dar una vuelta —dije yo—, pero primero, vamos a mi hotel. Tengo que cambiar de ropa.

Fuimos en uno de esos carritos que suben y bajan las colinas de San Francisco, tirados por un cable. Pasamos junto a una plaza frondosa, donde se alzan varias estatuas de bomberos italianos. Transitan las parejas, dulcemente enlazadas y susurrando como cisnes. Gorras de marineros, piernas blancas, cabelleras rubias, camisas multicolores. A veces unos calcetines blancos de colegiala y unos patines colgando del hombro. Sobre la hierba, la gente se ama abiertamente, sin escrúpulos. Reina cierta euforia de conejos. Las parejas entran y salen de los matorrales, medio se acuestan en los bancos, ante la mirada indiferente de los vagabundos.

El carrito tuerce en una esquina y salta un chorro de luces de colores. Nos bajamos al final de Powell esquina de Market. Se aglomera la gente frente a los cines. Los letreros se encienden y se apagan, formando frases y figuras luminosas en luces verdes, rojas, purpúreas y amarillas. Centenares de focos y reflectores se vuelcan sobre las paredes de los edificios. Se iluminan el cielo y el suelo. La cara monstruosa de una actriz de cine hace muecas lúbricas, contemplando la silueta de un automóvil último modelo. Entre dos cines hay una callejuela estrecha; es un alero perdido entre la maravilla; de las paredes sale un vapor obscuro, caliente; acaso es el sudor de los teatros. En el asfalto se apelotona el chicle mezclado con la grasa y el aceite de los restaurantes y los automóviles. Cajones de basura se amontonan junto a puertecillas misteriosas. Apenas diviso dos sombras furtivas, atorrantes hambrientos en busca de mendrugos, o viciosos, o ladrones. La calle Market hace esfuerzos por mantener un ambiente de feria. Allí bailan desde un escaparate muchachas desnudas; allí los ejércitos de Enrique V casi chocan con una escuadrilla de zancudos que van a picar al Pato Donald; allí interpretan a Dios; allí se lee el futuro, se matan aviadores de juguete, se compran diamantes por cincuenta centavos.

La multitud entra y sale de las droguerías. Una nube roja nos cubre. Caminamos hasta Union Square. Desaparece el olor a hot-dogs. Es la hora en que empiezan a reunirse los maricones. Hidalgo y yo pasamos con tranco lento y cansado. Un joven nos saluda afablemente. Nos pregunta si no deseamos compañía.

—Compañía es lo que a usted le falta, pero de seguros contra las siete plagas —le contesta Hidalgo, en un inglés horrendo.

Caminamos por Kearny hasta la plaza de Robert Louis Stevenson en China Town. Nos sentamos en el pasto. El busto del escritor, verde y negro, bajo la acción del moho, parece un cadáver escapado de la Morgue, que está precisamente al otro lado de la calle. Unos árboles raquíticos le montan guardia, como niños con escopetas de palo. Un chino viejo pasa arras-

trando los pies; se detiene un momento, y se orina en el pedestal. De un lujoso restaurante frente a la Morgue, sale un grupo de italianos insultándose a grandes voces. Hidalgo me dice:

—Ven, vamos a tomar un trago en un bar que yo conozco. La ropa te la cambias mañana.

Por fuera, el bar parecía un salón de belleza. Las paredes eran de cristales sólidos, del tamaño de un adoquín; había imitaciones de mármol por todas partes. Un aviso en luz púrpura anunciaba con letras chatas y pesadas: *"Liquors"*. La puerta lucía un tapiz de cuero con remaches de bronce. Entramos y no vi nada. El saloncillo se hundía en una tiniebla azul. Oí voces apagadas y ruido de vasos. Hidalgo me guió, tirándome de una manga, y pronto me hallé sentado en un taburete altísimo, al borde de un mostrador. Un gran espejo reflejó vagamente nuestras imágenes. Una victrola, equipada con un sistema telefónico, se iluminó con mil colores en un rincón, y una voz de muñeca de trapo preguntó gangosamente: *"What would you like to hear?"* Alguien tropezó con su propia sombra, y la lengua demoró largos segundos en desenrollarse: *"Bl... Bl... Danube"*. La aguja raspó unos instantes, hubo otros ruidos extraños, como si la mujer invisible estuviera sacando discos de lugares prohibidos, y luego el "Danubio Azul" empezó a hacer valsear caballos imaginarios.

Mis ojos fueron acostumbrándose a la obscuridad, y distinguí a los mozos vestidos de chaqueta y delantal blancos, muy engominados. No levantaban la mirada para recibir las órdenes, pero en los labios se les notaba una sonrisa entre comedida y asesina. Advertí con asombro que el saloncito estaba repleto de gente; que a lo largo del mostrador había, por lo menos, unas veinte personas bebiendo. A mi lado estaba una mujer; me volvía la espalda y conversaba llena de entusiasmo con dos hombres y uno de los taberneros. Me llamó la atención que, para ser un lugar tan pequeño y haber tanta gente, el ruido era insignificante. Los que estaban sentados alrededor de las mesas guardaban silencio o cuchicheaban. Una mujer nos miraba

por encima de su compañero, y chupaba el cigarrillo con fruición, como si nos fumara. Hidalgo no decía nada. Se había sentado cómodamente en su pisillo redondo, los brazos sobre el mostrador, los hombros hundidos en gesto de cansancio y los dedos jugando despreocupadamente con la tapita de cartón que nos habían puesto a manera de bandeja. Nadie molestaba allí a nadie; un gesto era suficiente para pedir otra copa; otro gesto, para pagar; otro, apenas perceptible, para beber. La mujer que estaba a mi lado era el único punto de contingencia en este círculo fantasmal. Era evidente que no podía soportar la apatía de los circunstantes; derrochaba dinamismo. Fue la primera que nos dirigió la palabra. En la victrola, unos cantores gritaban que se les había perdido su "azúcar en Salt Lake City". No entendí ni una palabra de lo que ella dijo.

—Sí —respondió Hidalgo—, hablamos español.

—*Oh! How cute* —dijo ella, y agregó que el español es la lengua más hermosa del mundo. Riendo y bebiendo su whisky a lengüetazos, se me fue acercando, y a los pocos momentos me hablaba con un codo apoyado en mi hombro, echándome en las narices un tufo asfixiante.

—Te fregaste —dijo Hidalgo—: la vieja se calentó contigo.

Yo no tenía la menor idea de lo que decía la señora, pero ella continuaba su charla, sin exigir más que un débil *yes* de mi parte cuando la entonación de su voz denotaba una pregunta o cierto grado de impaciencia. Cada vez que yo decía *yes*, se reía a carcajadas; tanto, que temí se fuera a caer del piso y la sujeté de la cintura. Maldita la hora en que se me ocurrió hacerlo. Ella interpretó el gesto como un avance amoroso, y de allí en adelante faltó poco para que cayéramos prendidos al suelo. Hidalgo estaba muy inquieto, y de vez en cuando parecía decir frases entrecortadas para disculparnos. Los compañeros de la mujer, entretanto, se habían olvidado totalmente de ella, y proseguían una conversación en voz baja con el tabernero. Los tragos se sucedían sin que tuviera yo la menor idea de quién los pedía y quién los pagaba. Desapareció la cerveza,

y en su lugar vino el whisky. ¿Qué diablos me relataba la vieja? ¿De un amigo en Panamá? ¿De unas corridas de toros en Tijuana? Habló y habló, sin perder el resuello, bebiendo todo el tiempo y sin dejar de tocarme. Un par de veces se interrumpió, y, diciendo: "Con permiso", salió a lo que tenía que salir. Al regresar se paraba junto a la victrola y con voz de ultratumba pedía luego discos que ella consideraba muy oportunos: "En un Pueblito de España", "Ay, Ay, Ay", "Adiós, Muchachos". Cuando pidió "Allá en el Rancho Grande", se le enredó calamitosamente la lengua y a gritos me rogaba que yo dijese el nombre por ella a la mujer invisible, que ya perdía la paciencia repitiendo: "Allá *what?* Allá en el chancho *what...?*" En una de las salidas que hizo esta señora, Hidalgo me susurró al oído:

—Mejor nos vamos, ya son como la una de la mañana.

—Claro —le respondí—, vamos; esto ya me está lateando.

Hice un esfuerzo por bajarme del asiento y advertí con horror que no podía mover los pies. Por primera vez, después de varias horas de estar bebiendo, volví a darme cuenta de que no estaba solo con la señora e Hidalgo, sino que estaba en un bar atestado de gente. Con esa mirada vidriosa y aletargada del que trata de aparentar que está despierto, pero va ya en la barca de Caronte, me esforcé por recorrer todo el establecimiento y demostrar, agregando una heroica sonrisilla, que los tragos no me habían hecho efecto. El cuarto se movió, quebrándose en varios planos, como un cuadro cubista. Por un instante mantuve el equilibrio y reconocí a mis vecinos. Lo perdí inmediatamente, lo volví a recobrar, y así, en lucha desesperada contra el mareo, permanecí unos instantes. La sensación estomacal se tornó angustiosa. Pronuncié unas palabras que ni yo pude identificar. Mi voz debe haber adquirido una tonalidad extraña, porque noté con espanto que todos se volvieron a mirarme. De nuevo ensayé una sonrisa. El espejo me devolvió una imagen cadavérica. Hidalgo no advertía lo trágico de mi condición y pidió dos tragos más. El vasito de whisky me pareció monstruoso. "Una

gota que beba —pensé—, y estoy perdido." La señora, entretanto, había desaparecido totalmente. Su cartera y sus guantes todavía se hallaban sobre el mostrador; así que no podía andar muy lejos, si es que aún andaba. Haciendo de tripas corazón, unté los labios en el whisky, y con sorpresa me di cuenta de que el malestar, en vez de empeorar, disminuía considerablemente. Recobré, como por encanto, cierto grado de lucidez. Lo que más me llamó la atención en este chispazo de normalidad fue ver a Hidalgo completamente borracho. Hasta ese momento, preocupado con mis propias penas, no me había fijado en que mi compañero bebía a la par conmigo. Su posición era la misma de un comienzo: los codos firmemente asentados sobre el mostrador, la espalda curvada; las piernas, cortas y algo chuecas, colgando en el vacío. Por primera vez advertí en él una clara apariencia hípica; daba la impresión de ir cabalgando en el asiento, encogido como un mono, la cabeza hundida entre los hombros, los ojos alertos a un obstáculo lejano —acaso galopando hacia el fondo del espejo—, las piernas ceñidas al vientre del caballo invisible.

—Mira, Hidalgo, mejor nos vamos.

—¿Qué decís, ñato?

—Digo que es mejor que nos vamos.

—A la cresta con vos, cabro —me respondió con el acento más chileno que le conocía hasta entonces—. ¿Y pa qué nos vamos a ir? Estos hijos de la gran siete me importan un rábano... Mira cómo se les cae la baba de jetones que son...

Por muy mareado que yo estuviera, me di cuenta de que mi amigo entraba en una fase muy peligrosa de su borrachera y que lo más conveniente era salir de aquel sitio antes de que se tornara de veras belicoso.

—Vamos y nos tomamos un trago en otra parte.

—¡Qué trago ni qué niño muerto! Cuando yo tomo, me pongo sentimental y me da una rabia mirarles la cara a estos babosos... ¡La pucha que me daría por estar en una cantina de la calle Bandera, con harta bulla y harto vino y mujeres morenas, sabrosas, y con una orquesta amarditada tocando puros tangos!

La gente había empezado a esconderse en los rincones de cuero mullido. Nos contemplaban desde la penumbra morada con ansiedad de enterradores. Yo pensaba en las cantinas que evocaba Hidalgo con nostalgia: jamás se vio mayor vitalidad, mayor vehemencia e imaginación en las discusiones; jamás se vio a los mozos correr de esa manera, gritar los pedidos con voz tan estentórea, disparar vasos sobre las mesas con tal estruendo de cristales y hacer sonar las monedas como si en realidad fueran de plata. ¡Y las gesticulaciones! Los brazos levantados en el aire, las palmadas, los puñetazos, las muecas. Y las carcajadas y los insultos, las voces aguardentosas. Cada bebedor se juega allí su destino. Aquí, en cambio, nos iba engullendo la sombra morosa, y nosotros nos resistíamos, escandalizando el ambiente.

Hidalgo seguía hablando en áspero duelo contra una corneta que insistía en dar una versión impúdica de algo que semejaba un himno de sinagoga.

—Pa qué te voy a mentir —dijo de pronto—; hoy, cuando me contabas tus andanzas, yo pensaba en mis planes; porque yo tengo mis planes, huacho culebra. Lo principal, mijito, es tener plata, harta plata, y la plata sólo se gana en las pistas de aquí.

—¿En las pistas?

—Claro, pues, en las pistas. Ahí es donde está la plata.

—¿Que soi payaso?

—En las pistas de caballo, aturdido; payaso será tu abuela.

—¿Así que soi jinete, no?

—Bueno, jinete propiamente no. Fui jinete. Si me hubierai conocido en Chile no me conocerías hoy, ganchito. Yo fui el famoso Siete Millones. Yo, que en Chile tenía tanta fama como Donoso, Bravo y Zúñiga, aquí ando de matón de pesebreras, sacándoles la bosta a los caballos. ¡Quién lo iba a decir! ¡Si parece mentira! Caballerizo, por la cresta. Pero no creai, aún así gano plata, y a lo que haiga juntado mis pesitos, me voy pa Chile y me caso con una morena bien apretadita en carnes.

A esa hora lo de la morena me pareció una grandísima verdad y así se lo hice ver a mi amigo.

—¿Y sabís pa qué quiero la plata? —me preguntó.

—¿Pa mantener a la morena apretada en carnes?

—No. Hace mucho tiempo que he estado pensando en un proyecto, de esas cosas que se le ocurren a uno viviendo entre gringos, porque la verdad es que para el talento práctico y mecánico no hay quién pegue con ellos. De toda la riqueza de Chile, lo que más debía explotarse, ¿sabís tú qué es?

—¿Las mujeres?

—No, baboso. La pesca. Ni más ni menos. La industriación... Bah, la industrialización de la pesca y la moderni..., la moderzani..., la monerdiza... La pucha, ¿cómo se dice, viejo?...

—La modernización.

—...eso, de la pesca. Aquí donde tú me veís, toda mi ambición es juntarme unos diez mil dólares, nada más, para armar una flotilla de pescadores con todos los adelantos de la navegación moderna. Botes flamantes, buenos motores, todo lo que haga falta. Ah, ñato, poder instalarse por Coquimbo, sondear los mares, peinarlos y domarlos, pasarles la mano por el lomo como a un caballo y sacarles el oro de mil colores; sacar el congrio y la corvina, la pescada y el mero y la albacora. Pescar, exportar pescado, hacer polvo de pescado... ¡Cómo se ganaría la plata!

Sin detenerse a recobrar el aliento, Hidalgo se bebió su trago de un sorbo.

—Hay una playita cerca de Mejillones donde la arena es como una faldita de seda. Dan ganas de pasarse la vida tendido, con la cara pegada a la arenita tibia y oliendo profundamente. Es como tener la cara entre las piernas de una mujer, tan resuavecita, y ese olorcito que viene del mar y suelta los jugos de la boca. ¡Puchas, póneme limón en un choro crudo y me hai dado el paraíso!

Hidalgo hablaba transfigurado, a gritos casi. Se despertaba el fondo ancestral, y del subconsciente, como de una poza que primero se ve obscura, y, agitando la superficie de lodo, aparece el agua cristalina, em-

pezó a surgir el alma del buen criollo, todos los sueños de un hombre de mar encadenado a extrañas catacumbas. Se puso a insistir agresivamente en la superioridad de la mujer chilena y de la cocina chilena. A ratos no me daba cuenta si se estaba comiendo una pierna de pollo o de mujer. Todo le salía dulce de la boca: el pastel de choclo y los besos de una antigua querida. Le había dado por tocar discos y pedía una y otra vez el "Ay, Ay, Ay", alegando a voz en cuello que la canción era chilena y no mexicana. "Chile, Chile, Chile", repetía. Algunos pensaban que estaba hablando del chile mexicano, y cada vez que Hidalgo decía Chile, un borracho agregaba a manera de explicación: "Chile con carne, *he means* chile con carne".

Noté con sorpresa que la mujer había vuelto a sentarse en el asiento vecino. Estaba intensamente pálida, ojerosa y despeinada. Sus amigos la sujetaban por debajo de los brazos y trataban de hacerla beber una mezcla que le habían preparado. A mí no pareció reconocerme.

Sin saber cómo me encontré caminando por la calle del brazo de Hidalgo. El aire de la madrugada me dio escalofríos. Tuve la sensación de que nos bajamos de la calzada y empezamos a zigzaguear por todo el ancho de la calle. Era como andar por el fondo del océano. Horas más tarde sentí la brisa helada sobre la frente y me hizo el efecto de una caricia. Por fin pude mirar con serenidad a mi amigo. Hidalgo parecía muy aliviado. Estábamos en la estación. Miré con actitud de convaleciente a la pared en que estaba afirmado. Un poco más arriba de mi cabeza se veía un rótulo: $ 500 de multa por escupir en el suelo". Investigué a mi alrededor. Al subir al tranvía, volví a escudriñar la vecindad. Ni un alma. Pero desde la jaula del boletero de la estación, un par de ojillos nos perseguían con expresión horrorizada.

Era ya de mañana cuando llegamos a la casa de Hidalgo, en la calle Taylor. Sentí la vergüenza y el desamparo que sienten los trasnochados al contacto con la luz temprana del sol. De la mar, junto con el ruido de los tranvías que comenzaban a ascender

las colinas, se elevó paulatinamente la claridad celeste del amanecer. Aquí todo el proceso del alba se desarrolla desde las profundidades del mar hacia la cima de los cerros, y en su paso arrastra la neblina del Golden Gate, desgarrándosela de sus torres como viejos harapos y empapándose de humedad verde en los árboles frondosos y en los prados flamantes del parque del presidio. Tonos grises y lechosos se apartan con dificultad de la masa negra que los sujeta a los galpones y bodegas de los muelles; los arreboles van colinas arriba hasta llegar a Nob Hill, y de allí saltan a la cúspide de las mansiones y se les cuelgan como una casulla. Mil trocitos de luz estallan de los ventanales de Sutro y Balboa, mientras que en el fondo de la ciudad, sobre el asfalto mojado de China Town, los focos eléctricos se quedan mostrando la ruta de la noche en blanco, marcada aquí y allá por la sombra escurridiza de un vagabundo.

Contribución a la primavera: Primer movimiento

Mi hotel apenas servía para dormir. Llegaba yo tarde en la noche y salía cerca del mediodía, siempre con los ojos medio cerrados, para no ver al administrador, con su cara gorda y sudada, los ojos viciosos pegados a revistas obscenas. El piso de linóleo estaba cubierto de escupos y de tabaco. Por todas partes había una pátina de sebo. La tela que servía de funda a los sillones y sofás parecía la piel de un animal disecado. La ruina se comía las mesas, las sillas, los estantes, como una peste voraz que, por extraña razón, semejaba nacer de unos ceniceros inmensos, sin forma y sin color, hundidos en un lodo de ceniza y nicotina. Los inquilinos eran españoles e italianos desocupados. Cuando no miraban a la ventana del vestíbulo, miraban la televisión, como sapos alrededor de una charca.

Como es natural, buscaba yo la oportunidad de abandonar esta pocilga, y la oportunidad se presentó de manera curiosa y con muchas y extraordinarias consecuencias. Una noche vino mi nuevo y entrañable camarada Hidalgo a mi hotel con el propósito de llevarme a un cabaret mexicano, "El Rancho", donde causaba sensación una joven bailarina. El cabaret estaba a corta distancia del túnel de Broadway, y su exterior era el de una casa española aderezada para viajeros del este y medioeste norteamericanos, quienes consideran a California como tierra extranjera, y no distinguen entre un charro de Jalisco y un *sheriff* de Santa

Bárbara. La orquesta tocaba un mambo, pero los viajeros lo convertían en vals. Junto a la mesa donde nos pusieron me llamó la atención un trío de jóvenes que se habían pintado la boca y teñido las cejas, no olvidando raparse la frente. Conversaban lanzando miradas furtivas a su alrededor, y cuando notaron que los examinaba, se volvieron insoportablemente bulliciosos. Pero en vez de escandalizarme, me enternecían. Algo en ellos, algo de inseguridad y falta de experiencia, revelaba las esperanzas desmedidas que se habían forjado para esa noche.

—Los maricones jóvenes me ponen triste —le dije a Hidalgo.

Este siguió la dirección de mi mirada y observó sin responder. Al cabo de un rato me preguntó:

—Y los maricones viejos, ¿cómo te ponen?

En esos instantes comenzó a bailar la estrella del programa. La melodía era un *suby,* una derivación del mambo, retardado por el ritmo más lento y nostálgico de los porros colombianos. La joven moldea la música a cada una de sus curvas. Se va poniendo la melodía con movimientos lánguidos pero muy deliberados de las rodillas, los muslos, las caderas, los pechos y los hombros. Todo procede con lentitud y sabia facilidad. Cada acorde va encarnándose en ella. La superficie del tablado adquiere una dimensión extraña: se disuelven todas las líneas rectas, desaparece toda brusquedad; una concentración de círculos va enfocando la atención sobre el cuerpo de la bailarina, sobre cada parte de su cuerpo, que se afloja e invita con suaves ademanes de gozo alucinante. La joven se va quedando postrada en el centro del tablado, y, desde lejos, parece inmóvil, pero, imperceptiblemente, continúa moviéndose, haciendo y deshaciendo un círculo imaginario en sus caderas, los muslos hinchados y abiertos; de rodillas, pero tocando el suelo con las espaldas; los pechos temblorosos y el cuello desvanecido, mientras la boca gruesa y sensual se parte como una fruta sangrante. Alguien grita como animal pujando. Estalla el bongó en mil golpes secos y punzantes. El espacio entero se ha concentrado sobre ella. Parece una pesada

flor mojada por una miel de oro. Su cabellera tiene un matiz rojizo que ilumina el ocre de su piel ardiente. Los ojos son verdes, de un verde obscurecido a veces, y otras veces dorado, relumbrante. Un velo de color turquesa se enreda en tanta carne y saltan resplandecientes los muslos, como rompiendo y rechazando todo. Su sensualidad me intriga; no es morbosa, es una sensualidad que nace de la música y del ritmo y en ellos se queda. Es el suyo un movimiento interno. Los bruscos aceleramientos de percusión la buscan a picotazos, y ella los recibe y los disuelve en sus piernas y en su vientre. El cencerro no es más que el acento, lo único anguloso en este orgasmo de curvas y suavidades. Al producirse el clímax, tendida ella de espaldas, la parte media de su cuerpo levantada, tensa, ondulante, dulcemente enloquecida, temblando sus grandes piernas, un chorro de luz blanca y espesa la golpea como un relámpago y las trompetas sueltan un alarido. El público tarda minutos en componerse. Se sacuden la sensualidad como perros que salen del agua y prorrumpen en salvajes exclamaciones de júbilo.

Cuando ella acabó su número, yo sentía la garganta seca y la frente ardiendo. Hidalgo bebía en silencio. La mujer produjo algo incómodo entre nosotros, como si nos hubiera obligado a compartir una intimidad. Bailaba ahora la gente, o mejor dicho, se frotaban unos contra otros, sacudiendo los zapatos. Cada cierto tiempo pasaba bailando junto a nuestra mesa una señora de cuello rojo y enormes venas varicosas, y, al pasar, soltaba a su acompañante en el aire, dándole vueltas como a un molino, mientras ella movía el trasero en todas direcciones e imitaba con los dedos el sonido de las castañuelas. El pecho enorme y pecoso me daba la impresión de una cáscara de sandía que su pareja trataba de morder como un caballo. Las bailarinas del cabaret recorrían ahora las mesas buscando quien las invitara a beber. Se acercó una a nosotros y demoré largo rato en darme cuenta de que se trataba de la estrella. Venía vestida de china poblana, con pollera amplia y larga, adornada de verde, oro y rojo, y una camisilla bordada, de bajísimo escote. Llevaba el

pelo atado en un moño alto, y en el cuello desnudo lucía una cinta de terciopelo negro que hacía pensar en una liga. Me invitó a bailar. Era parte de su trabajo; después se sentaría con nosotros y pediría numerosos tragos de un jarabe parecido a la menta, que nos costaría muy caro. ¡Qué importaba!

—¿Qué es lo que no importa? —me preguntó mientras bailábamos.

—Digo que no importa que me saques a bailar para aumentar el negocio de la casa. Lo que es yo, me imagino que lo hiciste porque no pudiste resistirme.

Ni en su voz ni en su persona había estridencia alguna. Era difícil comprender que esta muchacha sobria y suave fuera la misma que se contorsionaba en el suelo hacía unos instantes.

—¿De dónde eres tú? —me preguntó.

—Soy chileno.

—No digas, ¿de tan lejos?

—¿Y tú?

—Californiana, pero mis padres, es decir, mi papá, es español.

Yo la sentía pegada a mí, con todas sus opulencias y sus perfumes. Su cabello crespo me hacía cosquillas en los ojos y las orejas.

—No me pegues la mejilla —advirtió—, porque se te va a quedar todo el afeite. Todavía tengo que hacer otro número.

—¿Y cambias mucho cuando te lavas la cara?

—Nada más que soy bizca y picada de viruelas.

La iba apretando demasiado; yo lo sabía, pero no podía remediarlo. Sentía mi mano como algo independiente, algo que funcionaba por sí solo en su espalda. La multitud nos cercaba y no pudimos ya dar un paso. Al igual que los demás, comenzamos a movernos el uno contra el otro, pero con delicadeza y circunspección. De atreverme, la habría besado en la nuca y en el hombro. Ella me miraba y se reía. Al concluir la música la conduje hasta nuestra mesa.

—Este es Hidalgo, un compatriota. Te presento a... Oye, y tú ¿cómo te llamas?

—Mercedes —respondió, y luego, dirigiéndose a Hidalgo, dijo—: ¿Tú eres jinete?

La pregunta nos sorprendió.

—¿Por qué lo dices?

—Aquí vienen muchos, ¿sabes? Tienen amigas entre las muchachas.

Comenzaron a hablar de jinetes y de carreras. Mercedes le prestaba a Hidalgo una atención regocijada. Como a un muñequito de cuerda. Sus grandes ojos verdes, burlones y sabios, resbalaban por encima de él y buscaban alrededor las miradas de deseo y admiración de otros hombres; luego volvía la cara a Hidalgo y recibía las bromas de éste con la nariz respingada y la boca húmeda, sonriente. A Hidalgo lo escuchaba y a mí me observaba con interés. Pero como yo no insistía, se olvidaba de mí y se ponía a hablar del cabaret, que odiaba, y de la dueña, una vieja bruja que la mantenía prisionera con un contrato infame.

—La maldita dice que me seguirá juicio si me voy, y que perderá a mi padre... El pobre no tiene sus papeles muy claros, porque vino de España como refugiado; era republicano, leal, tú sabes.

La vieja andaba de mesa en mesa, sacando la cuenta de sus ganancias. Aparentaba unos cincuenta años, pero tendría sesenta. En la atmósfera nocturna del cabaret, sus arrugas parecían surgir sobre el polvo blanco como líneas de cordillera en un mapa en relieve, pero ella se daba maña para disimular, y con gestos insinuantes atraía la atención de los borrachos adolescentes con quienes bailaba para sobarlos.

—Tiene un querido —contaba Mercedes—, y lo tiene viviendo aquí mismo, en los altos. Es un italiano vago y perezoso. La vieja lo mima como a un perro faldero. ¿Vas a creer que en menos de un mes le compró un Lincoln y luego un Cadillac, porque el Lincoln no le gustaba?

Mercedes hablaba con odio de sus compañeras de trabajo. "Por diez dólares te llevas a cualquiera", decía. A una le había cobrado especial ojeriza. Nos la enseñó con desprecio. "Es lesbiana la pobre, y se la come la tuberculosis." Se levantó Mercedes y se alejó en

dirección a los camarines. Le tocaba su turno de cantar. Momentos antes de entrar al tablado pude verla, mientras el maestro de ceremonias le dedicaba una espectacular presentación. Le adiviné la inquietud, esa aguda ansiedad que se posesiona del artista antes de enfrentarse a su público, y la sentí con ella. Pareció unirnos una corriente fría como una navaja cortando el humo azul que obscurecía la sala. Me encontró la mirada y con una especie de interrogación tierna y confusa me sonrió. Entró, en seguida, al círculo mágico del reflector y la perdí, transfigurada. Se abrió el rostro en una sonrisa profesional, la luz se metió golosa entre sus duros pechos y acentuó el vestido de color oro obscuro, ceñido audazmente al cuerpo. De medio perfil la veía marcar el ritmo con un golpe apenas perceptible del tacón, y ese movimiento ligerísimo era seguido, como un eco, por igual movimiento de la pierna y, apenas, apenas, de la cadera. Me enternecieron su sensualidad juvenil y el pudor que debía atenuarla y que sólo la exageraba, pudor aprendido, por cierto, con otras armas del teatro.

La esperamos, Hidalgo y yo, a la hora en que el cabaret se cerraba. Había otros individuos en igual expectación. Salió y se vino sonriendo hacia nosotros. Nos tomó de la mano y nos arrastró hasta un grupo de músicos y actores. Nos presentó a todos, y, deteniéndose frente a un sujeto, le cogió de las solapas y le estampó un gran beso en la mejilla. Mi primera intención fue la de hacerme a un lado, pero ella me detuvo riendo.

—Te dejaría que me acompañaras a casa —dijo—, pero, ya ves, estoy comprometida..., y éste tiene malas pulgas; creo que se enfadaría.

El hombre era un poco más alto que yo, fornido y grueso, con esa actitud enteca de ciertos españoles. La cara firme, el mentón cuadrado y sólido, la mirada me pareció dura. La blusa era de cuero y el pantalón de dril. En la cabeza llevaba la gorra blanca de los obreros estibadores.

—Conózcanse —dijo Mercedes—; éste —añadió, empujando casi al hombre—, éste es mi padre.

Creí que bromeaba.

—¿Tu papá?

—¿Y por qué no? —preguntó el otro—. ¿Acaso me ves demasiado joven? Ya ves, chica, cómo es mejor que me digas tío o hermano... A la orden —continuó, cambiando de tono—, y será buenas noches, jóvenes, porque lo que es yo, tengo que trabajar mañana temprano. Andando, hija. Venid a vernos. ¿Ya les has dicho donde vivimos?

—No sólo se lo he dicho; le he insinuado a éste —dijo, indicándome con un movimiento de la boca— que se pase a la pensión. El jinete no, porque ya está instalado en un departamento. Pero éste, ¿sabes dónde se ha metido? En un hotelucho de esos de la calle Kearny.

—Malo, malo. Sal de ahí, muchacho. Esa es mala compañía. Ven a la pensión, no te pesará. Hasta la vista —dijo, estrujándome la mano en su garra dura y huesuda.

—Te veré mañana —me dijo Mercedes—; ven a verme; el viejo no andará por allí, estará trabajando, y me aburro. ¿Oyes? A eso de las tres o cuatro de la tarde.

—Iré —respondí—, claro que iré. Hasta mañana.

Me despedí de Hidalgo sin preámbulos. Viéndome tan decidido, se fue. Le vi alejarse por Stockton, y luego perderse Pacific arriba. Yo tomé por Broadway y me puse a caminar despacio. Yo era un hombre solo, tocado por la rutina proletaria y la pobreza, que me cubrían como un hábito. ¿Un aventurero? Acaso, pero en aventuras grises, hundido en la sombra fría de los restaurantes y las cocinas, con un ojo puesto en los muelles, adormeciendo la nostalgia que me tiraba a la tierra lejana —otra pobreza y otra rutina—, domesticándola, engañándola, para darle otra oportunidad a la fortuna, que insistía en desconocerme, confundiéndome con la masa triste de los sin esperanza. Un hotelucho de filipinos en San Francisco, un delantal de mozo, un muelle y un barco de carga siempre aguardándome, eso era yo. Y ahora, de pronto, me reconocía en el ámbito de maravilla creado por Mercedes y me

dejaba estar en él, disolviéndome como en una gran caída, despacio e intensamente, a través de un cielo de verano apretado de estrellas. Una pequeña alegría me iba creciendo y transformaba las cosas a mi alrededor. Esos bloques de cemento pardo y húmedo, esos aleros siniestros donde irán a parar los muertos de China Town, los muelles vacíos y hondos, los papeles que flotaban sobre el agua aceitosa, hasta los rincones donde se apilaban los desperdicios de las cocinas y donde las ratas se empujan voraces, todo iba perdiendo su sentido sombrío y se transformaba en un ambiente familiar y benigno, como el de mis pobres barrios en la patria lejana. Divisé el puente de Oakland, lo vi salir entre las paredes, torres y chimeneas de barco, luminoso y recto, hacia un mar de espumas y estrellas. Sentí la emoción adolescente, inconfundible, mezcla de querer irse sin saber adónde y de sentirse sujeto por un cielo bajo y caliente. Allí estaban también las jarcias de los barcos, la mancha blanca de un puñado de gaviotas, el chasqueo suave y rítmico de la marea golpeando contra los pontones apolillados y musgosos del muelle, y, por encima de todo, la sensación alegre, triste, profundamente inquietante, de saber que mañana estaría buscándola a ella, mi bailarina, la de las piernas de fuego, la hija del obrero estibador.

Arroz con bocheros

LA PENSION no tenía nombre. Algunos la llamaban simplemente la "Pensión Española"; otros, el "444", por ser el número de la casa en la calle Columbus. Su apariencia no podía ser más modesta: la puerta de calle, vieja y manchada, más parecía la entrada de un fumadero de opio que de un hotel decente. Se subía por una escalera estrecha y obscura y se daba a un pasadizo, frente a la puerta del comedor. Este era el centro vivo de la casa: allí se conversaba, se leía, se jugaba a las cartas, se bebía, se tocaba la victrola y, también, se comía. ¡Cómo se comía! Para mí, que andaba a dieta de hambre durante meses, aquello fue una revelación. Desde luego, se comía pan francés; no migas con vitaminas que es el pan gringo; se comía arroz con pollo, longanizas, garbanzos, tripas, patas, en fin, todo lo que hace a un hígado vivir agitado y alerto. Se bebía un vino áspero y azuloso, fabricado por el mismo dueño de casa, y que producía los efectos más desconcertantes: unos lo tomaban porque le asignaban cualidades de laxante; otros, porque decían que era bueno para el reumatismo; un viejo hubo que lo tomaba para subir la presión arterial, y lo tomó y lo tomó hasta que la presión sí le subió y él cayó muerto debajo de la mesa. Hablando de la mesa, bueno es decir que era una sola mesa larga, y era una sola mesa larga, como la sombra de José Asunción Silva, hecha de la tabla más humilde, y a la que los circunstantes nos sentába-

mos en largas bancas sin respaldo, por orden de llegada, comenzando por el extremo más cerca de la cocina, donde ponían primero las fuentes de comida, hasta el extremo cerca de la puerta del corredor, adonde las fuentes iban a parar más bien vacías y cubiertas de impresiones digitales.

La victrola era una de esas macizas maquinarias de todos colores a las cuales es preciso echarles una moneda para que rebuznen. En México las llaman "cinqueras", y en los EE. UU., *"nikelorium"*, con ese gusto que ostentan acá por el latín bien vulgar. La primera noche que comí en la pensión será para mí inolvidable. No conocía sino al dueño y a su mujer, a causa de haber contratado con ellos mi cuarto; a Mercedes, que me los había presentado, y a su padre, Marcel. Bajé al comedor a las seis y media. Creí de buen tono llegar ligeramente atrasado. Al abrir la puerta y atravesar el umbral, vi todos los puestos de la mesa ocupados. Los comensales me miraban con ojos muy abiertos. Yo vacilé, un poco azorado. El dueño, desde su puesto, gritó a voces:

—¡Pasa, muchacho! A ver, hacedle allí un puesto. Vamos, muévete, culón, que ocupas toda la mesa, y tú y tú, ¡a moverse!

Se apartaron y me hicieron lugar. Yo, más confundido aún, no me di cuenta de que Mercedes me saludaba desde la otra punta de la mesa, y me senté torpemente entre dos individuos, a quienes ni siquiera me atreví a mirar. La concurrencia estaba silenciosa. Una que otra conversación se iniciaba, sin mayor interés ni entusiasmo, y moría inmediatamente.

—El picón —decía un hombre moreno, grueso, de patillas blancas y con un lunar en la cara— es un trago francés; pero el patrón aquí tiene su propia receta, que se la dio un griego.

—Bueno, ¿y qué es lo que le pone para hacerlo tan especial?

—Ah, le pone, bah... Es claro que está un poco diluido.

—¿Qué le pone?

—Te digo que es un trago francés; le pone, bueno, pues, le pone su dinamita, ¿comprendes?, para que tenga...

—No, no sabes. Hablas por hablar.

—¡Hola, Luisito!

—Allí viene López...

—Haz el favor, siéntalo lejos de mí; ése come demasiado.

De pronto entró la dueña de casa con una sopera; a pocos pasos la seguía una criada con otra. Empezaron a servirse desde la cabecera. Lo hacían con un cucharón voluminoso, esforzándose por pescar el mayor número de los objetos que navegaban en la sopa. Picaban, luego, el pan sobre la sopa, le agregaban vino y se ponían a sorber estrepitosamente. Del silencio inicial pasamos, sin transición, a una frenética alharaca. Sonaban los platos, las cucharas, las botellas, los comensales; éstos especialmente, pues sorbían y eructaban con demasiado entusiasmo. Comenzaron las conversaciones, y, como todas empezaron al mismo tiempo y todas versaban sobre temas diferentes y eran tantas, aquello pareció una Torre de Babel construida entre formidables puñetazos y patadas en el suelo. Como una música celestial, desde el rincón lejano donde estaba la victrola, nos llegaba una canción de Los Bocheros:

Yo te daré, te daré,
niña hermosa,
te daré una cosa,
una cosa que yo sólo sé.
¡Olé!

—Coño, tú hablas por hablar y porque tienes lengua. Harry Bridge jamás dijo eso, y todos los que lo afirman en la "Crónica" lo hacen porque la maldita mad...

...yo te daré, te daré,
niña hermosa...

—...que los parió...

—No digo yo que fuera él quien lo dijo, sino tú que lo has inventado; tú, cabrón...

...te daré una cosa que...

—Favor de pasarme los garbanzos.
—Sírvase.
—No, sírvase usted primero.
—De ninguna manera; en buenas manos está.
—Gracias, mil gracias.
—Gracias son las que a usted le adornan.
—¡Hostias! Me cago en la "Crónica". Más vale que no vuelvas a repetirlo, porque los agentes del F. B. I. te secarán en la cárcel.

...niña hermosa,
una cosa que yo sólo sé.
¡Olé!

—Esos tunantes no secan más que la...
—Los garbanzos, por favor.
—Dice que los garbanzos, ¡que le pases los garbanzos!
—Pero si ya se los comió todos el hocicón de la cabecera.
—Que no se los ha comido; que los pases, son para la señora.
—Ah, bueno, pues que traigan más, porque a la señora no le vais a pasar esos tres garbanzos mal cag...
—¡Señora! ¡Señora! ¡Señora!
—Que te calles, digo; qué te pasa, ¿te degüellan?
—...el A. F. L. y el C. I. O. me tienen sin cuidado; son un atado de fascistas y oportunistas.
—Ya viene otra fuente; tenga la bondad de esperar.
—¡Qué van a ser obreros! Viven como millonarios. Los jefes, quiero decir, los jefes, no la masa. Zánganos, hi...

...yo te daré,
te daré, niña hermosa...

Después de los garbanzos trajeron el arroz, y después la carne y la ensalada. Yo bebía para ocultar mi turbación; los demás, para apagar una sed apocalíptica o para detener el torrente de palabras. A Mercedes no la veía, porque el hombrón de su padre me la ocultaba con sus codos y sus manos, que, al accionar, parecían como de galera. Observando a mi alrededor, noté con gran asombro algo en que no había reparado antes: en el cuarto había otra mesa, paralela a la nuestra, que al llegar yo estaba vacía y ahora se había llenado de improviso con huéspedes de extraña apariencia. La división de las dos mesas era una división jerárquica: en la nuestra se sentaban los pensionistas, los de la casa. En la otra se sentaban los forasteros, los que venían a la casa como a un restaurante. Con el tiempo aprendí a identificar algunos grupos. Los profesores, por ejemplo: el de la barbilla cervantina, largo y flaco como una lanza, siempre vivaz y sonriente, la mirada azul sardónica pegada en el techo, partiéndose el pelo cano en dos mitades con las palmas de la mano; el de la melena blanca y gruesos anteojos, de gestos leoninos y contagiosa risa, frunciendo la boca y arrugando la frente para hacer reir a sus contertulios con un comentario mordaz; el tenor, rubio y compungido, la mano pegada a la boca, listo para soltar, a la menor provocación, su lírico aullido: *"Andiamo...!"* Pero, en realidad, entre todos los grupos predominaban las mujeres, y eran ellas de edad más que madura. Podrían ser bebedoras. Mas no, bajo un escrutinio minucioso revelaban un vicio peor: la glotonería. Venían a pecar, a tragar como serpientes, cebándose con glotonería lujuriosa.

Mi vecino de la izquierda no tenía voz. Era un hombre delgado y huesudo, de color amarillento, cuyos ojos parecían deshacerse en algo que no sé si eran cataratas, o nubes, o lágrimas, o qué. Para hablar susurraba. La tuberculosis le desgarraba la garganta. Ese susurro suyo era atroz. Era un susurro que se oía en toda la habitación, por encima de los ruidos más estridentes. ¿Cómo podía lograrlo? Le salían las palabras como por un caño de lata, en una especie de sordo sil-

bido, penetrante y metálico; parecía estar raspando mazorcas, a veces, o afilando tijeras, otras. Todo lo que decía era amargo e hiriente. Peleaba con todo el mundo y comía con un apetito de león. A mí no me dirigió la palabra. Me pasaba los azafates con gesto comedido pero cortante. No sé qué discutía ni cuál era su opinión, porque, aunque le entendía todas las palabras, no conseguía asociarlas a ninguna idea; me llegaban como cosas, trozos muertos y fríos de su garganta descompuesta.

Al otro lado estaba un asturiano que sí tenía voz, pero no palabras ni pensamientos. Solamente se reía, con un mechón de pelos sobre la frente y unos ojos grises inyectados de sangre. No cesaba de fumar, y la nicotina se le había pegado en los dientes, en los labios, en los dedos, en las cejas y, de seguro, en el alma. Me fascinaron sus manos gruesas y arrugadas como pedazos de elefante. Los dedos se le habían vuelto redondos y mochos, sin uñas casi, en alguna labor pesada. Tal vez se los había achatado a martillazos.

La discusión sobre uniones obreras venía del otro extremo de la mesa. Hubo un momento, al final del asado, cuando creí que se armaría el zafarrancho. Un gallego chico y sucio, que botaba la ceniza de su cigarro encima de la ensalada y se había chorreado de sopa toda la barba y la pechera, chillaba contra los capitalistas, contra los patrones, contra los periódicos, contra todo. A veces giraba en su asiento, adquiriendo vuelo para la próxima andanada, y entonces podía verle el rostro contraído de furia. Era bizco el condenado, y tal vez por eso no se atrevía a lanzar una botella, por la incertidumbre de dónde iría a parar. Sus opositores eran todos los vecinos en aquel sector de la mesa. Me pareció que el gallego era anarquista, y los otros, de izquierda más moderada. Un gordo rotundo y sonriente, de enormes cachetes rojos, picado de viruelas, se volvía de vez en cuando a los comensales y exclamaba:

—Que hable, dejadle que hable; sufre de eso, demasiado aire, y ese aire ha de salir. ¿No es ésta la manera más decente de desinflarse?

—Coño —saltaba el chico—, a ti, a ti... —Se le enredaba la lengua entre tanta palabra.

Las criadas se llevaban las sobras, pero dejaban los platos, y sobre ellos ponían manzanas verdes. El café se bebía en el mismo vaso del vino. Vociferaba todo el mundo. Se reían a carcajadas las mujeres. Los Bocheros gritaban como una manada de perros:

Yo te daré, te daré,
niña hermosa,
te daré una cosa, una cosa
que yo sólo sé.
¡Olé!

Y yo me volvía y revolvía, atrapado entre el hombre sin voz y el asturiano sonriente. Hacía un calor sofocante. No había más que una ventana en el comedor, y ésta daba a la pared de ladrillo del vecino edificio. Desesperaba ya. En la pared, frente a mí, colgaba la litografía de una muchacha redonda y mofletuda. Mi único contento era oír las voces españolas, tan rotundas, tan briosas, tan distintas a nuestras voces de pájaro mal nutrido. Todo aquel tumulto y apasionamiento no tenía consecuencias, porque toda palabra se decía allí en vano. Eso sí. Palabras, gestos y amenazas, todo se iba con el café, lavado, diluido y olvidado. Poco a poco se iba apagando el vocerío, mientras se encendían los cigarrillos y se goteaba el coñac en las tazas de café. ¿Quién iba a pelear después de comer tanto? Levantarse del asiento era una empresa mayor, porque los que estaban en el medio de la mesa debían esperar a que todos sus vecinos se levantasen, a menos que quisieran salir por debajo de la mesa, y eso, después de la comida, era imposible. Los más intrépidos y jóvenes salían caminando por el banco, apoyándose en la pared y pisoteando a los sentados.

Jamás me acostumbré tanto y tan pronto a un lugar como en esa pensión. Llegué por accidente, siguiendo a Mercedes, y me quedé por afición. Desde allí crecí y me extendí por San Francisco, echando raíces, desbrozando el camino, con la grata sensación de ir empujado por manos amigas, toscas pero generosas.

Domingo en el Burlesque

NO BIEN me pasé a la pensión, dejé el trabajo en el restaurante. Tuve, en seguida, varios empleos, que desempeñaba sin mayor gloria y de los cuales me echaron casi a patadas. Primero fue un trabajo de albañil en una obra que se construía en el vecindario negro y japonés de Fillmore. De albañil yo no tenía nada. Pero cuando me preguntaron si poseía alguna experiencia, respondí que sí. Y no mentía: toda mi experiencia derivaba de haber visto las películas en que Chaplin y Ben Turpin se daban de ladrillazos y se botaban todos los dientes a golpes de escalas. Por muy bien dispuesto que fuera el capataz de la obra, era imposible esperar de él que apreciara mis imitaciones de Chaplin ocho horas todos los días. Además, el muy animal no hacía el menor esfuerzo por ocultar sus prejuicios contra los negros y orientales que habitaban en la vecindad. Esto nos separó irremediablemente. El primer día de trabajo me ocupó en cargar ladrillos y vigilar una especie de canaleta de latón por donde iba la mezcla de cemento hasta el sitio de la construcción. Tan pocos ladrillos cargaba yo, que me sacó de esa tarea lanzando maldiciones, y me puso a colaborar en la mezcla de materiales. Daba vueltas la gran olla de hierro y se tragaba refunfuñando la piedrecilla y la arena que le echábamos a palazos. Parecía un viejo ceniciento y polvoroso mascando a duras penas con su dentadura falsa. Yo trataba de ayudar como podía, a

veces con la pala, a veces con el agua, pero me irritaban la vigilancia del capataz y su mirada incrédula, acusadora. En su ignorancia, quién sabe qué idea se había formado de los chilenos. En esa idea cabía todo lo que aprendiera en el cine acerca de los hispanoamericanos. Por ejemplo:

—Ustedes no pueden hacer nada sin que nosotros los estemos empujando y ayudando. Las pampas del salitre y las minas de cobre producen porque son norteamericanos los que las trabajan.

—Los que las explotan, querrá decir, porque los que las trabajan son chilenos.

No le hacía mella. El infeliz aseguraba que todo Chile era tropical y que en las oficinas públicas los empleados se acostaban en hamacas a dormir la siesta al mediodía. No diré que no la duermen, pero en hamacas... Además, a este cernícalo le negaba todo. Luego decía:

—¿Qué sería de los centroamericanos sin la United Fruit Company? ¿Quién les enseñaría a cultivar la tierra y a aprovechar sus riquezas naturales?

—¡Jijo de la chingada! —exclamaba entonces un mexicano que había venido de bracero y que no hablaba ni jota de inglés—. Dígale a ese chingado que el día que lo cojan los guatemaltecos lo cuelgan y lo queman a fuego lento.

¿Cómo enseñar a un hombre así, cómo corregirle sus errores y castigar su falso sentido de superioridad racial? No se me ocurrió mejor castigo que llamarlo un día al fin de la jornada y mostrarle una obra que yo decidí hacer como punto final de mi carrera de albañil. Aprovechando sus descuidos, construí yo solo una sección de pared. La construí al ojo. Puse ladrillo sobre ladrillo y los pegué con una mezcla de cemento cuya receta recibiera de un borracho de mi pueblo. Cuando el capataz vio el trozo de pared debió sujetarse para no caer desvanecido de emoción. Mi pared, una vez terminada, parecía montaña rusa, y en un sector muy visible, para eterno escarnio suyo, podía verse incrustada en el cemento la chaqueta de cuero del capataz,

que yo puse en la mezcla para darle mayor consistencia y color local.

Otro empleo que tuve duró aún menos, y fue, en su brevedad y dramatismo, tan inolvidable como el de albañil. En la pensión conocí a un joven panameño con el cual trabé honda y fraternal amistad. Se llamaba Miguel Angel Velázquez.

—Pero qué nombre tan feo le pusieron, compañero —le dije un día—; más parece nombre de academia de arte.

—Eso porque me lo dices entero —contestó él—; llámame Mike, con eso basta y sobra.

Así era Velázquez, simple y directo, y, además, mofletudo y crespo como un serafín. Pero moreno, como los angelitos negros de la canción. Se reía de un modo extraordinario: inflaba los carrillos y empequeñecía los ojos, hasta que parecía a punto de estallar, pero no se escapaba un solo sonido de su boca. Todo eran convulsiones y arrugas. Su mujer era igualmente extraordinaria, pero por otras razones que acaso tenga la oportunidad de explicar. Lo realmente fantástico es que mi amigo, con ese nombre, Miguel Angel Velázquez, *era* pintor. Su trabajo era regular, gracioso, delicado, nada genial, desde luego, pero fino de colorido y moderado en invención. Naturalmente, no podía ganarse la vida pintando. Debía, pues, trabajar en lo que se presentara, y lo que se presentaba era, por lo común, empleo de mozo, pinche de cocina o cantinero. Un día, mientras flojeaba yo en mi cuarto, llegó la mujer de Velázquez muy atribulada y compungida.

—Me va a perdonar que lo moleste —me dijo con ese acento suyo entre italiano y "pocho"—, pero creo que es usted el único que puede ayudar a Miguelito en un asunto de suma importancia.

—Pase adelante y siéntese, señora —le dije—; tendrá que sentarse aquí en la cama, porque todo está ocupado. Usted me perdonará.

Se sentó ella al borde de la cama y comenzó a contarme su cuita. A medida que hablaba yo la observaba con gran atención. Me fascinaba. Era de esas personas a quienes rara vez existe la oportunidad de

analizarlas, pues, por lo general, se ven sólo de noche y usan unos afeites tan densos y complicados, que la verdadera fisonomía va envuelta como en un paquete. Su rostro era muy animado y expresivo. Había, por lo menos, dos personas en ella. Una, invisible, sólo podía presentirse atisbando detrás de los polvos y las pestañas falsas, como si mirase entre persianas. La otra era la persona con polvos y pintura. Aparentaba unos cuarenta años a esa hora diurna. La cara era muy blanca, los ojos grises, las cejas rojizas, la cabellera de un negro intenso que se volvía tornasol en las raíces. El contraste entre su piel tan blanca, pigmentada de ligerísimas pecas rojas, y su cabellera negra era de una sensualidad irresistible, sensualidad que ella exageraba vistiéndose de negro, por ejemplo, con la falda partida en un costado, a la moda china, aunque más recatadamente que ciertas chinas sofisticadas, que en la pícara partición no se detienen en la rodilla, sino que llegan hasta la cintura.

—No sé qué hacer con este hombre tan gordo, tan macho y, sin embargo, más tímido que una paloma. Como no lucha ni se defiende, todos abusan con él. No quiere trabajar y, por supuesto, no surge ni gana dinero. Ya sé que es un artista, pero, vamos, por muy artista que sea, no seré yo sola quien lo mantenga.

—Así me parece a mí también.

—Ah, ya ve, usted sí comprende, y por eso nos ayudará.

Se le formaban innumerables arrugas alrededor de los ojos, al mismo tiempo que sonreía satisfecha. Al decir que Velázquez era un artista, ponía una especial intención en la palabra, y era obvio que no se refería al arte de pintar, sino a las malas artes con que a ella la seducía.

—¿Pero qué es lo que puedo hacer yo, señora?

—Muy sencillo. Hoy volvió de la agencia de empleos con una oferta para ir al Hotel Fairmont a servir en el comedor. Parece que necesitan gente, debido a una convención o no sé qué. Pagan muy bien, usted sabe, ahí pagan muy bien. Claro que pagan muy bien. Pero este animal de Miguelito no quiere ir, y ¿sabe usted

por qué no quiere ir? Porque tiene vergüenza. ¿Habráse visto?

—¿Y de qué tiene vergüenza?

—Dice que está muy gordo. Imagínese. No se atreve a ir al Fairmont porque dice que las gentes se lo van a pasar mirando y riéndose de él porque está muy gordo.

Yo no pude contener la risa. ¡Las excusas que se le ocurrían a Velázquez! Pero Norma, que así se llamaba la señora, habló y habló y me convenció de que la razón era auténtica. Se ofreció a traer a Velázquez para que lo expresara él mismo, y, efectivamente, volvió a los pocos instantes con él.

—Dile aquí al señor por qué no quieres ir al Fairmont.

—Bah, no hay que ser pendejos. Qué tiene de particular. A cualquier otra parte voy, pero al Fairmont, carajo, no me da la gana de ir, y eso es todo. Con mujeres elegantes y luces y toda la babosada. No, viejo, mejor esperamos. Ya habrá otra cosa.

—¿Pero, hombre de Dios, quién te va a mirar la panza? —le pregunté yo—. ¿A quién le importa que estés tan guatón?

—Si no es eso. Ya le creíste a esta mujer. Está loca.

—¿Y entonces qué es? ¿Por qué no vas?

—No es que me vayan a mirar; lo que me jode es que tengo que ponerme la chaquetilla blanca, y, claro, estoy pesando más de doscientas libras, me siento incómodo. Me siento ridículo. Pero no es que me importe lo que los otros babosos piensen.

Era un problema insoluble. Etico y estético. Norma discutía acaloradamente, sin lograr convencerlo. De repente salió lo que ambos querían de mí.

—...Si usted pudiera ir con él...

—¿Yo? Señora, no hay cosa que me rebele más que me obliguen a trabajar. Si sale de mí, de mi propia y libre voluntad, aceptado; pero trabajo forzado, no, mil veces no.

—Pero hombre, deja la joda. El dinero no te caería mal, y si tú vas, yo voy también.

La señora me miraba con marcada emoción. Era

tan blanca y pelirroja debajo de la anilina negra, enseñaba tan bien la pierna por el corte de la falda, y esas arrugas en los ojos suplicantes, sonrientes..., todo en ella era tan subyugador, que no pude menos de ceder. Velázquez sonreía al lado de su mujer, como niño grande, gozando de amolar al amigo.

—Bueno, pues, si así se soluciona el problema, vamos a trabajar al Fairmont; pero te advierto que si no me gusta no vuelvo mañana.

—Sí, hombre, lo mismo digo yo.

Norma se fue agradecida, y Velázquez y yo nos marchamos al Fairmont esa tarde. Ahora que evoco este percance, pienso en algunos encuentros pugilísticos: el boxeador espera ansiosamente el instante de subir al ring; detrás de él quedan largos meses de costosos preparativos, una vida entera dedicada a ese punto culminante. Suena la campana, se levanta de su rincón, va hacia su contrincante, y, de pronto, un relámpago le enceguece el sentido, tinieblas por todas partes, vuelve a su camarín en camilla. Algo así me sucedió a mí. Llegamos al Fairmont como a las cinco de la tarde. Atravesamos el gran *hall* con paso rápido. Yo sentía a Velázquez escondiendo la panza detrás de mi brazo; él, seguro de tener mil miradas encima; yo, muy cierto de que nadie se había fijado en nosotros. Nos presentamos al encargado del personal y en pocos minutos estuvimos listos para trabajar. Listos para la contienda. Porque eso fue. Me llamaron a servir una mesa. Caminé entre los comensales igual que domador entre leones desconocidos. Envuelto en una chaqueta blanca almidonada, el paño blanco colgando al brazo, la libreta y el lápiz en la mano. Era una mesa grande. ¿Ocho, diez, doce personas? Jamás podré decirlo con exactitud. Veía, entre nubes, gruesas ancianas muy perfumadas que, al empolvarse los brazos desnudos, parecían *gourmets* echándole sal a un pernil. Veía boquillas, pulseras, anillos, pecheras y extrañas corbatas. Veía dientes de oro y sonrisas interrogantes, manos pálidas y peludas que hacían señas misteriosas en el aire. La atmósfera se mantenía en penumbras. La orquesta ejecutaba lentos fox-trots y las notas del piano

se confundían con el tintinear de las vajillas. Mis clientes estudiaban concienzudamente el *menu* de grandes tapas moradas. De pronto se pusieron a pedir. Pedían, pedían, pedían. Yo anotaba frenéticamente; pero tan pronto recibí los primeros pedidos me convencí de que jamás, jamás lograría anotar tan rápidamente y recordar quién deseaba qué cosa. Seguí anotando y ellos pidiendo. Los ancianos, al verme tan asequible y sonriente, complicaban sus pedidos hasta el infinito. Uno quería ciertos huevos, pero no cierta salsa; otro deseaba que le cambiasen unas habichuelas por una planta cuyo nombre recordaba yo vagamente de mis clases de botánica. En cuanto a la carne, unos la querían solamente cocida apenas, otros la deseaban quemada y otros cruda. Anoté durante diez minutos y después marché, tieso y decidido, por entre las mesas, bordeando la pista, de donde me llegaban fuertes perfumes de espaldas desnudas; pasé por la monumental cocina, ni siquiera miré al *chef*, me saqué la chaqueta blanca, me puse la mía y, sin mirar para atrás, salí del hotel definitivamente.

Ninguna molestia le causó mi deserción a Norma; por el contrario, le impresionó el hecho de que me hubiera sacrificado acompañando al tunantón de su marido, quien trabajó en el Fairmont unos cuantos días, y, al terminar, en muestra de reconocimiento, me invitó a ser su huésped durante todo un domingo. Y fue un domingo preñado de significaciones, embriagante, fatal, curiosamente amargo. Norma, vestida de morado y negro, lucía unos zapatos de tacón tan alto, que parecía ir caminando en zancos. Tal calzado no lo usaba sin equívoca intención, porque era de una clase que se ata con cintas alrededor del tobillo y que exalta la morbidez de la pierna. Subida en estas torres, la figura toda de su cuerpo se espigaba de un modo felino, inflando seductoramente, al caminar, ciertas finas redondeces. A su lado, Velázquez parecía un cabrón de playa. Lo digo particularmente a causa de sus zapatos de dos colores, de su camisa hawaiana y de su corbata rosada. Yo me sentía un tanto incómodo con ellos. ¡Si por lo menos hubiese tenido unos zapatos

rojos o un chaleco amarillo o un pañuelo de seda en el cuello! Caminamos en silencio por Broadway hasta la iglesia de Guadalupe. Era una mañana radiante; ni una nube en el cielo cristalino. El viento venía como pegándose a las paredes, mientras soltaba sus chicotazos olorosos a espuma de mar. Entramos a la iglesia y Norma decidió sentarse en la primera fila. No sé qué llamó más la atención, si su vestido morado o el crujir estridente de los zapatos de Velázquez. Norma se hincó, y, mientras nosotros seguimos el ritual de la misa hincándonos, poniéndonos de pie y sentándonos, ella no volvió a levantarse, acaso por exceso de devoción o acaso porque no despertó ya, de rodillas en el suelo.

Un carrito nos llevó más tarde colinas arriba, con mucha bulla de tuercas y tornillos y jalones violentos del cable que se estira entre los rieles hasta perderse de vista. Los pasajeros vamos sentados en dos bancas largas, espalda a espalda, en una sección abierta. Pasan los transeúntes caminando lentamente en lucha porfiada contra las pendientes bruscas e interminables de San Francisco. Al pasar el funicular, porque eso es este carrito, los hombres se vuelven a mirar las piernas de las pasajeras, que no pueden ocultar sus encantos por muchos esfuerzos que hagan, ya que el viento siempre encuentra su camino entre las rodillas. Pasan ancianos chinos fumando sus boquillas de marfil nicotinado y señoras chinas redondas y pequeñas, vestidas de negro, flotando sobre minúsculos zapatos. Del Fairmont y del Mar Hopkins salen mujeres rubias, altas y elegantes, quemadas por el sol. El viento les revuelve el cabello corto y ellas sonríen eternamente, dejando ver unos dientes blancos y enormes como de caballos. El carrito baja ahora, escandaloso y bullanguero. Saltan unos pasajeros y suben otros. Al pasar por el Katay vemos el gran comedor a través de unos vidrios azules, que les dan a los visitantes la apariencia de estar comiendo debajo del agua. Desde esa esquina vemos a China Town como en una tarjeta postal. Grant es una calle estrecha flanqueada por tiendas pintadas de todos colores, disfrazadas de pagodas unas, y otras simples bazares donde se expone la mercancía china y ja-

ponesa: los gigantescos pañuelos de seda, morados, amarillos, rojos, negros y verdes; las miniaturas de marfil y jade, los abanicos y los cofres, los bastones, las pantuflas, los rascaespaldas, la cerámica y el cristal; plantas, flores, dulces, libros, litografías. Entre tanto color y brillo surge un mercado chino y en la ventana cuelgan objetos fascinantes y misteriosos. Algunos serán conejos, pero estos conejos despellejados y secos, tratados con recetas de refinada alcurnia, se convierten en seres mitológicos de matices inverosímiles, de contextura que parece seda, o papiro, o ceniza, como si ya hubiesen sido comidos, masticados y digeridos y en seguida puestos a secar, momificados en actitudes extravagantes. Otras cosas serán animales delicados y exquisitos en raras combinaciones, por ejemplo: colas de ratoncillos en almíbar congelado, o sapitos *a la king*, o comadrejas saltadas en salsa blanca. Dentro de unos frascos enormes andan unos cuyes viéndose la suerte en papelitos que sacan de galletas chinas. A través del suelo de rejas se ve un subterráneo lleno de pollos y palomas y dependientes chinos que pasan riendo y cacareando, amarillos, calvos y lustrosos. Miles de reflejos multicolores saltan de las letras chinas en paredes y rótulos. Parte del resplandor viene de las tiendas de artefactos eléctricos, donde se exhiben, entre sillones y catafalcos de emperador, brillantes refrigeradores, baños de tina, excusados y aparatos de televisión.

Nos bajamos y caminamos hacia los malecones. Un pedazo del puente de Oakland, nítido y limpio en su complicada armazón de acero, aparece entre dos bocacalles sobre el agua azul de la bahía. En el resplandor dorado de la mañana las casas asumen la pasividad de viejas estampas. Un grupo de filipinos permanece silencioso frente a la puerta de un hotel. Son pequeños y fornidos, llevan chaquetas de estilo *sport* que les tocan casi las rodillas y se cubren la cabeza con enormes sombreros emplumados. Frente a "La China Poblana", los mexicanos, en camisa, gordos y morenos, hablan en bajos tonos. Al otro lado de la calle, junto a un almacén, se reúnen los italianos: cinco o seis viejos, vesti-

dos de negro, la chaqueta cortísima, sin corbata; hablan con el cigarro o la pipa en la boca y gesticulan con ferocidad; tan sólo en los ojos se advierte la saludable ironía.

Norma no cesaba de hablar, saltando de tema en tema. Lo que no me agradaba era que hablase de Mercedes. Era tan absurdo que la mezclase en ese ambiente de botella de vino que ella y Velázquez compartían. Además, trataba de descubrir la razón de mis timideces y pretendía animarme a acelerar mis esfuerzos para ganarme la voluntad de Mercedes. Yo sabía que Mercedes no le daba oportunidad a nadie. La veía todos los días, muchas veces en su propio cuarto. Empecé a acompañarla a los ensayos por la tarde, donde podía regocijarme viéndola vagar en unos pantaloncitos azules que le ceñían los muslos tentadores; la veía, luego, en la noche, y, a pesar de que bailaba casi desnuda, yo la contemplaba con candor y le conversaba, después, fraternalmente, durante horas, hablando de mi tierra, de mis planes, induciéndola a contarme la historia de sus parientes, a la mayor parte de los cuales no conocía sino a través de viejos retratos. Pero aún así, con toda la intimidad que iba ganando y la ternura que demostraba yo en cada palabra y en cada gesto, y que ella recibía con obvio deleite, no se había cruzado entre nosotros ni una palabra de cariño, ni un signo que pudiera interpretar como una respuesta a ese apasionamiento hondo, maduro, contenido, pero ardiente, con que yo la venía cercando. "¡Demonios! ¡Pero qué animal soy!" Velázquez y Norma me miraban sorprendidos. ¿No era mi timidez absurda y hasta indigna? ¿Valoraba ella en lo justo mi actitud? La simple idea de hacer una confidencia sobre Mercedes a Velázquez y a Norma me repugnaba. Sin embargo, no podía evitarlo, y así, después de divagar en silencio y soltar alguna exclamación imprevista, acababa por sincerarme. Pero, naturalmente, Norma no era la persona destinada a ayudarme. Jamás hubiera podido ganarse la confianza de Mercedes, y, mucho menos, influir sobre ella. Me dolía pensar que Mercedes, en sus momentos más frívolos, que eran muy frecuentes, se olvida-

ba completamente de mí y prefería a otros. Acaso yo era el confidente, la sombra acogedora para sus momentos de actividad sentimental y romántica, y los otros, tal vez *el* otro, para los instantes de...

—¡Maldita sea!

—¿Quién, yo? ..

—No, señora.

—¡Qué pendejada! Cómo te va a decir a ti maldita, si apenas te conoce.

—Hágase valiente —dijo Norma con mirada turbia—; declárese, y, sobre todo, déle unos buenos apretones.

—Esta mujer está borracha —dijo Velázquez, viendo mi expresión de horror.

Me llevaron al Burlesque. Domingo por la tarde.

El hall estaba vacío. Un individuo pequeño, gordo y calvo, vestido de azul a rayas, invitaba a los transeúntes a entrar, exclamando con voz llena de saliva:

—*Girls, girls, girls.*

Apenas se le adivinaban los ojos detrás de las gruesas gafas y bajo las cejas espesas y coloradas. Velázquez compró los boletos. El rostro de la mujer que los vendía, era, a la luz del sol, una máscara pintada a brocha gorda. Estaba suspendida en el aire, como una muñeca de aserrín, las mejillas pintadas con salsa de tomate sobre un fondo de lienzo blanco. Pasamos por una especie de galería de vidrio, donde lucían en poses seductoras las artistas. El gordo tomó los boletos, y entramos. La sala era una inmensa bodega en tinieblas. Se respiraba un fuerte olor a desinfectante pegado al aire, frío casi. En esos momentos pasaban una película sobre una expedición al Africa. Las figurillas de los negros y negras en pelota pasaban velozmente, a saltitos, mirando a veces a la cámara, y riendo con sus horrendos labios agujereados por anillos colgantes. Un león, un elefante, cocodrilos peleando. Una negrita bañándose con las tetas al aire. El doctor Von Pilsener, vestido con pantalones cortos de boy-scout, se limpiaba el sudor con un pañuelo, y seguía su marcha. La película era tan vieja, que, a veces, las imágenes aparecían como manchas blanquecinas en un campo de

peste negra. Acostumbrada la vista a la obscuridad, miré a mi alrededor, y noté que en todo el teatro no había más de diez personas. Se posesionó de mí una angustia insoportable. Me sentí abandonado de Dios, presa de la más total desesperanza. Velázquez comía maíz tostado y Norma mascaba chicle. El olor a desinfectante me cubría como una sábana mojada. Parecíamos estar en un gran excusado. La película era interminable. Empezaba ya a retorcerme de aburrimiento y de tristeza, cuando se encendieron las luces, pocas luces, y el gordo de la puerta se subió al escenario, y empezó a vender unos paquetes de dulces. Si uno compraba el paquete, recibía como premio una novela francesa con ilustraciones obscenas. Habló tanto, que los espectadores comenzaron a dar alaridos y lo hicieron callar. De los presentes, tres o cuatro eran chinos, y los demás, soldados y marineros. Cuando la orquesta empezó a tocar, entraron otros pocos espectadores. Se inició, entonces, el desfile de las mujeres. A medida que se desvestían, toda la sala parecía ir desnudándose con ellas, quiero decir, que de las paredes se desprendía el sebo de los años: telarañas, grandes masas de chicle, las cortinas se soltaban como inmensos harapos negros en un velorio; todo era un descascararse, crujir, agrietarse, en una pústula que crecía hasta adquirir dimensiones monstruosas. Los reflectores se hundían en las vigas, en las columnas y decorados, y, a puñaladas, se metían entre la carne vieja de las bailarinas, y, entonces, la metamorfosis a que aludo cobraba relieves alucinantes. La pudrición se desarrollaba con detalles macabros, porque desde nuestros asientos distinguíamos claramente las cicatrices de apendicitis, de cesáreas, granos y moretones y mordiscos, que, bajo el efecto de la luz, comenzaban a reproducirse. Vaciábanse sobre el escenario mujeres y más mujeres. La luz se había hecho morada, y parecía desprender de los cuerpos masas de carne vibrante y lujuriosa. Era una carga de senos, piernas, caderas, brazos, que la mirada turbia y cruel de los chinos y uniformados revolvía como en la fosa macabra de un campo de concentración. Una jovenzuela de líneas frescas y hermosas se desnudó con de-

masiada prisa y se quedó allí, con aire compungido, medio abierta de piernas, simulando extrema confusión. Un borracho se levantó rugiendo. Vino el portero corriendo a calmarlo con gestos y amenazas. Una sensualidad espesa y oprimente se apoderó de todos nosotros. Norma se arrellanó en el asiento, y nos tocó a ambos, a Velázquez y a mí, con sus piernas que se mostraban sin pudor. Velázquez se echó un puñado de maíz a la boca, y siguió mascando.

Al salir, me sentí bañado en una luz acusadora; me imaginé que todo el mundo podía vernos la suciedad contraída dentro. Velázquez y Norma parecían salir del catecismo. Fuimos silenciosamente a encerrarnos al "Rancho", con el propósito de ver a Mercedes. En cuanto llegamos, fui a su encuentro, y la invité a bailar. Ella debió advertir mi excitación, porque se pegó a mí estrechamente. No estaba ella acostumbrada a que la asediara de este modo, sin ternura, con la obsesión única del contacto físico. Pasamos así las horas hasta la función de las ocho. Continuamos, luego, cada vez más silenciosos, y concentrados, comunicándonos el ardor de nuestros cuerpos. Algo se irradiaba de nuestro círculo, porque noté muchas miradas siguiéndonos, miradas apreciativas, azuzadoras casi, como esperando una culminación que no llegarían a presenciar. Secretamente, anticipaba yo el vértigo del primer beso apasionado. Temblaban mis brazos alrededor de su espalda. Cuando sucedió lo inesperado. De pronto, en medio de un baile, Mercedes me aparta con un leve empujón, y se empina para saludar bulliciosamente a alguien que entraba en esos momentos. Antes de que pudiera darme cuenta exacta de lo que ocurría, la vi alejarse, tomarle las manos al recién llegado, y conducirlo a una mesa, donde se instalaron sin prestarme la más mínima atención. Mi actitud de incredulidad debe haber sido grotesca. Oí risillas burlonas entre los que observaban la escena. Mercedes me abandonaba en la forma más ruda y desdeñosa, para irse con otro. Me invadió la furia, una furia que me heló la sangre. Me fui al bar. No se me ocurría nada. Velázquez vino, temeroso quizás de que yo provocase un escándalo. No

había nada que temer. El desprecio de Mercedes me había deshecho, tan sorpresivo, tan cruel. Después de bailar esa noche, Mercedes se acercó a decirme que debía salir con un amigo, pues se había comprometido de antemano. Lo dijo con absoluta y sincera naturalidad. El efecto de sus palabras fue aún más terrible, y le respondí con un balbuceo trémulo. Cuando se fueron, me vino la angustia como una náusea, y en la embriaguez que siguió, no pude distinguir ya de dónde venía la conciencia de mi derrota: si de la tarde podrida que pasamos en el Burlesque o de mi espantoso ridículo allí, esa noche. Bebimos, Velázquez, Norma, otra muchacha que Velázquez invitó, y yo. Pronto mi nueva compañera estuvo enroscada a mi pecho con todo su busto moreno; pero yo sentía entre los vapores de su perfume barato, entre la madeja espesa de su cabellera negra, la presencia, cada vez más cercana y real, de toda esa carne desnuda, vista aquella tarde, incitándome, aturdiéndome. Con ella venía la penumbra triste, helada y hedionda a desinfectante de la gran sala vacía, y, como un sollozo, el recuerdo de Mercedes, del brazo de su acompañante, un hombre sin cara, llevándosela de mi alcance una y otra vez, en una horrenda y sistemática pesadilla.

¿CUANTOS días pasaron sin que yo viera a Mercedes? La sensación amarga del desencanto se fue depositando en cada jornada como el residuo de un licor añejo. Velázquez y yo empezamos a trabajar como pinches de cocina en uno de los más afamados restaurantes de North Beach. Para mí esa cocina fue una verdadera cueva de Sésamo. El personal se componía de tres cocineros y un anciano, a cargo éste de las operaciones de lavar los trastos.

El cocinero jefe era un tejano de casi dos metros de estatura, algo encorvado, de piel y cabellos rojos y gestos torpes como los de un oso. Se llamaba Jack, pero le decían Cowboy, y miraba con una expresión que era mezcla de la más desconsiderada burla y escepticismo. Llevaba gafas de acero transparente, y se ladeaba el gorro blanco como personaje de teatro. Hablaba tan poco, que en un comienzo le creí mudo. El Cowboy aparecía en la mañana a eso de las diez, y distribuía el trabajo con más gestos que palabras, recorría los amplios ámbitos de la cocina en un viaje de inspección, y se marchaba, después, a un lugar secreto, en la azotea del edificio, donde pasaba el resto del día ocupado en algo que era imposible de imaginar. El segundo cocinero era un italiano. Le llamaban Anchove, no sé si por sobrenombre o porque su verdadero apellido sonaba de esa manera. El señor Anchove tenía los ojos de aceituna, muy grandes y saltados, un mentón saliente, y ca-

minaba con las patas para afuera, como Chaplin. Era un hombre bondadoso y simpático. Mi buena suerte quiso que cayera bajo su mando desde el comienzo, y de inmediato le cobré gran afecto. El tercer cocinero se llamaba Charlie. Era chiquito, macizo y muy rubio, con ojos celestes, reidores. Pasaba el día cantando. Su especialidad eran los pasteles. El señor Anchove me recomendó no intimar con el chico porque era maricón. En cuanto al anciano encargado de los platos, diré tan sólo que era sordo y tenía un genio de mil demonios. Se llamaba Joe, y Velázquez tuvo la mala suerte de caer bajo sus garras. Tal vez no fue cosa de suerte. El tejano pudo tener la culpa. El día que llegamos nos interrogó:

—¿Qué sabes hacer tú? —me preguntó.

—De cocina, nada —le respondí muy sinceramente.

—Bueno, por lo pronto, vas a pelar papas, cortar legumbres, sacar jugo de naranjas y lavar los frigoríficos. Preséntate al señor Anchove, él te dirá por dónde empiezas.

Después le dio una mirada a Velázquez. Fue cosa de segundos. Yo adiviné que Velázquez le había caído mal. ¿Su color? ¿Sus cachetes mofletudos? ¿Su aire de timidez?

—Tú vas a trabajar con Joe. Lo que él te diga.

Seguí a mi amigo con la mirada, y desde lejos presencié su primer encuentro con Joe. El viejo trabajaba en un aposento obscurecido por el vapor que emanaba de una máquina lavadora. El trabajo parecía sencillo; consistía en arreglar platos, tazas y vasos, en una especie de parrilla en movimiento, que los conducía a una cámara de agua, donde se lavaban, y luego a otra de vapor, donde se secaban. Pero había otro artefacto: algo así como una noria de fierro, donde se metían los cubiertos, y que giraba eléctricamente, a una velocidad fantástica. La noria contenía arenilla y municiones, de modo que era indispensable cerrarla con extremo cuidado antes de ponerla a funcionar; un descuido, y la maquinaria podía abrirse de golpe, explotando su carga como una bomba. Tuve la impresión de que el viejo

puso a trabajar a Velázquez allí con la esperanza de que tuviera un accidente, y para divertirse con la expresión aterrorizada de su rostro. Pero ya sea que se aburrió de tenerlo a su lado o que deseara probarlo con otra labor más desagradable, pronto lo trasladó a su lavadero y lo puso a fregar ollas y cacerolas. El tamaño mediano de una olla ahí era el de un baño de asiento. Se necesitaba un luchador profesional para lavarlas, pues a causa de su forma y de su peso se resistían a entrar en el agua y saltaban de improviso, cubriendo al lavador de grasa y jabón. Velázquez fue a protestar donde el Cowboy.

—No veo por qué te quejas —le dijo éste—, un muchacho grande y rollizo como tú. Bien te hace el ejercicio. A ver cuántas ollas tienes —agregó, caminando con Velázquez hasta el lavadero—. Pero, condenado, ¿cómo no has visto que el desagüe está tapado? Límpialo, allí está la tapa.

—¿Dónde?

—Allí, en el suelo.

Velázquez sacó la tapa, y un tufo nauseabundo invadió el recinto.

—¡Qué porquería! ¿Con qué lo limpio?

—¿Cómo que con qué? Con las manos, claro está.

—¿Con las manos? —Velázquez parecía a punto de vomitar. Se puso en cuatro patas y comenzó a sacar con las manos una asquerosa mezcla de alimentos podridos. Ahí le dejaron. Al rato lo fui a ver, y su delantal, sus pantalones, los zapatos, los brazos, hasta la nariz, mostraban la huella de su faena.

El señor Anchove me dio instrucciones precisas, y un horario que había preparado a la perfección. Yo lo dejaba hablar. El jugo de naranja sí lo sacaría, porque me gusta, y acostumbro tomarlo para el desayuno; las papas, también, porque era cosa de pelarlas a máquina. Lo demás...

La verdad es que tan pronto nos dimos cuenta de que el Cowboy se encerraba todo el día en su madriguera, de que el señor Anchove era un alma de Dios, de que Charlie era inofensivo, y de que Mr. Joe era sordo e incapaz de salir de su infierno de vapor, Velázquez y

yo nos entregamos a investigar esa cocina, a conocerla, pulgada por pulgada, en un proceso de asombrosas sorpresas. La predilección de Velázquez era comer y transportar víveres para su mujer. Se paseaba por los frigoríficos como una rata gigante, y se marchaba en la noche con un saco a la espalda como un excursionista. Mi afición era recorrer todos los vericuetos del edificio, despacio, ensimismado, absorbiendo extrañas sensaciones por todos los sentidos, como un amante del arte que recorre una exposición. Me fascinaban el subterráneo inmenso, las bóvedas donde se amontonaban sacos y cajones, las extrañas etiquetas, las botellas, las vasijas, los frascos y latas de conservas, los carritos de ruedas, las romanas. Se olía un aire picante en los rincones, mezcla de azafrán, orégano, comino y otras especias, que hacían la obscuridad más atrayente. Pero no era un ambiente de rincones ese subterráneo, sino más bien una pista de cemento, relumbrante y lisa, que culebreada por las entrañas del edificio. La atmósfera tenía algo de fresco y artificial, que me intrigaba. Era como transitar dentro de una botella.

En una de esas excursiones fue que llegué a la guarida del Cowboy, y descubrí su secreto. Subía por una escalerilla de incendio a la azotea, cuando me encontré frente a un pequeño edificio aislado, una casucha sin ventanas. La puertecilla, pintada de un color gris, lo hacía verse aún más insignificante. Parecía una jaula o una trampa. En mis andanzas me sentía tan libre y comunicativo, tan feliz de romper la monotonía de la cocina, que ni siquiera esa puerta tan hosca pudo detenerme. La abrí de un manotazo y me asomé. Echado de espaldas sobre un camastro de hierro, me miraba impasiblemente el Cowboy. La luz que venía del único foco en el techo, era de un color grisáceo. No movió la boca, no hizo gesto alguno que indicara la impresión que le causaba mi presencia en su escondite. Yo entré de todos modos y miré con aprensión, extrañado de la luz y del vacío que reinaban en esa celda. Ni una silla, ni una mesa, nada sino la cama sin ropas, las paredes desnudas, el suelo de cemento y el Cowboy acostado

mirándome. Y, ah, sí, en el suelo, al alcance de la mano, una botella de oporto.

—Siéntate —dijo de pronto.

—¿Adónde me voy a sentar?...

—¿Quién va a ganar la primera y la segunda en Tanforán? —me preguntó, sin cambiar de expresión en lo más mínimo—. Es muy importante. La dupleta.

—No te entiendo —le respondí.

Sacó de la bolsa un periódico todo ajado y con gran parsimonia se enfrascó en su lectura. Estaba borracho o en trance. No se había quitado el delantal ni su gorro de cocinero; las patas enormes sobrepasaban el largo de la cama, y quedaban suspendidas en el aire, grotescamente. Yo esperé que hablara. Después del azoramiento inicial me sentía cómodo. Traía conmigo la ilusión de la mañana brillante, el olor a sol, la brisa suave de la azotea. El Cowboy cogió la botella, apuró un trago y me la pasó. Yo bebí enternecido por su cordialidad.

—Vamos a ver —dijo—. En la primera van ocho caballos. —Me mostraba una página del diario, cubierta de nombres, números y signos rarísimos—. Corren una milla. Fíjate bien. Una milla. De todos los que corren, sólo "Vegas Highjaker", "Balboa Boy" y "Papagos" han corrido esa distancia. Tres. Los tres corren por dos mil dólares. Ninguno ha ganado este año. "Papagos" llega atropellando, "Balboa Boy" corre en punta. El otro parece que no tiene más que un galope parejo, ni velocidad ni embalaje. De los otros, hay éste, éste y éste, que corren en punta. Este otro también atropella, pero es más barato. Este otro, "Pore Boy", tiene más clase, mucha más clase, pero no ha corrido nunca esta distancia, y rehusa ganar. Tiene un complejo. En el fondo no será más que una mula. Todos son mulas. fíjate bien, pero uno tiene que ganar. Esto es inevitable. Entonces hay que escoger. Ahora dime, ¿quién va a ganar?

—¿Qué te voy a decir yo? Las pocas veces que aposté en mi vida, lo hice por intuición. Era el nombre de un caballo que me atraía, o el modo de andar, o un gesto de la cabeza.

El Cowboy se vació un trago de oporto, y con gesto brusco hizo una gruesa marca junto al nombre de "Pore Boy". Tal cosa me pareció absurda. ¿No era el caballo que no ganaba nunca? ¿No era una mula? ¿No tenía complejo?

—La clase —repetía el Cowboy—, la clase. Aquí está la clase de la carrera.

Luego me miró con asombro, de repente, sorprendido de verme allí, de pie, observándolo.

—¿Qué diablos haces aquí? —gritó con su vozarrón áspero—. ¿Se acabó el trabajo en la cocina?

Yo di media vuelta y salí sin decir nada. Su tono no había sido insultante, sino más bien asombrado. De todos modos, bien merecida me tenía la maldición. ¿Quién me mandaba intrusear en su buhardilla? Bajaba yo la escalera, cuando lo sentí venir detrás de mí, corriendo.

—Espera.

Me volví a mirarle. A la luz del sol en aquella azotea blanca, el Cowboy parecía una figura de carnaval. El rostro congestionado por el alcohol irradiaba tonos granates, morados, carmesíes, como un aviso luminoso. La vestimenta blanca en su cuerpo de gigante le daba la apariencia de un patriarca o de un barco de vela. Detrás de las gafas, los ojillos verdes, arrugados, hacían esfuerzos por mirar, y, válgame Dios, estaban bañados en lágrimas.

—Oye, hijo, toma, para que le apuestes al que tú quieras —me alargaba dos billetes de a dólar—; no te dejes influir por lo que dije. Olvídalo. Olvídalo. Toma.

—No, hombre —le dije—, guarda tu dinero. Yo no juego a los caballos. Además, ¡cómo se te ocurre!

El Cowboy gimoteó con un susurro, como gato ronroneando:

—Ay, bueno, entonces —dijo—. Yo no sabía. Pero es "Pore Boy". Acuérdate. La clase, la pura clase.

Ahí le dejé, gimiendo y limpiándose los ojos. A las doce, cuando Velázquez, el señor Anchove y yo nos disponíamos a almorzar, el Cowboy apareció en la cocina con su sombrero tejano y, cerrándome un ojo, me dijo:

—Vamos, apúrate, que no hay mucho tiempo.

Yo me lo quedé mirando, sorprendido. La borrachera se le había pasado, o, mejor, la había asimilado tan bien, que no era sino un ligero sopor sobre toda su persona.

—¿Vamos? ¿Adónde? —pregunté yo.

—Vamos, vamos, no molestes.

Había tanta decisión en su actitud, que me levanté, dejé el delantal, me puse la chaqueta y salí detrás de él. Claro, la idea de perder el tiempo me fascinaba, y en especial si hay en ello un elemento de fatalidad. Pero sobre todo me halagaba la amistad del Cowboy y la sensación de un contagio mágico que emanaba de su condición de carrerista. Porque eso era el tejano: un carrerista. Un iluminado. Un místico. Y un borracho, por añadidura. Es decir, un elegido. Personas de vocación tan fuerte llegan en la vida de uno como un accidente. No hay modo de evitarlas ni de prever las consecuencias de su llegada. Además, en este caso el Cowboy debe haber sentido lo que el espiritista siente ante el hallazgo de un médium por naturaleza. Yo había "nacido" carrerista. Me faltaba tan sólo la iniciación en la cofradía.

Así, pues, marché con el Cowboy a las carreras, como un infante que va por primera vez al colegio, tan lleno de júbilo como reticente, anticipando el alborozo de una manera silenciosa y tímida. Tanforán es, como todos los hipódromos del Oeste, un gran galpón medio al descubierto, frente a una cancha desguarnecida: el edificio pintado de blanco y verde, el interior de la cancha plantado de pasto y amapolas. Es una versión moderna de los campos de rodeo que mantiene cada pueblo ganadero del Oeste. Pero mientras en los pueblos la estructura no es más que una primitiva armazón de tablas, una pista de tierra y cercos de palo, construida en las afueras y al descuido, como botada en la llanura y abierta a todos los vientos, aquí la tribuna tiene una armazón de hierro; hay mostradores con ventas de alimentos y bebidas, y ventanillas provistas de máquinas eléctricas para la impresión de los boletos. Tanforán está junto a la carretera llamada el Camino

Real, en el pueblo de San Bruno, rodeado por enormes solares, donde se estacionan los automóviles.

Junto a nosotros pasaban grupos de personas caminando apresuradamente. Marchaban en silencio, los ojos saltados, apretando convulsivamente un periódico en la mano. Algunos llevaban anteojos de larga vista colgándoles del cuello. De estos grupos se desprendió un negrito que vendía periódicos y ofrecía "pases" que le permitían a uno entrar por un precio reducido. Por la carretera iban los automóviles a gran velocidad, cargados de pasajeros. En el medio del camino había una fila de individuos que lucían sobre el pecho y la espalda avisos luminosos: *"Duke's"*, *"Jack's"*, *"The Hermit's"*. En las manos agitaban hojas de papel, verdes, amarillas. Eran los vendedores de "datos". Por dos dólares vendían ocho ganadores; por cinco dólares, un ganador especial, que pagaría fabulosas cantidades de dinero. Los automóviles les pasaban rozando, casi se los llevaban en el guardafango, pero ellos permanecían inmutables, gritando con voces roncas de sapo, y moviendo sus avisos en la ventolera polvorosa que les envolvía como un halo. Los carreristas les miraban con actitud tenebrosa. Indudablemente, eran los apóstoles de la congregación. Santos irremediables, que, a gritos, manejaban secretos designios: el rostro acuchillado de arrugas rojas y cobrizas, los ojos febriles de un color verde encendido, el pelo cubierto de polvo, flameando en el viento.

Entramos. Al pasar la reja, vi que las gentes, de pronto, comenzaban a correr. Primero trotaban por el amplio patio descubierto que está junto a la pista; luego arremetían hacia los enormes corredores, bajo la tribuna, a codazos y patadas, tratando de acercarse a las ventanillas de los boleteros. La conmoción se debía a que la primera carrera ya iba a empezar. El Cowboy dio una mirada de espanto alrededor, otra al marcador de las apuestas, y, luego, como navegante que divisa la tierra prometida, se lanzó entre la muchedumbre. Yo me sentí perdido. El Cowboy tenía los pies ligeramente planos, y, como sus piernas eran demasiado largas, en vez de carrera, la suya parecía un desplomarse sobre

sus adversarios. Le vi alejarse, agarrándose y tropezando, lanzando exclamaciones y agitando dos billetes de a dólar en el aire. Se lo tragó la multitud. A mi lado pasaban seres extraordinarios: un anciano, tieso por la parálisis, daba pasitos como de chincol, con los billetes en su manita crispada; pasó un niño sin brazos, que llevaba su dinero entre los dientes; graves señoras de ancas enormes, interrumpían el tránsito por completo. Había gigantes de todos colores, más negros, quizás, que rojos. Y millares de enanos, en especial chinos y japoneses. Abundaban también unos filipinos extraños, vestidos con fantástica elegancia, que no corrían sino que se deslizaban por los huecos más inverosímiles. Por encima del tumulto de voces, apagando por completo los quejidos y las maldiciones, sonaba una alharaca infernal de pitos y bocinas, que apuraban a la muchedumbre, marcando los minutos y segundos que faltaban para la carrera. De pronto sonó un aullido tremendo y un repicar de campanas, seguido por un timbre único, ronco, escalofriante. ¡Partieron! Los millares de carreristas que se quedaban sin apostar, dieron media vuelta, y, con igual ímpetu, empezaron a correr en dirección inversa, hacia la pista, algunos llorando, la mayoría pálidos, sin aliento, incapaces ya de soportar la emoción. A una cuadra, más o menos, de donde yo estaba, vi pasar al Cowboy. Su sombrero tejano sobresalía y flotaba sobre las gentes como una boya en el mar. Me lancé corriendo en su persecución. La locura me había contagiado, y sentía que si no lograba alcanzarle y hablarle, todo estaba perdido. Me empujaban y daban puñetazos. Una mujer cayó frente a mí, y yo, tanto como los que venían detrás de mí, pasamos por encima de ella, pisándola sin conmiseración. Aullaba la muchedumbre, y de un altoparlante venía la voz del anunciador, describiendo la carrera. Me arrastraba yo hacia el sombrero del Cowboy, que ahora veía junto a la baranda de la pista. Los segundos pasaban; el clamor crecía. Cuando llegué junto a mi amigo, alcancé a sacar la cara entre los cuerpos que lo rodeaban, y, por debajo de un sobaco, capté una visión,

una sola, fugaz y mágica, de los caballos que pasaron y se esfumaron. Cien manos y codos me cayeron encima, y creí perder el sentido. Junto a mí, una negra daba saltos aullando; noté que sus chillidos se iban individualizando, sobresalían, se unían a otros chillidos semejantes. Eran las voces de los ganadores. La carrera había concluido. Como un viento huracanado que golpea con furia unos instantes y se aleja desmayado en seguida, pasó el tropel de caballos por la tierra derecha, dejando en el aire un polvillo de arena y aserrín que se asentaba ahora en las gargantas de la multitud. Un vasto murmullo cundió por el hipódromo, roto, cada vez más esporádicamente, por las exclamaciones de júbilo de los que acertaron.

—¿Viste? —me gritó, convulso, mi amigo—. ¿Viste? —Temblaba entero, y el rostro, congestionado, se encendía y se apagaba como un foco suelto—. ¡Ah, qué condenada suerte! ¿Viste el caballo que pasó primero?

—Yo no vi más que un tropel de patas.

—¿Pero no viste el número? —El Cowboy me gritaba ahora, y parecía pronto a darme de puñetazos. La gente nos miraba con regocijo.

—¿El número? ¿El número del que iba primero? A ver, a ver. —Haciendo un gran esfuerzo de imaginación, recordé haber visto pasar un gran número 2, negro en fondo blanco—. Creo que fue el número dos.

—Cree que fue el número dos... Oiganlo... Dice que cree que fue el número dos... Maldito sea. El dos ganó, por la puta.

El Cowboy parecía culparme a mí de que hubiera ganado el dos.

—"Pore Boy". ¿No te dije yo esta mañana que "Pore Boy" iba a ganar? ¿No te dije que era la clase de la carrera? ¿No iba a apostarle?

—Mala pata, llegamos tarde.

—¿Llegamos tarde? Dice que llegamos tarde. Está loco. Tú llegarías tarde. Yo jugué. Maldita sea. Alcancé a apostar.

—¿Y, entonces, de qué te quejas? ¿No venías a jugar a "Pore Boy"?

—Venía a jugarle, pero me cambié —gritó con un

gemido de bestia herida—. Me cambié, Dios mío, y aposté a una vaca que todavía viene corriendo. ¿Por qué? ¿Por qué diablos?

Regresó el ganador al *paddock*. Unos cuantos entusiastas lo aplaudieron. Relampagueó el fogonazo de un fotógrafo. Aparecieron los dividendos en el tablero eléctrico, junto a la meta.

—Ay, Dios mío, si yo le iba a apostar a ganador. Dieciséis cincuenta. ¡Qué buen comienzo hubiera sido!

Yo me sentía incómodo junto al Cowboy. No comprendía exactamente el sentido de su cólera. Me volví con disimulo a observarle. Se había echado el sombrerón para atrás, y, con un cigarrillo colgando del labio inferior, parecía hondamente concentrado en el estudio del *Racing Form*. Apenas se le adivinaban los ojillos claros analizando, una a una, las cifras enrevesadas. De vez en cuando ponía una marca misteriosa junto al nombre de un caballo.

—Toma, ten un momento —me dijo, pasándome el periódico. Sacó del bolsillo el programa, y, después de mirarlo con gran atención, lo puso en otro bolsillo, mientras de éste sacaba recortes de periódico. Estudiaba, comparaba, marcaba, borraba, cambiaba, meticulosamente, los objetos de un bolsillo a otro. Por la frente le corría un espeso sudor. Se cocinaba al sol como un carnero adobado en oporto. Pero su abstracción era completa. De la ira no quedaban señales. Ni pena, ni remordimiento. Ni nada. Era la imagen perfecta del investigador científico, abstraído de todos y de todo, buscando la recóndita verdad. ¿Qué fuerza producía un cambio tan brusco en su persona? ¿Cómo olvidar tan repentina y totalmente? "¡Qué maravillosa pertinacia, qué estoicismo en la derrota —pensé yo—, qué capacidad para aplastar la amargura y renacer con la fuerza intacta ante la nueva prueba!" El Cowboy se había llenado de viento y eructaba, sacudiendo los hombros y golpeándose el pecho.

—Vamos a ver los caballos. Me hace mal estar aquí, inmóvil.

Se guardó todos los papeles, encendió otro cigarri-

llo, y se fue abriendo paso, sin volverse a ver si le seguía. Su rostro era un modelo de sereno contentamiento. Pasábamos entre grupos de gentes también serenas y felices. Dos mujeres corpulentas, vestidas de llamativos colores, sujetaban el periódico en una mano, y en la otra apretaban un chorizo embadurnado de mostaza. Un grupo de ancianas, muy bien rizadas y empolvadas, formaban línea para entrar al excusado. Junto a ellas, en un pequeño mostrador, había un gran pote de mostaza, y, al otro lado del mostrador, una fila interminable de hombres, mujeres y niños aguardando pacientemente su turno para embadurnar su chorizo. Como el único artefacto para extraer la mostaza era una paleta, igual a las que usan los doctores para bajar la lengua y recoger especímenes, la substancia amarilla y verdosa chorreaba por el mostrador al suelo y se les pegaba a las gentes en los dedos. El Cowboy estaba contento, y me invitó a unirnos a la fila. Luego compró cervezas. Caminaba mirando a los demás como un dueño de casa preocupado de mostrar su hospitalidad a cada uno de sus invitados. Nos pusimos detrás de la cerca donde paseaban a los caballos.

—Este caballo no sirve —decía el Cowboy, seriamente, arrugando los ojos—; fíjate cómo le han quemado las patas. ¿Ves? Esas manchas y cicatrices son quemaduras, donde hubo hinchazones. Tiene las patas sentidas. Lo borramos. —Le hizo una cruz con el lápiz rojo en el programa—. Mira ese otro. Ese muerde; por eso le han puesto un freno especial. Va a llegar tirando para adentro, mientras el jinete tira con toda el alma para el otro lado. Si la llegada es estrecha, pierde la carrera en estos manejos. Fíjate en el número seis. Es el favorito, "Friendly Dog". Parece yegua preñada. ¿Qué le habrán dado de comer?

Me llamó la atención un filipino, a mi lado, que trataba de convencer a un negro sobre las bondades de un caballo. El negro le oía pacientemente, y soltaba la carcajada. Le hacían gracia el acento del otro y sus expresiones obscenas.

—Fíjate cómo le dan instrucciones al jinete —dijo el Cowboy.

Seguí la dirección de su mirada. Afirmado en la barrera divisoria, el jinete escuchaba las palabras del entrenador. Engreído, indiferente, el enano vestido de seda dejaba vagar la vista por encima del público y de sus adversarios. La gorra echada para atrás, le daba un aspecto desvergonzado. Sus facciones eran las de un niño rubio, pero niño duro, especialmente en la quijada y en los ojos, unos ojos azules, crueles. Mascaba chicle, y, de vez en cuando, soltaba un escupitajo, mientras asentía con la cabeza a los consejos del otro. Me fijé en sus manos, gruesas y toscas, que jugaban amenazantes con el látigo.

—Ah, chingados —dijo alguien a mi espalda—, ¿usted cree que le está diciendo cómo debe ganar la carrera? No más están hablando de cómo lo van a sujetar.

—A ése no tienen que sujetarlo, mano, se sujeta solo.

Por el redondel iban y venían los caballos. Los mozos los conducían por la brida, el freno tirante y corto. De vez en cuando un caballo se paraba, y, separando un tanto los cuartos traseros, dejaba caer la bosta verde y humeante. Un empleado venía entonces con una pala, a llevarse su presente. Otro caballo se detenía, de improviso, como reconociendo una cara conocida entre los espectadores. Miraba atentamente, con tamaños ojos. El mozo le daba un poderoso jalón, y el bruto, sacudiendo la cabeza y piafando, seguía su paseo. Se respiraba en el aire una mezcla intoxicante de bosta y aserrín. Uno de los jueces tocó un botón, y en un tablero se encendió la palabra "UP". A prisa, con gestos nerviosos, montaron los jinetes, ayudados por los entrenadores. Los dueños se quedaron comentando en voz baja, mientras los caballos iniciaron su desfile hacia la pista.

—Bueno, ¿y ya tienes el ganador? —le pregunté al Cowboy.

—Hay tres caballos en la carrera —me respondió—, y quizás sólo dos. Sí, no más que dos; yo creo que todo está entre éste y éste. —Me señaló dos nombres en el programa.

—¿A cuál le vas a jugar?

El Cowboy me miró, con algo de disgusto.

—Tienes mucho que aprender en esto de la hípica. Primero que nada, jamás me preguntes a quién voy a apostar, porque no te lo diré. No podría decírtelo; bastaría con que yo te nombrara el caballo, para que perdiera. —Luego, como tratando de ayudarme, añadió—: la carrera está entre estos dos: "Friendly Dog", el favorito, y "Double Flash". No sé cómo el favorito se puede perder.

—Entonces hay que jugarle al favorito, a "Friendly Dog".

—No tan ligero, amigo. También puede perder. "Double Flash" paga muy bien: está cuatro a uno en las apuestas. "Friendly Dog" está seis a cinco; no paga nada. Pero no veo cómo se puede perder "Friendly Dog".

Me quedé con la firme idea de que "Friendly Dog" no podía perder. La multitud comenzaba a agitarse junto a nosotros; iban y venían con un murmullo marítimo. De nuevo tuve la sensación de estar abandonado en medio del océano, y de flotar al vaivén de los empujones y codazos. El Cowboy mascaba su lápiz, leía y leía y releía el *Racing Form* y el programa. Parecía decidirse, y, luego, volvía a flaquear, comparando tiempos, distancias y pesos. Salimos a la barrera, junto a la pista. Mi amigo miraba atentamente a los caballos que desfilaban hacia la partida. Quería penetrarlos con la vista, calarlos hasta adivinar sus más escondidas intenciones. Maldecía en voz baja. Sonreía, se tornaba serio, arrugaba el ceño, temblaba, bañado en sudor; escupía, volvía a contemplar los caballos, y nuevamente maldecía.

—¡Qué carrera tan difícil! No veo cómo puede perder "Friendly Dog".

Me miró vagamente. Estaba en trance. Los efectos del licor se habían esfumado. El color violáceo de su piel se volvía ceniciento. Sufría intensamente. Era la suya una crisis honda, que comprometía todas sus facultades. Se jugaba allí su destino. Los caballos galo-

paban ahora por la recta lejana. Algunos se veían más alertos que otros, más veloces en los reducidos piques. Otros se veían más resistentes, galopaban largo y parejo, la cabeza ladeada bajo la presión de las riendas. Sonó un timbre y después otro. Dos minutos para la partida. Se abalanzó la muchedumbre en pos de las ventanillas. El Cowboy permaneció inmóvil, mudo, mirando con tal fijeza, que me asustó. Era la imagen de un profeta comunicándose con los poderes celestiales. Aguardaba el supremo instante de la revelación. El éxtasis. Y lo tuvo, ni duda cabe que lo tuvo. De pronto le vi empinarse, tenso, lúcido, sonriente; miró un caballo a la distancia, un caballo que daba su último galope, consultó el programa, y murmuró algo entre dientes. Salió corriendo como un desesperado, empujando, pateando, maldiciendo. Le seguí hasta la ventanilla donde vendían los boletos. No pude llegar, sin embargo, hasta el vendedor. Me pareció que oía al Cowboy murmurando: "...pero no sé cómo puede perder".

Se corrió la carrera. Tres cuartos de milla. Y ganó "Friendly Dog"; ganó al trote, con una superioridad absurda. Miré al Cowboy para felicitarle. Pero él tenía los ojos vueltos a la lejanía. Sacó de la bolsa dos boletos de a cinco dólares, los estrujó brevemente y los botó. Eran del número once: "Jomarojo".

—¿"Jomarojo"? ¿Pero no era "Friendly Dog" el ganador?

El Cowboy no me respondió. De "Jomarojo" no había hablado nunca, no le había honrado con marca alguna ni en el *Racing Form,* ni en el programa, ni en los recortes. Y, sin embargo, fue "Jomarojo". ¿Por qué? ¿Qué le indujo con fuerza tan avasalladora? ¿Fue ésa la visión final, segundos antes de la carrera? ¿Pero, qué, precisamente?

—¿Por qué, pero, por qué?

El Cowboy torció la boca en un rictus de furia.

—Por esto, porque "Jomarojo" era *el caballo* de la carrera. El único. No podía perder.

—Pero perdió.

—Perdió, porque el jinete es un boquiabierto. ¡Ah,

Dios mío! Se quedó en la partida. El caballo quiere colocarse dando la primera curva; el idiota lo sujeta y lo saca a correr por fuera. Lo tapan entrando a la recta, y él lo saca más afuera aún. Ese caballo corrió una milla más que los otros. Era un robo, ¡un robo!, ¡un robo!

Pasaba la tarde. El Cowboy hablaba. Con cada carrera aumentaba su inspiración.

—Si hubiera empezado a atropellar antes, habría sido un robo... Ese tipo no es jinete. Tiene almorranas. ¿Cómo puede ser jinete una persona que sufre de almorranas? ¿Sabes cómo le dicen? *Sit-tight Peter*. No se agarra del caballo con las piernas; se agarra con los cachetes; un día se va a tragar la montura... Lo taparon... Eso no es caballo, es una mula, es un cerdo. Has visto. Es un perro. Si todavía viene corriendo. Ese corre solo y llega segundo. Hijo de...

El sol empezaba a alumbrar como un medallón oxidado. Tintas carmesíes y azules teñían el cielo y lo dejaban flotando como una copa en la brisa de la tarde. Yo sentía la invasión fresca y olorosa del valle californiano. Olor a legumbres recién regadas, a tierra fértil, a lechuga, a tomate, a limón. Sobre las colinas de San Bruno venía zumbando el viento del océano, y, entre chiflones y nubes de todos colores, descendían los aeroplanos en el aeropuerto municipal. El Cowboy no paraba de mascullar. Ya no lo escuchaba. El aire cristalino me sostenía maravillado, agradecido del atardecer, de la luz, de la muchedumbre excitada, de ese sentimiento dulce y melancólico que me empujaba hacia todos, carreristas, caballos, putarronas, jubilados, policías, marihuaneros, suplementeros, filipinos, negros, italianos, vascos, mexicanos, señoras con pieles y señoras de apretados pantalones y blusas transparentes. Todos confundidos en el polvillo de oro del crepúsculo, hediondos a sudor y cerveza, perdida la esperanza, una gran flor de amargura en la garganta, los pantalones sucios, pero la mirada fraterna, solidaria, perruna.

En la última carrera, el Cowboy me puso dos dólares en la mano, y me dijo:

—Apuesta, apuesta al que quieras, pero apuesta.

—¡Qué voy a apostar! No, toma tu dinero.

—Apuesta, te digo, apuesta al que sea.

Era una súplica suya, esa mano trémula que me alcanzaba desde el fracaso. Observé a los caballos. Ninguno sobresalía. Hubiera querido tener una revelación. Pero nada. A todos los caballos los veía iguales. Uno más guatón que otro, tal vez. El de allá sin cola; éste con las mechas sobre la frente, como un compañero que tenía en el liceo; otro de tamaños colmillos y patas manchadas; el último iba con las cuatro patas vendadas; era absurdo que pudiese ganar con esos calcetines.

—No, te digo que va a ser plata perdida. No se me ocurre nada. Apuesta tú.

—Tú vas a apostar. Tendrás la suerte de los principiantes.

El Cowboy empezaba a lloriquear.

—A ver, déjame ver el programa... Doce caballos. "Terremoto". Este.

—¿Cuál?

—Este, el siete, "Terremoto".

Aposté al siete, porque su nombre me recordaba a mi tierra, país de remezones y fugas despavoridas en la madrugada, y porque el jinete se llamaba Bravo, José Bravo. El Cowboy estudió su biblia, y me miró con desconsuelo. Y por aquellas razones, y por ninguna otra, "Terremoto" ganó. Pagó treinta y tres dólares a ganador. El Cowboy no demostró ninguna emoción. Esperaba mi triunfo. Además, no quiso recibir ni un céntimo, excepto los dos dólares iniciales de la apuesta, que consideró un préstamo.

La victoria me llenó de una intoxicante alegría; quise corresponder a la generosidad del Cowboy, y le sugerí que fuéramos a buscar a mi compatriota Hidalgo, para que celebráramos los tres con el dinero de mis ganancias. El Cowboy conocía los vericuetos de las pesebreras y no tuvo dificultad en hallar la cuadra de Molter. Encontramos a mi amigo sentado en un balde, observando pacientemente a un caballejo blanco que

el mozo de la cuadra paseaba en grandes círculos. Le presenté al Cowboy, y le conté mi éxito. Escuchó con su carita de laucha, sin decir nada, pero la invitación sí la aceptó agradecido. Me pareció que el Cowboy e Hidalgo no podrían entenderse: el Cowboy, allá arriba, con su estatura de gigante, y mi compatriota, abajo, a ras del suelo. Pero me equivocaba. Se entendían por telepatía. Eran almas hermanas, unidas por una cola de caballo. Tal vez porque ellos callaban, yo notaba con espanto mi propia palabrería. En la euforia del triunfo, recordé a Mercedes, y hablaba de ella como de la novia maravillosa que mis amigos no podían dejar de conocer, como si no fuera la que me abandonó, la que salió en la noche prendida de un hombre corpulento, voluntarioso y sin cara.

LLEGAMOS a la pensión cuando todo el mundo estaba sentado a la mesa. Entré receloso, temiendo la mirada de Mercedes. Nos hicieron un hueco, y empezó el tránsito de la sopera y del pan francés. Mis amigos comían en silencio. Con el rabo del ojo investigué a mi alrededor. Mercedes estaba junto a su padre, y me observaba. Cuando se encontró con mis ojos, la vi sonreir tiernamente. Tragué saliva y sostuve su mirada unos instantes. Su ternura era triste, herida. Hubiese querido tomar su rostro en mis manos y besarlo. Aparté la vista y guardé la sensación de sus ojos verdes, tan hondos y sabios. Hidalgo, a mi lado, comía a bocaditos, con gran circunspección. Apenas le sobresalían la cabeza y los hombros encima de la mesa. Sus manos parecían garras de cóndor, y, en la derecha, el cuchillo era evidentemente un arma de combate. Al otro lado, el tejano era un rascacielo, un armatoste rojo. Comía poco y con gestos vacilantes, pero tragaba vino en profundas buchadas.

—Está buena la sopa, pu'iñor. Rebuena —dijo Hidalgo, al concluir, y se quedó mirando, esperando, alerto como un ratoncillo. De la cabecera de la mesa empezó a llegarnos, como un viento de tempestad, la voz de un español enfurecido. Preguntó si los Estados Unidos tenían derecho a desterrar a Harry Bridges, el discutido líder de los estibadores, por el solo hecho de que no les caía bien.

—No es que les caiga bien o mal —le respondió un hombrecillo de rostro arrugadísimo y de ojos irritados—; le acusan de ser comunista y de que su sindicato está controlado por los comunistas.

—No es eso —agregó el hombre sin voz, el que susurraba como en una caña de lata—; le acusan de perjuro, porque cuando le preguntaron si era o no comunista, respondió que no, y parece que sí era.

—¡Parece! ¡Parece! ¡Qué burrada! ¿Qué sabes tú si el hombre es o fue comunista? ¿Le has visto firmar su tarjeta? ¿Te lo ha dicho a ti, acaso? —Este hablaba con los carrillos inflados de garbanzos, y parecía a punto de estallar.

—No, no es eso, hombre; no os dais cuenta del problema. —El que esto decía, era el padre de Mercedes. Yo le escuché, adivinando su rostro firme y agresivo—. El problema es que Bridges acabó con el predominio de los gangsters en los sindicatos marítimos, y a las compañías esto no les gusta. Bridges unió a los trabajadores del mar, y esta unión les permite imponer sus condiciones de trabajo, conseguir mejores sueldos y oponerse a contratos injustos. Las compañías ya no dictan sus términos por intermedio de los matones que aterrorizaban a los trabajadores con sus pistolas y manoplas.

—Pero Bridges es comunista, y el gobierno no quiere comunistas en los muelles ni en los barcos.

—¿Cómo sabes tú que es comunista?

—Y si es comunista, ¿qué?

Esta frase provocó una batahola. Muchos de estos españoles, quizás la mayoría, eran anarquistas reformados; unos pocos eran socialistas; algunos liberales sin partido. En el fondo, todos eran sindicalistas. En este plano, el de la unión de los trabajadores, sí se entendían.

—El hombre no es comunista —volvió otro al ataque—, es católico.

Grandes carcajadas recibieron esta afirmación. El que había hablado, un gordo de rostro marcado por la viruela, casi ciego, que pronunciaba las elles al estilo argentino, saltó como picado por un escorpión:

—¿De qué se ríen, cretinos? Digo que Bridges es católico, y es católico. ¿Qué no vieron la "Crónica" de hoy? ¿No vieron quién salió a su defensa en la Corte? Un cura, eso es, un cura párroco. Irlandés por añadidura. Declaró que Bridges había sido miembro de su parroquia durante años. No va a misa, es claro, ni se confiesa, ni nada, pero es católico.

—Así fue —confirmó Marcel—. Yo estuve en la sesión del tribunal hoy en la mañana. El cura dijo que Bridges era un buen hombre, honrado a carta cabal. ¿Y sabéis qué dijo el juez? Tuvo la desvergüenza de preguntarle al padre si había estado loco alguna vez. El padre se puso pálido, y los abogados de Bridges protestaron a gritos. El juez insistió en la pregunta, y lo curioso es que el cura dijo que loco no, pero que sí se había sometido a tratamientos psiquiátricos durante un año. El juez no lo dejó hablar más y lo mandó a sentarse. El cura quería seguir hablando, pero lo acallaron, y tuvo que irse.

—¡Qué cabronada! ¿Y para qué hacen eso?...

—¿Para qué crees? Para que la gente piense que sólo un padre loco puede defender a Harry Bridges.

—Lo quieren perder a toda costa.

—El juez es católico también.

—Sí, es verdad, es católico. Pero también es un bandido.

—Primero es bandido.

—Así es.

Mientras hablaban de este modo, mis amigos y yo escuchábamos en silencio. Hidalgo se había tomado una botella de vino; el tejano bebía de otra a grandes y solemnes tragos; parecía no interesarse en la conversación, o, al menos, no estar al cabo de lo que se discutía. Las palabras me llegaban en oleadas. Ese nombre, repetido ora con devoción, ora con cólera, como una bandera agitada, me imponía la necesidad de figurármelo en imagen. ¿Qué clase de líder sería Bridges para despertar las pasiones tan contradictorias y tan violentas de este grupo de exaltados españoles?

Las voces airadas, disminuidas, comenzaron a caer

en el silencio como gotas de aguardiente en el café, y, en la tregua, otra cosa me ofuscó, y la sentí igual que golpes de sangre, envolviéndome cada vez más cerca, y, por cercana, cada vez más quemante. Presentía junto a mí la ternura de Mercedes, pronta al fin a entregarse. Su mirada estaba sobre mí; la sabía preocupada; anticipaba el calor de un abrazo que iba a ser brote de ansia y resentimiento. Por entre nubes de humo, sostenido en clamor de palabras y cristales, adivinaba su busto firme y vibrante, sus hombros desnudos, la curva llena, dorada, del cuello, aguardando. Se levantaron poco a poco los comensales. Al encaminarnos a la puerta, noté que Mercedes se había detenido junto a ella, de modo que no podría yo evitarla. Conversaba con alguien, los brazos cruzados, la expresión sonriente, pero aprensiva. Me miró con cariño, con un cariño tan simple y directo, que me conmovió profundamente. El Cowboy e Hidalgo salieron, y yo los seguí, nervioso, azorado. Tuve la sensación de que al pasar junto a Mercedes y no prestarle mayor atención, algo la había tocado, hiriéndola cruelmente. Debió de quedarse allí unos instantes, y luego la imaginé en su cuarto, llorando por mí una dulce pena de tango...

—Ya conocerán a Mercedes —iba diciendo yo a mis amigos, y ellos asentían, observando con desconfianza mi euforia, que, en el fondo, no era más que tristeza, y casi desesperación.

Bajábamos por Columbus hacia Broadway. En el ambiente ya podía sentirse esa ligereza enervante, hecha de luz y color, que se forma en las dársenas de San Francisco, y se levanta en los otoños como un globo de seda, crece transparente sobre las colinas, las torres de las iglesias, y desaparece disparando miríadas de reflejos sobre el Golden Gate. El cielo del Oeste, sujeto al borde del océano por un espejo de azogue, acumula el crepúsculo y entrega al mar diseños abstractos pintados de celeste, de naranja, morado, oro y granate. La brisa helada trae olor a choros y algas. No oigo el mar, pero la espuma y el empujón de las olas están sobre toda la ciudad, en la luz tanto como en los golpes del

viento y en la superficie lisa de las torres y edificios. Voy aún gozando la tierna emoción de Mercedes. Es una intoxicación del crepúsculo. Pasamos frente a los pequeños bares de la Costa Bárbara. "Chichi" "Monas", "Tomy's", "440". La tripulación del vicio comienza a desperezarse, y, preparando sus armas, se alista al ataque. Este bar es de lesbianas. Allí se reúnen mujeres rubias exclusivamente a conquistar negros y filipinos. Aquél es un famoso antro de homosexuales escandalosos, cargados de complejos, unidos en extraños matrimonios: matrimonios respetables de maricones ya viejos; matrimonios inquietos, chismosos, pendencieros, de viejo con adolescente; matrimonios trágicos de maricones jóvenes. Ese otro bar comienza, e, inseguro aún, ensaya una política doble: las meseras son todas marimachos; el maestro de ceremonias y los artistas son inclasificables. Junto a nosotros pasa un grupo de muchachas peinadas como hombres, pálidas y espinillentas; visten chaquetas de cuero y pantalones grises, que les aprietan fuertemente las caderas. Nos miran con insolencia y agresividad. Hay quienes van en pareja; la más hombruna conduce a la otra con gesto protector, y, al pasar a nuestro lado, se le acerca más, repentinamente celosa.

El "Rancho" hierve al tiempo de mambo. La muchedumbre se aglomera en el pasillo, junto al bar, detrás de las columnas. Pasan las meseras en sus trajes de china poblana, haciendo equilibrios para no derramar los vasos. Atrás queda el perfume estático, y con él un sudor de mujer rolliza y morena. El ritmo seco de los bongós va a contrapunto con el tintineo del cencerro. La pista de baile está repleta. Gran noche, gran negocio. La vieja dueña se pasea como gallina por su corral, sacando la cuenta de sus ganancias. Nos conduce ella misma a una mesa. No me reconoce.

—¿Van a cenar? —pregunta, mirando al Cowboy, pero éste no le presta atención.

Pedimos una botella de whisky.

—¿Una botella? —pregunta la vieja.

—Una botella. Lo que usted verá aquí es la celebración de un buen día en las carreras.

La vieja llama a voces a una de sus criadas. Viene ésta corriendo. Es una rubia oxigenada y crespa, con enormes ojos café, coquetos y reidores. Los senos se le abalanzan por la blusa escotada. Se me acerca y me rodea el cuello con su brazo desnudo y moreno. No puedo resistir la tentación, y le doy un beso detrás de la oreja. Le agrada que resulte tan apreciativo de su faena. Hidalgo me mira muy serio, y dice:

—Chitas que es entrador

El Cowboy mira alrededor como capitán de barco ballenero. Avizor, pero seguro de sí mismo.

—Puchas que está callado —dice Hidalgo, indicándole con un gesto de su boca fruncida.

—Así es este gallo. Alcohólico anónimo. Así le llaman sus íntimos. Toma y calla; pero no creas, se fija mucho.

—Será como el loro.

—Así mismito. Como el loro.

—¿Cuál loro? —pregunta el Cowboy.

—El del cuento.

—Cuéntaselo.

—No, ¿pa qué? Si ya lo sabís. Todo el mundo lo sabe, pus.

—Yo no lo sé —dice el Cowboy con gran seriedad.

—Cuéntaselo.

—No, pus, si me está pitando. Cómo que no lo va a saber.

Bebemos grandes sorbos de whisky helado.

—Había una vez un loro...

Veo a Mercedes que acaba de llegar y pasa rápidamente a su camarín. Quisiera seguirla. Lleva un abrigo blanco; sobre el cuello se suelta, esponjoso y rizado, el pelo castaño. Tiene el paso firme y rítmico, corto y taconeado; se adivinan unas pantorrillas ágiles y unos tobillos esbeltos y poderosos. "Ahí va mi bailarina", quisiera gritar, pero no digo nada.

—...el loro no decía ni esta boca es mía...

Me quedé observando atentamente la puerta de los

camarines, que está al extremo opuesto de la sala. Viene la chica que sirve a nuestra mesa, y se sienta a mi lado. Advierte mi distracción. Me acaricia el pelo, ríe; me gusta su risa sin sentido, falsa y comercial, pero bonita; me gusta su boca. La dejo hacer. De pronto veo abrirse la puertecilla del fondo. Entre la gente que baila o pasa junto a las mesas, veo un instante a Mercedes. Presiento que viene. Me ha visto y se acerca. Está vestida ya para su número de baile, pero el abrigo blanco cubre los detalles. Su rostro, maquillado para los efectos luminosos de los reflectores, es extraordinario: los párpados pintados de verde; las pestañas enormes, negras y crespas; la boca dibujada con un lápiz morado o violeta, parece la imagen estilizada de una muñeca cubista.

—Hola —dice.

—Hola.

La mesera se va inmediatamente. Mis amigos permanecen callados. Mercedes se sienta, y apenas toca el vaso con whisky que he puesto frente a ella. Mira a su alrededor sin detenerse en nadie. Los pachucos la examinan con avidez, con veneración.

—Dame un cigarrillo —dice. Tiene dificultad en sujetar el cigarrillo con los labios tan espesamente pintados. Se lo enciendo, y sólo entonces noto que tiembla, y adivino sus ojos, sus verdaderos ojos, mirándome atentamente, con fijeza casi febril, desde atrás de la máscara—. ¿Por qué no has venido hace tanto tiempo?

—¿Yo?...

—Apenas llegas a la casa; sólo una vez viniste a comer en dos semanas... ¿Por qué? Pero qué tonto has sido. —Hablaba rápidamente, los labios entreabiertos en una sonrisa fija—. Ese tipo no me importa nada. Nada. ¿Oyes? Absolutamente nada. ¡Qué tengo que ver con él! Salí con él porque es un admirador; me llevó a cenar y me dejó en casa antes de dos horas. ¿Crees que mi papá me iba a dejar que vagara a esas horas? ¿Pero qué pensaste? No me importa nada, no me importa nadie. ¿Lo oyes? A nadie le he dado jamás una oportunidad... ¡Qué tonto has sido! ¡Cómo me has hecho sufrir! —Su mano ha tomado la mía y la aprieta apa-

sionadamente. Siento el calor de su cuerpo, y siento su rostro, como una gran flor surrealista, rozándome la mejilla—. Me has hecho sufrir..., mi amor.

Le acaricio las manos sin decir nada. Sé que mis labios están temblando y sé que detrás de ese rostro de ballet, Mercedes me ofrece su boca. Olvidado de todo, de todos, creo que voy a besarla. Mercedes me detiene con una presión de la mano. Bajo la cabeza.

—Ven —me dice—, vamos a conversar un rato allí, cerca del camarín... ¿Nos perdonan? Ya pronto será mi número; tengo que estar lista.

Me lleva de la mano por un pasillo junto al bar. Cuando llegamos al fin del corredor, veo el comienzo de una escalera, y, hacia la derecha, otro pasillo que va hacia los camarines. Mercedes da una rápida mirada, y, luego, con gesto decidido, me conduce por la escalera.

—No tengas miedo —dice, riendo—, por aquí no viene nadie; es la escalera privada de la dueña...

Al final de la escalera, otro pasillo y la puerta de un departamento. No hay más luz que la de un foco empañado, cubierto por una pantalla de color indefinido. Siento que nos disolvemos en las paredes obscuras y la alfombra espesa. Apenas llegan, lejanos, el son rítmico de la orquesta y la percusión seca de las maracas y las claves. Subo detrás de Mercedes y percibo el murmullo de raso que acompaña el movimiento de sus piernas. Mercedes se detiene junto a la puerta, y, dándose vuelta lentamente, queda frente a mí, sin aliento casi, los labios húmedos, las cejas dibujadas en un gesto de abandono y de apremio; el abrigo se ha entreabierto y veo sus piernas desnudas, los grandes muslos suaves, ardientes, temblorosos, y la seda negra, brillante, de un pantalón de baile minúsculo. Me acerco y rodeo su cintura con mis dos brazos, la atraigo hacia mí y la beso en la boca, una vez, honda, firmemente; la beso en las mejillas, en los ojos, en los oídos, en el cuello, cubro sus hombros de besos. Ella pone sus manos en mi nuca y me atrae aún más, me besa con avidez y su dulce lengua busca la mía. La acaricio febrilmente; siento su espalda desnuda, la cintura fina

como un anillo de fuego, las caderas que se mueven apenas a mi contacto, el calor estrecho de su vientre y de sus piernas.

—Mi amor —repite ella—. ¿Por qué has sido así? No te alejes nunca más de mí..., nunca, ¿oyes?

No podemos continuar allí. Me lleva otra vez de la mano. Voy automáticamente. Me deja al pie de la escalera.

—Ve a tu mesa; yo tengo que ir al camarín. ¡Dios mío, cómo habrá quedado el maquillaje! Límpiate, que estás lleno de pintura.

Yo no puedo hablar, me he quedado como un muñeco, y como un muñeco me limpio con el pañuelo y sigo caminando solo. Reina una bulla infernal en el cabaret. El bar está lleno. Se aglomera la gente junto a una pequeña baranda que separa el bar de la pista de baile. Oigo la nota melancólica y dulce de la trompeta tocando una melodía que despierta en mí todo un revuelo de vagas sensaciones y nostalgias. La canción se llama "Cereza Roja". Las parejas se acarician sin timidez. Advierto entre los que se amontonan junto a la baranda contactos furtivos. Llego a la mesa donde esperan mis amigos. Me paso la mano por la frente y bebo con ansias. El ruido de los vasos y las carcajadas escandalosas de las mujeres apagan un instante la canción, pero luego vuelve a mí la nota profunda y melódica de la trompeta, que repite sin cesar esa frase que me persigue y que siento como una llamada extraña, una voz de mi adolescencia, anunciando en años pasados esta misma noche, esta misma locura, esta misma soledad entre centenares de cuerpos sudorosos y lenguas ebrias, cuerpos que se estrechan, se rozan y se rechazan en equívocos espasmos.

El Cowboy y el Siete Millones se han bebido toda la botella de whisky. Aquél parece un gran buey adormecido; éste, con sus ademanes de pulga, sigue su cuento interminable: "...el loro lo miró y le dijo..." Mercedes bailó con una coreografía absurda, destinada tan sólo a exaltar la belleza sensual de su cuerpo. Ambiente de apaches y mambos. Al terminar, vino a buscarme.

—Salgamos —dijo.

Pagué el consumo, me despedí de los amigos y salí con ella a la calle. Había descendido la niebla sobre San Francisco. Se viene del mar, tragando puentes, colinas y edificios; se queda sobre la ciudad, calentándose en las brasas de los avisos luminosos que la tiñen de rojo; se amontona en un rincón del cielo y se esfuma, de repente, como un fogonazo, en la madrugada. Desde la bahía emerge la voz ronca de la sirena que alerta a los barcos. Luces rojas y amarillas se encienden en los muelles, en el Golden Gate y el puente de Oakland. En las bocacalles silba el viento marítimo. Las calles se ponen brillantes de humedad y los taxis amarillos pasan salpicando lodo y haciendo chillar los neumáticos. Mercedes se me pega del brazo. Voy saludando a los atorrantes, alegre y dominador; a los viejos que venden periódicos en las esquinas, a los italianos de Columbus y a los mexicanos de Broadway, y ellos me responden con una sonrisa y un saludo sonoro y fraternal. Sé que Mercedes lleva un propósito y la dejo hacer. Apenas hablamos. En cada intersección veo, descendiendo hacia Market, el calidoscopio de luces de China Town. Farolitos y linternas, banderas y pendones, gruesas cintas multicolores agigantadas por la luz neón. Las fachadas de los cabarets chinos brillan con sus oros falsos y sus filigranas de pagoda de cartón. Todo ese mundo de mágica luz, envuelto en la niebla, es el escenario de un monstruoso teatro de títeres, la acción suspensa en un mecanismo de humo y de hilos de seda. Llegamos a la pensión. Subimos en silencio. No hay necesidad de explicaciones. La casa parece vacía. Hay luz en el comedor, pero no se oyen voces. Seguimos por el corredor de la derecha. Cruje el piso con nuestro andar. Las puertas cafés, con su gran número de hojalata, nos miran sorprendidas. No hay un alma. Esta sensación de soledad en la casa obscura acicatea mis deseos y paso suavemente mi brazo por la cintura de Mercedes. Se detiene frente a su cuarto, me da la llave; abro y entramos. Voy a encender la luz, pero ella me detiene. No acabo de cerrar la puerta y siento su abrazo sobre todo mi cuerpo. Lentamente

cae su abrigo. El vestido se moldea a su cuerpo bajo la caricia de mis manos. Ella me atrae hacia el lecho y nos dejamos ir como en un agua profunda. De la casa llegan ruidos aislados. En la calle pasan los automóviles veloces sobre el pavimento mojado. Oigo el sirenazo penetrante y lastimoso en la bahía, repitiéndose incansable. Tengo en mis manos el cuerpo ardiente de Mercedes, y, como un pétalo rosado, la prenda breve y transparente que ciñe su carne túrgida, se posa sobre las caderas y resbala enloquecida. Acaricio los senos, que se desbordan sobre mi boca. Sus besos son largos y su brazo desnudo se afirma en mi nuca, presionándola, requiriéndola.

En esos momentos nos llega un ruido de voces y pasos subiendo la escalera. Hay un instante de confusión. Intento apartarme. Mercedes se resiste a quebrar el abrazo, pero reacciona súbitamente. Nos levantamos. Mercedes se acomoda su vestido, se arregla el cabello, enciende la luz. Yo me siento en un sofá y aguardo, tratando de serenarme. No sé por qué ambos sabemos que esa conversación y esos pasos tienen que ver con nosotros. Esperamos alertos. Mercedes va a un armario y saca una botella de algún licor y dos vasitos. Se acercan las voces, voces españolas, rotundas y cortantes. Se disputa, van a pasar frente a nuestra puerta. Entre las voces distingo la de Marcel; ella también lo nota y parece nerviosa. Han visto la luz en el cuarto. Se detienen. Suena el golpe indeseado.

—¡Hola, hija! ¿Estás ahí?

Mercedes abre.

—Pasa, pasa adelante...

Los otros se quedan atrás; con el rabo del ojo han visto que Mercedes no está sola. Entra Marcel con su paso de toro contenido, su postura gruesa y maciza, su cogote corto, nervudo. Tiene puesta su gorra blanca de estibador. De su cara sólo veo el mentón cuadrado, la nariz chata. Me mira y mira a Mercedes, oliendo como sabueso. La sangre le ha subido a las mejillas. Se pasa la mano por la barba. Quiere hablar, pero le cuesta...

—¡Qué! ¿No trabajas hoy? —pregunta.

—Sí, papá; ya pasó la primera función. Vinimos a tomar un trago y a charlar un rato. Volveré en seguida.

—Cómo le va, Marcel —digo yo.

El no me contesta. Tose, tira un escupitajo en el suelo.

—Tu lugar está en el trabajo, ¡hostias! —exclama—, y no con cabronetes en tu alcoba...

Iba yo a decir algo, pero veo que se vuelve hacia mí con toda su armazón de tanque y con las manos empuñadas. Mercedes se va donde él y le echa los brazos al cuello.

—Vaya, vaya con el ogro. ¿De cuándo acá, viejito? ¿Qué te ha picado? Nada tiene de particular que invite a un amigo a mi cuarto. Además, ya nos vamos...

Lo arrulla y le mordisquea el mentón. ¡Qué valor! Es como si metiera su cabeza en el hocico del león. Marcel quisiera reventarme, pero bajo las caricias de Mercedes se va suavizando, abre los puños, relaja los músculos, cuelgan los brazos sin voluntad. Sin resistencia ya, se apagan sus ojos. Mercedes le besa en cada mejilla. Marcel da media vuelta y se dispone a salir. Antes de irse, dice de perfil:

—Que no te encuentre aquí otra vez, hijo de buena madre, que te romperé la crisma... y algunas otras cosas.

Mercedes dice algo para ahogar sus palabras. Toma su abrigo de prisa y se lo pone.

—Vamos —dice—, no podemos quedarnos.

Salimos, y me voy pensando que esta noche me gané a Mercedes, pero, para mal de mis pecados, he perdido a su padre irremediablemente.

LA VERDAD es que, desde esa noche, Marcel me cobró un odio feroz; a mí me pareció que la causa de tal odio era el haberme sorprendido con Mercedes en su departamento. Le parecí un perdido. Pero ahora veo que su opinión sobre mí se basaba en otras cosas y se había formado lentamente, en un proceso de observación que me pasó completamente inadvertido. Marcel me estudiaba desde que llegué a la pensión y desde que notó el interés de Mercedes por mí. Estudiándome sin hablarme, sin saber de mí sino lo que veía en casa o lo que escuchaba de otros pensionistas, me clasificó sin conmiseración. Para Marcel yo era un aventurero. Un pícaro sin porvenir, un... Bueno, en esos días todas mis actividades se limitaban a servir de pinche de cocina por la mañana y, después de aquella ilustre tarde en Tanforán, a jugarles a los caballos por la tarde. Lógicamente, a los ojos de Marcel yo era un buen partido para su hija, partido por la mitad. ¿Y no tenía razón? Trabajaba para subsistir, pero trabajo no se le podía llamar a eso; igualmente hubiera podido comer incorporado a una manada de perros. El Cowboy no era responsable de que me hubiera hecho carrerista. Ya se sabe: carrerista se nace, y cuando los carreristas nacieron, yo venía con el estandarte. Tan sólo me introdujo al medio que yo requería, y, una vez iniciado, proseguí mi destino con natural devoción. Entré como un pez al agua. En los hipódromos sentí realizarse más

que una vocación: sentí que me unía panteísticamente a un desorden de cosas en el cual mi personalidad echó los brotes más inesperados. A medida que mi entusiasmo por los caballos crecía, Marcel me despreciaba más y más, hasta que llegó el día en que le prohibió a Mercedes que se viera conmigo. La hermandad del "444" aprobó esta medida, porque, al conocerse mis andanzas, el consenso de los pensionistas era que, presa irrescatable del vicio, iba yo a caer en desgracia y acabaría como un paria. Mercedes y yo tuvimos que recurrir a proezas de ingenio para seguir viéndonos. Los estibadores estaban en huelga por esos días, de modo que Marcel tenía tiempo de sobra para vigilarnos. No le despintaba a ella los ojos. La acompañaba al cabaret, la vigilaba desde una mesa, la traía a casa. Cuando debía marchar con sus compañeros huelguistas en los muelles, la dejaba encargada a alguien, con instrucciones de impedirle que hablara conmigo. Así y todo, pese a las amenazas y contra todas las precauciones, Mercedes y yo encontramos un sitio donde reunirnos. Sospecho que ayudada por la piadosa distracción de algunos de los sabuesos de Marcel. Nos veíamos furtivamente, la mayor parte de las veces por la tarde, en un barcito de la calle Kearny, bohemio, desmañado, con mucha polilla y olor a permanganato, pero, al menos, normal, quiero decir, para hombres-hombres y mujeres-mujeres. El bar se llamaba "Los Oculistas". Era muy frecuentado por pintores italianos y estudiantes existencialistas, a causa de que el dueño, cuyo nombre sonaba a Mr. Pichicho, atravesaba por una etapa pictórica y, en su febril ignorancia, compraba todo lo que se le ofrecía y lo colgaba en cualquier parte, en los espejos, en las botellas, en el teléfono, en el mingitorio, seguro de que esas pinturas serían obras maestras y muy valiosas mañana. A los pintores melenudos y estropajosos que allí llegaban les llamaban los "oculistas", por razones que presiento, pero que no puedo definir claramente. La única diversión del bar era un negrito panameño que tocaba el piano en las noches y se llamaba Ralph. Por su color ceniciento y la expresión consumida de los ojos, le llamaban Ralph

Difteria. Tocaba como un ángel y podía también tocar como un energúmeno. Era el único pianista en San Francisco que sabía tocar valses peruanos. Unos valses tristes, tristes, como álbum de poetisa hispanoamericana, que a mí y a Mercedes, atribulados y melancólicos, nos hacían llorar.

—Toca "Estrellita del Sur", hermano —le decía yo.

—Ta bueno, chico, allí va.

Y lo tocaba con un contrarritmo maravilloso, que silenciaba todas las conversaciones e iluminaba el rostro de los "oculistas".

—¿Por qué no dejas las carreras? —me preguntaba Mercedes cuando yo, enternecido por la música de Ralph Difteria, parecía listo a cualquier compromiso—. Papá te adoraría. ¿No ves que podría conseguirte trabajo inmediatamente en los muelles? No quiero decir que te vas a hacer estibador para siempre... Trabajas un tiempo, y después, con un poco de dinero ahorrado..., ¿no te gustaría ir a la universidad? A eso viniste, ¿no?

—Claro que me gustaría ser estudiante otra vez, pero no sabría qué estudiar. ¿Y para qué voy a dejar las carreras? Pero si no le hago mal a nadie y, además, estoy ganando, Mercedes; estoy ganando permanentemente.

—Bah, no seas ingenuo; todos saben que en las carreras no se puede ganar siempre. Es ridículo.

Mercedes hacía planes para el futuro, hacía planes para mí, que ni el plan quinquenal podía enrielarme. Ahí estaba la diferencia entre nosotros, y ahí estaba gran parte de la fascinación de esos días. Mercedes me iba rodeando en un amable círculo doméstico, donde todos los mecanismos funcionaban racionalmente; yo me movía en ese círculo como un potrillo encabritado, desplazándome, saltando, atacando, huyendo, eufórico, y, acaso, marcado ya para la silla. Mi lógica era la lógica de las carreras, es decir, la falta de lógica. Algo o alguien me había inducido a considerarme un ser especial y a actuar con cierta misteriosa seguridad de que en algún punto futuro las circuns-

tancias encajarían de repente y de repente vería frente a mí un camino sólido, brillante y glorioso.

¿Dejar las carreras? ¿Pero sabía, en realidad, Mercedes lo que eran las carreras? He dicho que entré en ese mundo sin transición, y la cofradía me aceptó fatalmente. El Cowboy y yo habíamos iniciado una rutina que consistía en trabajar hasta las doce, y del trabajo irnos al hipódromo. En Tanforán los caballos corrían diariamente, con excepción del lunes. El Cowboy recibió permiso del administrador, en consideración a sus años de servicio y a que, en todo caso, pasaba la mayor parte del día acostado y borracho en su buhardilla. En cuanto a mí, me clasificó el administrador como "empleado parcial", parcial en no trabajar, para ser más exactos, y me puso en la lista de los reemplazables.

—No te preocupes, muchacho —me decía el Cowboy—, que en un mes más los caballos se van a Golden Gate, y en tres meses más, a Los Angeles; entonces podremos trabajar las ocho horas al día como Dios manda.

A mí el trabajo me tenía sin cuidado. Empecé ganando y continué ganando en las carreras. Mi suerte era fenomenal. Hubo carreras en que no sólo acerté el ganador, sino también el *placé* y el *show*, jugando a tres caballos distintos. Ganaba con mucha fijeza y acertaba batatazos muy frecuentemente. ¿Mi método? Ninguno. Más bien era cosa de malicia y de mucha, muchísima inspiración, por no decir suerte. En ocasiones aposté guiado por las caras que el preparador le ponía al jinete o por la manera de mirarme de un caballo, buscándome entre los espectadores y haciéndome signos afirmativos con la cabeza. Nunca jugué un dato. Entre mis compañeros, otros había que ganaban también, y ganaban más que yo; pero cuando perdían, perdían hasta los fundillos. El Cowboy pertenecía a este tipo. Ganancioso, arriesgaba hasta cien dólares a un caballo. Le vi regresar a su casa con setecientos dólares. Si las cosas iban mal, perdía el control de manera curiosa: estudiaba, como siempre, sus variadas fuentes de información, seleccionaba el ganador, y, en el camino desde su asiento a la ventanilla, cambiaba de opinión a favor

de otro caballo que pagaba un mejor dividendo. Odiaba a los favoritos. Perdía otra vez. Sus últimos dólares los apostaba siempre a un caballo que pagaba cien dólares o más por uno, es decir, a un caballo que no ganaría. ¿Y el Cuate? Mi amigo Cuate, ex jinete y jugador empedernido, apenas conseguía reunir dos dólares entre limosnas y préstamos y se los apostaba invariablemente a Johnny Longden. "Ya me, manito, en esta carrera todos tienen chance. Pos entonces, me dirá usted, y diai le apostamos a Longden; en las dudas, Longden, dice el proverbio." "Pero si Longden monta una mula", solía decirle yo. "No le hace. El changuito tiene muchos huevos y, además, monta con batería. Ni modo." De manera que le apuesta a Longden, el maestro. Y Longden llega último. Entonces el Cuate ya no puede apostar; ha perdido toda su plata. Y en la carrera siguiente, sí gana Longden. "Jijo de la chingada, no más espera que yo me gaste mi lana para ganar." ¿Cuántos años tendría el Cuate? Su cara es de facciones pequeñas y delicadas; su cuerpo es el de un niño de doce años; casi puede caminar debajo de un caballo sin agacharse. Cuando viene bien peinado se ve hasta buen mozo. Como es de talla esbelta, en miniatura, y se viste de obscuro, podría pasar por elegante. En la noche, especialmente, en tinieblas. Pero la mayor parte de las veces se trae una barba de dos días, unas ojeras de buey, manchados de nicotina los dientes y los dedos, y temblando de frío. ¿O es de hambre? He oído decir que el Cuate no tiene dinero ni para comer. Cuando Longden se apiada de él y le produce un ganador, el Cuate se compra una botellita de whisky barato y se anda por ahí pegándose sus chancacazos. Nada lo identifica mejor que las sentaderas lustrosas de sus pantalones y el cuello deshilachado de su camisa: la suya es una elegancia aprendida en la escuela del montepío.

Hidalgo, mi compatriota, es la gran incógnita del hipódromo. Es el único en varias millas a la redonda que no apuesta, y ha vivido entre caballos de carrera toda su vida. El, que pudo haberme iniciado en la hípica californiana, jamás tocó el tema y se limitó a observarme cuando descubrió que me había transformado

en acólito del Cowboy. Un día, entre carrera y carrera, me dijo:

—Chitas la payasá. Estái botando tu juventud y tu platita.

—Profunda aserción, hermano; pero no las boto; las reproduzco.

—Así será, pu, iñor. Ganas ahora, pero la suerte no te va a durar toda la vida.

—Con que me dure unos pocos meses, con eso me contento.

—¿Y de qué te va a servir eso?

—De base para futuras inversiones.

—No me hagas reir, si no soy na recién nacido, pus, gallo. Esa plata se va como se viene. ¿Querís que te diga? Mira, en las carreras no ganan los ñatos carreristas; no gana nadie, más que algunos dueños, algunos preparadores, algunos jinetes y algunos jueces. Los del oficio. Esa es la cuestión. Nadie más que ellos. Creémelo a mí, que he crecido entre caballos.

—Te lo creo.

—He visto más desgraciados perder hasta la camisa. No te dai cuenta de lo que es esta cuestión. Lo mejor es salirse a tiempo, ganchito. Dedícate a otra cosa. O ándate pa Chile. Eso es lo que yo voy a hacer.

—Sí, ya me acuerdo. La morena y los pescados.

—Como sea, pero tengo cerca de ochocientos dólares juntos y el pasaje de vuelta.

—Eso no lo sabía. ¿Por qué te lo compraste adelantado?

—Vine contratado, y del contrato me queda no más que el pasaje. ¿De ónde creís que sacan la plata estos gallos que juegan? Fíjate en el Cowboy. Lo conozco hace tiempo. Está endeudado hasta con su mamita. Se juega el sueldo entero, y si come es porque tiene la suerte de trabajar en una cocina. ¿Pero los otros? Si estos pobres no viven; parece que estuvieran vivos, pero son fantasmas. Comen por casualidad, entretienen las tripas con aguardiente; pero hay muchos que fuman marihuana y se ponen morfina. ¿Te das cuenta? ¿Qué sabe uno de estos ñatos, qué son cuando no están en las carreras?

Hidalgo me miraba con sus ojitos de pulga, buscando desesperadamente la retórica que le hacía falta a sus preguntas. Pero como yo tampoco se la proporcionaba, decidió tentarme, acaso para ponerme en el buen camino, acaso para satisfacer sus afanes evangelistas, resentidos ante mi indiferencia.

—Ven a verme mañana a los establos de Molter, antes de la primera carrera. Te voy a dar un consejo que te va a interesar.

—¿Un dato?

—No.

Le busqué al día siguiente, y fue mi primera incursión por el mundo interior de Tanforán. Los establos son aquí modestos: hileras interminables de barracas y galpones, separados por ligera armazón de tablas y provistos de las estructuras mínimas para acomodar los utensilios y parafernalia típicos de una cuadra. Las calles son anchas, como para permitir el paso de un automóvil, y dan vueltas y vueltas, como buscando una salida que no se encuentra jamás. Por el momento hay cerca de ochocientos caballos alojados. Los establos de renombre muestran una organización cuidadosa y funcionan como una empresa comercial, donde la técnica y el sistema norteamericano de producción en masa son indispensables. Así es el establo de Molter. Un ejército de empleados, mozos, palafreneros, aprendices, entrenadores, jinetes, veterinarios, actúa en un perfecto mecanismo. Los caballos pertenecen a diferentes dueños; allí están representados los millonarios, los deportistas de la alta sociedad, los comerciantes, los industriales, hasta el pequeño aventurero que hizo una rápida e insegura fortuna y se ha dejado llevar por la intención de escalar socialmente a la grupa de un caballo. Allí mantienen a sus campeones en dorado y aristocrático ocio, a cambio de un pago de cuatrocientos o quinientos dólares al mes. Una visita de vez en cuando al *paddock*, los colores personales en una fiesta de sol, las miradas admirativas y envidiosas, es todo. Luego, a esperar la próxima oportunidad. Alguna vez el campeón de los establos lo será también en la pista de carreras.

Hidalgo goza de buena reputación en la cuadra. Si pudiera hablar inglés, y con mejor pinta, sería entrenador, porque sabe todo lo necesario para llenar este oficio. Como no habla inglés y parece un enano de las cuevas del Cerro Blanco, lo ocupan de mozo. Baña caballos, los peina, los pasea, los alimenta, se ocupa de ligeras curaciones; los lleva, por fin, hasta el *paddock* el día de carreras. De vez en cuando uno de los entrenadores se acerca a pedirle su consejo sobre un caballo a quien se quiere enseñar velocidad, o sobre otro que en el galope va tocándose las manos e hiriéndose los cascos. En su media lengua, Hidalgo expresa su opinión, y, por lo general, acierta. Algunas veces monta un caballo en sus entrenamientos mañaneros. Pero esto no ocurre con mucha frecuencia. Existe la creencia en el establo de que Hidalgo tiene mano demasiado dura y que no distingue entre carrera y entrenamiento: manipulea los caballos con ferocidad tal, que los deja ineptos para la gran prueba; los manda a la carrera sobreentrenados, vencidos.

Esa tarde lo encontré dando los últimos toques a una yegüita que correría en la prueba de "no ganadores".

—¿Has visto yegua más bonita? Fíjate en el pechito —me indicó—. Mira qué bien formada; llenita, pero no guatona; firme, pus, con mucho espacio para el corazón. Eso es lo que vale: corazón.

Yo me acerqué a acariciarle la cabeza a la yegua.

—No, cuidado, no te le atraques. Tú la ves mansita, pero es más mañosa... Mira los ojos que tiene, bien separados, como debe ser; el triángulo de la cabeza, perfecto. Hay mucha clase. Y parece que sabe lo bonita que es. Y es más mañosa. A los chiquillos que la trabajan en la semana los tiene locos. Ha botado a media docena. Hoy la monta Herb; ¿lo conoces?

—De nombre.

—Se la dan porque, como es tan huevón, tal vez con el peso llegue montado a la meta. Mucho lastre, ¿ah? ¿Qué te parece?

—¿Y ganará?

—¿Quién, esta yegüita? ¿Estái loco? En primer lu-

gar, todo el mundo sabe que va a botar al jinete en la partida. Si no lo bota, el gallo va a ir con tanto miedo, que, por sujetarse él, la va a sujetar a ella. Tendría que haber un milagro. Además, al patrón no le gusta que los tres añeros salgan a matarse; malo para el corazón. Mejor es darles unas cuantas carreritas.

La yegua daba cabezazos mientras Hidalgo hablaba, y golpeaba con sus cascos el suelo de aserrín. Yo esperaba pacientemente que mi compatriota llegara al consejo misterioso. Me senté sobre el fondo de un balde, al sol, oliendo la cebada y la alfalfa y el olor más picante de las monturas, de las mantas y linimentos. Pasó un caballo conducido por un mozo. Les seguimos con la vista: yo, con la curiosidad del aficionado; Hidalgo, apreciativa y críticamente. El mozo vestía camiseta de manga corta y unos pantalones de cowboy apretados a las piernas. Iba adaptando su tranco al del caballo; la mano, morena y nervuda, apretaba el freno como una garra. A poca distancia le seguía otro mozo con su caballo cubierto por una manta de color azul.

—¡Cómo vai, compagno! —saludó al pasar, y la pelambrera rubia le resplandeció en el rostro, arrugado como un durazno caído al sol.

Vino un jovenzuelo y, sin decir nada, cogió a la yegua por la brida y salió con ella en seguimiento de los otros.

—*Good bye, baby* —dijo Hidalgo, palmoteándole las ancas a la yegua y siguiéndola atentamente con la vista. La yegua se fue contoneando sus amplias ancas, relumbrantes y suaves, haciendo pequeñas y coquetas maniobras con la cola, que, tusada y sujeta por cintas de color púrpura, parecía el moño de una belleza rubia—. Adiós, mi plata —siguió diciendo Hidalgo—; que te apuesten otros, porque lo que es yo, te conozco, mascarita... Vamos —agregó, cambiando de tono—. Vamos a ir a ver algo que te va a interesar.

Le seguí por los recovecos de los establos. Quemaba el sol. Era un día claro. Caballos y caballerizos ostentaban un aire alegre de primavera. Entre los mozos abundaban los enanos, pero se veía en el vestido y en sus actitudes que poseían fuertes ambiciones apolíneas.

Bien peinados, lustroso y abundante el cabello, se cruzaban de brazos al sol y miraban pasar los caballos como si fuera un desfile de bellezas. Las camisas, con diseños hawaianos, mexicanos o escoceses, flameaban a la luz de la tarde. Sentado en cuclillas, un anciano de gorra amarilla fumaba un inmenso cigarro habano. A su lado, un muchacho rubio, casi albino, tocaba en la armónica una balada de cowboys. Los caballos escuchaban, primero con una oreja, luego con la otra. Después continuaban mirando de lado con sus ojos duros y despavoridos, como de locos. Un viejo flaco cepillaba un caballo en el medio de la calle, y el agua que chorreaba por los flancos caía al suelo, espumosa y humeante. Seguimos caminando. Nos acercábamos ya al final de los establos. Pasó una camioneta lujosa, cubiertas casi las ventanillas de sellos de hoteles y balnearios. Nos detuvimos frente a un establo de mala muerte. La mitad baja de la puerta de la pesebrera estaba cerrada; por la parte superior, en la sombra, vimos la silueta de un caballo. Tranquilo, tal vez dormido. Acaso pensando. Hidalgo entreabrió la puerta del galponcito vecino, que servía de dormitorio al cuidador. Sobre un camastro de niño dormía un hombrecito, destapado, la camiseta y los pantalones puestos, los pies desnudos al aire. En el suelo, a los pies de la cama, estaban las botas cubiertas de lodo y bosta seca. Una parrilla eléctrica calentaba suavemente la atmósfera y parecía tostar vagos olores. Hidalgo se acercó al muchacho y le gritó:

—Julián, Julián...

El otro no movió ni un pelo. Se inclinó sobre él Hidalgo y volvió a gritarle, esta vez en el oído. Tampoco hubo reacción.

—Ese jodido está muerto.

—Qué va a estar muerto. Tiene el sueño pesado. A ver...

Hidalgo gritó su nombre una vez más y le plantó una gran palmada en el trasero. Julián levantó apenas la cabeza y nos miró con unos ojos hinchados de sueño.

—Vaya, chingue a su ma... —dijo con vocecita

infantil, de acento mexicano, y volvió a poner la cara sobre una mano para continuar el sueño.

Hidalgo lo remeció y le revolvió el pelo. Le metió las manos por los sobacos y lo levantó como a un muñeco. Julián se metió la camiseta adentro de los pantalones y, restregándose los ojos, poco a poco volvió a la vida.

—Quiúbole... —dijo, por fin—; qué se cuenta, jefe.

—Quiubo, pu, iñor; la pucha que tenís el sueño pesado. Te podían levantar el caballo, contigo al anca, y no despertai.

—No. Aquí no se roba nadie nada.

Tenía una sonrisa amable y una agudísima expresión de burla en los ojillos negros. El cabello le caía traviesamente en un mechón sobre la frente morena. De edad indefinible, como todos los enanos, poseía la musculatura firme y alerta de un joven, mientras miraba con la sabiduría de un anciano.

—Este —dijo Hidalgo, señalándome— es un compatriota mío. Andamos conociendo.

—Ajá —hizo el otro, examinándome de reojo.

—¿Cómo se porta el compatriota?

—¿El blanco?... Pos como un ángel. No más que no se le antoja correr.

—Démole una miradita, ¿ah?

—Ahorita está durmiendo la siesta.

Hidalgo se rió de buena gana.

—Hijo de la gran siete, se da una vida de millonario. ¿Se da cuenta, compañero? Este caballo fregado vive aquí en California como si estuviera veraneando. Dicen que lo trajeron a Nueva York primero, y como no ganaba, pensaron que un cambio de clima le haría bien. Tan bien le hizo, que se siente como en su casa y no hace más que comer y dormir. No gana ni por casualidad. Ya lo han multado dos veces, ¿no es así, Julián?

—Tres —dijo el chiquillo—. Ya va en tres mil dólares; pero mañana irá por los mil seiscientos.

—¿Y después? —pregunté yo.

—Después lo venden para hacer *hot-dogs*. Por kilos.

—¿Pero qué le pasa?

—Le pasa —dijo Julián— que no es caballo de carrera. Será caballo de circo, jefe; pero de carrera no es.

—Nació para repartidor de pan.

—No, mano, más que eso. El caballo tiene su clase. De circo digo yo, o pa que lo monten unas güeras muy finas en el club de saltos.

—¡Palabra! Eso le gustaría al condenado; echarse a la espalda unos buenos cueros rubios.

—Si quisiera correr —continuó Julián—, sería bueno, por lo menos pasable. Pero no le provoca. Prefiere pasearse por la cancha como turista. ¡Chango más raro y extraordinario! Tiene personalidad. ¿Sabía usted? No más pasa una yegua y se pone a soltar pedos y patadas. Quisiera tragárselas. Y cuando va al paseo, ¿no lo ha visto? Se cree campeón. Tiene un paso de rumba que se reserva para antes de la partida. La gente se muere de risa. Dicen que se lo aprendió a Kid Gavilán. Y se entrena solo el jodido. Si no lo sacamos en la mañana, se pone a correr por las pesebreras y poco falta pa que bote el galpón al suelo. Los otros dueños se quejan y ni siquiera le permiten caminar por la calle de los establos. Hay que llevárselo por un desvío para que no alborote a todo el hipódromo.

—¡Pero cuando corre!

—Ah, pero si eso no es correr. No es que se raje. No, eso no. Tiene muchos huevos para andarse rajando. Lo que pasa es que no tiene la cabeza puesta en lo que va haciendo. Es indiferente. Se va punteando, como si todo fuera un juego. Cuando de veras empieza la carrera y los otros caballos se le vienen encima, entonces se hace galantemente a un lado y se va a la cola mirando cómo los otros caballos se sacan lo que no tienen corriendo. Después de la carrera vuelta con los pasos de rumba; llega a la cuadra y se da unos aires como si hubiera ganado el Santa Anita Handicap. El patrón está ya retehastiado.

—Vamos a darle una mirada.

—¿Qué horas son?

Va a ser la una.

—Bueno, que despierte el chingado. No se va a pasar todo el día durmiendo la siesta. Hay que llevarlo a la cancha a las cuatro. Va en la última.

—Una milla y un cuarto.

—Sí, en una carrera de reclamo por tres mil dólares. Pero yo sé que el jefe lo vende hasta por mil quinientos.

Abrió la puerta Julián y por primera vez tuve la visión de este raro caballo, venido de mi patria, que tanto daba que hablar. Me llamaron la atención los ojos medio abiertos, inyectados de sangre. Ojos de trasnochado. Un mechón canoso le colgaba en la frente. Cuando abrimos la puerta se puso a mear gruesa y sonoramente. Como un huaso borracho en una pared de la Estación Central. Me fijé en las patas cortas y el vientre abultado, tan guatón, en efecto, que a primera vista daba la impresión de estar esperando familia. Pero, observando de cerca, se notaba que no todo ese bulto era panza, sino que había allí pechuga también, firme y musculosa. Las cañas me parecieron increíblemente finas. Podía ser ilusión óptica, debido al contraste del pecho, los ijares y los muslos tan poderosos.

—Ya está quemado —hice notar.

—Bueno, pero no le hace. Estaba echando un sobrehueso en la pata izquierda, y, claro, hubo que quemarle las dos. —Julián se inclinó y con el pulgar y el índice rodeó la cuartilla del caballo—. Tierna y más fina que la muñeca de una mujer —me dijo sonriendo—. Pero ya está bien, retefirme.

Sobre la pelusa tordilla se notaba el tejido chamuscado que dejara la aguja. El caballo era cabezón, y esto lo hacía simpático de inmediato, aunque un experto hubiera considerado tal cosa como una mancha en su linaje. Era simpático para nosotros, sus compatriotas, que conocemos esta clase de gentes en el campo. Porque el caballo éste era tan chileno como Hidalgo o como yo. Indudablemente. Se le veía a la legua. No tenía que hablar para que lo reconociéramos. Cabezón, corto de patas, pechugón, y ese color blanco sucio, de rancho de adobe y cal, todo eso y lo que nos había

contado Julián no podían originarse sino en una media luna sureña de mi tierra. Dígase que era chifladura. Pero yo reconocía en él a un compatriota y le habría dado la mano, si no hubiese adivinado en sus ojos borrachos una cierta picardía socarrona y muy bruta que suele anteceder, no al saludo, sino a la patada en mis pagos. Como si la bestia pensara: "Ya me miraste bastante; toma, por jetón..." Sin embargo, sacudió la cabezota un par de veces y yo acepté eso como un saludo. De vez en cuando daba una patada en el suelo o tiraba la cola al aire.

—¿Cómo te llamái, huacho culebra? —le pregunté yo.

—Se llama "González" —respondió Hidalgo.

Yo lo miré con la boca abierta y solté la risa.

—No me estés jorobando...

—No es chiste. Así se llama. "González".

—No friegues. ¿Cómo se va a llamar "González" un caballo?

—Pos así le pusieron en Chile —interrumpió el mexicano—; el patrón lo inscribe con el nombre de "Señor González". ¿No ve que hay otro "González" corriendo en las ferias?

—Qué fregar; así es que te llamái "González".

—No es tan raro. ¿No te acuerdas de "Olaverry". Hay mucha gente en Chile que se llama Olaverry. Rebuena familia, pus...

Yo me doblaba de la risa.

—...puros vascos, de la mejor aristocracia.

—Y éste será de los de la clase media.

—Noooooo, pues, este ñato es pueblo, puro pueblo. ¿Que no le ves la pinta? Sólo le falta el habla pa roto.

En verdad, "González" tenía, así a primera vista, algo de roto. Quizás en la actitud apocada pero agresiva, en la mezcla de fortaleza y debilidad, y, sobre todo, en ese aire suyo de querer salir corriendo desmandado y de repente.

—El jefe dice —continuó Julián— que en Chile ganó muchas carreras.

—Claro, pues, corría en el Hipódromo. Yo me acuerdo —dijo Hidalgo—. Corría puras carreras largas

y tenía mucho aguante. Allá se llamaba "Policarpo González"... ¿De que te reís? —me preguntó Hidalgo, un tanto resentido por mis carcajadas—. Si es común que le pongan a un caballo el nombre de un pariente o un amigo del dueño.

—Sí, pero no con nombre y apellido.

—Con nombre y apellido, tal como suena. Nunca fue muy bueno; no, pues, regular no más.

Hidalgo se despidió de Julián, y yo le seguí hacia el hipódromo.

—¿Qué te pareció ese caballo?

—Bueno, por lo que vi..., no me pareció nada. Un caballo como cualquier otro. Excepto que es un don caballo, puesto que se llama "González".

—No, sin fregar. ¿Le hallaste pinta de algo?

—¿Cómo podría decir? Tendría que verlo correr. ¿Por qué me preguntas? ¿Quieres que le apueste hoy?

—Ni loco. No es por eso que te traje a conocer a "González". Se trata de otra cosa. Mira, oye lo que te voy a decir. —Hidalgo me causaba risa con su seriedad tan extraña a las circunstancias, pero sus ojos afilados como un corvo me imponían respeto. Para hablarme torcía su cabecita y se empinaba en sus tacones de huaso—. Tú has ganado algo de plata y parece que vas a seguir ganando. Naciste con suerte. No te voy a preguntar cómo lo haces, ni te diré que entiendo tu buena suerte. La cuestión es que naciste parado. Apuestas y ganas. Está bien. Pero lo que no está bien es que no aproveches tu plata. No, pues, compañero, ésas son huevás. La plata hay que reproducirla, invertirla para que se transforme en fortuna. Hay que explotar tu buena suerte.

Ah..., pensé yo, sobresaltado, ¿será que me dedican un cuento del tío?

—¿Pero qué tiene que ver esto con "González"? —pregunté con aire de inocencia.

—A eso voy, no me apures. "González" es tan remalo, tan requetemalo, que su dueño va a llegar a regalarlo. Se va a desesperar. Acuérdate de lo que digo. Y lo venderá por tres chauchas. Entonces es cuando usted entra en la colá. Con unos mil y tantos dólares,

te lo compras. Te lo compras, por la cresta. Y yo te lo preparo y te lo corro.

Tal sería la cara de sorpresa y desconcierto que yo puse, que Hidalgo se detuvo y me agarró del brazo.

—¿No te estoy diciendo que es una mina de oro?, ¿no te das cuenta? Ese caballo tiene que ganar algún día. Si yo mismo lo vi ganar en el Hipódromo Chile. Con una carrera que gane sacamos todos los gastos; con dos hacemos fortuna y nos vamos a Chile.

—¿Comprar un caballo? ¿Yo? ¿Y de dónde vamos a sacar la plata para mantenerlo? ¿Y dónde lo vamos a tener? ¿En la "Pensión Española"?

—Todo eso corre por mi cuenta —dijo Hidalgo en forma cortante—. Reclamamos el caballo y lo alojamos en la cuadra de un preparador alemán que yo conozco. Nos cobrará diez dólares al día por todo: alimentación, entrenamiento, la pesebrera, todo. Si el caballo se enferma, claro, hay que pagar las medicinas y las cuentas del veterinario. Pero "González" está curtido. No se nos enfermará. De esos diez dólares, algo nos rebajará el gringo, porque yo voy a cuidar al caballo, yo lo montaré y me ocuparé de entrenarlo. Total, será casa y comida lo que necesitará "González". Nos puede salir por unos doscientos dólares al mes. Yo te garantizo que, si yo lo preparo, "González" gana una carrera antes de un mes. Con un solo premio tenemos para todo el año...

Hidalgo hablaba con inspiración mística, escupía de entusiasmo, se le trababa la lengua, se frotaba las manos, daba saltos y patadas. Los otros caballerizos y entrenadores que pasaban a nuestro lado se nos quedaban mirando sorprendidos. Tal vez creían que acabábamos de asesinar a alguien. Para mí, aquel proyecto era una locura. Pero Hidalgo insistía y abundaba en razones. Su elemento de persuasión no era la lógica; era su impulso vital, su fuerza constante, insistente, ciega. Le sentía pegado a mí como una araña. Me ahogaba como una ventosa. El chiste se transformó en pesadilla, y, luego, en obsesión. Yo había tomado a este hombrecillo por un payaso inofensivo, y se me iba transformando en un ser diabólico. Me desconcertaba.

A pesar de que su charla me parecía absurda y grotesca, sabía que su idea me iba aprisionando, ofuscando mi imaginación con visiones fantásticas y muy apetecibles. "Esta es la cualidad del especialista en timos", me decía y repetía yo en silencio; sabemos que nos está engañando, sabemos que nos lleva a la perdición, sentimos que su razonar es inferior al nuestro, puesto que adivinamos su intención, y, no obstante, enmudecemos fascinados; el *no* que era tan posible al comienzo, ahora se ha tornado irreal, inalcanzable, y de pronto pienso que acaso Hidalgo tiene razón; que, en el fondo, viene a salvarme con el toque de una varilla mágica, abriendo un espléndido panorama en mi vida. Pero hay una fuerza contra el demonio, y esta fuerza, antes de agotarse, relampaguea y combate obstinadamente.

—¿Pero no me dijiste tú mismo que hay que huir de las carreras, que me fuera a Chile, que tú mismo quieres regresar y que no apuestas por ahorrar tu plata?

—Pero si esto es otra cosa, compañerito. Aquí no vamos a apostar. Esto es un negocio. Un negocio muy serio; el caballo es nuestro capital.

—¿Nuestro? —pregunté yo, asiéndome de la coyuntura que se me ofrecía de repente—. Pero si yo soy el que va a poner la plata. ¿Tú, qué pones? ¿Qué arriesgas?

Hidalgo se quedó en silencio unos instantes. ¿Lo había desarmado? Miraba al suelo con nerviosidad, se rascaba las orejas y las costillas.

—Putas —dijo—, si tú pones la mitad, yo pongo la otra mitad para comprar el caballo.

—¡Pero, hombre! Esa es una claudicación; sólo ayer me decías que las carreras son una cosa sucia y loca; que tu dinero lo guardas para unos botes y una morena. Si el desgraciado caballo no gana, habrás perdido todo. Adiós viaje a Chile, adiós ahorritos. Aquí te quedas limpiando bosta para toda la vida. A lo mejor nos endeudamos, nos meten a la cárcel. Bonito par haríamos en San Quintín.

Hidalgo caminó un rato en silencio, y, luego, deteniéndose y mirándome a la cara, dijo:

—Por la cresta, yo creí que tú eras de línea... Si no te interesa, bueno, pues; será como si no hubiéramos dicho nada.

—No te sulfures —respondí— ni me apures. Yo no dije que no me interesara la cosa. Sólo dije que ayer pensabas de otro modo.

—Qué ayer ni qué niño muerto. Yo lo dije ayer y lo digo siempre: que los que pierden en las carreras son los jetones que apuestan a tontas y a locas; no los dueños, ni los preparadores, ni los jinetes, ni los caballos, que son del oficio. Tú y yo vamos a ser dueños...

Al decir estas palabras se quedó en suspenso. Una sonrisa beatífica le abrió los labios. La cicatriz de la mejilla pareció desaparecer y los ojillos se iluminaron con alegría infantil. Habíamos llegado a la cancha. La gente caminaba aprisa hacia las boleterías. Por la pista venían desfilando los caballos de la primera carrera, Azul, rojo, oro, verde, negro. Los jinetes, de pie casi en los cortísimos estribos, maniobraban para colocarse en orden detrás del líder, de cazadora roja y gorra negra, que los conducía hacia la partida. Hidalgo y yo les miramos pasar. Para mí era ése un desfile de gala, desfile de juguetes en la incertidumbre de la primavera, estirándose como una serpentina sobre el verde brillante de los prados y la risueña inconsistencia de las amapolas. Todo era una gran burla inocente, una sensación aguda, inventada por la brisa y destruida allí mismo, en el suave calor del sol. Para Hidalgo, eso era el campo de batalla, era la tenacidad cruel y mal intencionada del jinete, el salvajismo refinado de los caballos, la amenaza trágica de la suerte agazapada entre los palos, hundida en la arena con su puñal artero. Miramos sin decir nada, pero yo, sin más razón que el ansia de ver mi destino escrito por las patas de un caballo, sentí que detrás de esa pintoresca compañía iban mi palabra y la palabra de Hidalgo unidas y trenzadas con una rúbrica de bostas.

Esperamos la carrera de "González": yo, haciendo mis complicadas apuestas; Hidalgo, observando, callado.

Sin indicación previa, llegábamos siempre a la misma esquina de las galerías, un poco más allá de la meta. Ahí estaban el Cowboy, el Cuate, Julián y muchos otros, entre ellos un jovenzuelo sin brazos, que nació así, cuyo nombre nunca supe, obsceno y vicioso, a quien había que ponerle el cigarrillo en la boca y encendérselo, y darle tragos de cerveza como a un niño de teta. Cada uno celosamente encerrado en su mundo, abstraídos e iluminados, algunos con expresión de angustia, otros de serena inspiración, otros sonriendo apacible pero misteriosamente. El Cuate, con su trajecito azul lustroso, iba y venía al trote entre carrera y carrera. Yo lo miraba curioso y sorprendido. Antes de la carrera se iba trotando al *paddock;* cuando los caballos salían a la pista, le veía pasar corriendo otra vez, trémulo, sin aliento casi, en caprichosas direcciones. Corría por las tribunas o los palcos, o hacia el excusado, o hacia los pagadores o vendedores de boletos. Parecía una hormiga que, de súbito, hubiera perdido la ruta de sus compañeras. No nos veía al pasar, no obstante que le gritábamos tonterías o le silbábamos. Trotaba, galopaba, corría su cuerpecito esbelto pero esmirriado, sujetándose la chaqueta con los codos y hablando incoherentemente. En una de sus carreras logré pararlo:

—¿Para dónde vas tan apurado, Cuate?

—No me demore, maestro, voy a meter toda mi lana en un caballo que no se pierde.

—¿Qué caballo?

—Venga —dijo, mirándome con expresión febril—, véngase, pero apúrese. Apúrese.

Salió disparado, y yo salí detrás. Sin pensar me había incorporado a sus carreras. Íbamos trotando a pocos pasos de un grupo que se movía como piño detrás de la yegua madrina. El grupo avanzaba entre la muchedumbre, retrocedía, se detenía, se dirigía ora hacia la pista, ora hacia las ventanillas. Todos corríamos juntos, apretados, codo a codo. Yo no sabía qué hacíamos, a quién seguíamos, ni con qué objeto.

—¿Adónde vamos, Cuate?

—Cállese, chingón. Sígame no más.

Poco a poco empecé a distinguir cierta estructura

en el grupo y hasta una vaga orientación. Seríamos unos treinta. Todos con la lengua afuera. La mayor parte descamisados. Al frente iba un caballero de apariencia robusta, colorado de rostro, sonriente, con aires de mucha prepotencia; vestía una chaqueta escocesa y sombrero tirolés; del cuello le colgaban unos anteojos de larga vista descomunales. Al llevarse los binóculos a la altura de los ojos, sus dedos soltaban relámpagos de tanto diamante que cargaban. A su lado iba una señora de edad mediana, ligeramente canosa, bajita y casi, casi bella. Su único lujo era una chaquetilla de piel. Por lo menos armiño. A unos pasos de la pareja iban cuatro individuos con facha de gangsters. Y después nosotros. El rebaño de febriles. El caballero y la señora se detenían: se detenían los gangsters, nos deteníamos nosotros. El caballero y la señora giraban a la derecha: los gangsters giraban, girábamos nosotros. Subían a su palco: los gangsters subían, subíamos nosotros y nos quedábamos aguardando a respetable distancia. Bajaban: bajaban los gangsters, bajábamos. Iban a ver el tablero de las apuestas: íbamos. Se detenían: nos deteníamos.

—Por la cresta —exclamé yo, cansado hasta no poder dar un paso—. ¿A quién diablos andamos siguiendo?

—Cállese, jodido, que esto es muy importante —me respondió el Cuate.

De pronto, mi compañero empalideció. El caballero había sacado la cartera y extraía varios rollos de billetes. Les pasó un rollo a cada uno de los gangsters. Los siniestros individuos salieron a paso rápido en distintas direcciones. El caballero siguió otro camino, y la señora otro. El Cuate resollaba como animal herido. Los descamisados corrían desesperadamente, unos siguiendo a los gangsters, otros a la señora, otros al caballero. Se desgranó el rebaño. El Cuate, perdida la razón, obrando por instinto, trató de seguir al señor, pero una multitud de apostadores le interrumpió el paso. Por más empellones que dábamos, no conseguimos salvar el obstáculo. Se nos perdió el sombrero tirolés en un mar de cabezas.

—¡La señora, la señora! —gritó el Cuate, y se escabulló en dirección opuesta.

Le seguí como pude. Dando codazos, cayéndonos,

metiéndonos como culebras por entre las gentes, seguíamos a unos veinte o treinta metros la chaquetilla de piel que ya desaparecía. Por fin, la chaquetilla se detuvo en una fila y esperó su turno para apostar. El Cuate, con toda audacia, se colocó junto a la ventanilla donde debía llegar la señora, y, como por encanto, salidos de la tierra o caídos del cielo, diez o más de los perseguidores aparecieron jadeantes a su lado. Formaron una especie de barrera humana. Un policía les miraba hacer sin decir nada, pero con el ojo muy atento. En esa ventanilla se vendían boletos de cincuenta y cien dólares. Le tocó el turno a la señora y su voz sonó distinta y diáfana:

—*Number five!*

Se amontonaron los billetes de a cien dólares en la caja. Cuando levanté la vista para observar al Cuate, éste había desaparecido. Y los otros perseguidores habían desaparecido. Fue cosa de un segundo. Yo, para que mis esfuerzos desplegados en la cacería no fueran vanos, me metí a una ventanilla de dos dólares y aposté también al número cinco. Volví después a nuestro punto de reunión, y allí estaban todos los hermanos de la cofradía, sentados en el suelo, beatos y compuestos, leyendo otra vez la biblia del carrerista: el *Racing Form*. Sólo el Cuate seguía pálido y nervioso.

—Puchas que me hizo trabajar, Cuate.

—No le hace, jefe, tenga paciencia. Nos corremos una fija, ya verá.

Y, en verdad, vi. Se corrió la prueba y ganó el número cinco.

—¿No le decía, maestro? —exclamó el Cuate, la cara llena de colores. Pero aún así, en plena floración, parecía planta de cementerio—. No podía fallar. Me lo dijeron los muchachos de la cuadra, tenía que ganar. ¡Carajo, qué golpe! ¡Qué golpe!

El golpe no podía ser tan espectacular, porque el caballo estaba tan jugado que sólo pagó tres dólares. Pero para el Cuate, que por lo general pasaba la tarde recogiendo boletos del suelo por si se hallaba un ganador, era una victoria, una gran victoria.

—¿Y a quién seguimos, Cuate?

—Al dueño, pos. Qué se cree. Yo no sigo más que al dueño; otros changos hay que siguen al preparador o a la señora del preparador. Yo sigo al dueño.

Julián, el caballerizo, se le quedó mirando burlonamente.

—Hay los que siguen al dueño —dijo—, los que siguen a la señora del dueño, los que siguen al preparador, al amigo del preparador; el Cuate los sigue a todos... Ja, ja, ja, ¿será baboso?

—Cállese, chingado; será porque gano que me tiene envidia. ¿Y usted que jugó, puñetero?

—¿Yo? —dijo Julián—. Ahí verá. Jugué "Colita". ¿Sabe por qué? Pos anoche tuve un sueño. Soñé que corrían el Kentucky Derby, y que, entrando a la tierra derecha, venían dos caballos peleándose la punta. ¿Cuáles cree usted que eran? Pos, "Colita" y el campeón "Citation". Nada más, ¿se figura? "Colita", agarrada, agarrada, para no ganarle por mucho al campeón. Cuando iban a llegar a la meta, "Citation" pasó a "Colita", pero de repente la miró para atrás y le dijo: "Después de usted, "Colita"; pase usted adelante". ¿Y qué cree que pasó? Pos "Colita" ganando por nariz.

—¿Y qué le pasó a "Colita" hoy?

—Paró la ídem. También es cierto que me desperté antes de ver la foto de la llegada. Ahí está, por eso perdí. Los sueños no engañan, manito.

Sonó el clarín anunciando la última carrera. Salieron los caballos a la cancha y, como oficiantes de un rito, nos levantamos todos para admirar la pasada del blanco: "González". Lo montaba Melvin Rock, poto de plomo, el jinete más torpe de California. Tan pronto apareció el caballo en la pista, se alzó un murmullo de admiración en la concurrencia. ¡Qué garbo! A paso rítmico y marcial iba "González", avergonzando a sus toscos adversarios. Picaba el suelo con los cascos, sacudía la gran cabeza blanca, desplegaba en el aire fino y dorado de la tarde su cola abundante y luminosa. Daba pequeños resoplidos que parecían decir: "Déjenme, déjenme, no me sujeten, que ya me trago la pista". El jinete apenas lograba contenerlo y era evidente que se veía en serios apuros para mantenerse en la silla.

Los principiantes, los forasteros y turistas, preguntaban con voz conmovida de admiración: "¿Quién es ése? El blanco, el blanco, ¿cómo se llama ese caballo?" Y "González" parecía oir estas exclamaciones, pues exageraba aún más su desplante. Frente a los palcos levantó las manos. Un alarido se escapó de la muchedumbre. Movió las patas en el aire como saludando y, luego, con gesto enojado, se sacudió entero y trotó. ¡Pobre jinete, pálido y compungido, sujetándose con pies y manos! Antes de la partida, "González" galopaba para allá y para acá, daba colazos, relinchaba, escarbaba el suelo como un toro. Los ingenuos salían desmandados en busca de la taquilla para apostarle a ese portento. ¡El blanco, el blanco, el blanco!

Era ya el atardecer cuando se dio la partida. Sobre las colinas de San Bruno se vino un viento helado. El Cuate se frotaba las manos, Hidalgo daba patadas, y el Cowboy se ponía más y más morado, como si el vino se le subiera al rostro a la par con los colores del crepúsculo. ¡Partieron! Les vimos venir desde el fondo de la recta, acercándose a las tribunas, hasta pasar por primera vez frente a la meta. Corrían una milla y cuarto, dos vueltas a la pista. Frente a nosotros pasó "González" punteando. Sobre el fondo verde obscuro del hipódromo iba el caballo chileno, hecho de ceniza o de plata, penetrando el aire como un taladro, dueño absoluto de este país de lechugas, que soltaba sus más finos aromas para celebrar su paso. Silbaba el viento, y nosotros, inspirados, creíamos escuchar el roce veloz del caballo contra el atardecer. Al dar la primera curva vi sus ancas poderosas, y los cuartos traseros contrayéndose y estirándose, como si vaciaran desprecio sobre el triste rebaño que le seguía.

—Ese caballo no puede perder —dijo alguien a mis espaldas.

Miré a Hidalgo. Lo vi muy pálido. "González" llevaba cuatro cuerpos de ventaja al pasar el poste de la media milla. Al llegar a la tercera curva mantenía la ventaja y parecía ir galopando con entera confianza. De súbito hizo un movimiento falso. Un esquive o un tropezón. No podría decir con exactitud qué fue, a

pesar de que seguía el desarrollo de la carrera con anteojos de larga vista. Perdió el paso y, doblando las patas delanteras, lanzó al jinete como desde una catapulta. Voló Melvin por los aires grotescamente, el látigo todavía en la mano. "González" lo evitó con un salto perfecto. Rodó el jinete hacia la barrera, librándose milagrosamente del tropel que avanzaba enfurecido. La muchedumbre aullaba. Hidalgo y los mexicanos se reían a carcajadas. Se vino la cabalgata en demanda de la meta. Un solo rugido ensordecedor creció desde las galerías. En una nube de polvo salieron los caballos de la curva final, con la figura épica de "González" al frente. Venía desenfrenado, enloquecido de velocidad y poder; los estribos bailaban en el viento, y la cola, desplegada, iba barriendo la arena sobre sus perseguidores. Liviano y maestro de sus movimientos, corría la gran carrera de su vida: sin jinete. Se vino como una tromba blanca sobre la llegada. Ganó por cinco cuerpos, en una perfecta demostración de control y resistencia. Los guasones se reían, aplaudiendo a rabiar. Gritábanle elogios que nunca oyera "González" antes en pistas norteamericanas. Después de la llegada se detuvo lenta y graciosamente, y, con gestos elegantes de campeón, volvió hacia las tribunas, trotando y dando cabezadas. El público aplaudía con frenesí. Era la ironía cruel de los amargados que de pronto descubren una víctima inofensiva. "González", ebrio de gloria, parecía apreciar esas manifestaciones con corazón humano. Se acercó con un pasito de rumba al puesto de los jueces y, contoneándose, entró al círculo de los ganadores. La multitud soltó una carcajada brutal. "¡Qué caballo! —se repetían—, ¡si parece gente!" Hidalgo y yo permanecíamos callados. El Cuate lloraba, porque, sin decírselo a nadie, había apostado un ganador a "González", y veía ahora el fastuoso dividendo desaparecer como un globo de jabón en el aire. A mí me dolía ver las payasadas del caballo. Algo me hacía sentir en ese paso de comedia un fondo trágico. "González" era como un huaso miserable que, borracho y animado por la burla disfrazada de admiración de los patrones, olvida sus alcances modestos y se pone en

ridículo. Un fotógrafo le tomó una foto y las gentes volvieron a reir y a aplaudir. Pero llegó el fin de la función. El verdadero y legítimo ganador entró al círculo, y "González", de pronto, se vio empujado y expulsado a latigazos del sitio de honor. Hubo algo en sus corcoveos que reveló una herida sorpresa. Pareció que de repente hubiera comprendido lo falso de su situación y, sobre todo, la naturaleza de los gritos y las carcajadas. Retrocedió tambaleándose, los ojos inyectados de sangre. El mozo lo sacó a tirones y a palos de la pista y se lo llevó a las caballerizas.

—Desgraciados —dijo Hidalgo—, no se dan cuenta de lo que tienen en ese caballo. Un día lo van a comprender, hijos de la gran siete. Pero el gusto no va a ser para ellos —agregó mirándome—; va a ser para nosotros, compatriota, porque después de lo que pasó hoy a "González", no lo venden; lo regalan...

Yo asentí con la cabeza. Ahora sí estaba convencido. Aunque tuviera que gastar mi último centavo, aunque tuviera que pagar con trabajo forzado, "González" sería mío. Yo rescataría a mi compatriota. Miren que tratar a palos a un campeón en desgracia. Reírse de un caballo que era un poeta de la hípica, que, en lo mejor de una carrera, por volverse a mirar a una mariposa en el suelo, bota a su jinete. Ese caballo era un genio, condenado por la suerte a vivir entre patanes. Con su sentido de lo dramático, su fantasía y su pellejo curtido a palos, el viejito "González" estaba destinado a maravillar multitudes.

—Ya verán, jetones..., ya verán...

Entremés bucólico y pastoril, o los tomates de la discordia

PERO comprar un caballo no era cosa tan simple. Alguien tenía que comprarlo a nombre nuestro, pues, según los reglamentos, sólo un dueño de caballos que estén participando en la temporada tiene derecho a rematar otro caballo. ¿Y los cuatrocientos cincuenta dólares al mes que tendríamos que pagar al preparador? Comprar a "González" era una aventura de incalculables consecuencias. Hidalgo tendría que influir en nuestro compatriota y hacerle ver que el trance era de vida o muerte.

Desde que Hidalgo me propuso la empresa, no dormía yo haciendo proyectos. Dejé mi empleo de pinche y me dediqué exclusivamente al arte de vivir sin trabajar, en combate épico con la suerte. Apostaba compleja y audazmente. Pero mi capital se triplicó. Leía el *Racing Form* con la profundidad y sabiduría de un Champollion. Los carreristas se horrorizaban ante mi persistencia. Pero ni aún así, contando con esta suerte fenomenal, era posible que yo juntase suficiente dinero para mantener un establo. Había que buscar otros recursos. Y los busqué, llevado por las circunstancias.

Un día, en el bar de los oculistas, Mercedes vino apurada y extremadamente nerviosa.

—Mi papá —me contó— se pone furioso cada vez que le menciono tu nombre; dice que eres un vago sinvergüenza, y que si no dejas las carreras y no te consigues un trabajo, te va a hacer sacar de la pensión

y hará que te echen del país. Dice que eres un gangster...

Mercedes me interrogaba con sus grandes ojos verdes, como si dudara del efecto que producían en mí sus palabras. Yo me fijaba en ciertas sombras doradas que producían sus pestañas y me sentía como entre mariposas, buscando con ahinco una pulpa frutal que se asomaba en sus labios juveniles, pero terriblemente burlones. Ella hablaba y yo la miraba, y, cuando no podía más, me le iba inclinando, echándome encima, hasta que ella me apartaba de un empujón.

—...mi papá es muy bueno, aunque sea algo serio y estricto.

—Eso ya lo sé.

—No; pero es que debajo de esa capa de severidad puede ser muy dulce. ¿Por qué no trabajas y te dejas de ridiculeces?

—¿Pero no te das cuenta del proyecto que me llevo entre manos? Si nos resulta, nos hacemos ricos. Vamos a reclamar a "González" la próxima vez que corra. Nos costará mil seiscientos dólares. Yo pondré la mitad e Hidalgo pondrá la otra mitad. Dice Hidalgo que en dos semanas que él tenga al caballo, le sacará toda la sabiduría y la clase que hoy tiene en potencia... En potencia, Mercedes. El caballo ése es un campeón. No un campeón como todos los campeones, porque, si es cierto, tiene sus peculiaridades y excentricismos. Pero es un campeón. ¡Ganar cuando bota al jinete! ¿Te das cuenta? Era como decirles: "Por eso no gano nunca, porque los jinetes que me ponen son unos animales; así correría yo siempre si me montara alguien que valiese la pena, alguien que me comprendiera".

—...o si no me monta nadie. Eso es lo que dice. Por lo que tú me cuentas, ese caballo sólo puede ganar sin jinete.

—En eso no había pensado...

Lo que dijo Mercedes me dejó perplejo. "González" era un individualista, un caballo de temperamento bohemio, opuesto a toda disciplina y sistema. Por muy poco que yo le hubiese observado, advertía claramente que en su imaginación "González" se había forjado una

imagen de sí mismo que en nada correspondía a la realidad. Se sentía campeón. ¿Pero qué había realizado para serlo? Alguna prueba victoriosa allá por sus años mozos. Ahora, en tierra extraña, entre gentes que lo examinaban con la mirada cruda y helada del comerciante sin piedad, "González" era un atorrante, introvertido, aislado y ciego, ebrio de un sueño de grandeza que descansaba sobre paja y se nutría de vagas nostalgias.

—El jinete representa ciento, ciento diez o más libras de peso —continuó Mercedes—; sin jinete, ¡hasta quién no gana!

—Bueno, no hay que exagerar. Eso es mirar las cosas de un modo muy prosaico. Hay jinetes que hacen sentir su peso, pero también hay maestros que parecen llevar al caballo por los aires. En el caso de "González", los jinetes que le ponen van encima de él como sacos de papas.

A pesar de mi razonamiento, la duda había prendido firmemente en mí y no lograba rechazar la idea de que "González" pudiera no ser un caballo de confiar, sino más bien uno de esos animales modernos, neuróticos y hasta quizás esquizofrénicos.

—Estaba pensando en el caballo ése de la reina de Inglaterra, "Landau", que tiene que ser sometido a tratamientos psiquiátricos para que pueda correr. Es un caballo genial, pero, como dice su entrenador, es demasiado inteligente para su propio bien. Cualquier detalle lo distrae o lo fastidia, y hay carreras, como el Premio Internacional de Laurel, en que, después de puntear tres cuartas partes de la distancia, se entrega desconsolado, porque tiene la idea repentina de que la carrera no acabará jamás, de que tendrá que seguir corriendo por toda la eternidad. Es un terror metafísico que lo embarga, y, dando unos sacudones nerviosos y profundos suspiros, rehusa seguir esforzándose. Algo así podría pasarle a "González"...

—Permíteme que lo dude. "Landau" es un caballo real; "González" es un plebeyo. En un rey, esos caprichos son lógicos; pero en tu caballejo son ridículos.

Lo que pasa es que está muy viejo y sencillamente las patas no le dan para más.

—Ah, pero es que tú no conoces a mi gente como yo la conozco. Jamás he conocido un compatriota de cierta figuración que no tenga esta rareza de "González". Engañados por la ilusión que no podemos reconocer, nos sentimos campeones, verdaderos campeones sin campeonatos. Tal vez por eso no progresamos gran cosa y nos vamos quedando atrás, creyendo todavía la leyenda que nos crearon de ser muy emprendedores y muy campeoncitos. ¿Dónde no hay un compatriota mío haciendo cosas extraordinarias? Hasta en la Cochinchina los encuentras tratando de batir alguna clase de record. La mayoría escoge el gran teatro del mundo para su comedia. Eso es lo que quiero decir. Si alguna vez me compro a "González", le voy a decir a Hidalgo que le deje crecer la melena. La gente pagaría por ver correr a un caballo existencialista. Podríamos decir que "González" necesita no sólo de un psiquiatra, sino que tiene un grupo de discípulos y que todos sus entrenadores están tomando cursos de psicología en la universidad...

Mercedes no me escuchaba. Se distraía observando a Ralph Difteria, que repasaba sus mambos y guarachas en el piano. Nuestra mesa quedaba junto a la pared, y desde allí, desde nuestro rincón en la sombra, podíamos escuchar la música del panameño y mirar a la gente que entraba o salía del bar. A través de la ventana que el señor Pichicho había hecho decorar por un aficionado al surrealismo, veíamos parte de la calle Columbus, de Broadway, y un alero abandonado. A esa hora, temprana aún para el mariposeo de los bohemios, sólo veíamos pasar chinos e italianos cargando paquetes. Los choferes de taxi se reunían en la esquina de la "Casa del Pisco" y conversaban a voces sobre la pelea de esa noche en el Cow Palace. Los automóviles subían y bajaban las colinas, como si no acabaran nunca de probar sus frenos. En la calleja abandonada, una pandilla de chinitos y mexicanos jugaban a los cowboys, dándose de palos y balazos y cayendo con el estómago agarrado a la voz de *"You got me"*. Cómo se entendían

no sé, a pesar de cierta similitud entre los *ons* nasales de los chinos y el "chingón" no tan nasal de los mexicanos. Los chiquillos jugaban en un escenario cambiante: el suelo gris se iba haciendo azul obscuro, las paredes flotaban un instante, y luego empezaban a salir del limbo lechoso con grandes manchas amarillas y verdes: se encendían los avisos, se iluminaban algunos cuartos en las casas de alto y por entre rejas absurdas aparecían por primera vez jaulas de canarios, matas de geranios, persianas y chinos en camiseta, muy pelados y brillantes de sudor. De la calle Kearny venían los pequeños filipinos de sombrero alón y chaquetas largas. Les veía aparecer jugando con un llavero, los ojos invisibles, avanzando con suavidad de panteras hacia un Cadillac donde mujeres rubias les esperaban como en una jaula. El atardecer sacaba todo esto a escena. Los chinos e italianos desaparecían, y desde los muelles llegaban marineros, soldados y estibadores. Los mozos, vestidos de negro, como enterradores, salían a abrir las puertas de los restaurantes.

Nosotros mirábamos desde la obscuridad, acariciándonos distraídamente, confiados, felices. Y desde la calle, como desde el proscenio, surgió la imagen fatídica que, apagando todo el rumor y suspendiendo toda la acción en su contorno, introdujo bruscamente el drama. En la puerta del bar apareció, de repente, Marcel. Entró con cierta vacilación, acostumbrando los ojos a la obscuridad; se acercó al bar, y ya iba a pedir algo, cuando nos distinguió. No había otros clientes. Ralph Difteria seguía tocando, sin prestar atención al recién llegado. Mercedes, al ver a su padre, se quedó inmóvil. Yo sentí el corazón dando tumbos. Marcel se acercó, y, ya frente a mí, sin mayores preámbulos, me cogió por la pechera de la camisa y me levantó en vilo. Cayó la silla por un lado y mi vaso rodó por la mesa y se hizo mil pedazos en el suelo. Antes de que Mercedes pudiera levantarse, Marcel me sacudió varias veces con la garra izquierda, y con la derecha comenzó a darme bofetadas por todas partes. Yo apenas atinaba a defenderme, y no acababa de decidir si debía lanzar algún golpe y correr el riesgo de enardecer aún más a Marcel

o si debía prestarme pacientemente al sacrificio. El señor Pichicho salió corriendo y gritando, supongo que a buscar la policía. Mercedes, entre sollozos, trataba de calmar al energúmeno de su padre. Pero éste, grueso y tozudo como un búfalo, me había arrinconado y se daba gusto sacudiéndome, al mismo tiempo que lanzaba exclamaciones de furia, acaso para darse ánimos, como sus antepasados, que en la pelea gritaban: "¡Santiago, españoles!" De pronto, algo enteramente inconcebible y absurdo ocurrió. Sin atreverse a ayudarme directamente y queriendo salvarme de mi atacante, Ralph Difteria se puso a tocar en el piano el Himno Republicano de Riego, y a los primeros acordes de la gran marcha Marcel se detuvo desconcertado. Volvió la cabeza, resollando como un toro, pero reaccionó en seguida y, dándose cuenta de la idiota estratagema, se le fue encima al pianista como una locomotora.

—Coño —gritaba Marcel—, te voy a descuartizar... Cabrón, profanador de la República...

Ralph daba saltos por todo el bar, se subía a los pisos, a las mesas, corría botando sillas y chillando:

—La policía, la policía, que me matan...

Pera la verdad era que Marcel no podía echarle mano. Llegó finalmente el señor Pichicho con dos policías. En la puerta se había aglomerado una muchedumbre de marineros y jovenzuelos y jovenzuelas elegantes que venían a la hora del cóctel al "Mataor". Hablaban de "otro" asesinato de gangsters. "Hay tres o cuatro tendidos adentro." "Con ametralladoras." "No, fue con puñal." "Dicen que fue el tabernero que los envenenó a todos." "¿A los surrealistas?" "Sí, por eso." Alguien reconoció a Mercedes, y entonces el escándalo subió de tono. "Se mataron por una bailarina, la del "Rancho", claro." "Primero la mataron a ella. Fue un duelo de españoles. ¿No sabe usted cómo es eso? Pues se agarran de una mano; en la otra tienen una daga..." El señor Pichicho tuvo que cerrar el bar. Adentro, fue difícil empresa calmar a Marcel, que aún pretendía matarnos a todos por turno. Ralph Difteria se había parapetado detrás del piano y tenía el piso en las manos listo para lanzarlo. Mercedes lloraba. Yo

mantenía silencio. Los policías, un par de gigantes ítalo-americanos, discutían con Marcel. Lo dominaban, pero no lo convencían, porque Marcel, en el fondo, era intransigentemente opuesto a la policía, con intransigencia nacida en huelgas y contrahuelgas. Pronto nos dividimos en dos grupos: alrededor de una mesa, un policía se enredaba en discusiones con Marcel sobre quién tenía el derecho legal a descargar los barcos en San Francisco, si los miembros del sindicato de Bridges o los miembros de la American Federation of Labor. Mercedes les escuchaba mordisqueando el pañuelo con que se había enjugado las lágrimas. En la otra mesa, el policía me hablaba "de hombre a hombre".

—Escucha, hijo, este hombre no te quiere, y si persistes en enamorar a su hija es capaz de matarte.

Los golpes de Marcel no me dolían moralmente, pero sí me escocían en el tórax y en las orejas. Yo miraba a Mercedes con ojos de perro. ¡Cómo hubiera querido estrujarla en mis brazos y besarle las pestañas mojadas de llanto! De sólo pensarlo sentía en mis manos el calor de su *sweater* negro y olía casi el perfume de su pañuelo rojo atado al cuello. También ella me miraba y trataba de devolverme el ánimo con arrumacos de la boca y la nariz. Tenía las piernas cruzadas y sus pantorrillas blancas me inducían a recapacitar con mucho más fuerza que los argumentos del policía y los puñetes del vasco. El señor Pichicho había llevado una botella de vino a la mesa de Marcel. Hubo unos intervalos de silencio en que se bebió duro. De pronto, Marcel me hizo un gesto desde el otro extremo de la sala, y yo me acerqué dudoso. Los policías se pusieron alertos.

—Que todo quede bien claro. Tú no molestas más a mi hija, y lo pasado es pasado. Bebe, chico, bebe un vaso de vino y olvida lo sucedido...

Los demás asintieron con entusiasmo. Que se olvide todo, que se olvide. Lo pasado es pasado. Salud. Bebimos todos.

—A tu hija no la molesta nadie más que tú, Marcel, que eres un bruto y un animal, y si no me crees, pre-

gúntaselo a ella... —dije, secando mi rostro con el pañuelo.

¡Cómo saltó ese Marcel al ataque! Estuvo a punto de repetirse todo el bochinche. Los policías lo dominaron con una tomada de lucha romana y lo sacaron arrastrando a la calle. Mercedes me apretó la mano con frenesí al salir detrás de su padre.

El resultado de la pendencia fue que tuve que abandonar la "Pensión Española", y, a falta de otra solución más atrayente, decidí ausentarme de San Francisco por unos días, hasta que Marcel se calmara y supiera yo a qué atenerme. Tal decisión trajo como consecuencia, de modo indirecto y por cierto extraño, un inesperado aumento de mi capital. Diré, para ser franco, que la riña con Marcel no fue la única razón de mis nuevas andanzas. Papel importante jugó mi amigo el Cuate, a quien fui a rogarle que me ayudase a encontrar un departamento, él que conocía San Francisco como la palma de su mano, y que, gracias a su empleo de cantinero, era un noticiero ambulante.

—No se pase a ninguna parte todavía —me dijo cuando le conté mis tribulaciones—; usted necesita dinero para sus empresas y yo necesito un cambio de aires para el reumatismo, y, además, porque esta vida de tabernero es mala para la sangre y para el espíritu. De tanto atender borrachos, se le emborracha a uno el corazón, y, parado aquí detrás de este mostrador, pasando vasos y botellas, preparando diabólicos menjurgues, me siento como un farmacéutico dedicado a envenenar a la humanidad.

—Está usted muy filósofo, Cuate, casi tan filósofo como Pito Pérez.

—Pos no, no más que cuando hablo con gente decente me adecento y sofistiqueo. Y también que no he comido bocado en todo el día. De las carreras vine a la ocupación, y en esta ocupación sólo se comen aceitunas, cebollitas, cascaritas de naranja y de limón, y unas cerezas borrachísimas. Con esta dieta, diga usted si no voy a filosofar. Lo que a usted le conviene, maestro, es irse conmigo a picar tomates. Por una semana o dos.

—¿A qué?

—A picar tomates, ocupación sana; más o menos bien pagada, con bastante porvenir y, sobre todo, lejos de las tentaciones de la ciudad.

Picar tomates era "recoger" tomates, en el lenguaje del Cuate, y era oficio de temporada, al cual acudían todos los desocupados, los vagos, los estudiantes pobres y, en especial, los alambristas mexicanos o *wetbacks* que atravesaban el Río Grande eludiendo a las autoridades de emigración y se venían al norte de California con la esperanza de perderse entre las multitudes del valle de San Joaquín o de Salinas. En época de cosecha, los agricultores sentían agudamente la falta de trabajadores y contrataban sin discernimiento. O acaso con demasiado discernimiento, pues solían contratar de preferencia a quienes consentían trabajar como esclavos por un salario de hambre. Bastaba con que uno tuviera dos brazos y dos patas y voluntad suficiente para pasar todo el día con el espinazo doblado. Yo no tenía experiencia en el oficio, pero tampoco la tenía la mayor parte de los que se contrataban; así, pues, acepté gustoso la sugerencia del Cuate, y, después de comunicarme con Mercedes por intermedio de la mujer de Miguel Angel Velázquez, prometiendo regresar en un par de semanas, salimos una tarde cualquiera en autobús en dirección al pueblo de Davis y de aquí en camión a la finca donde nos contrataron.

En el camión noté que toda la cuadrilla de trabajadores era de origen hispano: la mayoría mexicanos, unos pocos salvadoreños, un argentino, dos colombianos, hermanos gemelos, y yo, el único chileno. Hicimos buenas migas de inmediato. Una vez llegados a la finca, nos instalaron a todos en un galpón de calamina, donde las camas estaban puestas en serie como literas de barco y donde todo el amoblado consistía en una que otra silla desfondada y unos baúles que bien podían servir para guardar ropa como para guardar las herramientas de labranza. El capataz era un viejo caderudo, de pelo blanco y ojos azules, que hablaba con erres profundas y en cuya actitud se advertía un paternalismo dudoso.

—Hijos —nos decía, pero ese "hijos" tenía gusto

a "perros"—, hoy llegaron muy tarde para la comida, pero mañana les espera un suculento desayuno. Aquí se empieza a trabajar temprano. El camión pasará por ustedes a las cuatro y media.

No había más alumbrado en el galpón que el de una lámpara de kerosene, y esa luz, que partía las sombras como andrajos, nos acercaba, empujándonos, hasta darnos la impresión de platicar en ruedo junto a un invisible brasero criollo. Los muchachos se habían despojado de sus ropas y se tendían por todas partes en grotescas posturas. Poco a poco se nos había ido soltando la lengua y competíamos por el derecho a contar alguna cosa rara. Me gustaba oir a los alambristas. Era fácil clasificarlos en dos categorías —dentro de las cuales, naturalmente, cabían infinitas subdivisiones—: la de los citadinos mentirosos y la de los trágicos indios. Los de la capital y los tapatíos hablaban por hablar. Los indios callaban, sonrientes, regocijados como niños, felices de hallarse entre amigos.

En una cama se había organizado un juego de naipes. Veía a los jugadores envueltos en humo, morenos, desnudos, chorreando sudor. La cabezota crespa de uno sacudíase en ruidosas carcajadas. La luz de la lámpara les caía como luz de altar, vinosa y morada, sumiéndolos en un ambiente de sueño. En otro rincón, el argentino, rodeado por un grupo numeroso, cantaba tonadas criollas acompañándose en la guitarra. Su voz era gruesa y, quizás, un tanto desafinada, pero había emoción en sus quejas, una emoción que no derivaba de las puñaladas, cárceles, traiciones y cambios de suerte que cantaba, sino más bien de nostalgia por el barrio lejano y por los camaradas, cuyos rostros vería seguramente en aquellos que le miraban desde las sombras. Cantaba la historia de la pulpera de Santa Lucía.

Era rubia y sus ojos celestes
reflejaban la gloria del día...

Para mí era un atardecer santiaguino en mi barrio adormecido bajo los cerezos en flor: las calles pobres y las casas de adobe, una farmacia, una peluque-

ría, un almacén, un conventillo; un salón de cerveza, donde nos reuníamos todos los jóvenes melenudos, y adentro del vaso de cerveza la miniatura de la pulpera: rubia y sonriente entre las burbujas y la espuma. Pero el vidrio, como la voz, se quiebra: un ramalazo de sangre y una muerte o una ausencia. El argentino solloza. Sugiero que vayamos a alguna parte a donde podamos tomar un trago.

—Usted no sabe lo que dice, maestro. Habría que ir al pueblo, y, caminando, no llegamos ni mañana.

Salgo del galpón y me acuesto en el suelo a mirar la noche campesina. Poco a poco voy sintiendo la embriaguez del vino imaginado. Me viene del cielo azul rebasante de estrellas, del aire caliente y oloroso a manzanas, de la tierra seca y suave que siento como una mano de mujer acariciándome las espaldas. Del galpón amigo, de la ventana por donde se cuela la luz pobre de la lámpara, de las voces hispanas que cantan, riñen y carcajean. Del pito lejano de un tren que va como pájaro rasgando la seda negra de la llanura. Del recuerdo de Mercedes que me sale de entre las ramas de los árboles y viene a tocarme los ojos con sus labios húmedos. Estará bailando en "El Rancho". La sala está envuelta en humo. Una sola luz resplandece en el suelo y sobre esa mancha blanca se contorsiona ella desnuda. Veo sus caderas y sus piernas, siento la caricia de sus dedos en mi nuca. Pero la luz se apaga y la obscuridad se derrama como si hubieran roto un jarro de vino en el suelo. Las sombras se me pegan a la camisa mojada de sudor y por primera vez siento cierta dureza en la tierra. Me levanto y salgo de la noche diciendo salud con un vino irreal, fermentado en la soledad cuajada de estrellas. Me acosté completamente ebrio.

A las cuatro de la mañana me despertó el Cuate dándome remezones.

—¡Eh, jefe! Levántese. Despiértese, que es hora de irnos... ¿Pos se va a quedar enredado en las cobijas?

—¿Qué pasa? —Desperté con los ojos desorbitados y el corazón desbocado, mirando por dónde arrancar, pues creí que se trataba de un terremoto.

—¡Qué temblor ni qué indio envuelto! Hay que ir a trabajar. El camión está esperando.

—¡Ah! A trabajar, qué payasada... Dígales que yo no voy por ahora, que mañana sí empiezo, de seguro.

El Cuate se reía y me puso un despertador en la oreja. La campanilla me sacó de un brinco de la cama. Nos lavamos en un caño de agua que había junto a la puerta. Una fila como de treinta individuos esperaba para entrar al retrete. Uno solo para toda la cuadrilla de trabajadores. La fetidez era tal, que los que entraban sostenían la respiración o tragaban aire por la boca. Desde el camión el viejo capataz nos apuraba a gritos. Hoy venía acompañado de un muchachón rubio, de ojos claros, muy quemadito por el sol y vestido a la manera de los artistas de cine que van a un balneario como a una expedición: casco colonial de color crema, chaqueta de cuero, pantalones caqui y botas. Este nos cayó mal de entrada.

—Míralo —me dijo el Cuate—, se cree muy bello.

En realidad, de pie en el camión, el perfil atlético, el mentón duro y cuadrado, las manos en las caderas, sólo le faltaba el látigo para negrero. Acaso percibió nuestra antipatía o acaso nuestra antipatía nació de una certera intuición. El caso fue que el Bello se transformó ese día en nuestro verdugo. Nos dividieron en cuadrillas y a cada cuadrilla le tocó una zona del tomatal. El trabajo consistía en ir recogiendo los tomates de cada planta, en línea recta hacia el camino, y colocándolos en un cajón, que se transportaba hasta un lugar donde lo recogían los camiones, que llevaban toda la cosecha a la estación del ferrocarril. Se nos pagaban siete centavos por cada cajón. Es decir, esto era lo que ganábamos nosotros, los que no éramos esclavos. A los alambristas no se les pagaba visiblemente. Venían contratados en términos inefables y recibían su "paga" al fin de la temporada.

El Bello fue nuestro capataz, encargado de vigilarnos y de llevar la contabilidad de lo que recogíamos. Desde temprano comenzó a provocarnos. El Cuate era para él un *greaser,* término insultante que en Texas y en el sur de California les aplican a los mexicanos. Se

reía de su cuerpecillo enano y de la lentitud de sus movimientos. Le daba órdenes como a un perrillo de Chihuahua.

—*Hey, you, little boy* —le decía, sabiendo que el Cuate tenía edad suficiente para ser su propio padre—, anda a traerme el agua y no te quedes en el camino, holgazán.

El Cuate obedecía sin chistar. Era fácil darse cuenta de que en su interior la cuerda de sus nervios iba tornándose peligrosamente tensa y que podía estallar en cualquier momento. Sus manos todavía conservaban la dureza de garras con que azotaba a las bestias; sus brazos eran cortos pero firmes; sus hombros, sus piernas, eran pequeños pelotones de músculos, que, bajo el estímulo inesperado, podían generar fuerzas arrolladoras. El Bello, ignorando el peligro, se divertía azuzándolo.

—No, así no se corta el tomate —le decía, cogiéndolo por la cintura y levantándolo en brazos como a un bebé—. Mira esta mano de hombre; así se coge, ¿ves?; así se jala para no dañar la planta. ¡Qué vas a aprender! Naciste para fenómeno de circo.

Yo me estaba guardando tanto resentimiento como el Cuate. Los demás compañeros nos miraban con lástima. Sin práctica, descorazonado por la constante provocación del capataz, me sentía ridículo, incapaz de ayudarle al Cuate, ni de repeler los ataques. Hacía un calor espantoso. Como todo desayuno habíamos recibido una taza de café negro. Me sentía mareado, sucio, débil. En nuestro grupo rápidamente se notó que había tres clases de trabajadores: los expertos, los empeñosos y los haraganes. Yo y el Cuate, por supuesto, fuimos inmediatamente catalogados entre los haraganes. El argentino salió decidido a batir todos los records. Cuando nosotros habíamos llenado cuatro cajones, él tenía veintisiete. No sé si lo hacía por amor propio o porque así estaba de necesitado. El segundo puesto lo ocupaba una mujer, maestra de escuela primaria, que, con la popa alzada, doblada en dos, iba recogiendo tomates con las dos manos, como topo abriéndose camino. Yo recogía un tomate, lo examina-

ba concienzudamente, lo olía y lo limpiaba, y, cuando no me lo comía, lo tiraba adentro del cajón. Primero traté de realizar el trabajo doblando la cintura. A la media hora no lograba enderezarme. El Cuate me tuvo que ayudar. Pasé momentos de verdadera angustia, imaginándome que había quedado doblado para siempre y que tendría que ir por el mundo caminando como un puente cortado por la mitad. Después opté por trabajar en cuclillas. El resultado fue aún peor. Me dolieron las rodillas, las pantorrillas y el peroné, como dice la canción. Los talones los sentía pegados al asiento, y con sólo un empujón habría salido rodando por el camino como la tortilla corredora. Me escocían las manos heridas por la maleza. Se me acalambró el pescuezo. En la tarde la espalda me humeaba y sentía el pellejo rojo y chamuscado por el sol. En todas esas horas de trabajo conseguí llenar diecisiete cajones. Terminada nuestra labor, llegamos al camino donde el Bello contaba los cajones.

—Este cajón no sirve —dijo, indicando uno de los míos.

—Y eso ¿por qué?

—Tampoco sirve este otro..., y este otro... —Señalaba algunos míos y algunos del Cuate.

Nosotros nos mirábamos perplejos. Los demás se acercaban a curiosear.

—...y este otro. ¿Que no ven que todos estos tomates los cortaron verdes? Y esos otros están podridos.

—¿Y qué culpa tenemos nosotros de que las plantas den tomates verdes y podridos? ¿Por qué no compran mejores plantas? Nosotros recogimos todo lo que había que recoger.

—Es que los tomates verdes y los podridos no se recogen. Si sólo se tratara de llenar los cajones, por qué no los llenan con piedras.

—Puchas, no haberlo sabido. Me con que los lleno con adoquines.

El capataz no dejaba de sonreir, pero se le veía detrás de la hermosa sonrisa un odio asesino. Adivinaba en sus ojos el desprecio que sentía por nosotros y el

goce de perjudicarnos rechazando todo el trabajo del Cuate y el mío.

—Anda a botar esos cajones y a llenarlos de nuevo —me ordenó.

—Anda a botar a tu abuela —le dije yo.

—A mí no se me insolenta ningún chingado latino.

—Y a mí no se me insolenta ningún hijo de la gran puta.

El Bello estiró la mano para cogerme de la camisa, y yo de un bofetón se la aparté. Se vino toda la cuadrilla a la voz de pelea, y el capataz y yo quedamos frente a frente en el camino. El sol nos daba de plano, y bajo el sudor y el polvo yo notaba la sonrisa trémula y descompuesta del Bello. No creo que deseara pelear; pensó que podía intimidarme estirándose con su facha de amaestrador de circo. Pero yo estaba seguro de dónde había de golpear para doblarle por la mitad sus presunciones. Hubo un instante de incertidumbre. Yo sentía el grupo ansioso, febril a mi alrededor. Del campo no venía sonido alguno. El sopor de la tarde ponía en todas partes una muda reverberación. De repente sonó algo como el salto fulminante de una serpiente cascabel, y, luego, el ruido seco de un coco que se parte en dos. Por el aire había brincado el Cuate y le cayó montado en la espalda al capataz. Se le prendió como una araña del cuello, con piernas y brazos, y, en un golpe relampagueante, le reventó una lata de conserva detrás de la oreja. El Bello no supo lo que le había golpeado. Perdió el sombrero, y la cabellera rubia, ondulada, medio le tapó la cara chorreando de sangre. Se dobló y rodó con el Cuate encima. Este le descargaba golpes desde todas partes, y todos, sin excepción, iban derecho a la cara. Con una rodilla apoyada en el suelo, el capataz, idiotizado, trataba de pedir socorro y hacía grotescos esfuerzos por deshacerse de la alimaña que lo destrozaba. Me dieron lástima su cara manchada de sangre, su nariz rota y la hinchazón morada, como huevo de Pascua, que se le iba inflando en la nuca. Trató de huir a tropezones. El Cuate le levantó la cara de un rodillazo y lo botó de espaldas. Sonaron los dientes como mazorca en máquina de mo-

ler. En esos momentos se acercaron los otros capataces y choferes de camiones. Vinieron corriendo por el camino y se le fueron encima al Cuate. Sobre ellos saltamos todos y la batalla fue salvaje. Nos valíamos de cajones, de piedras y garrotes. Cuánto duró no supe, porque me perdí parte de ella aturdido de una patada en la cabeza. Se terminó sola, supongo; por cansancio o por calor, y porque los tomateros de veras necesitaban nuestra ayuda. El viejo que servía de jefe nos hizo un discurso al atardecer y prometió olvidar todo si nosotros prometíamos portarnos bien y obedecer las órdenes de sus ayudantes. Nosotros no prometimos nada, pero él se dio por satisfecho. Volvimos magullados y adoloridos. Sentía la espalda hecha pedazos, la cabeza me daba vueltas. La mano izquierda se me había hinchado y me dolía agudamente. El Bello desapareció. El Cuate no mostraba señales de la refriega. Era asombroso.

—Me cubrí la cabeza con los brazos cuando se me echaron encima y les dejé que me pegaran en los codos y en las costillas. Algún cabrón me dio en el estómago, porque me sacaron el aire.

Los demás guardaban silencio. Oculta bajo el cansancio, bajo las hinchazones y moreteaduras, bajo la mirada vacía con que veían pasar el camino y las fincas de castaños y peras, yo sentía en esos rostros morenos una satisfacción tranquila. Veníamos como equipo de fútbol después de reñida victoria. Algo nos había hecho pelear juntos, y ese algo lo sentíamos uniéndonos sin que tuviéramos que expresarlo. Apoyé los brazos en la pasarela del camión, y, contento y sonriente, me puse a respirar a todo pulmón el aire oloroso a limones que venía refrescando con el soplo del crepúsculo.

En los días que siguieron hubo cambios muy importantes en la vida de la finca. El Cuate y yo, los colombianos, el argentino y algunos centroamericanos que participaron en la pelea, fuimos sindicados como "agitadores" y se nos aisló disimulada pero definitivamente. Desaparecieron los alambristas de nuestra barraca, a quienes, dicho sea de paso, el argentino trató

de organizar en un sindicato desde el primer día, y en su lugar vino a vivir con nosotros un extraño grupo, compuesto, en su mayoría, por vagabundos profesionales, quienes, pasada la cosecha, seguirían rumbo a Los Angeles, embarcados de contrabando en el vagón de los bueyes de algún tren nocturno. Gente peligrosa, sin escrúpulos de ninguna clase. Nos miraban con expresión impasible, y en sus gestos lentos, como idiotizados, había una amenaza perenne dirigida contra nosotros.

—Estos matan por hambre —decía el argentino—, violan, secuestran, fuman marihuana, son rompehuelgas, o claques de actores de cine, o forman en las avanzadas de los linchamientos. Gente podrida.

Los vagabundos nos trataban con muda desconfianza; escuchaban y nos veían trenzarnos en acaloradas discusiones sobre el futuro de nuestros pequeños países. No entendían o aparentaban no entender. En la noche jugábamos a las cartas y ellos jugaban por su lado.

—Tengo la impresión de que estoy perdiendo mi tiempo —le decía yo al Cuate—; lo que estoy ganando es una indecencia; no me alcanza ni para comer. ¿Qué saco con quedarme? Hay que volver a San Francisco, al santo oficio de la hípica.

—No te impacientes, che —me decía el argentino—; estás como caballo en pago ajeno, tirando para la querencia.

—La querencia se llama Mercedes —dijo el Cuate—; tenga calma, jefe, aguántese, que la inversión todavía no paga. Yo le diré cuándo.

—¡Puchas qué ganas de estar en San Francisco! Es la verdad, Cuate. ¿Qué tiene la ciudad ésa? ¿Será el frío, será la niebla, será el mar o el viento, serán los italianos o los chinos o los rusos o los vascos? ¿Será la luz o el olor, o qué diablo?

—No será más que Mercedes, pendejo.

—No, no seas grosero. No quiero decir eso. Quiero decir que hay algo en San Francisco, algo de estimulante, algo de nocturno y moderno, o algo de mañanero y asoleado y marítimo, algo que parece estar comen-

zando siempre y en lo cual uno siente que debe meterse. Algo de ciudad en viaje, a la orilla del muelle, lista todos los días para partir. No te da tiempo a sentar los reales, te estimula y te acicatea siempre, siempre amenazándote con dejarte atrás, y el temor de que te deje ya te da nostalgia. ¡Pero si uno vive en San Francisco con nostalgia de San Francisco!

—Eso pasa porque la ciudad está hecha de triángulos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es que son triángulos que no se cierran, es decir, se cierran en el mar.

—Eso suena poético, Cuate.

—Pero si San Francisco no tiene mapa. ¿No sabía? La mitad de las calles van a dar al agua. La otra mitad se pierde en un laberinto de colinas y rincones que no acaba nunca. Por eso es que no se reconoce a nadie en la ciudad. La población está cambiando eternamente. La gente se baja de los barcos y se va en automóvil al fondo del mar. O suben por una colina y no vuelven más.

—¿Dónde les gusta más a ustedes? A mí me gusta cerca de la playa. Me gusta el olor a hamburgueses con cebolla y el viento con olor a yodo en la Feria.

—Babosadas. Eso es una pobre imitación de Coney Island. San Francisco está en la calle Kearny, por el barrio chino, la Morgue y el puterío del International Settlement. No hay cosa que me guste más que meterme por los aleros mojados de los chinos. ¡Qué obscuridad! Unas paredes peladas, altas y negras; en el suelo ves las basuras más extrañas del mundo; podrían ser ratones petrificados o un cristiano en pedacitos. Y luego te sale de la obscuridad un chino redondo, vestido de negro, como un topo, con el calañés ancho sobre el ojo y el pucho de un cigarrillo humeándole en la boca. Y los farolitos de papel. ¡Qué bonitos!

—Eso, mano, lo ha visto usted en películas. A mí me gusta...

La enumeración seguía interminablemente. Market, Mission, Balboa, Golden Gate Park. La verdad era que estábamos hastiados de la finca, del calor pega-

joso, del olor a tomate, de la comida insípida, de la desconfianza asesina, de los pocos dólares mal ganados.

—¿Y qué podríamos hacer? Se podría ir a botar nueces. Pagan un poco mejor, pero es fregado. Hay que tener músculos de acero para aguantar ese trabajo. Te ponen una escalera y te dan un garrote. Desde el tope de la escalera te pones a dar palos hasta que botas todas las nueces. A los cuatro garrotazos no puedes ni levantar el palo.

—No, amigo, para mí no hay como San Francisco, y a San Francisco me las pelo.

El Cuate trató de convencerme de que nos quedáramos otra semana, y acaso me hubiera quedado. Pero la suerte quiso otra cosa. Una suerte providencial. ¿O no fue providencial? La noche de un sábado se organizó en nuestra barraca una gran partida de naipes. Era día de pago. Se oía el crujir de los billetes. Pusimos una frazada en el suelo y, sentados en rueda, jugamos. Los gemelos colombianos hicieron la banca y durante una hora o dos se jugó a la veintiuna real. Apostábamos poco. Nadie demostraba ansias de despojar a nadie. El dinero iba y volvía, cada uno pasaba por sus rachas de buena y mala fortuna. A eso de las nueve entraron los vagabundos, y, en vez de apartarse a su lado de la barraca y jugar entre ellos, se acercaron a nosotros. No decían nada. Seguían las peripecias del juego con mirada bovina. De vez en cuando uno soltaba un escupo. Al poco rato entró el capataz acompañado de su protegido, el Bello, a quien no habíamos visto desde el día de la paliza.

—Mira quién acaba de llegar.

El Cuate ni levantó la cabeza, pero vi en las aletas de la nariz que había olfateado el peligro. Algo en la manera como llegaron y nos rodearon, en el tufo a licor que apestaba, indicaba un plan contra nosotros. Pero seguimos jugando sin prestarles atención.

—Muchachos —dijo el viejo capataz—, a ver si nos dejan entrar al juego.

—Esta sí es una sorpresa.

—A ver, muévanse un poco, dejen sitio para todos.

Lo sabio hubiera sido retirarse. Sin embargo, en

la voz del viejo sonaba esa maldita superioridad que para nosotros, más que un insulto, era una provocación. Venían como niños grandes a arruinar la diversión de los pequeños.

—Pos, que vean cómo les va —dijo el Cuate.

Siguió el juego de veintiuna, pero ahora la banca pasaba automáticamente a manos del que sacaba la real. Nosotros apostábamos poco. Ellos forzaban el juego cuando la banca llegaba a uno de los nuestros. Querían acogotarnos. En esta clase de juego el banquero gana si no le hacen trampa y si posee capital suficiente. Apostando de a dólar, yo perdía un poco cuando, de pronto, le vino una real al Cuate y con ella la banca.

—De ahora en adelante —me dijo— no apueste, jefe. Sea mi socio. Yo doy las cartas y usted paga o recoge el dinero. ¿De acuerdo?

—Si quiere.

Empezó el Cuate a dar las cartas y empezó la rueda de la fortuna a dar vueltas que no le conocía. Repartía los naipes con velocidad increíble. Sus manos parecían haberse afinado de repente y asumían una sutileza y prestancia que ponían espanto en el rostro de los demás jugadores. Ya no eran manos de jinete, nervudas y toscas; ahora parecían sabios tentáculos de maravillosa plasticidad, que crecían y se acortaban para dominar ciertas áreas precisas de la frazada donde jugábamos. Parecía atraerse a los jugadores, dominarlos en medio de una tensión insoportable, recogerles el dinero y dejarlos ir, después, hacia la obscuridad informe que tocaba la frazada como orilla de agua empantanada. Yo observaba fascinado. El Cuate golpeaba cada carta frente al jugador con el estampido de un latigazo, y, a juzgar por las consecuencias, se hubiera dicho que el golpe les había cruzado la cara. Quedaban estupefactos, dudosos, profundamente amargados. Antes que se repusieran de la decepción, se daba él otra carta con igual golpe y semejante precisión, sólo que con diferentes resultados. Se la cantaba con insolencia olímpica:

—¡Venga el as! ¡As fue, carajo *twenty one!* Gana la banca. ¡Recoja, cuate, no se me ahueve!

Yo recogía con manos temblorosas. Sentía frente a mí y a mi alrededor cómo iban creciendo el odio y la desconfianza. La luz del kerosene alumbraba la frazada donde se amontonaba el dinero, pero dejaba en semitinieblas los rostros de los vagabundos. Adivinaba yo los ceños fruncidos, los ojos chispeantes de cólera, los pelos hirsutos, las bocas torcidas en muecas de angustia e impotencia. Un intenso olor a tabaco, a sudor y a muelas picadas contribuía a mi desazón. Pero el Cuate, por su parte, emanaba inspiración y entusiasmo.

—Un momento —dijo el capataz, y yo pensé: "Ahora empieza la pelotera"—, un momento. No me gusta este juego. Te salen muchas veintiunas y a nosotros no nos sale nada. ¿Verdad, muchachos? Apuesto a que no les gusta este juego. ¿Ah? ¿Les gusta?

Los vagabundos gruñeron en coro.

—¿Verdad? ¿No les decía yo? A los niños no les gusta este juego. Bueno, entonces jugaremos otra cosa. Dame los naipes.

El Cuate pudo haber protestado. No tenían derecho a pedir los naipes mientras no sacara alguno de ellos la real. Pero venían con aire de matones y muy sórdidos propósitos. Les dejamos hacer. Los compañeros nuestros se retiraron silenciosamente del juego.

—¿Conoces este juego? —preguntó el capataz—. Se sacan los ochos, los nueves y los dieces. No sirven, ¿ves? Quedan los monos y todos los demás números de siete para abajo. Los monos valen medio, y las otras cartas tienen su propio valor. En vez de hacer veintiuna, se trata de hacer siete y medio. ¿Comprenden?

—No —dije yo con expresión de inocencia.

—Yo tampoco —dijo el Cuate.

—*Dam it.* Si no puede ser más claro. Ya verán. Se sacan...

Lo hicimos repetir su explicación varias veces, y cada vez le mostrábamos una cara de incomprensión absoluta. Al fin aceptamos jugar a regañadientes. El capataz tragó delicada y profundamente el anzuelo. Pues la verdad era que, antes de aprender el abeceda-

rio en la escuela, yo sabía ya jugar al siete y medio. En cuanto al cuate, tan bien lo conocía, que hasta ahora creo que fue él quien lo inventó. Perdimos las primeras manos, cometiendo errores absurdos. Pedíamos carta con seis, y los vagabundos soltaban la carcajada cuando el capataz nos tiraba un tres o un cuatro. Nos ganaron unos pocos dólares, pero llegó, al fin, nuestro desquite. Divertidos con nuestra ignorancia e ingenuidad, consintieron en darnos los naipes cuando yo saqué un siete y medio. Tomó las cartas el Cuate y empezó el descuero. En mi vida he visto un trabajo más nítido y más artístico de despellejar a un cristiano. El Cuate les daba todo lo que pedían: un siete solo, o dos monos para que se abrieran, o seis y medio; pero, en seguida, con seguridad pasmosa, se tiraba él un medio punto más alto. Si tenían seis, él sacaba seis y medio; si tenían siete, siete y medio. Les hacía pasarse, les hacía quedarse con puntos ridículos. Les llevó, poco a poco, a la desesperación. Empezaron a apostar grueso; salieron los billetes de cinco y diez dólares. Ardió la atmósfera. Los hispanos nos hacían rueda, casi encima de nosotros, alentándonos con gritos y exclamaciones, como si hubiéramos sido gallos de pelea. Al otro lado de la frazada, los vagabundos escupían sus soeces maldiciones. El viejo capataz se había puesto trémulo y se le había desarrollado un feo tic en la mejilla. Bajo mis manos iba creciendo el montón de billetes. Recogía el dinero y las cartas caminando en cuatro patas por encima de la frazada. Como en un calidoscopio de luces y sombras pasaban frente a mí imágenes confusas: rostros, manos, zapatos cubiertos de barro, pechos velludos y ciertos resplandores misteriosos que bien podían ser cuchillos o manoplas. En el suelo iba el Cuate escribiendo nuestra suerte con tréboles, corazones y diamantes, mientras las caras bigotudas y rozagantes de los reyes parecían contrastarse en una interrogación hostil. A mi lado sentía el control frío del Cuate. Frío como un pez, e igual de rápido y resbaloso.

—¡Siete y medio! Otra vez gana la banca. Recoja, mano. ¡Cómo me gusta este juego! ¿Cómo dijo que se llamaba, jefe?

El capataz guardaba silencio y observaba, fascinado, las manos del Cuate. Las seguía con mirada asesina, los ojillos azules atentos a la menor indicación de trampa. Yo empezaba a desesperar. El juego ya no era juego. Uno quiso deber su pérdida.

—Huevos —le respondió el Cuate—; pague, chingado. Pa qué se mete.

Los otros ya no miraban sus cartas. Todos seguían los movimientos del Cuate, resollando sus ansias criminales, esperando un desliz, uno solo, para descuartizarlo. Pero el Cuate era frío y perfecto como un pez. Ganaba, ganaba, sin el menor indicio de flaqueza, sin titubear.

—Chit —gritó uno de los vagabundos, con un alarido escalofriante, y, poniéndose de pie, le tiró las cartas en la cara al Cuate.

El Cuate permaneció inmóvil. Ni un músculo se agitó en su rostro. Tenso como una cuerda de acero, dejó pasar unos segundos que fueron como pulsaciones gigantes en el silencio de la barraca. La boca apretada, los ojos relucientes y fijos sobre los naipes, las manos pálidas, siguió manipulando ágilmente la baraja. El patán se quedó mirando con extrañeza esa figura de diabólico enano. Esperaba una reacción violenta, pero no venía. Escupió y se pasó la mano velluda por la boca. De pie allí en las tinieblas, le veíamos tambalearse. La camisa azul le agrandaba los hombros. Hizo un movimiento con la pierna, como avanzando para tirar una patada. Levantó casi la bota. Clic. En la mano del Cuate apareció como un relámpago la luz de una navaja. Quedó el otro con la pata en el aire, inmovilizado por el terror, y el Cuate con esa lengua de sierpe en la mano.

—¡Cuidado! —gritó el capataz—, cuidado con hacer una tontería. Tú clavas a este hombre, y yo te pongo en Alcatraz. *You, little son of a bitch.* Mira —agregó, mostrando una insignia de *sheriff*—, tengo derecho a arrestarlos a todos, condenados mexicanos. O te portas bien o te pongo los grillos.

—No pelees —previne yo al Cuate.

—Tú no das más las cartas —dijo el viejo.

—¿Quién lo ordena, chingado? —gritó el Cuate.

—No pelees —volví a repetir—; entrégales las cartas.

Yo pensaba ansiosamente en un modo de escapar. La situación se había hecho insostenible. Seguir jugando y acaparando dinero era una locura. A la postre provocarían la pelea, nos darían una tremenda paliza, nos quitarían el dinero, para botarnos como perros al camino. Había que buscar una salida. La barraca era una jaula envuelta en sombras de humo, poblada de seres fantasmales que escondían sus armas para matarnos a mansalva. Unos ojos me miraban fijamente con vaciedad escalofriante. Veía los dientes amarillos y el mentón peludo, tembloroso. A la orilla de la manta se movían pesadamente unos manos cenicientas, agrietadas, como animales tristes. Pasaba el tiempo. Una que otra palabra dejaba en el ambiente la pesadez borracha del acento vaquero. El Cuate entregó la baraja. Empezaron a dar ellos y la suerte, ¡cosa increíble!, no cambió en lo más mínimo; parecía seguir al Cuate como perro hambriento. Diera quien diese, mi amigo ganaba. Sucedían cosas absurdas. La baraja era algo vivo extendiendo sus números y figuras caprichosamente hasta detenerse frente al Cuate y regalarle los siete y medios como frutas maduras. Siete, siete, siete. Nadie decía palabra ya. Miraban todos con ojos inyectados de sangre, idiotizados, la imagen del enano que, encorvado, acaparaba sus ganancias con gestos rápidos y seguros. Dio la medianoche, la una; dieron las dos de la mañana. Desde afuera venía un rumor de sapos y grillos. Yo estudiaba la ventana, medía la distancia hasta la puerta. Con la luz del amanecer hubo cierta agitación en el grupo de jugadores. De súbito parecieron comprender el desenlace inevitable: no podían ganarle al Cuate. Pasarían horas, días, meses, años, jugando, y el Cuate seguiría despojándolos irremediablemente. Se levantaron algunos. Cuchichearon misteriosamente. Salieron de la barraca. El viejo, con los ojos llorosos y doblado por dolores musculares, continuó pasando cartas y entregando sus últimos dólares. Sentí

en la nuca el aliento de alguien que me decía en murmullos:

—Les están preparando una bronca...; si no se avivan los matan.

Le transmití el mensaje al Cuate. Me miró con indiferencia.

—No se raje, socio. Ya mero terminamos. Vaya, recoja los bártulos y sálgase como pueda, que en el camino nos juntamos.

Le dejé el dinero, que él guardó en la bolsa del pantalón, y, con disimulo, me acerqué a mi cama a recoger mis pertenencias. Uno de los muchachos se acercó. Apenas le veía las facciones en la claridad lechosa de la alborada.

—Ahora es viaje —le dije—, si se puede.

—No te apures, gallito. A vos no te harán nada. Lo que es al otro, si trata de salir lo dejarán hecho picadillo.

—No puedo dejarlo solo. Hay que juntar a la gallada. Si quieren pelea, peleamos.

—¿Quién dice pelea? Lo que habrá será masacre. Si no nos acaban ellos, nos acaba la policía del pueblo. No seas ingenuo, esta gente nos tiene ganas.

Volví al lado del Cuate. El cigarrillo le colgaba flojamente de la boca. Una columna de humo le subía por la mejilla hasta el ojo como anticipo de horrenda cicatriz.

—¡Quiubo! ¿Todavía por estos lados? —me dijo sonriendo—. Es hora de salir a estirar las piernas. Este juego ya me cansó. Le perdí interés... ¿Que no se atreve? Atrévase y espéreme a la vera del camino.

—Lo van a matar, Cuate.

—¿Quién? ¿Esta partida de borrachos? Les faltan huevos. Ya verá.

Me levanté con desgano y caminé hacia la puerta. El amigo invisible me siguió. Salimos. La atmósfera se había refrescado. Limpia y verde como fondo de estanque. Se deshacían las estrellas en el amanecer. Dos limoneros nos miraban desde el otro lado del camino como gitanas cargadas de medallas de oro. Los nogales

iban rasgando la sombra entre sus palos torcidos y nudosos y la dejaban caer sobre la tierra húmeda.

—Bonita madrugada para que lo descogoten a uno.

Junto a un tronco de árbol esperaba un grupo de vagabundos, inmóviles, mudos. Me dio un vuelco el corazón.

—Bueno, amigo, será hasta cuando...

—No, viejo, yo te acompaño hasta el camino.

—Para qué. No se exponga, no hay necesidad.

Caminamos tropezando en piedras y hoyos. Pasamos muy cerca del enemigo. Nos observaron en silencio, sin moverse.

—Es al Cuate al que esperan.

—La pucha, yo me vuelvo. Sería una mariconada dejarlo solo.

En esos momentos sonó un ruido espantoso de vidrios y madera que se quiebran. Nos volvimos hacia la barraca. La luz era tan indecisa y engañadora, que no pude distinguir lo que pasó volando. Una sombra salió por la ventana rota, como de cóndor que levanta el vuelo, y, luego, gritos, patadas, más vidrios rotos, obscuridad absoluta en la barraca, y la carrera estrepitosa del viejo capataz y sus secuaces que aullaban:

Stop him! Deténganlo, atájenlo...

El Cuate desapareció. Corrí yo por mi cuenta y corrió el amigo en dirección opuesta. Seguí corriendo sin parar por una arboleda. Se me hundían los pies en la tierra blanda y mojada. Me golpeaban las ramas de los árboles, pero continuaba huyendo, sin aliento, huyendo sin saber adónde ni de qué. Atrás resonaban las exclamaciones y los insultos. Creo que oí balazos. Pudo ser ilusión mía. Tropezando, arrastrándome, concentraba mis sentidos en descubrir un sendero que me llevara a la cerca del camino, pero todo era allí laberíntico. Las hileras de árboles, rectas e interminables, se cruzaban en todas direcciones con precisión de formaciones militares. No veía más que la tierra negra, la base de los troncos pintada de blanco y la bruma del amanecer que se alzaba lentamente. Sentí un galopón de patas cercanas y, después, un ladrido tremendo. Torcí bruscamente y corrí con desesperación hacia el

primer claro que se ofrecía entre los árboles. Con el perro salvaje mordiéndome casi los talones, llegué al cerco de palos y salté al camino. Se iluminaba el cielo en esos instantes. Una mano tranquila y tímida iba vertiendo arreboles sobre el azul de la noche y las colinas emergían brillantes de rocío, doradas y verdes. Lo que yo creí tierra negra en el almendral era pasto, un pasto largo y suave que se hundía bajo mis pies y se iba pegando a mis zapatos. Caminé largo rato, tal vez una hora, acaso más. Desesperaba de hallar a mi compañero, cuando lo divisé a la vera del camino, tendido de espaldas, como muerto. Sólo que fumaba.

—Cuate, por la cresta, ¿qué pasó?

Levantó la cabeza con desgano y escupió la colilla.

—¿Qué hay? No pasó nada. ¿Qué quería que pasase?

—Cómo que nada, ¿y los borrachos? ¿No lo siguieron? ¿Cómo diablos se escapó?

—Yo no escapé, jefe. Cuando ya me dieron ganas de acabar la partida, pos, acabé. ¿Y diay?

—No friegue; usted se libró jabonado.

—Salí por la ventana en vez de salir por la puerta, eso fue todo. ¿No dicen que la línea recta es el camino más corto entre dos puntos? Pos dio la mera casualidad de que la ventana estaba en línea recta y no la puerta. Manito, qué hambre tengo... ¿No siente usted hambre?

Seguimos caminando en dirección a la carretera número 50.

—¿De veras no tiene hambre? Con toda esta lana que ganamos podríamos tomarnos un gran desayuno, jefe. ¿Qué le parece? ¿Le provoca?

—Sí, pero lleguemos a la carretera primero y alejémonos de aquí lo más posible.

—Esa gente no nos sigue.

—Podrían inventar que les robamos.

—¡Qué va! Les ganamos en buena ley, y ellos lo saben.

—¿En buena ley? No sea chistoso.

El Cuate me miró con gran serenidad.

—¿No cree? ¿Pero usted cree que yo hice jarana?

—¿Y entonces cómo se explica?

—Manito, usted me resulta muy escéptico y desconfiado. Casi impertinente. Hay gente con suerte. ¿No lo sabía? Eso es todo. Una suerte caballuna.

—No me diga.

—Bueno, caballuna no debería decir, porque la suerte mía, que como usted vio es fenomenal, quiero decir cosa del otro mundo, me acompaña en los naipes, pero jamás en los caballos. ¡Qué cosa tan rara! Los naipes los veo venir, los siento, los presiento, los llamo y salen, salen tal como los canto. No fallo jamás, aunque parezca increíble. Llámelo inspiración. Con los caballos es otra cosa. No más me acerco al hipódromo y pierdo la inspiración, pierdo la calma y el control, me pongo a temblar y juego como un principiante, a tontas y a locas. Es que los naipes son meros cartoncitos pintados que uno hace y deshace en el aire, y los caballos, pos, los caballos son gente.

El sol bañaba ahora el camino y de las colinas nos llegaba el olor tostado de la alfalfa. Lejanos mugidos de vacas nos venían mezclados con el ruido sordo de la carretera.

—¿Me va a decir que ha jugado cerca de diez horas continuas, ganando y ganando, y no hizo trampas? ¿No tenía los naipes marcados? ¿No se escondió cartas? Aquí, entre amigos.

El Cuate silbaba una cancioncita ranchera y miraba satisfecho el paisaje. Le repetí la pregunta.

—Pos, no. No hubo nada allí más que suerte. Suerte. Pura suerte. A ver, ¿cuánto ganamos?

—No diga ganamos; usted fue el que lo ganó todo.

—No sea baboso, compadre. Usted arriesgó tanto como yo, y mejor secretario no tuve en mi vida. La mera verdad. Hay manos que espantan a los naipes y espantan al dinero. Las suyas son acogedoras y recogedoras. ¿No lo había notado? Son hechas para recoger dinero. No lo olvide. Lo que usted toca se convierte en ganancia. Yo lo había notado ya en el hipódromo. Por eso lo invité a venir. Hay manos que son rastrillos, pero no para el dinero, sino para el campo, como las

del amigo argentino ese, el que era ametralladora para recoger tomates. Hay manos secas como terrones, manos como cuchillas para carniceros, manos como agujas para sastres, manos como papeles para comerciantes, manos como jabón para lavanderas, manos como liebres para ladrones. Hay manos como velas de sebo para frailes, como lapiceros para licenciados; manos que usted ve rascando eternamente entre perfumes y pendejos para millonarios; manos de maestros y poetas que multiplican el pan, y hay manos que tejen la soga de los ahorcados. Pero las suyas son manos de billetes para multiplicarse. Vea, aquí está la ganancia.

Sacó el Cuate un rollo de billetes y después otro y, luego, billetes sueltos de diez, de cinco y de uno. Se puso a contar los billetes como quien cuenta tortillas.

—Una docena de a diez, dos docenas de a cinco... —Se escupía los dedos y pasaban y pasaban los billetes—. Nos ganamos cuatrocientos setenta y ocho dólares con sus centavos, compadre. Hubiéramos tenido que recoger tomates en tanques para reunir tanta lana trabajando. Dividido por dos nos da...

—Cómo se le ocurre, Cuate. Usted ganó todo eso solo. Yo no fui más que el elefante blanco.

—No hable así que me ofende. Se diría que somos extraños.

Tenía una cara de risa el Cuate, un aire de mentira y picardía tales, que tuve vergüenza de mis escrúpulos. En sus ojillos brillantes se escondía una clase de sabiduría que era incomprensible, pero, acaso por no entenderla, me llenaba de admiración.

—La mitad le corresponde justa y proporcionalmente.

Y la mitad fue. Caminando como gitanos por el medio del camino, con la chaqueta colgada al hombro y los bártulos en la mano, llegamos hasta la 50, y, haciendo uso del pulgar, conseguimos que un chofer de camión nos recogiera y nos llevara, vía Vallejo, hasta San Francisco.

Se encapotó el cielo y en el aire nos vino una humedad marina. La carretera se iba ensanchando de

curva en curva. Las llanuras empiezan a cubrirse de chimeneas gigantes. Son las refinerías de aceite de Martínez, Vallejo y Richmond. Resplandecen los inmensos tanques de aluminio cruzados por negras cañerías. Pasamos el puente de Carquínez sobre el río Sacramento. A través de la bruma se adivina el puente colgante, el Golden Gate, como una espada de cruzado extendida sobre el lomo del mar. Al sur, echada sobre verdes colinas, diviso la ciudad blanca: San Francisco. Entre los nubarrones se cuelan unos extraños rayos de sol, dorados y granates, y dejan caer una aureola sobre los cerros. Entonces aparece, como una colonia de madréporas, la aglomeración de casitas de todos colores que nos hacen señales con sus vidros tocados por el sol del atardecer. La visión dura apenas unos segundos. Luego, una masa de niebla se la traga sin dejar rastros. Hay un instante breve de transición, y después ya es de noche. Se ilumina el puente de Oakland, va subiendo desde el agua, entre los muelles, extendiéndose por encima de grandes masas de agua y escombros, y, de repente, se acaba en mitad del aire. La neblina borra el resto. Es una maravillosa escala de luces anaranjadas, rojas y verdes, que asciende en ángulos y deja salir sus automóviles al vacío. Pasando frente a la Isla del Tesoro, ya vemos la porción del puente que nos ocultó por un momento la niebla. Siento la presencia cercana del mar espeso y verde. Veo las murallas inaccesibles de Alcatraz, los reflectores, y el mar golpeando la prisión, empujando contra sus rocas, salpicando de espuma las ventanillas de hierro.

Al entrar a San Francisco tengo la sensación de encontrar a Mercedes por primera vez. Algo en el viento húmedo y frío, en las espumas deshechas, invisibles, en las gaviotas y los mástiles, en la luz de los faros; algo que está en el anochecer, en los cerros y en los muelles, esa voz del puerto que me recuerda a mi tierra lejana, me trae también la seguridad de su espera, y entro a la ciudad con impaciencia. Las torres del Mark Hopkins, del Fairmont y el Huntington parecen sostener una carpa de aire rojo. El camión atraviesa velozmente la calle Market, dejando burbujas de lodo

en el pavimento; se mete entre las bodegas desiertas del Mercado y va aullando hacia los muelles. Nos bajamos. Sin pensar, sin escuchar la charla del Cuate, encamino mis pasos por Broadway y, ascendiendo las colinas, voy a la cita inesperada.

AL PARECER, durante la breve ausencia me convertí en un personaje asiduamente solicitado: Marcel me buscaba para matarme, mientras que mi compatriota Hidalgo lo hacía para convertirme en hombre de fortuna. Todo esto me lo contó Mercedes, y lo de Hidalgo me interesó muchísimo más, por supuesto.

—¿Estás segura de que era Hidalgo? ¿Y qué querría? —le pregunté a Mercedes.

—No me lo dijo exactamente, pero parece que se trata de "González". Como que lo van a correr esta semana.

—Será el momento de comprarlo.

—Francamente, no sé cómo te metes en una locura semejante. ¿Te has dado cuenta de la barbaridad? Los caballos son para gente de mucho dinero, que no les importa botar unos miles de dólares al año. Pero ustedes, ¿cómo se van a mantener en las carreras sin capital?

—Precisamente, las carreras son para eso: para hacer dinero de la nada y devolverlo a donde corresponde: a la nada. ¿Crees tú que en realidad es dinero lo que allí corre? Ilusión. En un día de viento vuelan los papeles por entre las patas de los carreristas y las patas de los caballos. ¿Son boletos de colores o son billetes? ¿Has visto tú alguna vez que la gente bote con desprecio una moneda al suelo? Pues, anda al hipódromo y quédate después de la última carrera. Se

encienden las luces y entra un regimiento de barredorres. Arrastran y amontonan los boletos viejos con unos escobillones enormes: cincuenta, cien, mil dólares, confundidos con colillas de cigarrillos y vasos de cartón. ¿Crees tú que se detienen a considerar siquiera el destino de esa fortuna? Sería ridículo. Con el mismo escobillón tendrían que barrer a los dueños del hipódromo, a los dueños de caballos, a los mil y un demonios que andan sueltos por entre establos y galerías. Ese dinero no ha sido nunca dinero. Desde que entró al hipódromo se transformó.

—¿Y eso qué? ¿Qué pruebas? Todavía no me convences —dijo Mercedes—. ¿Qué harás para comprarlo?

Formaremos una sociedad anónima y asísmica. Hidalgo pondrá parte del capital, y yo el resto.

—No va a durar mucho la compañía.

—¿Cuánto crees tú que dura una carrera? Una milla se corre en poco más de minuto y medio. Compara esa porción ridícula de tiempo con los trescientos mil dólares que se apuestan en la carrera. ¿Cuánto tiempo fue necesario para que se juntaran esos trescientos mil dólares? ¿Medio siglo? Si nuestra compañía dura un poco más de dos minutos, batirá todos los records de duración. Con un día que dure, será viejísima. Veterana. Estará bordeando la eternidad.

Mercedes no seguía mi lógica ni se contagiaba con mis guarismos; por eso estaba destinada a no presenciar el día fausto en que "González" pasó a nuestro poder. Fue un viernes por la tarde. Días antes, frente a la mirada estupefacta de mi socio, gané en seis carreras de siete en que aposté. Los dividendos fueron: 12,90, 4,80, 7,10, 23,90, 5,30 y 9,30. Si se considera que en cada carrera aposté seis dólares —en diferentes combinaciones de ganador, *placé* y *show*—, se verá que terminé la tarde con una suma relativamente cuantiosa. El Cuate tuvo perfecta razón al observar que si el juego del siete y medio había sentado las bases para la adquisición de "González", mi suerte de aquella tarde convirtió esas bases en pilares de firme realidad. "González" venía a ser el hijo de tres imponderables factores: el sentido de economista de Hidalgo, mi bue-

na fortuna y "algo" que aportaba el Cuate y que no podía definirse ni como suerte ni como sabiduría.

La tarde de la compra, "González" corrió con su indiferencia acostumbrada. Al concluirse la carrera se interrumpió la rutina, y este cambio debió causarle una emoción profunda. En vez de ser llevado a su establo, como era costumbre, el caballerizo lo condujo al *paddock*. Allí, en presencia de las autoridades, se produjo el traspaso de dueño. En la mañana Hidalgo y el entrenador Mr. Hamburger, que actuaba en representación nuestra para cumplir con los reglamentos, ya que ni mi socio ni yo éramos dueños de caballos, habían depositado un cheque por mil quinientos dólares, el precio de la multa. "González" corrió esa tarde su última prueba con los colores del antiguo dueño, y después de la carrera vino a reunirse con nosotros. Se acercó danzando como siempre, agitando su hermosa cola blanca en el aire, resoplando y dando cabezazos. Cuando notó que algo nuevo había ocurrido en su vida, tembló violentamente. Perdió sus aires de campeón y entró al *paddock* temeroso y conmovido. Sentí una gran piedad. Los ojos se le saltaban de las órbitas. Por primera vez advertí que eran verdes, cruzados por infinidad de rayos amarillos. Dio un relincho y le salió una voz ridícula. Voz de cantor de cueca o de vendedor de pequenes. Me acerqué con lentitud y le di unas palmaditas en el cuello.

—Tranquilo, huacho culebra, si no te va a pasar nada. ¿No vis que somos compatriotas los que te vamos a comprar?

Paró una oreja, levantó la cabezota plateada y me miró con un ojo pelado. Soltó un sonoro relincho y quiso frotar la cabeza contra mi brazo. ¡Me reconoció el sinvergüenza! Pero como era bruto hasta para las caricias, del empujón fui a dar al suelo. Sorprendido por la conmoción que provocó el incidente, retrocedió un tanto, pero continuó mirándome con algo que, estoy seguro, era un hondo afecto connacional.

Formalizada la compra, hubo repetidos apretones de manos, frases amables y una despedida entre el antiguo dueño y "González", que, de puro falsa, me arran-

có un sollozo. Desde ese momento yo pasé a desempeñar un papel enteramente secundario, mientras que Hidalgo y "González" comenzaron a vivir un drama de complejas y sutiles relaciones. Se trataba de hacer comprender a "González" que lo sucedido era más que un cambio de rutina; que desde ahora su destino se unía al nuestro en tal forma, que, si fracasábamos, no había en el mundo esperanzas para él. ¿Podría entender esto? ¿Quiero decir, la gravedad tremenda de su situación? Porque en verdad era asunto de vida o muerte.

—¿Te dai cuenta, huachito? —le dije yo en momentos de soledad y tribulación—. Si no ganai, no hay comida. Es decir, vos te convertís en comida, porque te vendemos a un circo o a un zoológico, como carne para los leones. Si estuviéramos en Chile, fracasar no sería nada. Estarías entre amigos que te quieren y estiman. A lo sumo te harían acarrear un carretón panadero, o una victoria, o una golondrina, o tal vez, por la pinta que te gastái, te pondrían con una carroza fúnebre. Pero aquí no, gallo. Aquí la vida es dura y cruel. No tienes más que una oportunidad, y si no la aprovechas estás jodido. Comida para leones. Acuérdate. O cadáver o campeón. No hay términos medios.

No era exageración. ¿Qué íbamos a hacer nosotros con un caballo inútil? Correrlo de feria en feria era imposible. Carecíamos del capital necesario. ¿Llevarlo a Tijuana, a México? ¿Para qué? No ganaría allí tampoco. "González" tenía que entender. O ganaba o moría. "Por la razón o la fuerza", como dice el escudo. Y fuerza fue la que usó Hidalgo más que razón. No sé con exactitud el método que empleó, pero me lo figuro. Desde luego, se puso a enseñarle a correr "de atrás". Pero correr "de atrás" significaba ahora un plan determinado y no pereza o indiferencia. Hidalgo, que en sus años mozos había sido campeón para sujetar caballos en el Hipódromo Chile, le permitía galopar hasta el comienzo de la tierra derecha; allí, sin perder el paso, lo sacaba hacia el medio de la pista y lo urgía, a fuerza de latigazos, a acelerar su tren de carrera, como poniéndose en línea con invisibles pun-

teros. No sé si a causa de los palos o del lenguaje académico de Hidalgo, "González" sí empezó a dar señales de que entendía lo que se esperaba de él y de que era capaz de realizarlo. Se quedaba tranquilamente en la partida, como dejando que los otros caballos le sacaran una docena de cuerpos de ventaja; se iba costeando por los palos, admirando el paisaje, y, al llegar a la tierra derecha, se soltaba a correr antes de que Hidalgo lo moliera a garrotazos.

Sólo una vez le vi entrenar, y fue a instancias del propio Hidalgo, que sentía a su pupilo listo ya para rendir su primera prueba. Llevé a Mercedes conmigo. Salimos de San Francisco a la alborada y llegamos a San Bruno cuando la niebla no se levantaba aún. Entre vapores grises surgían los grandes eucaliptos empapados de rocío. Oíamos vagas conversaciones en las cuadras. Pasaban los caballerizos arropados en gruesas chaquetas de lana escocesa, con sus gorros metidos hasta las orejas. Iban frotándose las manos y golpeando duramente el suelo con sus bototos cubiertos de barro. En el aire nos llegaba un aroma de café caliente, confundido con el olor penetrante del cuero y el linimento. Medio dormido todavía, me desconcertaba este mundo de fantasmas que se forjaba en la bruma, activándose en secretas maniobras. Tranco a tranco, sobre piedras relucientes de agua, pasaban gigantescas sombras de caballos echando vapor por las narices y los hocicos. Hidalgo tenía listo a "González" cuando llegamos. Se montó de un salto y lo condujo al paso hacia la pista. Nosotros seguíamos a corta distancia. Nos instalamos cerca de la meta. Detrás de nosotros, el galpón de Tanforán, con sus enormes tribunas vacías, era un solo hueco cavernoso. La llovizna lo había lavado, sacando brillo al suelo de cemento y a la armazón de hierro. Los asientos parecían sepulturas ordenadas en estricta lineación geométrica. En su ausencia, los carreristas dejan un doble a la zaga, un doble frenético en su carácter invisible; de ahí que los asientos vacíos parecían reverberar con ojos y gritos supraterrenos. La pista estaba cubierta por una espesa neblina. Por el ruido de los cascos que pasaban galopando o corriendo y salpi-

caban de arena la barrera, sabíamos que no era "González" el único que se entrenaba a esas horas. No lejos de nosotros se oían comentarios en voz baja. Un caballo cruzó la niebla como barco perdido. Quedó repitiéndose el eco de las patas en las paredes negras del galpón. Luego, sobrevino un silencio cortado apenas por el tictac de los cronómetros. En la bruma se escondían los preparadores, con el sombrero echado sobre el ojo, fumando; parecían seguir a sus caballos con un ojo mágico, que les permitía comprobar el tiempo del entrenamiento, sin que nadie más en el hipódromo descubriera su secreto.

Rompió el sol a través de la neblina, y en el fulgor de los rayos sobre la pista de arena apareció de repente la imagen de nuestro caballo. La mañana venía radiante, relucía el pasto con su decoración de amapolas, y los aromos soltaban su fragante polvillo de oro. El camino real se poblaba de automóviles que pasaban veloces, llevándose las últimas franjas de la niebla como anuncios de un día de fiesta. Hidalgo nos trajo al caballo para que lo admirásemos.

—Arrímense, que no se los va a comer —decía Hidalgo, sujetando firme las riendas y dando caracoladas en su cabalgadura.

"González" me sorprendía. Sus movimientos eran rápidos y graciosamente proporcionados, pero sin la aparatosa teatralidad de antes. Hidalgo parecía racionarle las energías. No lograba descubrirle al caballo esa cualidad "humana" de que le hablara a Mercedes. Lo que allí se veía era un bruto perfecto. En unos pocos días, Hidalgo le había revivido el instinto salvaje del caballo de carrera. "González" no me miraba ya con un ojo pelado, socarrón y amistoso. Miraba ahora como un alma que se la lleva el diablo, por encima de nosotros, al aire, a la pista, al cielo, y del hocico le colgaba una saliva extraña. Yo veía que si Hidalgo no lo sujetaba con todas sus fuerzas, el caballo se habría lanzado a correr enloquecido sobre nosotros, contra los rieles, por la galería, por el techo, por la eternidad.

—La pucha, ¿qué le has hecho al compatriota que lo tienes tan saltón?...

Hidalgo se reía y me guiñaba los ojos.

—¿Quieren verlo galopar?

Salió con "González" a la pista. Había una decena de caballos "trabajando". Algunos galopaban sin esfuerzo, otros iban y venían del *paddock* a la partida automática, acostumbrándose a los preliminares de las carreras. Tres caballos, al parecer dosañales, ensayaban el difícil arte de la largada. Se resistían endemoniadadamente a meterse en los casilleros; había que empujarlos por el anca, darles palos en la cabeza y duros jalones de riendas. Uno parecía que ya iba a entrar, y, luego, con un gesto determinado, se daba media vuelta y arrastraba de las bridas al mozo. Ensayaron innumerables veces, hasta que, rendidos de cansancio, trataron el modo denigrante, que no falla nunca: lo entraron reculando, empujado por el pecho. Al soltarles la puerta eléctrica daban unos brincos espantosos, como si quisieran desarmarse y lanzar al jinete por los aires. Pero las manos y las piernas que los conducían eran maestras en el oficio y de nada les servían los aspavientos. Yo veía a los jinetes apretar las rodillas contra los flancos y agazaparse como monos, la cara fruncida en un gesto de absoluto desprecio frente al peligro. Sonaba el timbre, saltaban los caballos, y los jinetes salían gritando y dando palos en medio de una nube de polvo y arena.

Cuando "González" comenzó su "trabajo" de una milla nadie le prestó la más mínima atención. Lucía un galope largo y parejo, se movía con facilidad admirable pegado a los palos. Las patas no parecían hundirse en la arena, sino tocarla y dejarla casi simultáneamente. Hidalgo iba sentado en la montura, como añadiendo peso para sujetarlo. Pasaron los tres octavos en cuarenta y siete segundos; los cinco octavos, en cincuenta y nueve segundos; los tres cuartos de milla, en un minuto y once segundos, y la milla en un minuto y treinta y siete segundos. No lejos de nosotros, un preparador desconocido también tomaba el tiempo de "González", y en su rostro pude ver una admiración no exenta de sospechas. Nuestro caballo atravesaba velozmente el cristal de la mañana; caballo blanco,

hecho para batir alas seráficas, para navegar nubes y pastar en llanuras submarinas, parecía ir escribiendo, tranco a tranco y letra a letra, la palabra victoria. ¿De qué sería capaz en competencia, si así, solo, frenado, corría una milla en un minuto y treinta y siete segundos? Yo estaba eufórico. Comencé a dar voces y a aplaudir. Mercedes contemplaba todo con aire escéptico, sin decir nada. El preparador que comprobara el tiempo de "González" se acercó a nosotros.

—Muy buen caballo ése —dijo—; el blanco, quiero decir.

—Regular, no más.

—Ustedes pagaron la multa el otro día, ¿no?

—Sí, señor. Mi socio, el jinete, y yo.

—Buena compra han hecho, si no se desinfla... Con buen cuidado y buena suerte, a lo mejor les sale un campeón. —Advertí un gesto de malicia burlona en la cara cargada de arrugas.

—Es un buen caballo —dije con fuerza—, un caballo importante —agregué, y al decirlo noté lo ridículo de la frase. El otro me miró sonriendo—. Quiero decir, un caballo de copas. ¡Un campeón!

El otro soltó la risa, dio media vuelta y se alejó.

—Allá él si no me cree, pero "González" es un campeón y lo probará.

Volví a San Francisco rumiando la satisfacción de esa mañana. En el tren que nos llevó de regreso a la Tercera Avenida, noté el silencio exagerado de Mercedes.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la compra que he hecho?

—Estás loco —dijo sencillamente.

—Pero no te das cuenta de que "González"...

—No tiene nada que ver con "González" —me interrumpió—; me refiero a ti. Estás loco. Porque lo tuyo no es vicio ni es manía; es mucho más que todo eso. Tienes la cabeza llena de patas de caballo. No hablas más que de carreras, no piensas más que en las carreras y no haces nada sino apostar en las carreras. Hasta la cara se te está poniendo caballuna.

—¿Camino como caballo? ¿Como como caballo?

En realidad, no lo notaba. Mercedes estaba exagerando indudablemente. Yo no advertía nada. Claro que

ningún carrerista se nota, así como ningún hediondo se huele. Pero ¿loco?, ¿enviciado? Tal vez enviciado, pero nada anormal, nada psicopático, nada que con decisión no pudiera detenerse y olvidarse. ¿Podría? ¿Podría dejar las carreras si me lo propusiera? ¿Y para qué?

—Hasta ahora todo es ganancia; ¿para qué había de preocuparme? ¿Para qué dramatizar esto que es simple y fructuosa diversión?

—Obsérvate y verás que razón tengo.

Me puse a pensar en mis compadres: al Cowboy, borracho consuetudinario y con su itinerario, endeudado hasta la camisa, sin más posesión que su cochina botella de oporto, me lo imaginé tendido en su camastro en la buhardilla pelada de la azotea del hotel, colorado y vidrioso, idiotizado, haciendo marcas diabólicas en el *Racing Form;* al Cuate, ¡pobrecito!, con el poto todo lustroso, agachado recogiendo tomates, le vi su cara de frijolito saltón, afligido en las tardes de fracasos, bajo el peso de amargas, angustiosas depresiones; el Cuate, morfinómano acaso, borracho, hambriento, agobiado por el ansia eterna de controlar una vuelta tan sólo de la rueda mágica que jamás se detenía a esperarlo; pensé en los que siguen sistemas para ganar; en los carreristas que veía derrotarse a sí mismos una y otra y otra tarde, invariablemente; en los que siguen a los favoritos, los que siguen a Longden, los que siguen "batatazos", los que siguen al preparador, los que siguen a la señora del preparador, y en el Cuate y yo, que los seguimos a todos. Pensé en los tristes carreristas de mi patria. Tenía yo un tío que reconocía a los caballos hasta cuando los llevaban al establo, cubiertos por sus mantas desde la cabeza hasta la cola, y que, mientras más conocía a los caballos, más lo desconocían ellos a él. Lo encontraba en el Hipódromo Chile los domingos por la mañana, arropado con una bufanda larguísima que se la enrollaba como culebra alrededor del cuello, echando humo por las narices y restregándose las manos. Se iba caminando por un pasillo de la galería, diciendo a media voz: "Un cuarto de boleto a "Cañamito", ¿quién quiere jugar un

cuarto de boleto a "Cañamito"?" Pronto salía otro más molido que él y ponía su cuarto. Se cogían del brazo y continuaban por la galería, despacito, arrastrando los pies, clamando: "Dos cuartos de boleto a "Cañamito", faltan sólo dos cuartos, ¿quién quiere apostar a "Cañamito"?" Se les juntaba otro, y, por fin, el último. Los cuatro se iban entonces agarrados del brazo, bien firme, para que nadie se fuera a ir con el boleto. Olían a cebolla y a tabaco, cuando no a cosas peores, pero se aguantaban, estrechamente enlazados, aunque rehuyéndose las caras para no asfixiarse. Les miraba yo con piedad infinita. Sentía ganas de llorar de sólo verlos encadenados como mártires, entregando el alma con cada mal paso dado por "Cañamito"; anhelantes, llorosos, ilusionados, hechos pedazos cuando el tropel entraba en tierra derecha y el tal "Cañamito" venía a dos cuadras, con tamaña lengua afuera. ¡Qué desolación! Jamás olvidaré esos ternos brillantes, las hilachas del cuello de la camisa, los puños sebientos. los calañés manchados de sudor y los dientes picados, el tufo a vino y cebolla, y el terror pintado en la cara ante la inminencia de la última carrera y la perspectiva horrenda de regresar a casa hundidos en la más amarga perdición. Jugaban datos infames, estúpidas corazonadas. Profundamente abstraídos en un trance místico, cuyos hilos venían tirantes desde el hambre, el alcohol y la locura. ¿Venía yo predestinado a estas canchas?

Recordé una tarde en que la radio describió los perjuicios de un ciclón en Florida, y a la voz de "ciclón" me puse en trance, salí disparado al hipódromo y aposté diez dólares a "Ciclón" en la cuarta. Tan mal me fue a mí con este "Ciclón" como a los de Miami con el suyo. ¿Locura? El Cowboy y el Cuate se revolvían en el vórtice de la degeneración. Indudablemente. Junto a algunos otros, como el niño sin brazos. Todos ellos formaban una pequeña corte de alienados inofensivos, para quienes la vida era una especie de carrusel gigante, con caballos de verdad y criaturas envejecidas.

—Pero no yo, Mercedes; yo puedo dejar esto cuando quiera.

—No me hagas reir. ¿Por qué vas a ser tú la excepción? ¿Dejarías las carreras si yo te lo pidiera?

—Por supuesto; pero tú, ¿para qué me lo ibas a pedir?

—Bien sabes que estás hablando por hablar. Pero escucha. Lo que te voy a decir te va a sorprender y, a lo mejor, te hace recapacitar, aunque sea una vez, Dios mío.

Su seriedad me contagió y la miré buscando sus ojos, que rehusaban detenerse en mí.

—He estado pensando que dejaré el cabaret cuando se termine mi contrato, el mes que viene. Tú sabes, mi papá sigue en la huelga de los estibadores. Tienen un lío terrible y en cualquier momento se puede armar una tremenda pelea; me espanta pensar lo que podría sucederle. Van a acabar matándose, y yo no quiero que mi padre se vea envuelto en semejante cosa. Desde Nueva York me ha escrito una amiga y me cuenta que hay posibilidades de trabajar en la televisión. Podría irme en cualquier momento. Pero lo que me gustaría es convencer a mi papá de que se vaya conmigo. Allá podríamos empezar algo nuevo..., todos..., mi papá, yo y tú..., si quisieras sentar cabeza. Piénsalo. Piensa qué bonito podría resultar todo. —Me había tomado la mano y yo sentía el calor de la suya invadiéndome como un licorcillo. Cosas así me enternecían hasta lo indecible. Me parecía absurdo que una mujer tan hermosa como Mercedes quisiera complicar su vida de tal modo por un vago como yo. Ella leía mi ternura con sus grandes ojos verdes, sonrientes y enamorados. Su boca se distendía apenas en un gesto que, en vez de arrullos, ya iniciaba una reconvención—. Tú podrías estudiar y trabajar en Nueva York. Nosotros te ayudaríamos. Mi papá cambiaría por completo si viese que te pones serio y que tratas sinceramente de trabajar. Además, estoy hastiada de lo que hago ahora. Quisiera estudiar danza, estudiar bien. ¿No crees que yo podría hacer danza moderna? En serio, quiero decir...

Se olvidaba en esos momentos del problema central y se ponía a soñar en alta voz que aprendía la técnica de la danza moderna e interpretaba los ritmos

de la música hispana en coreografías jamás soñadas por bailarina alguna. Ese era su sueño y ésa era su vida. En cuanto a mí, mi "vida" en esos tiempos era "González". La verdadera vida, por cierto, nos iba pasando silenciosamente por el lado, enredándonos en pequeños acontecimientos que no advertíamos sino de un modo superficial —ese viaje en tren, esa madrugada en el hipódromo, una tarde en el barcillo "Los Oculistas", unos inmensos besos furtivos en un corredor obscuro de "El Rancho", una riña violenta, Marcel—; pero nosotros insistíamos en hacer y deshacer, con pertinacia ciega, pequeñas alegorías y visiones que no poseían más consistencia que la bruma de la mañana. Mercedes me amenazaba con irse a Nueva York a estudiar danza, y yo, para disuadirla, le mentía prometiendo que dejaría las carreras para siempre. Mientras ella hablaba acariciándome las manos, yo pensaba qué le habría hecho Hidalgo al caballo para sacarle esas renovadas y admirables energías. ¿Estricnina? ¿Arsénico? No. Sería idiota. Hidalgo sabía que esos trucos no resultan aquí. Ni drogas, ni baterías, ni nada. Tal vez el contacto con un compatriota, esa zona del sentimiento donde la tierra florece unas nostalgias y unos entusiasmos que fácilmente nos llevan al heroísmo, quizás eso se despertó en el corazón del viejo caballo, rejuveneciéndolo e impulsándolo a soñar en fantásticas hazañas. Eso debe de haber sido. Nostalgia, patriotismo, coraje, y un dulce y suave presentimiento de la muerte. Sobre todo esto último: no hay otro acicate igual para la obra maestra, la gran victoria o la gran derrota. "González" captó la desesperación de su jinete, y este sentimiento le tocó igual que un rayo de luz iluminando el panorama entero de su vida, hecha para heroísmos y desperdiciada en éxitos mediocres. Acaso soñó con el triunfo único y definitivo que podría coronar su existencia, el triunfo que borraría todas las claudicaciones, todas las vergüenzas. Una gran carrera, y el animal renace en toda su justa nobleza, entregando hasta la última gota de empuje y valor; después, ¡qué importa! Convertido en carne pa-

ra leones, el gran destino está ya consumado y registrado para siempre en la historia.

En la ventanilla del tren se mezclaban barcos y chimeneas; de vez en cuando un pequeño avión amarillo cruzaba el vidrio como una mosca, para descender sobre el mar. ¿Cómo ver a Hidalgo pronto, muy pronto, y decirle que aprovechara ese punto culminante en el entrenamiento de "González" para inscribirlo en una carrera?

No tuve que buscar mucho a mi compatriota. Fue él quien vino hacia mí, como la montaña bíblica. Para encontrar a un carrerista de nuestra cofradía no había más que frecuentar el café "Foster's" de la calle Market. Allí me encontró Hidalgo esa misma noche.

—Compatriota —dijo con aire sombrío, sentándose a la mesa con una taza de café y un pan dulce—, te perdiste hoy en la mañana después del entrenamiento. Tenía que hablarte.

—Yo también quería hablarte, pero tuve que acompañar a Mercedes. ¡Qué caballo! Si parece otro. ¿Qué le hiciste para revivirlo?

—Nada..., eso no es nada. El caballo tenía que mejorar. Te lo dije, ¿no? La cuestión no es ésa. Hay otra cosa un poco fregada —bajó la voz y se puso a hablar entre dientes, mientras sorbía el café con la boca fruncida—. El preparador me está pidiendo plata. Más plata. Se ha puesto rejodido y quiere más plata.

—¿Quién? ¿Míster Hamburguer? Pero si le dimos un mes adelantado, ¿qué más quiere el desgraciado?

—Dice que si no le damos más plata va a perder el establo, que lo van a sacar de Tanforán, que tiene un montón de pagos que hacer. Parece que el gallo está muy endeudado y se quiere sacar el clavo con nosotros.

—¿Nos ha visto cara de millonarios?

—Qué sé yo, pu, iñor, pero quiere más plata. Tenemos que darle algo aunque sea.

Mr. Hamburguer se empezaba a portar como un facineroso. Nos ponía entre la espada y la pared, pues sabía que, comprometido todo nuestro capital, su establo era el único donde podía alojarse "González". Sin

su ayuda estábamos perdidos. Era un método típico de tiburón, que, por dinero, despelleja viva hasta a su madre. Hidalgo me irritaba con su actitud conformista. Para él la solución era una: darle dinero a Mr. Hamburguer tantas veces como lo pidiera.

—Pues no le damos ni un centavo más al ladrón. Que vaya a jorobar a su tía.

—Hay que darle. ¿Que no ves que si no le damos nos bota con caballo y todo? ¿A dónde vamos a llevar al caballo?

—No me importa. Al caballo no lo saca ni amarrado. Primero la muerte. Para eso le pagamos adelantado.

—Tú no sabes cómo son estos gallos. Es capaz de fregarnos a "González".

—Lo mato.

Hablar, se puede hablar mucho, pero llegado el momento de las decisiones, las bravatas valen un pepino. Esa noche, sentado entre melenudos y harapientos que sopeaban bizcochos en el café, mientras estudiaban el *Racing Form*, adorné a Mr. Hamburguer con unos epítetos de la más pura ferocidad clásica; pero, al fin, la cara apoyada en las manos, la mirada perdida entre vidrios y espejos, le prometí a Hidalgo que vendría al día siguiente con el dinero necesario.

De acuerdo con mis presentimientos, esa primera exigencia de Mr. Hamburguer no fue sino un suave finteo que debió prepararnos para las estocadas fatales. No sé si Mr. Hamburguer practicó alguna vez esgrima en su Alemania natal, pero lo que sí sé es que en California no tenía competidor para el sablazo. Lo peor de todo era que yo apenas le conocía. Entregar mi plata a un sujeto que, en buenas cuentas, era un fantasma, pues ni siquiera contaba yo con una idea clara de su fisonomía que me permitiera imaginármelo cuando lo insultaba, era para mí una infamia. Yo, que me creía inmune a las estafas, superior a los petardistas y proyectistas más sutiles; yo, que llevaba la buena suerte como una flor en el ojal, iba sucumbiendo en las fauces de un sujeto maquiavélico y sin piedad, que me tragaba desde la sombra. Primero metí todos mis ahorros, luego saqué un préstamo por dos-

cientos dólares en un banco, apoyado por la garantía de Miguel Angel Velázquez, que estaba a la sazón trabajando muy de firme en una estación gasolinera. Después pedí pequeñas cantidades por aquí y por allá, empeñé mis anteojos de larga vista, trabajé como ascensorista en el Palace Hotel, como barredor nocturno en el Five and Ten, como tabernero en el muelle de los pescadores, gracias a las recomendaciones del Cuate; como repartidor de telegramas. Trabajé estoicamente. ¿Para qué? Todo para satisfacer las hambres monetarias de Mr. Hamburguer, que seguía amenazándonos con echar a "González" a la calle si no le llevábamos veinte o quince o, aun, cinco dólares. Algún vicio debía tener, vicio pequeño y triste, pues, a pesar de su tenacidad, se contentaba verdaderamente con muy poco.

Agobiado por las deudas, bajo la presión constante de mi compatriota, cuyas visitas empezaba yo a temer como a la misma peste; hostilizado por el padre y los amigos de Mercedes, que me consideraban un aprendiz de pícaro; preocupado por ella, que seguía soñando con su viaje a Nueva York y se burlaba de mi locura hípica con algo que se parecía mucho al desprecio, viví días horribles. Comencé a tener pesadillas que, repetidas y aumentadas cada noche, me dejaban tembloroso para el resto del día. Me veía en un hipódromo que no era un hipódromo, sino un cementerio. En horas nocturnas salía a correr "González", y, tras una prueba lenta y costosa en que los caballos no corrían sino que parecían flotar en el aire, mi caballo blanco ganaba cien mil dólares y el Tanforán Handicap. Al momento de recibir el premio se producía una extraña situación. Los caballeros que debían pagarme buscaban febrilmente el dinero; se veía que lo necesitaban con terrible urgencia, pero no lograban hallarlo. Entonces se presentaba un hombre gordo y sonrosado, de mirada triste que me conmovía las entrañas, y, abriéndose paso entre la multitud de seres cadavéricos, comenzaba a pagarme el premio en hamburguesas. Cien mil hamburguesas. Yo, a mi vez, comenzaba a comerlas, primero con gran euforia, pero luego con temor, con temor y asco, por-

que de pronto me daba cuenta del pavoroso misterio: en esos pedazos de carne me iba comiendo al preparador.

Este sueño se repetía noche a noche, con ligeras variantes, pero siempre horroroso. Mis compañeros advertían el trance por que yo pasaba, pero, con genuina resignación carrerista, se limitaban a observar sin decir nada. El café de la calle Market despierta un eco de amargura en mí, pero la sensación de ruina, de abandono y fracaso, la inquietud que traen las deudas y el decaimiento moral de las pérdidas, todo eso fue una escuela que ayudó a despertar en mí una suspicacia y una rebeldía que, a la postre, trajeron consigo la salvación. Por otra parte, al borde ya de perder la fe, considerando hasta la posibilidad de una fuga al Este, la rueda de la fortuna dio una vuelta inesperada y de los acogotados fue el reino de los cielos.

Una noche vino Hidalgo a verme al departamento que había tomado yo en la calle Taylor, a cuatro cuadras del Hotel Huntington. Cuando oí sus pasos en la escalera quise levantarme, apagar las luces y esconderme. Tanto había llegado a temer y odiar sus misiones en nombre de Mr. Hamburguer. Pero no me dio tiempo el condenado. Antes de que pudiera moverme, entró.

—No, iñor, si no es na pa eso —dijo sonriendo al ver la alarma en mi rostro—. Chi, si ya parece que soy el cuco. No me tengas miedo, si no te voy na a morder, pus.

—Adelante, siéntate y venga el chancacazo, que ya estoy curtido.

—No te icen que no es na pa eso. Apuesto a que no sabes la buena noticia que te traigo.

—Se murió míster Hamburguer.

—No, míster Hamburguer está revivo y coleando. Es otra cosa. Bueno, ahí va: mañana corre "González".

—No, no puede ser. ¿Será verdad tanta belleza? Por fin. Pero ¿y si pierde? Nos hundimos más todavía..., y ya estamos hasta el cogote.

—¿Si pierde? ¿Pero quién te dijo que va a ganar?

—¡Cómo que no va a ganar! ¿Qué te pasa, estás

loco? Si no gana, estamos perdidos. Sencillamente ya no hay de dónde sacar más dinero para el pulmonero ese de su preparador. Tiene que ganar, no son cuentos. Si "González" corre mañana, gana, ¿entendido?

—No, hombre, no te apures. Despacito por las piedras.

—Piedras serán las que estaremos comiendo si no gana el caballo.

Hidalgo se instaló cómodamente en un sillón, sacó un cigarrillo y, doblando el cuerpo, como si estuviera mirando a un brasero, me dijo con inigualable desfachatez:

—Tú eres muy impaciente; las cosas hay que llevarlas con calma, y para que veas que no te miento, las cosas van a ser así: en primer lugar, por míster Hamburguer no tienes que preocuparte más. A ése ya lo arreglé yo con la última plata. Le busqué el lado flaco y se lo encontré. Ya no nos friega más. Algún día te daré más detalles. Por ahora olvídate de él. La cuestión es ahora planear la campaña con extremo cuidado. Calma y tiza. "González" corre mañana en una prueba especial en que no pueden multarlo. Claro, para meterlo en una carrera así tuve que subirlo mucho de clase. Va contra caballos de diez mil a doce mil dólares. Si "González" ganara mañana, se nos acaba la mina. Toma en cuenta que el premio es una bicoca, sólo dos mil dólares.

—¿Dos mil dólares, y dices tú que es una bicoca?

—Mira, ganchito, cuando te invité a formar compañía conmigo, te dije que íbamos a hacer fortuna, no a ganar unos cuantos dólares de mala muerte. Fortuna, ¿te das cuenta? Así va a ser la cosa. Nosotros estamos haciendo la puntería más alto. No para mañana, sino para la semana que viene. "González" tiene que ganar un premio grande, un premio que nos permita mandar a la cresta todo esto y volver a Chile ahogados en plata. ¿Me entiendes? Mañana va a ser un entrenamiento. Sólo para sacarle velocidad al caballo. La semana que viene lo metemos en el Clásico San Felipe, con un premio de diez mil dólares, y si ganamos allí

lo metemos en el Tanforan Handicap, de cincuenta mil dólares, y adiós, diablo.

—Qué diablo ni qué niño muerto. Estás soñando. "González" no gana un clásico ni aunque corra solo. Si no ganamos mañana, que va corriendo contra mulas, no ganamos nunca.

—Te equivocas, los caballos de mañana serán viejos, pero no son mulas. Con un poco de suerte, cualquiera de ellos podría hacer un buen papel en un clásico. Es el caso de "González". ¿Que no ves que ya es el mismo de antes, el que yo conocí en el Hipódromo Chile? Le he estado tomando el tiempo toda la semana, y si corre así en el San Felipe...

—Tú no eres el único que le ha estado tomando el tiempo. El otro día había un preparador ahí, cerca de nosotros, que le apuntó un entrenamiento y después vino a conversarme.

—Por eso, por eso es que te digo que "González" no gana mañana. Mañana lo van a jugar. Yo sé. Yo también las paro, y he visto que en los establos anda la copucha de que "González" va a pegar un gran batatazo. Mañana lo juegan y se guatean. La otra semana no lo juega nadie. Nadie más que tú y yo y unos pocos amigos. Es una fija, nos hacemos ricos...

¡Cómo podían brillarle los ojos a mi paisano cuando pensaba una buena fechoría! Se le iluminaba todo el rostro, y hasta la cicatriz en la mejilla parecía encenderse y apagarse como un letrero luminoso.

—Así que lo vas a echar para atrás. Si los jueces se dan cuenta...

—Nadie va a echar a nadie para atrás. Nadie se da cuenta de nada, ni nadie tiene que pagar ninguna multa. "González" es un caballo de maratón, viene de atrás; mañana corre tres cuartos de milla contra caballos muy rápidos. No tendrá tiempo de hacer su embalaje final. Eso es todo. Vamos a llegar entrando como locomotora, pero no vamos a alcanzar a pillar a los delanteros. Se nos va a hacer poca la tierra derecha. Vamos a necesitar más distancia. ¿Ya viste?

—Sí, pero si el caballo tiene posibilidades, por qué no tratar de ganar aunque fuera un tercer puesto, unos

doscientos cincuenta dólares no más, por amor de Dios; alcanzaríamos a sacar los gastos del mes. Con unas poquitas apuestas a *show*...

—No... No sea leso, compañero... Tú quieres romper las huinchas; ten paciencia, confía en mí.

Así fue. Confié en él. Bueno será decir, para ser justos con Hidalgo, que en sus planes había factores que no se notaban de inmediato y que les daban cierta base a sus razonamientos. Por ejemplo, nuestra sociedad podía correr a "González" en clásicos, porque las inscripciones preliminares habían sido pagadas a principios de año por el anterior dueño del caballo, el que se ensartó con él y lo trajo de Chile a Nueva York y de Nueva York a California, a competir contra campeones. Gracias a la fe de ese hombre, estábamos nosotros en condiciones ahora de inscribir a "González" en ilustre compañía. A no ser por ese factor, nuestro caballo no hubiese podido optar a tales premios. Sin arriesgar más que la inscripción final, podíamos ganar, si la suerte nos acompañaba, premios de miles de dólares.

—Miles de dólares —repetía yo—, ¡qué payasada!

¿No era ridículo? Todo eso era absurdamente ridículo. ¡Qué íbamos a ganar miles de dólares nosotros, un par de aventureros de poca monta! Alguien estaba armando una broma genial, un timo que haría historia, y en el cual mi compatriota y yo sacaríamos la peor parte. La parte reservada para los pobres diablos. Porque eso éramos nosotros: ilusos y cándidos. Al menos eso era yo. Hidalgo podía ser otra cosa. Pero de todos modos confié en él. Y "González" corrió y todo sucedió exactamente como había dicho Hidalgo.

La gran cofradía de carreristas estaba alerta. "González" iba en la segunda carrera, a la una y media de la tarde. Desde temprano vi cómo merodeaban personajes de toda clase husmeando por nuestra cuadra. Algunos se acercaban a hablarnos, la mayoría sólo observaba. Yo les veía el ansia en el rostro, los ojos afinados, tensas las aletas de la nariz, listos a descu-

brir el menor indicio de lo que sucedería esa tarde. Hidalgo se hacía el interesante. Hablaba únicamente conmigo, y eso en susurros. A Julián, el mozo de las caballerizas, le contestaba en monosílabos y con expresión más bien tirante. En el *paddock* nos esperaba Mr. Hamburguer. Fue mi primer contacto verdadero con él. Era un hombre de regular estatura, de cara redonda y sonrosada, de ojos azules muy dulces. Algo había en toda su persona que sugería suavidad. Algo redondo, sin llegar a ser fofo. Se notaba en el sombrero azul, en el abrigo gris, pegado como un pelaje a sus espaldas; en los pies, pequeños y regordetes. Pero, sobre todo, en las manos. Cuando lo saludé, sentí su mano en la mía, caliente y suelta como teta vieja. Le miré hondo en los ojos. No hubo respuesta. Masculló unas palabras que apenas entendí, algo en que la palabra *boy* sonó redonda y gorda como un golpe de almohada. Me hice a un lado y dejé que Hidalgo y él se entendieran solos.

Hidalgo, en su traje de jinete, era otra persona. Los colores de Mr. Hamburguer, que usábamos también nosotros, eran negro y rojo; la camisa negra y el gorro rojo. En ellos, el rostro pálido de Hidalgo, la cicatriz de la mejilla y sus ojos obscuros asumían caracteres patibularios. Mi compatriota era feo, de una fealdad cruel, agresiva. Parecía un alambre tenso o un gato hambriento. No sé cómo Mr. Hamburguer conseguía hablarle. Con su suavidad humilde, debería tenerle horror. Sin embargo, el alemán hablaba con un ligero murmullo, sin alterarse, el brazo derecho sobre las espaldas de Hidalgo; la mano, gorda y blanca, acariciándole vagamente el hombro. Para mí la ocasión era memorable. Jamás había sido el centro de atención de tanta gente. Sentía sobre mí las miradas ávidas de los carreristas, que estudiaban fijamente todos los detalles de lo que allí ocurría. Ojos calculadores y fríos, que, desde la baranda del *paddock*, intentaban descifrar mis pensamientos; ojos de admiración para el "dueño", o de cínico desprecio, que llevaba escrita la palabra "sinvergüenza"; ojos de observación clínica, que parecían decir: "¿Es ésa cara de ganador... o de quien ya anti-

cipa la derrota?"; ojos que iban del programa al *Racing Form*, del *Racing Form* al caballo, a las patas del caballo, al jinete, al preparador, al dueño, al *Racing Form* y al programa. Y nosotros, en el compartimiento de nuestro caballo, tratábamos de hacernos los desentendidos; pero, en el fondo —yo al menos—, nos sentíamos desnudos entre tanto y tan prolijo escrutinio.

Entre los carreristas divisé al Cuate. Me saludó con una inclinación de cabeza. El ya sabía lo que iba a suceder, y, no obstante, parecía nervioso. Bueno, el Cuate siempre temblaba, de frío o de hambre o de entusiasmo. Divisé al Cowboy, a los mexicanos. La mayor parte nos miraban con ansiedad, implorando el dato con los ojos. ¡Una señal! Una señal chiquita aunque fuera. ¿Un guiño de ojo? ¿No fue un guiño de ojo que hizo el chileno? ¿Una mano levantada a la altura de la oreja? ¿Un pañuelo? ¿Se sonó? ¡Pero si se sonó! No puede significar otra cosa. ¿Un movimiento de hombros? ¿Será duda, ignorancia, esperanza? Fue un movimiento negativo con la cabeza. De eso estoy seguro. ¿Que fue para espantarse una mosca? Estás loco. ¿Qué hubo? ¿Gana o no gana? ¿Ahora es cuando...? Hidalgo me hizo prometer que no diría palabra a nadie sobre los planes de esa tarde. De acuerdo con sus instrucciones, mantuve cara de póker y no dije a nadie el secreto, casi a nadie, porque el Cuate y el Cowboy son, debidamente considerados, casi nadie. Entre los preparadores vi al que le tomó el tiempo a "González". Nos observaba con una sonrisa en los labios.

Llegó el momento de montar. Hidalgo subió de un salto al caballo, salto de mono que hizo reir al público, aquí donde se acostumbra que el preparador ayude a montar a su jinete. Hidalgo no miró a nadie. Manejó hábilmente a "González" y se puso en línea para salir a la pista. "González" no bailaba como en otras ocasiones. Con la cabeza baja, parecía husmear el suelo, los ojos medio cerrados, perfectamente posesionado de su papel de incógnita. El, que antes se divertía dando señales locas a los apostadores de galería, ahora se mostraba sobrio, casi aletargado. Pero sí agitaba la cola, su hermosa cola blanca, como una bandera que

tanto podía espantar moscas como convocar ángeles, y que en esos instantes significaba una sola cosa: una gran negativa. ¡Si sólo hubiesen podido leer los fanáticos ese *no* sutil y elegante que trazaba "González" en el aire!

La carrera duró exactamente un minuto, once segundos y dos quintos. "González" corrió "de atrás". Le sacaron diez cuerpos en la recta lejana. Siguió, sin inmutarse, pegado a los palos. Pasaron la primera curva, se acercaron a la segunda, tomaron posiciones para la recta final. Sólo entonces comenzó "González" a acortar la distancia que lo separaba del grupo. Hidalgo no usaba el látigo: todo era movimiento de las manos y las riendas. El público tuvo la impresión de que "González" venía entrando a velocidad increíble. Era ilusión óptica, por supuesto, ya que sólo alcanzaba y pasaba a los caballos que se rendían, cansados. De los punteros llegó a cuatro cuerpos. Pero, aun así, ocupó el cuarto puesto, y esto nos valió un premio de cuatrocientos cincuenta dólares, que nos sirvieron para pagar deudas contraídas esas semanas. Después de la carrera los entendidos y aficionados se quedaron comentando. "González" entró a la carrera como tercer favorito, siete a dos, cosa inaudita tratándose de un caballo que no había logrado ganar ni siquiera en competencia con los inservibles del hipódromo y que hoy corría contra adversarios de muy superior calidad. Algo raro había sucedido en Tanforan. Lo decían los carreristas, lo pensaban los preparadores, los jinetes y, especialmente, los jueces. ¿De dónde salió todo ese dinero apostado a "González"? ¿Qué se había preparado? ¿Por qué falló?

—Idioteces —dijo Hidalgo a quienes le preguntaban—. ¿Por qué apostaron a "González"? ¿Por qué les iba a ganar a caballos que todos saben que son mejores que él?

—¿Y por qué lo metieron en esta carrera entonces?

—Porque no queremos que nos quiten al caballo en una carrera de reclamo. Nos hemos encariñado con él. Lo vamos a seguir corriendo así hasta que nos ga-

nemos un tercer puesto. Nada más. Es todo lo que queremos. ¿No cierto, iñor?

—Claro, pus —decía yo por decir algo.

Todo habría marchado de acuerdo con los planes, si no hubiera sido por un animal que provocó un incidente. Hidalgo y Mr. Hamburguer estaban desensillando al caballo, cuando pasó cerca de nosotros el preparador ese que le seguía los entrenamientos a "González". Al ver a Hidalgo se detuvo. Acercóse con cara enigmática, la boca un tanto abierta y la barbilla temblorosa. Se metió la mano en una bolsa del abrigo y sacó un puñado de boletos.

—¡Toma! *Son of a bitch!* —aulló, tirándole los boletos a Hidalgo en la cara.

Todo el mundo reparó en lo que sucedía. Corrieron los mozos del hipódromo y Mr. Hamburguer tomó a Hidalgo de los brazos. Pero si esperaban que mi compatriota iba a reaccionar violentamente, se equivocaron. Hidalgo miró a su atacante con una sonrisa burlona en los labios y escupió.

—Pa qué soi huevón —dijo.

Yo solté la risa; los mexicanos también rieron a carcajadas.

—¿Será baboso? Mire —añadió Hidalgo, recogiendo un boleto del suelo—, de a diez dólares; mire cuántos boletos. Le habrá jugado un barril de plata. ¿Quién lo manda? Todo porque le tomó el tiempo en un entrenamiento. Todavía no sabe el manso huevón que una cosa es en entrenamiento y otra cosa es con guitarra. Y después me echan la culpa a mí.

El otro se había alejado masculando maldiciones. Mr. Hamburguer le siguió con la vista y, sonriendo beatíficamente, explicaba lo sucedido a todo el que quería oírle.

—Se equivocó el pobrecito —decía—; el otro día había mucha neblina en la cancha. Le tomó el tiempo a nuestro caballo cuando partía en un entrenamiento de una milla. Lo perdió en la neblina y paró el reloj cuando llegaba el crack "Bolero" a la meta, que también es blanco. Con razón creyó que teníamos un campeón de tapada. ¡Pobrecito!

Sea como fuere, el *San Francisco Chronicle* dijo al día siguiente:

La gran noticia hípica la constituye "González", un caballo de obscuros antecedentes, cuyos dueños han sorprendido a todo el mundo inscribiéndolo en el San Felipe Handicap, a correrse el próximo viernes en Tanforan. Ayer, en una carrera de tres cuartos de milla, contra adversarios de cierto prestigio, "González" vino de atrás como un ciclón. Es evidente que necesita más distancia. En las cuadras se decía ayer que se lo corrían a fija. ¡Ojo con el blanco! No sería el primer caso de un chiripazo en carrera de campeones.

No sería el primer caso, pero de todos los que yo conozco, fue, en realidad, el más absolutamente fantástico. Como se verá.

LA NOTICIA de que "González" correría en el clásico de San Felipe, además de causar conternación, fue recibida con gran variedad de chistes groseros. Mr. Hamburguer, Hidalgo y yo, sentados en el café de la calle Market, oíamos todas las opiniones, sin dar muestras de amilanarnos. Una noche se reunió alrededor de nuestra mesa un grupo crecido de carreristas. Advertí rostros que no conocía, gente que se acercaba a la voz de que alguien tramaba un golpe espectacular en Tanforan.

—Ustedes me perdonarán —dijo un viejecito pequeño, sin dientes, que llegó hasta la mesa equilibrando en sus manos temblonas una taza de café y una marraqueta—, pero yo creo que el caballo de ustedes no puede ganar. Es decir, no puede ganar a menos que todos los otros caballos se caigan muertos antes de llegar a la meta.

Me cayeron bien su seriedad de niñito, su traje azul y su sombrero pegado a la coronilla como halo de santo. Pestañeaba como muñeco, guiñando los ojillos celestes y moviendo los labios a destiempo con las palabras.

—Mire, abuelo —le dijo el Cuate—, todos los caballos no se caen muertos en una carrera. No todos, pero sí podrían caerse muertos varios. Digamos todos menos tres, contando a "González" entre los vivos. Así

es que usted le juega a "González" de tercero y va seguro. Segurísimo.

Hidalgo, con sus ojos de lince entrecerrados, daba muestras de cavilar profundamente. Mr. Hamburguer repiqueteaba con las uñas sobre la mesa.

—Bueno, no es más que una opinión, señores —dijo el viejecito—; no hay que ofenderse. ¡Qué lástima que no sean perros los que corren con "González"!

—¿Perros?

—Sí, galgos... Es facilísimo arreglarlos antes de la carrera. Si usted quiere que su perro pierda, le da un kilo de municiones con la comida. ¿Se imagina cómo va a correr con la guata arrastrándole por el suelo?

—En Florida usan otro método. Les agarran las patas...

La conversación versó durante largo rato sobre perros; luego se habló de *jai-alai*, y más tarde, muy tarde, volvió a los caballos. Hidalgo hablaba con una fe absoluta en el triunfo de "González". Me extrañó que no mantuviera silencio, sino que, por el contrario, se esforzara en convencer a esa gente que debían apostarle a nuestro caballo.

—No puede perder —razonaba—; yo he visto a todos los que corren contra él. Miren. Hay que descartar a las vacas primero. Este y éste y éste no tienen chance. —Les ponía una gran cruz negra en la página de periódico que estudiábamos extendida como un mapa sobre toda la mesa—. Nos quedan "Mafosta", "On Trust", "Vino Fino", "Fair Truckle" y "Adrogue". Descartemos a "Fair Truckle". Las yeguas no pueden contra los potros en larga distancia. Tendrá mucha velocidad, concedido, pero para este tipo de carrera se necesita ñeque, y ella no lo tiene. Pa fuera "Fair Truckle". "Vino Fino" es caballo de circo. Yo lo vi correr hasta por mil seiscientos dólares. Sería un milagro. Pa fuera. Quedan "Mafosta", "On Trust" y "Adrogue". Este caballo —decía con un suspiro, casi acostado encima de la mesa—, este caballito es jodido, le tengo miedo...

—¿"Adrogue"?

—Sí, pues, es la incógnita. Corre de atrás. Tiene

harto ñeque, pero no gana, no gana nunca. Llega tercero, segundo, pero no gana. Es inútil. Puede suceder, pero me tinca que no va a ser esta vez. La carrera está entonces entre "On Trust", "Mafosta" y "González".

La concurrencia le contemplaba con tamaños ojos, en profundo silencio, como si estuviera predicando el evangelio. Después de cobrar un ganador, Hidalgo siempre decía, refiriéndose a los perdedores: "No estudian y quieren pasar"... En esos instantes se sentía un teórico de la hípica, un iluminado. Yo le veía crecer, con su cara trágica pegada en un plato y cruzada de tenedores y cuchillos, igual que un escudo de armas. A esa hora las luces de la cafetería adoptaban un extraño resplandor purpurino. La piel se volvía cenicienta, aun en los pechos y los brazos de las sirvientas, y los ojos se enturbiaban con tonalidades malsanas. Frente a la vidriera de los pasteles había una fila de individuos esperando. Algunos eran marineros; las mangas de sus chaquetones azules apenas les cubrían las muñecas, y dejaban colgar las manos, rojas de frío, exánimes, como bolsas; otros eran soldados de rostros campesinos, de sonrosadas mejillas, torpes y tímidos; o estibadores de gesto agrio, la gorra blanca sobre el ojo, la chaqueta de cuero abierta, los pantalones de pana metidos en las botas; algunos eran conductores de tranvía; pero la mayoría eran viejos vagabundos vestidos de negro, chatos y sucios, con las manos negras y peludas, y las orejas moradas. Estos viejos producían al andar extraños ruidos, provenientes, acaso, de los papeles que se ponían debajo de la camisa o dentro de los zapatos. Tenían la mirada abstraída de los hambrientos, pero si uno los observaba con atención, respondían a la mirada de inmediato, listos a cualquier proposición criminal que significara ganancia. Daban asco, sorbiendo a tragos cortos y moqueando adentro de las tazas.

La voz de Hidalgo llegaba vibrando con la campanilla de un tranvía. Debatíame entre el interés de oírle y la tentación de dormir, vencido por el cansancio y la monotonía. Afuera, el viento formaba remolinos de papeles, y desde los zaguanes de los edificios comerciales

nos miraban los vendedores de periódicos, temblando de frío.

—..."On Trust" lleva mucho peso. Con ciento treinta libras no gana nadie; llegará tercero. Acuérdense de lo que digo. Quedan "Mafosta" y "González". Estos dos van a llegar separados por una nariz, y como la nariz de "González" es borbónica, ganamos nosotros.

En oratorias y conciliábulos nocturnos pasó el tiempo, hasta que llegó el día de la gran carrera. ¿Será necesario decir que yo vivía en trance, que hablaba de "González" día y noche, que soñaba con fabulosas victorias; que Mercedes no me soportaba ya cuando, apremiada y nerviosa, venía a verme a mi departamento, y, en vez de caricias y dulces palabras, yo no le ofrecía sino tiempos de millas y genealogías de caballos?

El día de la carrera, Hidalgo vino a buscarme alrededor de las once de la mañana. Me sacó a tirones de la cama, levantó las persianas y dejó que el sol se derramara sobre los montones de ropa en las sillas, sobre los platos sucios y los ceniceros apestosos e inundados de colillas.

—Ya está. Llegó el momento solemne. No te hagas el pesado. Levántate, por la cresta. ¿Sabes lo que vamos a hacer?

Yo lo miraba arrugando los ojos y lo veía más chiquito y más moreno que nunca, con su boca fruncida por la emoción.

—No, no sé. ¿Qué vamos a hacer?

Caminando a tientas, en calzoncillos, fui por el baño y después a la cocina a calentar el café. Hidalgo rebosaba optimismo.

—Nos vamos a ir al Cerrito, al otro lado de la bahía. Allí haremos nuestras apuestas.

—¿Al Cerrito? ¿Y para qué? —le pregunté, mientras buscaba los calcetines debajo de la cama, pues sentía que el frío del linóleo se me pegaba como un sapo a las plantas de los pies—. ¿Por qué no apostamos en el hipódromo?

—No seas bruto. En el hipódromo apuesta toda la gente. Si nosotros apostamos allí también, los dividendos van a bajar. Capaz que "González" resulte favorito.

—No me hagas reir. ¿Y tú crees que lo que nosotros vamos a apostar le bajaría los dividendos a "González"?

—Todo cuenta, y, además, la gente se pone sospechosa si ve aparecer una tendencia en las apuestas muy temprano. Contimás que toda la gallada de los establos ya sabe el dato. Vieras cómo ha cundido la copucha... Hasta los gatos le van a apostar a "González". Pero tú y yo, míster Hamburguer, el Cuate, Julián y el Cowboy le apostaremos en el Cerrito.

He ahí un antro que no formaba parte aún de mi caudal. El Cerrito resulta inolvidable, no por sus virtudes ni por sus bellezas cívicas, que sí las tiene, sino por una rareza de carácter legal que le da al pueblecillo una fisonomía y una reputación en extremo curiosas. Hay en el Cerrito una zona que no pertenece legalmente a ninguna ciudad. Es el lugar de nadie. Por inexplicables circunstancias, quedó esa zona sin ser incorporada ni a Berkeley, ni a Richmond, ni a Albany. Por lo tanto, ningún organismo gubernamental de ninguna clase ejerce allí autoridad. Ni la policía, ni los bomberos, ni el juzgado. Cuando alguien comete un delito y se llama a la policía de alguna de las ciudades vecinas, contestan que lo sienten mucho, pero que esos predios no están en su jurisdicción. Si una casa se está incendiando, entre llamaradas y rogativas, cuando alguna compañía se resigna a ir, de la casa no quedan más que los cimientos. Reina en esta zona, como se comprenderá, la libertad más caótica.

Mr. Hamburguer, que guiaba el automóvil, llevaba a su lado a Julián y al Cuate. En el asiento de atrás íbamos el Cowboy, Hidalgo y yo. Era una mañana esplendorosa, azul y blanca, sin nubes, cruzada apenas por una brisa suave, que parecía peinar el lomo verde del mar y llevar su lustre a los metales rojos del puente y de allí a los edificios grises de la bahía. Nítidamente aparecían las colinas de Berkeley y Oakland, el hongo granate del ciclotrón, la torre del *Tribune,* hasta cuya misma base se extendían las ramificaciones del puente. Mr. Hamburguer pasó largo tiempo recorriendo el Cerrito, como si, inseguro de la dirección, buscara algún

indicio que le sirviera de guía. Pasaba y volvía a pasar frente a una taberna, en cuya puerta colgaba un rótulo con el nombre de "The Wagon Wheel". Algo no recibía su aprobación, algún detalle que yo no captaba.

—Ahora —dijo el Cuate—, ¡ahora!

—No hay moros en la costa. ¡Ahora, iñor, apúrese!

Mr. Hamburguer frenó el auto cerca de la taberna, retrocedió y, con una rápida maniobra, se metió por un garage de apariencia insignificante. Una gruesa puerta de vigas cruzadas se abrió, y un hombre de chaqueta blanca nos dio la pasada después de inspeccionarnos a vuelo de pájaro. De pronto nos encontramos en un gran solar donde había una docena de automóviles estacionados y donde numerosos grupos de gentes conversaban, agitando periódicos y pequeños trozos de papel. Los rostros eran serios, apesadumbrados; las alas de los sombreros obscuros les ocultaban los ojos. Hablaban en voces apagadas y gesticulaban con exageración. Sentados en el suelo, dos ancianos y una mujer gordísima fumaban en silencio, mirándose los zapatos. Al fondo del solar se veía una puerta. El hombre de la chaqueta blanca mantenía allí su guardia. Un cigarro habano, todo mordido y mojado, le colgaba del labio, cubriéndole el pecho de ceniza. Desde ahí nos hizo señas con los ojos. Caminamos abriéndonos paso con dificultad. Llegamos a la puerta, y Mr. Hamburguer se adelantó, saludando amigablemente al de guardia.

—Adelante —dijo éste, observándonos con ojo crítico.

Cuando pasaba Julián, el hombre le detuvo, poniéndole su mano pesada y dura contra el pecho.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó.

Julián se puso pálido y no atinó a responder.

—¿Quién, éste? —interpuso el Cuate, que se había quedado atrás.

—Sí, éste. Bien saben que no deben traer aquí menores de edad. ¿Cuántos años tienes?

—No sea chistoso —dijo el Cuate—. Julián tiene treinta años. ¿Verdad, Julián?

Mr. Hamburguer se acercó y, sin decir nada, le puso un billete en la bolsa al hombre.

—¿Verdad que tienes treinta años?

—Sí, señor, treinta años —repitió Julián, que sólo tenía catorce.

—Ya ve, déjelo pasar. Tiene treinta años y es dentista. ¿Verdad que sos dentista?

—Pasen, pues —dijo el otro, mirando para otro lado.

Entramos a una atmósfera negra de humo y hedionda a patas y a sudor. No distinguí más que sombras. Acaso un centenar, acaso más, en una especie de zaguán de reducidas proporciones. Todo un lado de la pared estaba cubierto de pizarras. Un hombre, subido en un andamio, escribía con tiza los nombres de los caballos, la carrera en que participaban, el hipódromo en que corrían; escribía los resultados que iban llegando por radio, anunciados por una voz de sapo. En el otro lado de la habitación estaban las ventanillas donde se recibían las apuestas. Formamos una fila, con Mr. Hamburguer a la cabeza. Yo me sentía aprisionado en el medio. Por más esfuerzos que hacía, no lograba distinguir rostros. Oía voces, sentía alientos, roces de mujeres y hombres, que se pegaban como animales obstinados y ansiosos; veía a través del humo la figura del hombrecillo en el andamio. Una gran masa humana, pegajosa, ciega, me estrechaba y hundía, robándome el aliento.

—¿...y si la policía llegara? —oí a Julián preguntándole al Cuate.

—¿Qué policía? No hay policías por aquí, y si los hubiera, estarían comprados para no molestar... Mira la pizarra. ¡Qué país éste! Mira, ahí están los resultados de cuanto hipódromo existe en los cuatro puntos cardinales. Si quieres, le puedes apostar a un caballo que corre en el Congo.

—No hay carreras en el Congo... ¿Pero si vinieran, así como en las películas, en camiones y con sirenas y fotógrafos? Porque esto es prohibido. Nos llevarían a todos... A mí no me cogen vivo, Cuate; yo me les escabullo.

Desde adelante de la fila se oía:

—"González", séptima carrera en Tanforan. Cincuenta dólares a ganador.

—"González", séptima carrera en Tanforan, quince dólares a ganador y quince a placé...

—"González", séptima carrera en...

"González", "González", "González". El nombre se iba repitiendo como una consigna. Le llegó el turno al Cowboy.

—"González", séptima carrera en Tanforan, quinientos dólares a ganador.

La voz del Cowboy, llena de esa resonancia del que habla rara vez y que cuando habla no sabe controlar sus tonos, atrajo toda la atención de la muchedumbre. Se produjo un silencio extraño. Podían escucharse el correr de la tiza sobre la pizarra y los resoplidos de sapo en el altoparlante. Se adivinaba que todas esas sombras amorfas, hediondas, envueltas en humo, habían vuelto la cara hacia nuestra fila y aguardaban inquietos, desconcertados.

—¿Cuánto? —preguntó el cajero.

—"González", séptima carrera en Tanforan, quinientos dólares a ganador —repitió el Cowboy, y rubricó la apuesta con un elefantiásico eructo.

Se notó una repentina conmoción, voces sordas, arrastrar de pies en el suelo, sonajera de papeles, gritos, insultos, toses y lamentos. Se vino un tropel a las ventanillas.

—¡Huevón! —gritaba Hidalgo—, ¡quién le manda gritar su apuesta! ¿Que no ves cómo se vienen todos? Todos quieren apostar a "González" ahora.

Mayor revuelo se había armado detrás de las ventanillas. Los gangsters de baja categoría que recibían las apuestas desaparecieron y regresaron acompañados de sus jefes. *Something is cooking,* decían. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿"González"? ¿Quién es "González"? Pero nuestra fila avanzaba y repetía implacable: "González", séptima carrera en Tanforan..." Pronto no se oyó sino una voz en todo el recinto: "González". Corrían las sombras y se metían por los rincones, reuniendo dinero, como ratones que amontonan mendru-

gos. Salían, entraban. Una y otra vez resonaba el mismo sonsonete: "González", séptima carrera... Llegóme el turno.

—"González"... —empecé a decir.

—Ya, ya, ya sé. ¿Cuánto?

—Veinte dólares a ganador y veinte dólares a placé.

Escribió el otro la apuesta en un gran libro de contabilidad, anotó mis iniciales y se quedó masculando. Cuando salíamos y nos disponíamos ya a subir al automóvil, cinco gangsters rodearon a Mr. Hamburguer. Se lo llevaron rápidamente y desaparecieron con él detrás de la cortina de humo del garito.

—No se asusten —dijo el Cowboy—, sólo quieren saber de qué se trata. Estos no se meten en líos, quiero decir, en líos de poca monta.

Al poco rato regresó Mr. Hamburguer. Su cara plácida y regordeta era la expresión misma de la beatitud. Se sentó detrás del volante, arrancó el motor, maniobró con toda pericia y salió lentamente. El de la chaqueta blanca nos miraba con gesto asesino.

—¿Quíhubole? —dijo el Cuate—, ¿que no les gustó "González"?

—Bonita torta les dejamos —respondió Mr. Hamburguer—; no hay nadie allí que no le haya apostado a "González".

—¿Y si no pagan? —preguntó Julián.

—Calma —dijo Mr. Hamburguer—; en primer lugar, ni sabemos si "González" va a ganar. Si pierde, los cartilleros harán una fortuna. Nos habrán descuerado a todos.

—Sí, pero ¿y si gana? ¿Se van a tragar la pérdida? Tendrían que ser muy brutos.

—Esta gente siempre paga. Son más de confiar que el Banco de Londres.

—Usted exagera.

—A ellos no les convienen los líos. La policía los deja operar mientras pagan su coima y no arman peloteras que molesten al vecindario. Ellos no quieren líos con la policía ni con nadie. Por eso siempre pagan. Pero no pierden nunca.

—Y eso cómo...

—Sencillamente llevan el dinero que nosotros apostamos al hipódromo y se lo meten a "González"...

—Entonces no nos sirvió de nada venir a apostar aquí; los dividendos bajarán allá de todas maneras.

—Exactamente —continuó Mr. Hamburguer—; por desgracia, provocamos demasiado escándalo. Ellos se van a llevar el dinero a Tanforan. Si "González" gana, se han cubierto muy bien: pagan con dinero del hipódromo. No hay pérdida. Si "González" pierde, han perdido el dinero nuestro, no el de ellos. Dejan de ganar, pero no pierden. Esta es una medida de emergencia, para casos como el de hoy, que no entienden por qué ni saben a qué atenerse. Lo único que querían saber es si el dueño se corría una fija con "González". Les tuve que decir que los dueños éramos nosotros. Partieron de inmediato a Tanforan a cubrirse. Y eso no es todo; por su cuenta le van a meter otros dólares en el negocio de otra banda de cartilleros. Por si acaso.

Al llegar a Tanforan nos fuimos directamente a las caballerizas. "González" hacía la siesta. Nos sentamos todos alrededor de su pesebrera. El Cuate y Julián en el suelo, Mr. Hamburguer, Hidalgo y yo sobre el fondo de unos baldes, mientras que el Cowboy permanecía en cuclillas. Pronto llegaron otros personajes; venían desde los establos: aprendices, mozos, uno que otro preparador. Se conversaba como en el camarín de un boxeador antes de la pelea por el campeonato.

—¿Cómo está el caballo? —preguntó un desconocido.

—No se ha visto mejor en su vida —respondió Mr. Hamburguer—; listo, como una navaja.

—Entonces, ¿ganará?

—¿Quién sabe? Son muy buenos sus contrincantes, pero nuestro caballo tiene mucho más corazón.

—¿Valdrá la pena echarle un par a ganadores?

—Más le vamos a echar nosotros. Pero usted sabrá. En carreras no hay nada seguro.

—¡Por la cresta! —exclamó Hidalgo—, es ahora o nunca. Si no la hacemos ahora, huachito, sería el colmo de la mala pata. —Me había agarrado el brazo y me lo apretaba con furia.

—No te desahogues conmigo; ya te montarás en "González".

Hidalgo era una mezcla de calma absoluta y de ansiedad febril, preso entre dos condiciones irreconciliables. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo, enterraba los tacones de las botas en el lodo y escupía. Luego se quedaba abstraído mirando un punto lejano y su rostro se iba soltando lentamente, hasta alcanzar una luminosidad candorosa.

—Socio —me dijo—, ¿te acuerdas de una vez que hablamos de una playita en Mejillones o Tocopilla, donde yo quiero hacer mi negocio de pesca, donde me gustaba tirarme de guata y oler la arena y los choros?... En eso estoy pensando ahora. Debe ser primavera. Hace un calor seco y no hay una nube en el cielo. Te metes al agua y la espuma te hace cosquillas en el pecho, en los sobacos, en las verijas. El agua está fría, pero sabrosa; te toca y te unta como con sal y yodo; sientes que te aprietan el cuerpo. No se ve un alma por ninguna parte. A lo sumo un quiltro. Estoy solo, solo y metido en el mar como dedo metido en una botella verde. ¿Te das cuenta? Vacío absoluto, y una calma, una serenidad. El cielo está encimita y el cochayuyo te cuelga del cuello y se te enrosca en los brazos. De repente te baña la cara una ola, y es como si te hubiesen echado un jarro de gloriado con todo el vino tinto y toda la fruta helada. No te puedo explicar en palabras. —Se mordía las uñas, botaba un pucho y guiñaba los ojos, pálido, serio—. Y tú ¿qué pensái?

"¿Ganará "González"?", quise decir; pero vi que Hidalgo hacía lo posible por desentenderse de lo que ocurría esa tarde.

—En estos casos es mejor no pensar. Cuando yo voy a una prueba —le dije—, a una prueba que sé que resultará jodida, de cualquier clase, yo no pienso; entro al peligro de perfil, le pongo el hombro con todos los sentidos alertos, pero sin pensar. No falla. Es entonces cuando veo los ases en el naipe y los ganadores en las carreras. Si reflexionara estaría perdido, se va el toque mágico. Hay que entrarle a la suerte como una daga, de punta y hasta la cacha. Sin pensar.

Hidalgo guardó silencio un rato y luego me preguntó:

—¿Y ahora? ¿Sientes que ganaremos?

La verdad era que en ese sexto sentido de tahúr que Dios me ha dado había una extraña y confusa sensación. Me parecía que iba a cobrar. Sí, de eso no cabía duda. Pero no *sentía* que íbamos a ganar. Algo no encajaba bien, algo muy sutil, indefinible.

—¿Para qué te voy a mentir? —respondí—. Es como siempre. Si siento algo, no sé cómo podría explicártelo; es cuestión...

—¡Puchas, qué par de iluminados! —exclamó Hidalgo.

—De eso se trata aquí, Hidalgo; las carreras son para los iluminados. ¿Quién más podría entenderse con los caballos?

Llegó la hora fatídica. Se marchó Hidalgo porque debía ir a vestirse a la sala de los jinetes. Mr. Hamburguer sacó a "González" de la pesebrera y se lo entregó a Julián para que lo guiara hasta el *paddock*. Me despedí del Cuate y del Cowboy, y me encaminé con Mr. Hamburguer hacia la cancha. Las piernas me temblaban y se me había secado la gargantá hasta el extremo de que no lograba sacar la voz. "González", en cambio, parecía demasiado tranquilo. Mr. Hamburguer, que acaso adivinó mis temores, dijo:

—Los caballos engañan. Sólo los tontos creen que el caballo más saltarín es el ganador de la carrera. Yo he visto caballos dando brincos como si fueran el epítome de la energía, y después de un cuarto de milla necesitaban muletas para caminar. No, eso no tiene nada que ver; cuando sea el momento de correr, ya verás cómo "González" resucita.

"González", con las cuatro patas clavadas en el suelo, parecía a punto de dormirse; levantaba de vez en cuando la cabeza y me miraba de reojo. Casi me guiñaba para darme ánimos. Un músculo de la pierna se contraía y temblaba, por allá lejos, cerca del anca, un gran trozo de piel; era como agua tocada apenas por un aleteo de moscardón. La cola daba un brochazo en el aire. A pocos minutos de entrar a la prueba de

fuego, con el destino suyo y el nuestro en la balanza, bajo la mirada de veinte mil personas que lo consideraban un bruto y como bruto lo tratarían, "González" pareció despertar y desplegó entonces un temple de la más fina ley. ¿Sería posible? ¿Era, en verdad, un campeón, un auténtico campeón? Aquellas miradas le estaban comparando a sus adversarios, y "González", bien bañado, bien peinado, lustroso y brillante el pelaje, la cola blanca como noble melena de poeta, la mirada súbitamente alerta, las orejas alzadas como antenas, se veía tranquilamente orgulloso de su prestancia criolla. Nada tenía que envidiar a los ases rubios y morenos. Poco a poco, esa confianza suya, esa tácita conciencia de su superioridad empezó también a invadirme, y pude contemplar sereno la perspectiva de lo que guardaba el destino para nosotros esa tarde. Llegaron los jinetes.

Johnny Longden, el famoso Longden, entró a pasitos de niño, con su hociquito de perro y la cara arrugada, despreciativo y paternal a la vez, seguro de su maestría y respaldado por una fortuna de millones de dólares. Detrás venía Glisson, la gorra echada para atrás, mascando chicle, sonriendo despreocupado; Westrope, con su boca ancha de payaso y su mirada equívoca; Shoemaker, el Silencioso, los labios ligeramente abiertos bajo la presión de una plancha de dientes descomunal, los ojos orientales minúsculos, todo él hecho de acero; Adams, cuadrado y cabezón como enano de los cuentos de hadas; Willy Fry, el diminuto indio, una miniatura de hombre, con el poto parado y la punta de los pies para adentro; Neves, el portugués, reconcentrado e impenetrable, que murió una vez en una caída y resucitó horas más tarde. Hidalgo no desentonaba con su vestido negro y rojo, cruzada la cara por honda cicatriz, los ojos obscuros y brillantes. Desde que llegó al *paddock* no abrió la boca. Era todo fuerza y resolución, la mirada fija en "González".

El director dio una señal, y, a la voz de *"Riders up"*, montaron los jinetes y salieron en fila hacia la pista.

—Adiós, huachito —le grité a Hidalgo—; ¡buena suerte!

—¡Buena suerte! —le gritó Mr. Hamburguer.

Hidalgo no se volvió ya a mirarnos. En los ojos le vi que había dejado nuestro mundo y entraba de lleno a otro de lucha cruel y violenta.

—¡No te rajes, mano! —le gritó el Cuate desde alguna parte, escondido por la muchedumbre.

Afuera, frente al tablero que anunciaba las apuestas, Mr. Hamburguer me dijo:

—¡Treinta a uno! Es increíble. Pero me lo imaginaba; nadie le ve chance. Le han jugado sólo los ilusos, la colonia y los cartilleros del Cerrito. Sus compatriotas no tienen mucho dinero.

—¡Treinta a uno! Si gana nos hacemos ricos.

"González" desplegaba todas las mañas y poses que lo habían hecho famoso. De súbito resucitaba y decidía aprovechar hasta la última ocasión. Hacía sus pasos de rumba y de mambo, sacudía con aires regios la cola flotante, asentía con la cabeza en dirección a los carreristas que lo observaban junto a las rejas y barandas de la galería, y era obvio que les decía: "Juéguenme, animales; juéguenme, por favorcito, ¿no ven que voy a ganar?" Pero todo era inútil, ¡ya lo conocían! Nadie le prestaba atención. Los apostadores permanecían indiferentes a su mensaje y buscaban otros signos misteriosos, otros galopes más elegantes y seductores, otros jinetes de mayor nombradía que el siniestro petiso chileno. "González" entró a la pista como un batatazo y no había cambiado su condición cuando le metieron al cajón automático de la partida.

Yo apenas podía respirar de la nerviosidad; los anteojos de larga vista temblaban en mis manos, golpeándome la frente y la nariz. No conseguía enfocarlos, cuando a mis espaldas sonó un rugido tremendo: "¡Partieron!" En esos segundos debieron de salirme canas y arrugas en la cara, y si no me salieron fue porque estas cosas sólo suceden en los cuentos. "González" llevaba el número 3. Lo vi salir muy alerto y luego acercarse con gran tino a los palos. Al pasar frente a la galería por primera vez, "González" iba último, a unos doce cuerpos, más o menos, del puntero. Ni el

caballo ni el jinete daban muestras de inquietarse. Con mis binóculos creí captar la decisión sobrehumana que se dibujaba en las facciones de Hidalgo. La gorra roja, metida hasta las orejas, daba la impresión de ser una gran mancha de sangre sobre su rostro pálido. "González" iba perfectamente posesionado de su papel: galopaba con gracia y soltura, y la tierra espesa se deshacía en nubes bajo sus cascos. Le envolvía un halo dorado, hecho de luz y de polvo, que aumentaba el resplandor de su figura blanca. Llevaba la cabeza ladeada bajo la presión de las manos de Hidalgo, que había acortado las riendas con un nudo enorme y le mantenía frenado. En la recta lejana, Hidalgo, para poder sujetar a su caballo, hacía descansar todo el peso de su cuerpo en los estribos, levantando los pies y echándose casi de espaldas sobre la silla. Parecía él mismo un animal porfiado resistiéndose en sus patas traseras.

—Lo lleva agarrado —dije en voz alta, que traicionó mi optimismo.

—Sí, agarrado lo lleva —respondió Mr. Hamburguer—; pero eso no quiere decir nada. Sujetarlo no es el problema. Hacerlo correr cuando la verdadera carrera empiece, eso es otra cosa...

"Fair Truckle", una yegua enorme, rubia y de ancas muy finas, iba corriendo en punta, conducida por las manos sabias de Longden. Llevaba dos cuerpos de ventaja. Caballejos livianos y de tiro corto que eran inscritos en el clásico, como "González", por si acaso, avanzaban y le peleaban la punta unos instantes, pero descorazonados, en seguida, se rendían y no volvían ya a amenazar. "Fair Truckle" se los quitaba de encima con un colazo, como si fueran mosquitos molestos pero inofensivos. Esto no me sorprendía. La yegua era de las más veloces en California. Pero se cansaría al entrar a tierra derecha. No se puede sostener un tren tan rápido si durante la carrera existe la presión constante de varios contendientes igualmente veloces que se turnan en forzar el paso del puntero. Lo que sí me angustiaba era el hecho de que la montase Longden. Jamás he visto un jinete que corriendo en punta pudiera, en

caso de emergencia, echar mano de tantos recursos imprevistos y casi milagrosos. Nunca corría demasiado junto a los palos; al entrar a la recta final, si notaba que alguien trataba de escabullirse por dentro, se cerraba de inmediato y ponía la cola de su caballo en la nariz del insolente; si se le venían por fuera, se abría otro poco. A veces dejaba que lo alcanzaran, y cuando ya estaban encima de la meta conseguía sacar de su caballo un esfuerzo final y todopoderoso y ganaba exactamente por una nariz. Era un mago. Y allí iba, con dos cuerpos de ventaja, mirando para atrás. Le seguían, en una línea casi, "On Trust", el campeón favorito, "Adrogue" y "Mafosta". "Vino Fino" y la recua de derrotados, que ya habían hecho su tentativa, seguían a la cola. Pasaron el poste de la media milla y comenzaron los jinetes a luchar por las posiciones estratégicas para la curva final. Hidalgo no pareció inmutarse; dejó que todos se colocaran, y tan sólo al doblar hacia la tierra derecha soltó a "González" y, con un golpe tremendo de su látigo, que yo creí sentir resonando en el hipódromo por encima del ensordecedor griterío de los miles de fanáticos, le indicó que la carrera comenzaba para él y que sería un duelo de vida o muerte.

Atropelló "González" por entre cuatro o cinco caballos. Y se produjo una extraña situación. Hoy puedo narrar esto con objetividad y dar la impresión de que la carrera duró horas. Pero entonces todo fue cosa de fracción de segundo. La carrera íntegra duró tan sólo un minuto, cuarenta y cuatro segundos y tres quintos. Entrando a tierra derecha, Longden, según su costumbre, se pegó a los palos, para evitar sorpresas. Por afuera se le vinieron los caballos que siempre corren de atrás: "Mafosta" y "Vino Fino". El favorito, "On Trust", con sus ciento treinta libras, que a esas alturas le pesaban como una tonelada, abandonó la lucha. "Adrogue" no tuvo fuerzas para su clásico embalaje final; con un galope parejo y sin gracia, quedó sepultado a la zaga. Y "González" se vio encajonado, detrás de "Fair Truckle", "Mafosta" y "Vino Fino". No junto a ellos, sino detrás. La situación fue dramática, porque

era evidente que "González" poseía el empuje para ganar. ¿Pero cómo vencer esa barrera de caballos? Nadie se apartaba ni un milímetro. Mr. Hamburguer, pálido, rechinándole los dientes, me hundía las uñas en un brazo. Por primera vez tuve yo la revelación de nuestra locura. En fracción ínfima de tiempo jugábamos nuestro destino. Nadie que no haya tenido la fortuna metida en un saco, al alcance de la mano, podrá comprender la emoción que sentí yo en esos instantes: esa revelación puramente intuitiva y totalmente correcta de la naturaleza grotesca y absurda del dinero.

En este caso el desenlace fue casi un milagro. ¿O fue, en realidad, milagro? En el juego de palitroque sucede a veces que echa a correr uno la bola y pasa ella cerca del centro, aparentemente sin tocar ningún palo, y cuando ya parece que el tiro se ha perdido, empiezan a caer los palos, uno por uno, uno aquí, otro más allá, sin entrar en contacto, como si la brisa únicamente los hubiera hecho perder el equilibrio. Se hunde la bola en el hueco y detrás queda la más total destrucción. Naturalmente, en su interior uno sabe que no pudo ser la brisa la que causó tal derrumbe. ¿Pero cómo cerciorarse? Esas cosas suceden en un pestañear, y así ocurrió en la carrera.

Usando el látigo como un poseído, Hidalgo urgía a "González" a meterse entre los delanteros. El caballo parecía oler el peligro y sentir, hondo en el corazón, la desesperación de su jinete. Molido a palos, frenético, envuelto en una nube de polvo, no pudo más y atropelló como una tromba. Yo, sin respirar, le vi lanzarse a la maniobra y cerré los ojos. Los abrí cuando la multitud dio un alarido de horror. "Vino Fino" trastabilló, se le doblaron las patas delanteras y, hundiendo la cabeza con un relincho escalofriante, se fue a enterrar con jinete y todo. Para no aplastarlos, el jinete de "Mafosta" se echó hacia afuera, mientras Longden, tratando de no caer, se pegó a los palos primero, perdió el paso e intentó, luego, salir al medio de la pista a reanudar la carrera. Pero ya era tarde. "González" venía como un ciclón por la recta final en demanda de la meta. ¡Qué ritmo maravilloso el de sus patas! ¡Era

un Pegaso del color de la ceniza, poseído de un ímpetu sobrenatural, arrollando todo lo que hallaba a su paso, iluminado por un resplandor de oro! La muchedumbre contemplaba el fenómeno en angustiado silencio. Cuando "Fair Truckle" empezó a correr de nuevo, intentando recuperar el terreno perdido, se oyó una descomunal alharaca, que pronto se transformó en algo así como un lamento en cuanto "González" cruzó la meta bajo los golpes implacables del látigo de Hidalgo. La carrera había terminado. "González" era el vencedor.

Mr. Hamburguer se volvió hacia mí y me abrazó llorando. En las galerías reinaba una gran confusión. Siempre que se produce un batatazo, la mayor parte del público protesta, rompe los boletos, insulta a los poderes de este mundo y del otro, rechifla a su jinete, culpándole de la derrota; pero al fin se calma, vuelve su atención a la próxima carrera, se hunde en el estudio del *Racing Form* y olvida para siempre lo que ha ocurrido. Esta vez la emoción no amainaba. Se oían gritos de *¡Foul! ¡Foul!* Grupos de carreristas, con la camisa afuera, sin sombrero, los ojos desorbitados, el pelo sobre la frente, iban y venían, dando voces y agitando en el aire periódicos y programas. Pedían acción. Castigo. *¡Foul!,* clamaban, caminando hacia la caseta de los jueces. Allí, detenidos por las rejas y la policía, levantaban los puños en gesto de amenaza y continuaban sus gritos e insultos. Se oían ruidos extraños. Alguien se dedicaba a romper sillas y botellas. Otros hacían montones de papel y les prendían fuego. La policía empezó a movilizarse a la manera de las brigadas de asalto.

Los caballos volvían al *paddock*. El público chillaba. Desmontaban los jinetes. "González", galopando con despreciativa elegancia, venía acercándose al círculo de los vencedores. Una rechifla tremenda le saludó. Pareció que esos endemoniados bajarían de las tribunas e, invadiendo la pista, lincharían a mi caballo y a Hidalgo. De pronto, los chillidos de protesta cambiaron en rugidos de satisfacción.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —le pregunté a Mr. Hamburguer.

El público se ponía ahora a aplaudir.

—Nada, que nos quieren quitar la carrera. Eso es todo. Mire —me dijo, indicando el tablero luminoso.

En grandes letras amarillas leí: *Inquiry,* es decir, reclamo. La voz del anunciador se dejó oir por encima del barullo de la gente:

—Atención..., atención... El reclamo ha sido presentado por los jinetes de "Vino Fino" y "Fair Truckle" contra el jinete de "González". Se ruega al público conservar todos sus boletos. Los jueces se retirarán a ver la película de la carrera. Mientras no anuncien su decisión, el resultado de esta carrera no es oficial.

Reían los energúmenos ahora y se daban afectuosos palmotazos en espera de la buena nueva. ¿Qué duda podían tener del resultado de la investigación? El reclamo había sido presentado por Longden, el jinete de mayor prestigio en California, que montaba al favorito. Se trataba de pesar su palabra contra la de Hidalgo, un extranjero que apenas podía hablar inglés, cuyo rostro decía de un pasado sórdido y tenebroso, que representaba los intereses de un desconocido, tan extranjero como él, acaso de igual o peor catadura, y que se acompañaba de un preparador que en su pocilga del hipódromo más parecía dedicarse a la preparación de vicios que de caballos. ¡Bonito consorcio! ¡Qué posibilidades de ganar el pleito tendríamos!

Al desmontarse Hidalgo, vino a nuestro encuentro con la sorpresa pintada en el rostro. No entendía lo que pasaba. Veía cientos de manos que lo amenazaban y le hacían gestos obscenos, escuchaba gritos y exclamaciones de furia.

—¿Qué pasó? —preguntaba—. ¿Qué les pasa a estos ñatos?

Mr. Hamburguer le puso la mano en el hombro y lo condujo hasta el recinto de los jueces.

—Dicen que cometiste un *foul.* Nos quieren quitar la carrera...

Hidalgo abrió la boca y nos miró, presa de intensa angustia.

—No, compañero, dígales que no fue así; dígales por favor. Si no fue na un *foul*. Dígales al tiro.

—Yo no puedo decir nada —respondió Mr. Hamburguer—; se lo tendrás que decir tú a los jueces.

—Pero es que usted se lo podría decir mejor en inglés. A mí no me van a entender. ¿Qué no se da cuenta? ¡Nos van a quitar la carrera! No los deje, iñor, por la cresta; háblele, explíqueles...

—Tú tienes que ir ante los jueces y prestar tu declaración. Ellos verán la película, y si no hay evidencia de *foul* no nos pueden quitar la carrera. Háblales con franqueza. Nada más. Diles exactamente lo que pasó.

—Pero ¿cómo se les ocurre que iba a botar yo a un jinete adrede? Sería un asesino. No, le juro que no fue así.

La cólera se había transformado en mí en desesperación, porque vi que Hidalgo no podría convencer a nadie. ¿Cómo iba a convencer con su media lengua, su seseo de rotito, su cara de afligido, su vocecita de pulga? Ya no era el pequeño ídolo de hierro prendido con épica fortaleza a la bestia. Había desaparecido la sombra fatídica de su rostro. Las arrugas se confundían con la cicatriz, el sudor le corría por las sienes y la frente, las manos le temblaban. Antes de que se lo llevaran a la sala de los jueces tuve una oportunidad de hablarle a solas. Mientras caminaba, con la montura, a pesarse, le dije:

—Dime la verdad, hermano; no importa que nos quiten la carrera; lo que me importa es saber si "González" de veras la ganó. ¿Es cierto que empujaste a esos caballos?

Hidalgo me miró con ojos en que se mezclaban la cólera, la impotencia y la amargura; temblándole la voz, con un sollozo, me respondió:

—No; te lo juro que ese caballo tropezó antes de que empezara a pasarlo..., te lo juro...

Tal vez era ridículo, pero sentí que Hidalgo me decía la verdad. A cualquier otro jinete le hubieran creído, pero a él no le creerían ni aunque lo jurase con una pata en la tumba. Nos sentamos, Mr. Hamburguer y yo, en los peldaños de una escalera a esperar el des-

enlace. La gente continuaba las discusiones. Los sabios afirmaban con el mayor desparpajo que ellos "habían visto" cómo Hidalgo empujara.

—Le metió un caballazo —decía uno.

—Fue por el anca que lo empujó..., y después empujó a Longden...

—Venía empujando desde la partida... —añadió un borracho.

¡Desde la partida! Cuando "González" venía a doce cuerpos de distancia, a la cola...

—Lo van a poner último, ya verán. Bien se lo merece por sinvergüenza...

Poco a poco se nos fueron juntando los amigos. El Cuate se frotaba las manos y cerraba los ojos; parecía un hilo a punto de cortarse. La cara pálida y barbuda se le descomponía en extrañas muecas de nerviosidad y angustia. Se ponía en cuclillas, se levantaba y echaba a correr. Volvía dándose manotazos en las piernas.

—Todavía no deciden los chingados. Ay mi mama, que no nos quiten la carrera. Yo le metí toda mi lana, maestro...

—Haga una manda, Cuate.

—Si ya la hice. La morenita de Guadalupe no me abandona; le voy a prender candelas hasta por la espalda. Palabra que soy capaz de irme de rodillas desde Tijuana hasta la capital si no nos quitan la carrera.

—Que no lo vaya a castigar la Providencia por hocicón.

—Si no, jefe, lo digo en serio. Ya hice mi promesa. No ésa, pero otra muy en serio.

Todos se afanaban en consolarnos. Claro, alimentando nuestras esperanzas, se daban valor ellos mismos, porque la verdad era que todos habíamos comprometido hasta el último céntimo en la carrera. Sólo el Cowboy no decía nada. Allí estaba, balanceándose en los tacos y la punta de las botas, muy por encima de la muchedumbre, la cara apoplética arrugada en gesto de cansancio, pero los ojillos azules muy alertos, mirando al tablero luminoso. Me le acerqué y, dándole un codazo, le dije:

—Diga, ¿usted cree que nos quitarán la carrera?

Se quedó mirando a la lejanía y no respondió de inmediato. Luego se agachó y, echándome su maldito tufo a oporto en la cara, me contestó:

—Esta carrera no nos la quita nadie. Nadie. Hidalgo no cometió ningún *foul*. Si hubo *foul* fue entre Longden y Westrope, que iban adelante. Pero yo creo que fue un accidente. "González" no se metió en la cosa. Ya verás. Ya verás.

"¿Será posible? ¿No lo dirá de puro borracho?", pensé.

—Pero si fue "González" el que se metió entre ellos...

—Sí, pero después de que "Vino Fino" empezó a dar tropezones. Yo lo vi. A mí no se me escapa ni una. Si a alguien le hicieron *foul*, fue a "González". El no molestó a nadie. Te digo que ya verás.

En el *paddock*, mientras tanto, Julián paseaba a "González", aguardando la decisión. Junto a él esperaba "Fair Truckle". Los otros caballos habían desaparecido, incluso "Vino Fino" y su jinete, que escapó del accidente con simples rasguños. El blanco parecía no prestar atención a lo que sucedía; tuve la impresión de que se sabía ganador y que se entretenía saboreando la victoria y la incertidumbre de la multitud. Miraba yo a "González", cuando, de pronto, sonó la voz del anunciador por los altoparlantes:

—Atención, atención, por favor.

Se produjo un silencio extraño en el hipódromo, una pausa como de una ola detenida en las alturas antes de reventar.

—Después de lento y cuidadoso examen de la película de la carrera —siguió diciendo la voz—, y después de oir la declaración de los jinetes, los jueces declaran que *no* hay lugar al reclamo. Por lo tanto, ni "González" ni su jinete son culpables de *foul*. El resultado de la carrera es oficial...

A mi lado sentí un clamor frenético. El Cuate y los demás saltaban como monos. El público, al ver la grotesca celebración que iniciábamos, optó por participar también, riéndose de nosotros y animándonos con gritos y pullas a que redobláramos nuestras manifesta-

ciones. Mr. Hamburguer me cogió de la mano y corrió, arrastrándome, hasta el círculo de los ganadores.

—¡A la fotografía, a la fotografía! —gritaba—. Vamos a recibir el premio y a salir en la foto...

Se le cayó el sombrero en la carrera y allí lo dejó. Con la chaqueta rota, el cuello de la camisa abierto, la corbata torcida y el pelo revuelto, yo corría detrás de él, dando extraños gritos y vivas, que la muchedumbre recibía con grandes carcajadas. Llegamos al círculo, frente a las tribunas.

—Hermano —me dijo Hidalgo, abrazándome estrechamente—, me tuvieron que creer... Ganamos en buena ley.

Yo correspondí con emoción a su abrazo, y al acercarme le vi unos grandes lagrimones en sus ojos, que aún así, no perdían la dureza aprendida en larga experiencia de abusos, derrotas y decepciones.

Se montó Hidalgo y posamos para los fotógrafos. Una vieja rubia, arropada en lujoso abrigo de pieles, hizo entrega del premio: un cheque por 20.150 dólares; mientras una mujer más joven, pintada la cara de color ocre, los párpados de color verde, la boca de color morado y el pelo de color rubio, le regaló a Hidalgo un ramo de rosas rojas y le estampó un sonoro beso en la mejilla. Hidalgo le puso la otra, con debido respeto cristiano, y la mujer volvió a besarlo. "González" no participaba en las celebraciones. Miraba a unos y a otros, cabeceando, tirando colazos, como impaciente por marcharse a su pesebrera. Pero alguien tuvo la idea de colgarle una guirnalda de flores en el cogote. Y entonces, como si de súbito comprendiera el significado de toda la celebración, y sintiéndose el centro de la atención y los aplausos, el campeón despertó y, sacudiéndose, se puso a corresponder a las gentilezas de quienes lo colmaban de honores.

En verdad, "González" era un ser demasiado teatral para no sacar ventaja de su victoria. Desde luego, empezó a soltar pequeñas y elegantes pataditas. El público rió de buena gana. Esto pareció animarlo más aún, y en un momento, cuando Hidalgo tuvo la desgraciada ocurrencia de agacharse por no sé que moti-

vo, "González" le plantó la más formidable patada en el trasero, tirándolo por el aire fuera del recinto. La gente se retorcía de risa. Huyó la vieja de las pieles y huyó la damisela pintada; huyeron los fotógrafos y los jueces. Mr. Hamburguer, en su calidad de preparador, se acercó al caballo con estudiada calma, con la intención de tomarlo por la brida y tranquilizarlo. "González", sin mayores ceremonias, le agarró el brazo con los dientes y empezó a vapulearlo como si hubiera sido un muñeco de trapo. Lo levantó por los aires y lo aporreó contra la empalizada, contra el suelo de aserrín, lo revolcó y lo sacudió; cuando se lo quitaron, Mr. Hamburguer parecía una víctima que acabara de sobrevivir a un terremoto.

Pero todo el incidente no asumió mayor gravedad. Hidalgo se quedó con dos manchas moradas en las espaldas, y Mr. Hamburguer con un brazo hinchado, los pantalones y la chaqueta rotos. Aun así, llorando de emoción, y acaso de dolor, ambos se abrazaron a mí y juntos nos abrazamos a "González", para beneficio de los fotógrafos y del público, que se desternillaba a carcajadas.

Elogio de los chicos

FENOMENOS extraños ocurrieron entre la medianoche y la madrugada. Como si la mano traviesa de un mago hubiese jugado con los objetos y las personas. Quienes entraron en dos patas a las nueve de la noche, salían en cuatro patas a la medianoche y cantando como aves del pajonal. Mi departamento era pequeño: una sala de recibo, un comedorcillo, la cocina, un dormitorio y el baño. Traspasado de felicidad y optimismo, abrí esa noche las puertas de mi covacha con la misma locura épica del que se abre la pechera para que lo maten. Se me vinieron encima los zánganos y petardistas, los bolseros, los sablistas profesionales, las damas de corazones, los reyes de copas y, entre todos ellos, una manada de difícil identificación, equívoca y experta en el arte de mutar personalidades, insinuarse y escamotear el cuerpo y el alma a los desprevenidos. La verdad es que la victoria se me asentó en el cuerpo como la borra se asienta en un barril de chicha: dejándome los pies pesados y la cabeza ligeramente enferma de tristeza y de temor. Hay quienes nacen para acumular dinero y reproducirlo, para gozar el poder que trae consigo y las cadenas doradas con que los sujeta; éstos se dejan metamorfosear sin resistencia, asumen un nuevo modo de pensar, de hablar, de vestirse, nuevas posturas, nuevas conciencias, nuevos códigos morales, todas cosas que vienen muy bien con las nuevas compañías que los acechan. Una noche se acues-

tan pobres, y se levantan al día siguiente todopoderosos. Allá ellos. Hidalgo y yo no pertenecíamos a esa hermandad. Estábamos hechos de materia humilde y popular. Y, además, éramos vagabundos de corazón. De manera que el dinero, en vez de irsenos a la cabeza, se nos fue a las manos, y tan pronto lo recibimos, nos faltó tiempo para empezar a gastarlo. Ese fue el comienzo de la fiesta.

La iluminación era escasa. Apenas podía distinguirse la concurrencia. Quiero decir la concurrencia estática de la sala, porque había otra de carácter transeúnte y comandada por Mr. Hamburguer, que maniobraba entre la cocina, el comedor y el baño, pasando, naturalmente, sobre los que estaban en el suelo, a través de los pasillos. Sentados en círculo en actitud de aves aztecas, veía yo rostros morenos, ojos alertos, nerviosos o escrutadores. Miguel Angel Velázquez había venido con su esposa, ambos vestidos de negro; ella, con el escote abierto hasta la cintura, prendido allí con una joya de vidrio morado; él, con camisa hawaiana y zapatos de terciopelo. Sentados en el único sofá de la sala podía ver a tres jinetes, compañeros de Hidalgo, que parecían niños de escuela junto a sus enormes mujeres, pintadas a destajo y vestidas de vivos colores. Las mujeres éstas miraban con desdén a los contertulios, se pintaban la boca y encendían cigarrillos, mientras los jinetes guardaban silencio, sin saber qué hacer con las manos, esperando que alguien les pusiera alguna cosa en ellas. El Cowboy había venido acompañado de sus ayudantes de cocina: el señor Anchove, vestido a cuadros, patilludo y relamido, y Charlie, el pastelero, que apenas medía unos cuatro pies de estatura, pero que se vestía con chaqueta verde y pantalón de franela clara, corbata amarilla, un pañuelo de seda en el bolsillo de la chaqueta y tres anillos en cada mano. Tenía una carita graciosa pero desafiante, una mirada azul celeste intenso, que se quedaba prendida de uno cuando uno se distraía, y luego, al ser descubierta, se apagaba, los párpados cerrados como con vergüenza de haber mirado algo prohibido.

—Oiga —me decía Norma, la mujer de Miguel An-

gel Velázquez—, dice la Merceditas que "González" agarró con los dientes la cola del caballo que iba adelante y lo botó. ¡Qué caballo tan inteligente! ¿No te parece, Miguelito? Debieran llevarlo a Hollywood; tal vez lo sacaran en las películas.

—Ya se irá a Hollywood, señora; hay que darle tiempo.

—Si no es a Hollywood —dijo uno de los jinetes—, es a Albany que se van los caballos cuando se acaba la temporada en Tanforan.

—La señora quiere decir a Hollywood, a trabajar en películas.

—¿Quién va a ir a trabajar en películas?

—¿Quién dijo usted que iba a ir a trabajar en películas, señora?

—¿Yo? Yo no he dicho nada de películas. Hace la mar de tiempo que no vamos. Ya no nos gustan las películas, ¿verdad, Miguelito? Sólo vamos al *burlesque*. Eso sí me fascina.

Al oir mencionar la palabra *burlesque*, las damas que llegaron con los jinetes pararon las orejas, en especial una que no pudo resistir la tentación.

—Gracias por lo que a mí me toca, joven. Nosotras somos del *burlesque*.

—Yo no fui el que dijo que iba al *burlesque*. Fue la señora ahí.

—Pero yo sí voy —dijo Velázquez—. ¿Dónde trabajan ustedes, que no las he visto?

—Así con ropas no las reconocería ni su mamá —dijo un jinete—; de nada sirve que le digan.

—No seas grosero, chiquito. Yo trabajo en el "Barbary Coast". Ellas son del "Presidente".

—¿Del "Presidente"? ¡No! ¿Oíste? ¡Son del "Presidente"!

—¿Usted será la que se empelota con música hawaiana?

—Cállese, joven, no sea baboso. ¿No ve que tengo tipo latino? A mí me tocan la bamba para encuerarme.

—La bamba no se la toca nadie más que yo —gritó el jinete, dejando su vaso en el suelo—, así que mucho

cuidado con lo que le dice y con lo que le haga. Sobre todo con lo que le haga.

—No tengo la menor intención, señor —dijo Velázquez—; que para tocar bambas, tengo la exclusividad de esta señora aquí.

Me llamó la atención una de las grandes mujeres: mientras la otra respondía a las preguntas de Velázquez, ella se entretenía, acariciando a su jinete, rizándole el pelo en uno de sus dedos blancos y suaves, soplándole en su oreja menuda como en un caracol, besándole en la nuca, cubriéndole el rostro con sus pechos redondos y firmes. Me impresionaban su devoción y su dedicación. Me gustaba el hálito de infinita ternura con que enlazaba la cintura del jinetillo y lo tocaba en el vientre y en las piernas. Sus cabellos rubios, de un rubio obscuro de bronce antiguo, se cerraban como alas sobre el pecho del hombre. Nada le importaban el ambiente ni los espectadores. Si nos veía, era para mirarnos sonriente e irónicamente superior. Mercedes advirtió mi atención, y, molesta, se levantó de mi lado y fue a conversarles. A interrumpirlos. Era un rasgo de egoísmo y perversidad, una pequeña venganza. Se sentó a los pies de la pareja, y en el acto de sentarse dejó que las faldas se le quedaran enredadas más arriba de las rodillas. El trío se envolvió en una corriente intensamente pecaminosa. La rubia no interrumpió sus caricias, y contestaba a Mercedes con sonrisas displicentes.

Alguien propuso que las del *burlesque* bailaran. Se levantaron dos: la de tipo hispano y la rubia enamorada.

La luz azulosa manchaba las figuras de las mujeres, y les corría a chorros por sus piernas gruesas y sus senos macizos. Mercedes volvió a sentarse a mi lado, jadeante, todavía irritada, buscando otras miradas que pudieran herirme. El ámbito de la sala se volvía minúsculo con esas dos mujeres gigantescas moviéndose ampliamente al desnudarse y echar con desgano las prendas sobre los espectadores, que soltaban salvajes aullidos. El espacio limitado, la cercanía peligrosa, ciertos choques entre las bailarinas que produjeron escan-

dalosas carcajadas, todo pareció incitar a las mujeres a buscar variaciones que provocaran inusitada sensación. La morena se había acercado a una esquina del cuarto, y, sin falda ya, tan sólo con medias negras sujetas por elásticos blancos, con los pechos al aire y la melena sobre el rostro, empujaba con todo el poder de su cuerpo hacia un objeto imaginario en una horrenda simulación. La rubia, por su parte, comenzó un acto inesperado. Observando el derroche de animalidad de su adversaria, ella optó por el refinamiento y por una comedia del pudor, que, en esas circunstancias, sacudió al auditorio como una corriente eléctrica. Alta, maciza y blanca, dejó caer parte de su ropa, y, volviendo su espalda hacia nosotros, se puso a contraer imperceptiblemente ciertos músculos y redondeces, al mismo tiempo que sacudía su pelo en un gesto de mimosa picardía e ingenua perversidad.

A esas alturas yo no miraba al centro del escenario. Mi atención estaba fija sobre un grupo demoníaco: en un rincón, el jinete de la rubia, delgado y morenito, descansaba sobre las piernas de Charlie, el diminuto pastelero, que lo acariciaba como a un bebé, mientras que Mr. Hamburguer, acostado en el suelo, los contemplaba, presa de increíble frenesí. Parecían los enanos dos niños endemoniados. Tenían las manos entrelazadas: las manos morenas, lampiñas y nudosas del jinete, en las manos blancas, peludas y rubias del cocinero, y se las apretaban con ardor. ¿Qué decía Charlie en las orejas del jinete? No podía escuchar ni imaginarme. Sólo veía su cara redonda, sus ojillos azules sonrientes y coquetos, y su boca delgada, moviéndose incansablemente, avanzando y retrocediendo, mientras el jinete sonreía con vaguedad y no despegaba la vista de la rubia, que continuaba sus delicados y lúbricos espasmos, de espaldas casi en el suelo. En un momento inesperado, pareció ella responder a la mirada secreta de su hombre, y volvió la cabeza en su dirección. El jinete saltó de las piernas de Charlie, y en el salto cayó con los dos pies en la cara de Mr. Hamburguer. Pero fue demasiado tarde. Ella lo había visto, y, levantándose con una maldición impía en los labios,

atravesó la sala, moviendo desafiante sus desnudeces, y se lanzó como una leona sobre los dos enanos. Cayó encima de ellos con toda su gigantesca contextura, y los aplastó en el suelo, dándoles golpes, mordiscones, arañándoles e insultándoles. Nadie intervino. Por el contrario, los borrachos se acercaban con sus parejas para ver mejor el bestial despliegue. Mercedes se había pegado a mi brazo, y me clavaba las uñas, empujándome hacia el grupo cada vez que algo o alguien se interponía. Fue en esa batalla que el fonógrafo cayó por la ventana. Y fue entonces también que, en el esfuerzo por separar a los contendientes y deshacer el montón de cuerpos, descubrí al Cuate, acostado de espaldas sobre la mesa del comedor, con las piernas y brazos abiertos en cruz, la cara blanca, desmayada, y otras sombras ocupadas sobre él.

Acabó el desorden con la madrugada. El suelo estaba cubierto de cuerpos. Eran los restos de una masacre. En la cocina, alrededor de la mesa, bebiendo café negro, estaban la rubia y su jinete, mientras que Mercedes y yo les contemplábamos como a través de telarañas. Por la ventana de Taylor entraba un confuso rumor de tranvías y automóviles. A ratos sonaba la sirena del puerto, sorda de niebla, empapada de llovizna. La rubia y yo habíamos descubierto una zona de espirituosa literatura que nos unía fraternalmente, románticamente. Mercedes nos perdonaba. Y el jinete se dejaba acariciar, mientras su hembra hablaba, perdida en divagaciones que iba dejando caer densamente en acentos que a veces eran de mambo y a veces de clásica elegía. ¡Curiosa mujer, artífice y sostenedora de su propia locura! Poseía unas manos de incomparable belleza, que contrastaban absurdamente con la expresión disipada de su rostro, sus ojeras profundas, las arrugas cargadas de polvo y la adiposidad de sus hombros redondos y blancos. Me gustaba mirarla, inclinada sobre su hombre tan chico —ambos de pie, le alcanzaría él hasta poco más arriba del ombligo—, tan rubia, besando la cara morena con metódica ternura.

En el arte del *burlesque* se dan curiosos ejemplares: famoso es el caso de Gipsie Rosalie, cuyas novelas

detectivescas nada tienen que envidiar a las más complejas y mórbidas fantasías de los maestros del género. ¿Y las esculturas en madera de Melita Ku-lohn? Bailarinas son éstas, entre varias otras, que, usando el tinglado teatral como base inicial de operaciones, han sabido explotar después el dinero y la fama para dar realidad a una vocación por mucho tiempo escondida. La rubia, sin compararse a aquéllas ni en genio ni en reputación, poseía, sin embargo, una especialidad que la distinguía en el oficio y gracias a la cual era anunciada en las carteleras de Los Angeles, San Francisco, Oakland y Seattle como una atracción fuera de lo común.

Su originalidad consistía en pronunciar conferencias mientras se desnudaba. Así como sus colegas descartaban sus prendas íntimas al son de una música particular, ya fuera rumba o un vals o un fox-trot, así nuestra amiga seleccionaba un tema especial para desvestirse, tema, por lo general, de acuerdo con la idiosincrasia de su auditorio. En Los Angeles, por ejemplo, daba una conferencia sobre "El sexo en los sacrificios de sangre de los aztecas", y aparecía vestida de princesa india. Para San Francisco, donde el público se compone en su mayoría de marinos y soldados, guardaba su conferencia sobre "La higiene sexual, con demostraciones en el escenario". Al presentarla, el maestro de ceremonias le confería el título de doctora, y aparecía ella enfundada en un delantal blanco, con gruesos anteojos de carey y un irrigador en la mano, acompañada de dos bailarinas vestidas de enfermeras. En el fondo del proscenio colocaban una mesa de operaciones, y, en un lado, un biombo, que permitía al público mirar de perfil a la paciente. En el teatro de Oakland, frecuentado por estudiantes universitarios, jóvenes bulliciosos, bromistas, sarcásticos y ultrasofisticados, debía hacer prodigiosos esfuerzos de imaginación para presentar conferencias en que el humor y el cinismo se mezclaran sutilmente a la sensualidad. Sus temas favoritos allí eran: "Geografía del placer en el cuerpo humano", "Consejos para despertar y conservar el amor de la recién casada", "35 variaciones del

abrazo y el arte de golpear, morder y pellizcar", "Elogio de los grandes" y "Elogio de los chicos". De esta última conferencia me recitó esa noche un trozo que trataré de reproducir, no en sus propias palabras, claro está, pues ellas son inimitables, pero con algo de su espíritu:

—Me gustan los hombres chicos —empezó a decirme, recogiendo aliento para su largo monólogo—, porque todo lo que tienen, que por naturaleza fue corto, lo alargan por voluntad y por hombría. Me gusta si se paran tiesos, porque convierten el mundo en derredor en un mundo de miniatura y nada fuera de su órbita cuenta, a menos que se achique y doblegue hasta el tamaño que su mano fuerte le impone. Si poseen la nariz larga, es señal de que la virilidad también será de largo alcance, y, una vez alzada y despierta, asumirá proporciones descomunales. Me gustan porque su agresividad es de la mejor clase, nacida en ansias de superarse y dominar. Y porque, a pesar de ser duros, sus facciones y figuras son las de un niño. Me gusta echármelos al pecho y mimarlos, para después pasármelos por abajo y sentir que de niños se convierten en padres. ¡Ay papacito! ¡Ay incansable, dichosa tu dueña! —Con los dedos finos y de movimientos acogedores revolvía la cabellera del jinete. Mientras reía a toda boca, sacudiendo los pechos y el vientre—. Me gustan los chicos, porque despiertan mi ternura, y, al mismo tiempo, despiertan en mí el horror de no poder manejarlos en caso de emergencia. Son imprevistos, voluntariosos, impulsivos, celosos, ardientes, dominadores. Hieren con la mirada asesina, y castigan con el puño de hierro. Pero siempre acaban azorados y tímidos, deshechos y renunciados en el amor de una mujer grande. Sólo piden que se les tome y se les posea para descartar su ferocidad. Mi hombre chico me completa y me satisface. ¿Y cómo no iba a ser así? Me pasea en la calle como un capitán navega su barco. Lo bailo como una niña baila a su muñeca. Me habla como si estuviera siempre de hinojos. Y ya se sabe el decir de los hindúes: "No hay nada que una mujer le niegue a un hombre de hinojos". Me abraza como si abrazara al mundo. Se duerme junto a mí como si fuera él quien nació de mis costillas,

y no yo de las de él. ¿Qué más puede pedir una mujer de su hombre? ¿Fidelidad? El hombre chico es fiel a la mujer grande que lo posee y jamás la deja, porque desde el nacimiento trae el miedo a caminar solo y a perderse en los caminos. Dios hizo a los hombres chicos para las mujeres grandes, porque toda la creación es una oposición de contrarios y en la oposición está el secreto de la vida. Acostados, la mujer grande mira más allá del hombre chico, y en el placer goza con la mirada dirigida al cielo. Mientras que el hombre chico goza con la cabeza enterrada en mi corazón o en mi vientre, recordando su origen y forzando por reintegrarse...

La rubia hablaba con sencillez y sin alzar la voz, acariciando a su hombre dormido con extrema dulzura. De los presentes, sólo yo escuché su curioso panegírico. Los demás dormían, exhaustos y vacíos.

Marcha de los estibadores

TOME a Mercedes de la mano y la guié caminando en puntillas y con extremo cuidado, para no pisar a la multitud de dormidos. Afuera, el aire helado del alba nos envolvió como una sábana mojada. Temblé y sentí el cuerpo de Mercedes pegarse al mío. Bajamos por Pacific hacia Broadway. El pavimento relucía como metal antiguo bajo la pátina húmeda de la bruma. No se habían apagado aún las luces de la ciudad y los faroles multiplicaban su negra silueta a lo largo de las aceras, sosteniendo pequeños halos de un resplandor amarillo, denso y cuajado de gotitas de agua. Caminábamos a pasos cortos, con la niebla pegada a la cara. China Town parecía venir saliendo del mar, como un bergantín al amanecer, con sus decoraciones de papel chorreadas de agua y las paredes lamidas por lenguas de alquitrán y de cal. En los subterráneos se sentía un revuelo de gallinas y el calor incierto de gentes que se movían en silencio. Frente a los mercados descargaban enormes cajones de lechugas. Los chinos, arropados en *sweaters* de lana, cubierta la cabeza con gorros obscuros, fumaban sin cesar, calentándose las manos debajo de los brazos. Pasó un automóvil de la policía haciendo sonar su tétrica bocina. Y luego otro y otro. Dejaban un lodazal a su paso.

—Tengo miedo de que haya pelea en los muelles —dijo Mercedes—. Sigue la huelga...

La huelga seguía y la población de San Francisco

no le prestaba atención. Sin huelga de estibadores, San Francisco no es San Francisco. Forma parte de la tradición local..., para quienes no se ven envueltos en ella. Para los trabajadores el color local es el color de la miseria, de la violencia, de los abusos. La lucha es triple: por una parte están los obreros comandados por Harry Bridges; ellos acabaron con la era de los *gangsters* y su sistema de pandillas, en que el trabajador daba parte de su salario a los matones para poder conservar su empleo. Pero entonces surgió un segundo bando: el de la American Federation of Labor, enemigos de Bridges, a quien consideran demasiado izquierdista y revolucionario, y quienes a su cabeza mantienen líderes que de trabajadores no tienen nada y que se meten suculentos sueldos a la bolsa, viajan en aviones particulares, discuten en Washington alrededor de opíparas comidas y se alojan en hoteles de lujo. Frente a estos dos bandos se halla el de las compañías de navegación, consorcios poderosos, mitad norteamericanos y mitad extranjeros, en cuyo seno se mezcla el industrial honesto con el millonario ocioso y el corsario internacional, y que realizan sus operaciones con agencias en Panamá o Grecia, Italia, Formosa o Africa. Estas tres fuerzas sostienen una lucha lenta y honda, lucha a muerte, que el público ignora, hasta que una huelga irrumpe como un tumor en los muelles y el choque violento de los obreros y los rompehuelgas saca a la policía a la calle, con sus brigadas de choque, sus bombas lacrimógenas y sus garrotes. En esta lucha, Marcel ocupaba un puesto de vanguardia y de allí los temores de Mercedes.

—¿Por qué se mete tu padre tan activamente en todo eso? —pregunté, presintiendo la respuesta.

—¿Y tú no te meterías si trabajaras en los muelles? ¿Dejarías tú que un matón venga de la noche a la mañana a prohibirte que trabajes y a darle tu puesto a uno de sus cómplices? ¿Dejarías tú que expulsaran del trabajo a tus compañeros, porque un espía a sueldo les acusa, sin prueba de ninguna clase, de complotar y sabotear? Mi papá es hombre que no se queda a medio camino. Si se mete es para dirigir, siempre sa-

ca la cara por otros, y por eso tengo miedo, porque siempre es a él a quien le pegan primero.

—¿Por qué no trabaja en otra cosa?

—¿Para luego tener que trabajar en otra y en otra y en otra? Una vez que empiezas a agachar la cabeza y a traicionar tu propia independencia, estás en una pendiente que no acaba. Mejor haría quedándose allí, ofreciéndose de una vez como esclavo de los matones.

Esas palabras, aun pronunciadas por Mercedes, me tocaban superficialmente. Podía entonces resbalar bajo su filo, deslizándome como un pescado. Sentía que no podían estar erradas y que si Mercedes creía en ellas, era porque su padre las había probado en su verdad, sacrificándose en los muelles. Pero no tocaban en nada que pudiera comprometerme a mí; flotaban, justas, bien formadas, pero estrictamente neumáticas.

Llegamos a la pensión cerca de las seis de la mañana. Subí con Mercedes, deseoso de quedarme un rato en su cuarto. Ascendiendo las escaleras, sentimos cierta conmoción en el comedor; ruido de voces agitadas, movimientos de muebles, inusitados a esa hora. Al abrir la puerta del corredor, pasó junto a nosotros un grupo de estibadores que no conocía. Iban preocupados, cubierta la cara de sudor, las chaquetas y pantalones manchados de lodo. Pasaron sin saludarnos. En el comedor reinaba un raro desorden. El aspecto era el de una estación de primeros auxilios. Las bancas habían sido alineadas de dos en dos para formar especies de camillas. Sobre las mesas se acumulaban una gran profusión de medicamentos, en especial botellas de alcohol, de yodo y mercurio-cromo, paquetes de algodón y rollos de vendas. Una mujer cortaba a tijeretazos una sábana. Los heridos descansaban con los ojos cerrados o fumaban y bebían traguitos de café y aguardiente. Un hombre tenía las dos manos metidas en un balde de agua. Una herida profunda le partía el tabique de la nariz. Otro, un anciano, se arremangaba la pierna del pantalón y le iban saliendo unas feas heridas, como a cuchilladas o a golpes de chuzo. Más allá vi a otro que se dejaba curar un ojo. La mujer que se lo lavaba y desinfectaba le decía:

—¡Chilla, hombre! ¡Chilla si te duele, que es natural! No te quedes callado.

El otro no le respondía; continuaba en silencio, dándole grandes chupadas a un cigarro puro.

Los grupos de estibadores seguían viniendo; entraban sucios, maltrechos, amoratados; permanecían un rato, mientras les limpiaban y curaban, y volvían luego a salir. Los graves quedaban allí tirados, esperando que los transportaran en automóvil al hospital. Las frases aisladas e inconexas iban formando poco a poco un cuadro de lo que sucedía. Chocaron los dos bandos de huelguistas frente al muelle de la Lurline. La policía estaba tratando de separarlos desde la madrugada. Conseguían obtener una tregua; pero antes que los bandos pudieran parlamentar, se armaba una pelea aquí, otra allá, y volvían todos a la carga, con la policía al medio. Las últimas noticias las traía el hombre-sin-voz, cuyo resoplido articulado y gestos frenéticos ponían me los pelos de punta.

—¿Quién va ganando? —le preguntó uno.

—¿Qué te has creído, que aquello es una partida de fútbol? —Mirando a Mercedes, agregó—: Tu padre está sano y salvo; tendrá unos pocos coscorrones en la cabeza, pero nada grave. Ya vendrá por estos lados, no te alarmes; tiene que venir, porque anda en el muelle desde las cuatro de la mañana.

—¿Sigue la pelea?

—Y seguirá, aunque la policía nos persiga. Dejan que nos peguen, y cuando queremos defendernos, acuden a proteger al enemigo. Creen poder liquidarnos sin levantar un dedo, pero se equivocan, porque tan pronto tengamos en el muelle a toda nuestra gente, acabamos nosotros con ellos.

Cada golpe de puño que daba en la mesa despertaba un lamento entre los heridos, y las mujeres pretendían hacerle callar a gritos. Alguien hablaba desde un rincón con un dejo amargo y cansado.

—Yo digo por qué no dejarlos que descarguen por ahora y pelear luego el asunto en la Corte. Además, las compañías quieren seguir entendiéndose con nosotros.

—¡Bah —resoplaba el sin voz—, dejarlos que descarguen!... Pero ese hombre está loco, está loco de remate. Si cargan ahora, cargarán toda la vida. ¿Que no ves, desgraciado, que las compañías quieren ver precisamente quién es el más fuerte para negociar con él? Cargamos y descargamos nosotros porque ése es el derecho y prerrogativa de nuestro sindicato, y no descargan los marineros porque no les corresponde. No les ha correspondido nunca. Aquí y en cualquier parte del mundo cargan los estibadores, pues para eso somos, y no los marineros ni los cocineros ni los radiotelegrafistas.

Entraban y salían los combatientes. Al llegar miraban un tanto azorados, pero luego ganaban confianza, inducidos por la bondad sencilla de los vascos. Escuchando y observando, me contagió ese espíritu de hermandad. Todo en la sala tendía a unirnos en una tarea común que no era necesario explicar. Mercedes se había puesto a vendar heridas y hacer curaciones. Estaba inclinada sobre el pecho de un hombre macizo, de pelo rojo, que no decía palabra, y, de vez en cuando, escupía contra la pared. Le lavaba ella una herida, y ambos parecían fascinados por el pedazo de piel abierta como una boca y por la sangre que se coagulaba obscura y gruesa en los bordes de la camisa. El hombre abría un par de piernas monumentales y ensayaba pequeñas patadas que quedaban dibujadas en el aire sin encontrar su objeto. Arrugaba los ojos y sudaba copiosamente. De pronto comenzó a bufar, y el aliento iba a dar de lleno en el rostro de Mercedes. La vi palidecer. Le temblaron las manos. El hombre se quejaba, cerró los ojos. Acudieron varias personas. Se desmayaba el herido.

—A éste le corresponde el hospital. Luego.

—No queremos ambulancias —dijo uno de los hombres.

—Tienen que llevárselo. Aquí se puede morir. Esa herida es fea.

—Llama una ambulancia.

—No la llame.

—Digo que llames una ambulancia, animal, ¿o es-

tás loco? ¿Cómo vas a cuidar a éste aquí? ¿Quieres que se nos muera?

—Si quieren llamar una ambulancia, llamen una ambulancia particular. No queremos a la policía aquí.

—¿Quién la paga?

—¡Qué importa! Llámenla, idiotas.

Alguien salió a llamar una ambulancia por teléfono. Yo puse mi brazo en la cintura de Mercedes y la sostuve unos instantes. La dueña le daba tragos de café negro.

—Está muy cansada la pobre —dijo la mujer—. Mira esas ojeras. Mira qué pálida está. Vamos, hija, tú no debes estar aquí; ve a tu cuarto. Llévala, hombre, ¿no ves que se desmaya?; llévala a descansar.

Conduje a Mercedes a su cuarto y la puse delicadamente en su cama. Con el rostro inclinado sobre la almohada, los labios entreabiertos, parecía una niña; su piel me pareció marchita, casi opaca; el cubrecama rojo la empequeñecía, desdibujando sus formas. Puso una mano debajo de la nuca. Me incliné y la besé tiernamente. Quiso abrazarme.

—Ya vengo, espera —dije—; voy a ver a esos de abajo. Ya vuelvo.

Marcel había llegado. No estaba herido Tomaba una taza de café, solo en un rincón, la cabeza enterrada en los hombros, huraño. No le presté atención. Me puse a ayudar acarreando trastos y cambiando el agua de los baldes. Los hombres discutían ahora acaloradamente. Empezaban a oírse opiniones en contra de la huelga. Se iba alargando demasiado.

—Bastaría con dejar unos pocos compañeros frente al muelle para que marcharan, de acuerdo con la ley, impidiendo la entrada de los rompehuelgas. Mañana será otro día. ¿Para qué seguir atormentándose? Dejemos las cosas como están y empecemos una segunda etapa mañana.

—¡Eh, tú! —le gritó Marcel al que hablaba—; tú que sabes tanto, ven acá; sí, hombre, ven acá; no te voy a comer.

Se acercaron los otros.

—Escucha —dijo Marcel—. En esto ya nos meti-

mos de común acuerdo. Por voluntad de todos. ¿Cómo nos vamos a salir? ¿Vas a dejar a tus compañeros solos en el muelle para que les den reata? ¿Vas a decirle al que está en el suelo recibiendo patadas y garrotazos: "Compañero, no les haga caso; venga, vámonos a casita"? ¿Qué me dices, ah? ¿Vas a dejar que los otros descarguen el barco? ¿Y quién te devolverá tu empleo mañana? ¿La policía? No me hagas reir. Si nos retiramos hoy, mañana la compañía habrá firmado otro contrato con los enemigos, y tú y yo nos quedaremos pegando en un tarro. No estás ciego, ¿verdad?, ni estás loco. De miedo no hablemos. Ya no es cuestión de miedo; más de lo que nos han pateado no nos van a patear. Hay que aguantarse hoy, no más que hoy, ¿me oyes?, nada más. Un rato más, cabrones. Es todo. No volverán mañana. El escándalo ha sido muy grande. Chillarán los periódicos y el alcalde tendrá que intervenir. Mañana no hay pelea. Es hoy cuando hay que asustarlos. Para que no vuelvan más.

Marcel parecía no fijarse en mí, o no me daba importancia. Cerca de las ocho volvió a salir, acompañado del hombre-sin-voz. Yo había tomado una decisión: iría a mi departamento a buscar a Hidalgo, al Cowboy, al Cuate y los jinetes, y trataría de convencerlos de que debíamos acudir en ayuda de Marcel y de su gente. Por lo menos para hacer número. ¿Qué me hizo reaccionar de ese modo? No era yo, ni lo he sido nunca, inclinado al heroísmo. No recuerdo que me hayan convencido de las bondades de una causa por medio de hermosas palabras. Las aprecio, por supuesto, las distingo de las que pronuncia el que habla por boca de ganso; hasta podría aplaudirlas. Pero no me mueven. Pero si no me mueven las palabras, hay algo que sí me contagia. Y eso abundaba aquella mañana en la "Pensión Española". Quiero decir el hombre honrado y valiente que en un instante de angustia busca el apoyo fraternal, el sacrificio y la voluntad de pelea que vendrán a salvarlo. En circunstancias así, las palabras están enteramente de más. Los trabajadores están acostumbrados a estos instantes de crisis. Se crea entonces un contagio, un sentimiento que nos empuja

sin razones, pero que sabemos genuino y noble. Acaso complacemos secretamente un ansia de afirmar la dignidad viril. Nos sentimos más libres y más dignos peleando por amor al compañero, sin comprender quizás, y aun hasta sin compartir su causa. Digamos, como diría Hidalgo, que nos metíamos en una pelea en que no teníamos pito que tocar. Yo diría que fue por instinto. Y mis compañeros —porque, aunque parezca mentira, conseguí despertarlos y traerlos al muelle— participaron por amor al arte. Pendencieros y solidarios, celosos amantes de la causa hispana en tierra sajona, marcharon sin protestar mayormente.

Me los traje a la carrera. No lograba levantarse la niebla. La llovizna fría nos empapó rápidamente. La ancha calle de los muelles se extendía húmeda y gris, con su apretado tejido de rieles mohosos, palancas y desvíos, vagones, grúas y cables, todo en incierto ocio, el metal viejo y corroído apilado en enormes bodegas, entre cajones y cordeles. Fisherman Wharf parecía un muelle de juguete. Las ventanas y los avisos de los restaurantes chorreaban un agua sucia que se iba en pequeños canales, arrastrando restos de jaibas, conchas quebradas, papeles, etiquetas de colores. Las calles estaban desiertas. Sobre los mástiles de una flota pescadora se alzaban finas columnas de un humo azul que resbalaba como tinta sobre la bruma lechosa. Desde el Golden Gate salían los automóviles con la niebla pegada, desgarrándose en harapos. Las verdes colinas del presidio chupaban la humedad con ansias, para brillar densamente entre los eucaliptos y pinos gigantes. El barco que causara la contienda se veía extrañamente silencioso y vacío, sus cubiertas relucientes, las escaleras y barandas inmaculadas, cerradas las ventanillas de los camarotes. Atrás, a la distancia, la isla de Alcatraz era un montoncito de luces amarillentas en medio del mar, y el puente de Oakland cogía automóviles y camiones con sus garras de hierro y los soltaba al otro lado de la bahía, para que huyeran en una carrera frenética, como horrorizados del monstruo mecánico.

En la acera del muelle, junto a una cortina metá-

lica a medio cerrar, vimos al grupo de Marcel. No podría decir cuántos eran. Tal vez doscientos, tal vez más. Llevaban carteles con motes alusivos a la huelga y con el nombre y el número de los sindicatos que representaban. Se paseaban en estrecha formación. Nadie podía cruzar esa fila, nadie que no estuviera dispuesto a romperse el alma contra ella. Un grupo de policías los observaba desde prudente distancia. A dos o tres cuadras, en dirección al Ferry Building, se divisaba una multitud amorfa y obscura que cambiaba de sitio en silencio, como obedeciendo a misteriosas consignas, y que de vez en cuando hacía gestos amenazadores. En el grupo de Marcel había hombres de todas las razas. La mayoría llevaba gorras blancas y chaquetas de cuero. Se les notaba cansancio en el rostro, pero empuñaban los estandartes y los garrotes con decisión asesina. Nosotros nos sentamos sobre los rieles del tren y observamos lo que sucedía sin decir palabra. El Cuate recogía piedrecitas y las hacía chapotear sobre los charcos. El Cowboy eructaba con bríos; necesitaba un trago; le temblaban las manos y las piernas.

—¡Eh! —gritó uno de los huelguistas, enseñándonos a nosotros—. ¡Miren los pasajeros de la Lurline! ¿Que no se embarcan para Hawaii, cabrones?

Nosotros guardábamos silencio.

—Si no son pasajeros —dijo otro—; es el capitán Oporto con sus hijitos.

El Cowboy los miraba con ojos entrecerrados y asentía con la cabeza. La muchedumbre enemiga volvía a moverse allá lejos y exageraba las manifestaciones hostiles. En todas las calles verticales había automóviles de la policía, y en una, bombas de incendio. Los policías conversaban indiferentes y reían, a veces, con gran alharaca.

—Oye —me gritó Miguel Angel Velázquez, que formaba con los huelguistas de Marcel y también fingía no conocernos, para aumentar la diversión—, ¿son periodistas los que te acompañan o son enanos de circo?

—¡Son la chingada que te parió! —le respondió el Cuate, y todos soltaron la risa.

A la media hora de estar allí, y cuando ya empe-

zábamos a aburrirnos, oímos un silbido policial y vimos a los guardias tomar posiciones. A lo lejos, por el medio de la calle, se vio avanzar al enemigo en masa compacta, riendo y gritando frases soeces.

—¡Ya vienen otra vez!

Apretaron las filas los hombres de Marcel, sin interrumpir su paso.

—¡Oye, Marcel! —grité yo desde los rieles—. ¡Marcel!

—¿Qué traes, bandido? —respondió—, ¿quién te manda meterte por aquí? Te has equivocado, aquí no se venden cartillas...

—¿Qué te parece que les ayudemos? Mis amigos y yo...

—Esta es cosa de hombres, no de caballos...

—Caballos —aulló el Cuate—, caballos... Tu abuela, chingón.

Los otros seguían avanzando. La policía no daba señales de intervenir. Sentí una vaga desazón. Los que formaban la primera línea eran unos matones de dos metros de altura. Un ciego les habría adivinado el bulto de los laques y garrotes que cargaban debajo de la chaqueta.

—¡Eh, Marcel! —volví a gritar—, ¡vamos a cruzar la calle!

—¡Cruza lo que quieras y cállate, que ya molestas!

Marcel no nos miraba; él y los suyos se apretaban unos con otros, tomándose del brazo hasta formar una sólida cadena humana. Se levantó el Cowboy y le sonaron todos los huesos; de tres zancadas atravesó la calle, y nosotros le seguimos a paso rápido. Nos metimos en la cadena sin mayor ceremonia. Cuando el grupo enemigo llegó a unos cuantos pasos de nosotros, surgió el jefe de la policía y los contuvo.

—¡Aquí no habrá pelea! —gritó—; mientras yo esté aquí no habrá violencia. ¿Entendido?

—Queremos pasar a ocupar nuestros puestos en el barco —dijo uno del otro bando—; es hora de descargar, tenemos derecho a pasar. ¿Acaso no es libre uno de trabajar donde quiera en este país? ¿Quién nos ha de prohibir tomar nuestros cargos?

—También ésos tienen derecho a formar su línea —rugió el policía—. ¿Por qué no ser razonables? ¡Malditos sean! ¿Por qué no se van a sus casas y nos dejan a todos en paz? ¿Qué ganan con estas peleas? Estas cosas se arreglan en las Cortes de Justicia.

Uno del grupo enemigo avanzó audazmente e intentó colarse en nuestra fila.

—¡Provocador! ¡Provocador!

Fue rechazado a puntapiés y empujones. Cayó de rodillas y recibió un garrotazo en la cabeza. Saltaron tres de sus compañeros con la intención de rescatarlo. Otros tantos de los nuestros respondieron al ataque y se trenzaron en peleas individuales. La policía observaba. Nadie más intervenía. Se evitaba cuidadosamente la acción de las masas, que pudiera haberse transformado en cosa fea e incontrolable. Mientras aquellos peleaban, los demás se insultaban y se lanzaban piedras. Algunos reían a carcajadas, animando a sus compañeros. En un momento en que la multitud se acercó demasiado y ya iba a entrar en contacto, el policía tocó su silbato y sus hombres entraron a propinar palos a diestro y siniestro. Tal como lo sugirió el hombre-sin-voz, la policía mostraba una pronunciada predilección por pegarnos a nosotros. Si le pegaban un garrotazo a uno del bando contrario, de inmediato se volvían contra uno de nosotros y le pegaban cuatro. La reacción no pudo dejarse esperar. Pronto todos nosotros nos encontramos defendiéndonos a patadas y trompadas de la policía, mientras los enemigos se dedicaban a presenciar la paliza y acabar de rompernos la crisma si caíamos cerca de donde ellos estaban. Mientras el Cowboy pudo pelear, que fue cosa de dos o tres minutos, le vi descalabrar a un policía y darle tal bofetada en la boca, que fue un milagro cómo no le sacó el puño por la nuca. Realizada su hazaña, le cayeron seis o más encima, y, aunque acudimos en su ayuda y golpeamos bien, en especial los jinetes, que, por chicos, pegaban bajo, el Cowboy sucumbió lentamente, y, una vez en el suelo, perdió el conocimiento, aturdido a garrotazos. Se lo llevaron pronto y acaso la ambulancia le salvó de un desenlace fatal. Marcel, a pesar de sus

años, peleaba bien y con destreza admirable se escabullía de los golpes y de las garras de los policías que intentaban arrastrarlo hasta los camiones. Pero lo perdí de vista, y la próxima vez que lo vi fue en circunstancias que recordaré siempre con profundo horror.

En una de las fugaces treguas, retrocedimos hasta la entrada del muelle con el propósito de recuperar fuerzas y reagrupar a los combatientes. Estábamos cansados y adoloridos. Pero hasta el momento, victoriosos. Nadie había atravesado nuestra línea. Habíamos perdido varios hombres, entre los que fueron a la cárcel y los que fueron al hospital. La moral, sin embargo, continuaba alta y aún teníamos a nuestros líderes. ¿O no los teníamos? Fue entonces cuando notamos la ausencia de Marcel. Regresamos al lugar de la contienda precipitadamente. En un alero, junto a un muelle pequeño donde mantienen los botes de la compañía de bomberos, Marcel libraba una lucha desigual y salvaje contra varios matones. Indudablemente la policía advirtió la encerrona, pero, de acuerdo con su calculada estrategia, rehusó acudir en su ayuda. ¿Qué mejor medio de deshacerse de un agitador? Lo terrible de la situación de Marcel, lo que nos dejó mudos de espanto, fue que peleaba cojeando, de espaldas contra la pared, con el tobillo derecho dislocado y el pie torcido de una manera monstruosa, pues el hueso había roto la piel y tocaba el suelo, mientras que el pie se apoyaba completamente de lado. Marcel no parecía darse cuenta de su herida y se apoyaba en el pie roto con una indiferencia espantosa. La sangre se acumulaba en el pantalón y el zapato e iba formando un charco obscuro en el alquitrán. Cuando acudimos a su lado, siguió lanzando golpes, sin reconocernos, y todavía, llevándolo en brazos hacia la ambulancia, pegaba enloquecido, incapaz de distinguir entre amigos y enemigos, la nariz rota de un puñetazo, las orejas y los ojos hinchados, la camisa cubierta de lodo y sangre.

Subí en la ambulancia con él y le acompañé al servicio de emergencia del hospital público. En el trayecto le inocularon un fuerte sedativo y se durmió apre-

tándome la mano y pronunciando frases inconexas. Atrás quedaron los muelles mojados y sangrientos, el mar grueso y verde como un animal enfermo; atrás quedó la masa de rompehuelgas, acezando, ocultando sus cuchillos y manoplas, protegidos por los hombres-montañas uniformados de azul. Entre la sombra oxidada de los trenes tuve una última visión de mis nuevos compañeros, sudando, los dientes apretados, la mirada desafiante, los puños cerrados, la fila herméticamente unida, impasable.

MARCEL desapareció en una camilla de ruedas blancas, tapado con una frazada que le cubría hasta la barbilla. Una enfermera me condujo a la oficina de la administración, y, ofreciéndome una silla, se puso a escribir las informaciones que le daba yo sobre mi amigo. A los pocos minutos de estar allí, sentí las piernas frías y tuve la sensación de que los pies tocaban la alfombra como quien toca la superficie ondulante de una laguna. Estábamos solos en la habitación. La alfombra y el asbesto del techo ahogaban los sonidos. Me pareció que íbamos en una campana de cristal, ascendiendo en el vacío, y que el balanceo y el soporte de todos los muebles, del suelo, de las paredes y de la enfermera dependían exclusivamente de mí. El tac-tac de la máquina de escribir se confundió con mi pulso, y yo lo aguardaba con ansiedad, como si mi vida dependiera de él. El escritorio perdió su maciza inmovilidad y comenzó a presionarme, acercándose a mis piernas y queriendo apretarme el pecho y el estómago. Las paredes se iban convirtiendo en una gelatina amarilla en que flotaban cartones blancos manchados de tinta china, y donde el retrato de un hombre gordo, calvo, de lentes dorados, se descomponía en planos absurdos.

—¿Qué le pasa? —me preguntó la enfermera, con voz suavísima y una sonrisa en la cara—. ¿No se siente bien?

—No, no es nada —respondí con voz ronca y vacilante que me sonó enteramente extraña—; estoy un poco mareado, creo.

Me pasé la mano por la nuca, donde sentía un dolor vago, y luego puse la mano sobre el escritorio. La enfermera se quedó mirándome un instante, y luego, levantándose, se acercó a mí diciendo:

—Su mano está llena de sangre.

Me tomó la cabeza, y, agachándose, miró de cerca, apartando los pelos con sus dedos ágiles y experimentados.

—Usted tiene una rotura aquí. Una rotura grande —dijo.

Yo sentí el vómito ascender hacia la boca y quise indicarle a ella el peligro, pero la náusea se llevó la voz y con ella descendí vertiginosamente en la zona obscura y fría del desmayo.

Pasé dos días en cama, inmovilizado. Las radiografías que me tomaron mostraban una contusión sin gravedad, pero el médico me mantuvo bajo observación. La herida misma no debía ser tan grande, aunque el esparadrapo que la cubría era enorme. Mercedes venía a visitar a Marcel por la mañana de diez a doce y por la tarde de dos a cuatro. Cuando me dieron de alta, juntos establecimos una rutina: por la mañana ella visitaba sola a Marcel; por la tarde era mi turno, pues Mercedes debía asistir a los ensayos, y en la noche íbamos un rato juntos, después de la cena.

Marcel cambió poco a poco su actitud para conmigo. Era de naturaleza huraña, pero como todo aquel que no derrocha afecto, sino, por el contrario, lo esconde y lo raciona, al entregarse se daba sin reservas y sellaba su amistad con un calor, una generosidad de naturaleza tan exclusiva y apasionada, que causaba miedo. Así fue conmigo. De los insultos pasó a los monosílabos, y de los monosílabos a las bromas cordiales y afectuosas, y luego a los consejos, a las confidencias, a las narraciones interminables de sus aventuras juveniles, de su infancia en la madre patria, de su familia, de sus peripecias en California. Paulatinamente creyó necesario adoctrinarme y no dejó pasar opor-

tunidad de introducirme a la teoría de la organización sindical y, especialmente, a su tradición heroica, a su espíritu de evangélica fraternidad, que invariablemente tocaba en mí zonas de honda emoción. Como no teníamos nada que hacer, hablábamos. Es decir, él hablaba y yo escuchaba. Cuando se agotó su repertorio de anécdotas, empezó a repetirlas con ligeras variantes, pero siempre en un momento preciso de la conversación. Llegué a conocer sus aventuras favoritas como si me hubieran ocurrido a mí, y llegué a saber exactamente qué resorte tocar para sacarlas a luz: bastaba con una palabra, o una idea, o un sentimiento definidos, a cuya mención, como en un movimiento reflejo, brotaba la anécdota. A veces me aburría soberanamente, pero yo nací con la capacidad de aparentar la atención; de modo que él hablaba y hablaba, animado por mis ojos atentos, mi postura reposada, sin imaginarse que, en el fondo, me retorcía por la desesperación de irme, o de ver entrar a Mercedes, o de saltar, gritando, por la ventana. Pasábamos las horas en ese lento y costoso proceso de descubrirnos con el gesto y la palabra, sin sospechar lo que resultaría de allí: si una amistad inquebrantable o una inconsecuente separación.

No se hablaba ahí de caballos. Una vez que quise introducir el tema, Marcel me descorazonó con una o dos frases del más absoluto desprecio y desinterés. Mi único consuelo consistía en repasar en la imaginación los percances de las últimas semanas, repitiendo una y otra vez la ceremonia del triunfo, la entrega del cheque; soñando, a veces, que los veinte mil y pico de dólares nos eran entregados en monedas de plata, que Hidalgo y yo pasábamos días y noches en contar. A causa de mis visitas al hospital no tenía oportunidad de ver a Hidalgo e ignoraba qué planes estaría haciendo para nuestro caballo y qué otros sucesos habían ocurrido en Tanforan después de la gran victoria. En otras circunstancias esta falta de contacto con mi socio me hubiera preocupado. Ahora no me inquietaba. Era curioso cómo ese rincón del hospital, con la presencia de mi novia y la amistad tosca y ruda de su padre, se iba posesionando de mí y atándome con un

sentimiento, mitad nostalgia hogareña, mitad anticipación de una vida doméstica que borraba las ansias y obsesiones de hacía sólo unos días, para apaciguarme en una condición de madurez, acaso improvisada, pero hondamente halagadora. Mercedes advertía el cambio y supongo que lo manejaba. Ya no hacía planes para viajar a Nueva York, pero tampoco pensaba volver a firmar con "El Rancho" cuando terminase su contrato. Se entregaba a una especie de vaga indecisión, donde un proyecto florecía hoy, para desaparecer inconsecuentemente mañana, y donde ella parecía esperar con femenina anticipación que yo fuera quien pusiese orden final. Pero en ese plano yo no ofrecía grandes garantías. Siempre fui un improvisador y, con naturaleza de tahúr, siempre dejé que las cosas me sucedieran, sin tratar de preverlas u orientarlas, confiado en mi buena suerte y mi instinto seguro para hallar lo inesperado. Quizás a Mercedes le disgustaba semejante inconsistencia, pero, por otra parte, no dejaba de atraerla y seducirla. Conmigo su vida era una pequeña aventura, y, ahora que Marcel empezaba a ponerme riendas, tal vez una aventura no enteramente desafortunada.

Una noche vino Hidalgo a mi departamento y se ofreció a acompañarme en mi visita al hospital. Llegamos cuando una delegación del sindicato se disponía a marcharse. Marcel estaba rebosante de satisfacción.

—Muchachos —dijo al vernos entrar—, buenas noticias, muchachos. —No esperó que termináramos de saludar y continuó—: Se ha ganado la huelga... Hemos ganado. ¿Qué te parece? Ya lo decía yo que era cosa de aguantarse unos pocos días más, soportar los palos y probarles que nada ni nadie nos iba a sacar de ese muelle...

—¿Así que ganamos? —dije, sin reparar en que me incluía en el bando victorioso.

—Ganamos —dijo uno de los estibadores—, y si alguna vez necesitas tú o alguno de tus amigos tarjeta del sindicato, vengan a vernos, que para los amigos siempre habrá trabajo.

Ese ofrecimiento, que en otros países quizás no

significara gran cosa, aquí encerraba un gesto de honda fraternidad, porque los sindicatos son acá como claustros y no aceptan el ingreso de nuevos miembros sino después de pacientes y costosos esfuerzos.

Hidalgo y yo respondimos con un fuerte apretón de manos.

—Gracias —dije—. Para gente como nosotros, esa oferta vale mucho, y se aprecia, se aprecia de todo corazón.

—Ya lo saben —insistió el otro—; si los caballos se botan en huelga, vengan a vernos. En los muelles no faltará trabajo.

Más tarde, en el rincón silencioso junto a la cama de Marcel, Hidalgo y yo sostuvimos una conversación que decidió mi vida. Ni Marcel ni Mercedes dijeron nada. Escucharon atentamente y tranquilos, como sabiendo de antemano la respuesta que yo daría a las preguntas de mi compatriota.

—Compañerito —dijo Hidalgo—, si quieres bajamos un rato y hablamos afuera, para no molestar al enfermo.

—Como gustes —interpuso Marcel—; pero si es por mí, no hay que afligirse, que no molestan; por el contrario...

—Hablemos aquí —dije—; estamos en familia, Hidalgo.

—Se trata de qué vamos a hacer ahora que tenemos... —carraspeó y buscó la palabra—, que tenemos... plata, pus. El premio de la carrera está depositado en el banco. Te pusimos tu parte a tu nombre; no tienes más que ir a firmar para que tengas tu propia cuenta. Ya sabes que el preparador se llevó el diez por ciento, más o menos como dos mil dólares. A mí me tocó una mitad, más lo que gané con la monta. A ti te tocaron como nueve mil dólares, más lo que cobraste en el Cerrito... Total, un montón de plata. Ahora hay que decidir lo que vamos a hacer. No falta más que un mes para el gran clásico de Tanforan. ¿Corremos a "González" o no? Esa es la cuestión.

Francamente, yo no había pensado en esto. Daba por descontado que Hidalgo y Mr. Hamburguer conti-

nuaban preparando a "González" y que lo correríamos en el Handicap y cobraríamos otra fortuna en dólares.

De allí en adelante, para mí todo era recoger dinero, recogerlo en sacos. ¿Por qué planteaba la pregunta Hidalgo? ¿Tenía acaso dudas en su mente? En su cara no se leía más que la angustiada y sufrida actitud que era su marca personal. Hablaba siempre con la boca un poco torcida y a media lengua, y cantando las frases con una especie de queja continua. Ahora jugaba con el sombrero sobre las piernas. Sus dedos gruesos y torpes lo hacían bailar, lo planchaban. Tenía los hombros caídos. Nada en su aspecto, ni siquiera la ropa nueva y la corbata de colores chillones, podía indicar al triunfador, al jinete cuyo retrato aparecía ya en las páginas deportivas de todos los periódicos y cuyos servicios empezaban a ser solicitados por los preparadores y dueños de mayor fama en California.

—¿Pero por qué no habíamos de inscribirlo en el clásico? —pregunté sorprendido—. Tiene probabilidades de ganar, ¿no?

Hidalgo se quedó pensando un rato y mirando a lo lejos. Cuando respondió a mi pregunta, fue con aire ausente y no se refirió a ella, sino a otra que le preocupaba intensamente.

—Yo creo que para mí llegó el momento de largarme. Quiero decir, a mi tierra. ¿Para qué quiero más? Tengo esta platita, que en Chile se multiplica por no sé cuánto. Voy a ser millonario. ¿Te dai cuenta, ganchito? —preguntó con una sonrisa indescriptible en el rostro—. Para un roto como yo, que nunca tuvo donde caerse muerto, que pasé más pellejerías que Pancho, de la noche a la mañana esta plata significa el paraíso. Puedo hacer lo que quiera. ¿Se dan cuenta? La pucha, quién me lo iba a decir. —Me miró fijamente a los ojos y añadió—: Para mí, los boletos son pa Chile. Yo me voy al norte y me instalo con una flota pesquera. Si alguna vez necesito plata, si la suerte no me acompaña y me va mal, tal vez vuelva a las pistas. Pero ahora, guachito, los boletos son pa Chile. ¿Qué saco con vivir aquí? Esto no es para mí, pues. No le saco gusto a la vida; podría estar ahogado en plata y toda-

vía estaría solo. Esta gente no es mi gente, ni me entienden ni la entiendo. Para ellos soy mudo, y para mí son muertos. Vivo como perro. Me hace falta la tierra, me hacen falta los amigos y los parientes. ¿Van a creer? Echo de menos hasta los bolseros y los sablistas. Puchas, pensar que podría andar con la vieja guardia del Hipódromo y llenarme de chicha y de empanadas y curarme con la guata al aire en el Parque Cousiño o el San Cristóbal. ¡Si hay tanta cosa que hacer, pues! Allá le suceden cosas a uno y la gente la tenís metida en la sangre. Se sufre más, pero también se goza más. Aquí vivo como ermitaño, yo que nací bueno para la cueca y pal litriado. Si me muriera aquí, me iría al limbo...

Eso me produjo verdadero asombro. En frase tan absurda, Hidalgo sintetizaba la vaciedad total, la esterilidad y mediocridad espantosas de sus días en los Estados Unidos. Eso era y eso probablemente sería yo: seres amorfos, vacíos, fichas de hombre, pequeños carteles encasillados en una rutina inconsciente. Remedos de hombres, mientras más inocuos, más adaptados y aceptados. De ahí la despreocupación por el futuro, la irresponsabilidad hilarante. El futuro aquí no existe: está ya vivido, porque es igual al presente y al pasado. Por eso el tiempo transcurre vertiginosamente, y de la noche a la mañana la gente se descubre vieja y se muere de un ataque, que es ataque de horror y no cardíaco.

Pero en esa época el vacío no me tocaba a mí con esa urgencia de vida y muerte que parecía preocupar a Hidalgo. Sabía, quizás, que me estaban urdiendo una telaraña, hora a hora, atando cabos, cerrando salidas. Sin embargo, flotaba entonces con la seguridad tácita de que, llegado el momento, conseguiría romper las prisiones, por más encantadoras que me las pintaran. No me angustiaba aquello que sabía pasajero y que creía poder superar fácilmente. ¿Y si en esta ingenua creencia pasaban los años, y los hilos, que una vez creí de telaraña, se cruzaban como hierros para sellar la jaula definitiva? Para otro pudiera haber sido esto un serio problema, pero no para mí, en aquellos días.

—...Hay otra cosa —continuó Hidalgo—, otra cosa re importante. Yo creo que tú no te has dado cuenta, pero "González" es un caballo acabado.

—¿Acabado? ¿Después de ganar como ganó el otro día?

—Lo del otro día es difícil de explicar —dijo Hidalgo secamente—; fue suerte y otras cosas que tú algún día vas a entender. "González" se dio todo. Por eso ganó. Y yo me di todo. Yo también. Parece cómico, ¿no es cierto? Así fue. Si seguimos entrenando a "González", nos comerá toda la plata, perderemos todo lo ganado y más, nos llenaremos de deudas, acabaremos debiéndole a todo el mundo, pidiendo limosna. Sufriremos nosotros y sufrirá el caballo. Porque ese caballo es muy hombre, se da cuenta de todo. Ganó por la patria. Entregó el bofe en esa carrera, y si no entregó la herramienta fue porque tiene mucho corazón... Pero todo tiene su límite. Una carrera más como ésa, contra animales de más clase que él, de más fuerza y más jóvenes, y "González" capaz que se nos muera ahí mismo en la cancha.

—Pero no entiendo, Hidalgo; no hace más que una semana, tú hablabas de él como si fuera un campeón invencible.

—Claro que es campeón, un campeón que tuvo su época. Más aún, que tuvo dos épocas. Pero ya no da más. Te lo digo yo que lo conozco, y lo conozco a fondo. De esa carrera salió cambiado. Se me cansa en un cuarto de milla, perdió el coraje. Podría correr, yo no digo que no. Podría ganar también. De milagro, de puro sacrificio y con ayuda...

—¿Entonces qué? ¿Qué vamos a hacer?

—Ya te dije. Yo me voy a Chile. Tú sabrás lo que haces. Si me haces caso, te retiras a tiempo —y miró a Mercedes, como sugiriendo su intervención.

—Bueno —dije yo—, ya sé lo que vas a hacer tú; pero ¿y "González"? ¿Qué haremos con él?

Hidalgo habló con mucha precisión y un criterio de economista que no le había apreciado antes.

—"González" está fregado. Si estuviéramos en Chile, nos compraríamos un fundo y lo echaríamos a la cría.

Es capaz de producir mucho y muy bueno. Pero estamos aquí, y si nos metemos en esa clase de negocios terminaríamos perdiendo todo. Nos falta capital, nos falta conocer el ambiente, y a mí me faltan ganas. Quedan dos soluciones: o lo seguimos corriendo en algunas carreras hasta que alguien lo compre, o lo vendemos de una vez, ahora que su triunfo está fresco y hay compradores. Yo no quisiera seguirlo corriendo; me da lástima. Se irá para abajo igual como subió. Y así como llegó a la cúspide, así llegará hasta el fondo. No quisiera verlo cuando esto suceda. Yo prefiero venderlo... ahora, al tiro.

Me tomó de sorpresa su decisión tan cortante, tan nítida, tan cuerda y tan poco criolla. Hidalgo hablaba fríamente, como hombre de negocios. Yo pensaba como un sentimental: me imaginaba al caballo como a un miembro de la familia, o un amigo que nos sacó de un atolladero gracias a su bravura y su generosidad. Me pareció un pecado abandonarlo, y especialmente abandonarlo en tierra extraña. ¿Acaso no sentía "González" la misma vaciedad mortal de su vida entre gringos? ¿Acaso no añoraba las praderas criollas rodeadas de álamos, las corrientes frías y cristalinas de la cordillera, los caminos de tierra cercados de zarzamoras y las lentas carretas de bueyes? O tal vez añoraba el olor a cebolla del Hipódromo, la bruma clavada en los espinos, la escarcha reluciente y dura como los tejos de la rayuela. Alguna yegua quizás, unos potrillos que correrían a pata pelada por la medialuna de la escuela pública... Era un pecado desentenderse de su destino, olvidarlo cuando nos había dado una fortuna.

—Llévatelo a Chile —dije de pronto—, ¿por qué no te llevas a "González"?

Hidalgo se rió y demoró en responder.

—No seas chistoso. ¿Para qué? ¿Sabes tú cuánto cuesta llevar un caballo?

—No más que una persona.

—¿Cómo voy a meter mi plata en semejante cosa? Tendría que ser muy tonto.

—Yo te doy la mitad del pasaje de "González".

—Ni así. Mira, hombre, no seas ingenuo. Olvídate

de "González". Ya llenó su cometido. Así como yo llené el mío. A ti te queda mucho por delante. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintidós, veinticinco? Tú no has nacido para esta vida. Que lo digan los amigos aquí. Tú tienes que sentar cabeza, hacer algo digno, y no perder tu tiempo de vago y atorrante. Y cuando quieras sentar cabeza te va a hacer falta todo el dinero que ahora tienes y mucho más. En cuanto a "González", no te preocupes. ¿Quién te dijo que lo va a pasar mal? Para mucha gente, "González" es una mina de oro. Quizás no para los muy entendidos, pero en los hipódromos por acá sobran los ricachos que no saben nada de caballos y que se meten por la copucha, para figurar. A ellos no les importa si el caballo gana o no; les basta con ver sus colores en el *paddock* y oir su nombre por los altoparlantes. A "González" lo venderemos bien, y el que lo compre le dará mejor cuidado que nosotros, lo pondrá en una cuadra mejor, comerá mejor, tendrá medicinas y doctores, y el día que ya no pueda mover pata en la pista, lo retiran a una hacienda a la cría, y ahí tendrás a "González" como un pachá con su harén de gringas, en buenos pastos y mejor clima, relamido como un actor de cine, feliz entre palmeras y piscinas, dándole gusto al sable por el resto de la eternidad.

¡Qué hermoso final para "González"! La pura verdad. Eso sí era un destino para él, eso era la realización suprema de un potro. El hombre ambicionará otra cosa, tal vez. Pero un potro se realiza en eso: en sus yeguas, bajo un cielo de seda, sobre pastos suaves y mullidos, a la sombra de árboles de lujo, aislado por cercas blancas, mojado por el agua templada de fuentes color turquesa, temido y respetado por la cuadrilla de millonarios, despidiendo a sus potrillos a la puerta del ferrocarril que los lleva a las pistas famosas de Kentucky. Ese sí era un final digno. "González", condecorado, viejo e ilustre, rodeado de hembras y descendientes, relinchando de vez en cuando una vaga y poética nostalgia por la tierra de los huasos, que ya no sería su mundo.

—Está bien, Hidalgo, está bien. Hagamos lo que tú

dices. Pero primero me gustaría saber quién lo va a comprar.

—Por eso no te aflijas. Ya había hablado de esto con Mr. Hamburguer, y tiene dos compradores, gente de plata, muy fina y muy buena, que tratarán a "González" a cuerpo de rey.

—¿Pero qué harán con él cuando se den cuenta de que ya no corre?

—No te compliques la vida, hombre. En primer lugar, "González", si corre, alguna vez podría dar otro batatazo. Lo correrán durante un año... Después ¿qué otra cosa van a hacer? A la cría, a la engorda, a la gran vida. "González" estará feliz. No te hagas mala sangre.

Y así el destino del blanco quedó oleado y sacramentado. Hidalgo me hizo prometer que no diría palabra a nadie sobre la venta del caballo. Era preciso evitar los comentarios que pudieran espantar a los interesados. La operación sería absolutamente secreta.

A la mañana siguiente, Mercedes y yo fuimos a despedirnos de "González". En el trayecto hablamos de nuestros planes para el futuro.

—Palabra que entraré a la universidad y...

—Y yo voy a seguir el curso de ballet con que he soñado toda mi vida.

—¿En Nueva York?

—No —respondió Mercedes, acariciándome las manos—, en San Francisco.

—¿Y en "El Rancho" ya no bailarás?

—No, mi papá no quiere; tampoco quiero yo. Es una vida infame. Se defiende una, noche a noche, con dientes y uñas. Si no es la dueña que te quiere endosar un viejo perverso, son las compañeras... Te compran, te venden, te traicionan, te persiguen, hasta que caes.

—Ah, si yo entrara a la universidad ahora, en cuatro años sacaría un título. Ya tengo el bachillerato de Chile. Me aceptarían aquí en segundo año... Cuatro años..., a los veinticinco tendría mi título, entonces...

Tomados de la mano, acariciando su mejilla con

mis labios, soñaba por primera vez después de mucho tiempo en un porvenir burgués. Yo soñaba por mi cuenta y ella por la suya. En algo estábamos de acuerdo, sólidamente de acuerdo: cada plan se firmaba con un beso, besos ardientes, peligrosos, cuyas consecuencias parecían no ser cosa de cuatro o cinco años, sino cosa inmediata, muy inmediata.

Tanforan se escondía de la carretera envuelto en humos azules y blancos, humo de hojas secas y de paja, mezclado al de un aserradero o de alguna fábrica vecina. Atravesamos los establos. Hidalgo se ocupaba en bañar y peinar a "González". Armado de un gran cepillo, lo empapaba de agua y lo iba peinando en seguida con movimientos largos y lentos que dejaban curiosos caminos en el pelaje blanco y suave.

—¿Qué hubo, qué se cuenta?

Me acerqué a "González" y le palmoteé el cogote. Levantó la cabeza y un tic nervioso le sacudió el pescuezo. Me gustaba su facha: las patas bien plantadas, la cabeza en alto, la cola llena y ondulada, toda su figura blanca envuelta por el vapor que emanaba de su cuerpo húmedo.

—Hola, gallo "González" —le dije—, ¿qué dice el campeón?

—Cuidado, no te vaya a morder —me advirtió Hidalgo.

Sonreí acordándome de la pantomima en el círculo de los ganadores.

—No, no me muerde. ¿Verdad que no mordís a tus compatriotas? Sólo a los gringos como míster Hamburguer. Las patás son de cariño; te conozco, guacho culebra...

"González" asentía y rascaba el suelo.

—¿Es cierto que baila rumba? —preguntó Mercedes.

—Chi, claro pus, y mambo. Pregunte no más —dijo Hidalgo—, no hay nadie que no lo haya visto bailar.

—Dígale que baile.

"González" volvió la cabeza y le dio una mirada a Mercedes, que significaba: "¡Qué se habrá figurado ésta!"

—No, así no más no baila. Tiene que estar con ganas. Lo viera en el paseo frente a las galerías. Saca unos pasos más amarditaos...

Por la callecita vecina pasaron tres caballos, y "González" se sacudió inquieto.

—Tranquilo, hombre, si no es na con vos la cosa. Vos vai a descansar hoy.

—Se ve muy bien el caballo —dije.

El diagnóstico de Hidalgo parecía carecer de base: "González" se veía fuerte y ansioso, los ojos brillantes, la musculatura sólida, el pecho firme, las patas finas, sin rastros de golpes ni cicatrices de ninguna clase.

—Sí —respondió Hidalgo—, se ve bien, pero no está bien. Para correr en buena compañía no estará nunca más bien. —Hidalgo lo siguió peinando y dándole palmaditas en el anca—. ¿Tú eres aficionado al boxeo? —preguntó.

—Algo.

—¿Nunca has oído hablar de lo que le pasa a un boxeador joven que lo echan contra el campeón demasiado pronto? Podrá aguantar toda la pelea, podrá hacer un papel macanudo, llenarse de fama por valiente y decidido; pero al final de la pelea el campeón le ha destruido algo en su interior, algo imposible de precisar, que ni es el hígado, ni son los riñones, ni es el corazón, ni es el cerebro, sino todo junto, y algo más todavía, algo que estará en el alma. Mientras más dura la pelea, peor le va. Ya no volverá a reponerse. Se le ve en los ojos, en los reflejos, en las piernas. Siempre irá una fracción de segundo más lento de lo que debiera ser, siempre tardará una vuelta más de la cuenta en comenzar a pelear, jamás podrá esperar los nueve segundos en el suelo, porque mientras se decide a levantarse, ya le habrán contado los diez fatales. Lo mismo les pasa a los viejos y a los crudos que le echan al campeón cuando no quieren que se arriesgue y necesita el ejercicio. Y lo mismo les pasa a los caballos. La clase mata todo. No te olvides nunca de esto. La clase mata al tiempo, a la velocidad, al aguante, a la malicia, a todo. Busca un caballo barato que en los en-

trenamientos esté quebrando todos los récords, échalo a correr contra un as que apenas si está preparado. Ya verás lo que pasa. Con sólo tenerlo al lado y sentir el trabajo físico del campeón, la seguridad con que se mueve y el desprecio con que lo va apretando contra los palos, adiós velocidad: el caballuco se entrega. A la llegada, el corazón se le sale por las orejas.

Pasó una yegua baya por el camino, y "González", al verla, dio un relincho escandaloso. La yegua, asustada, corcoveó y se fue moviendo la cola nerviosamente.

—Hijuna..., no se le acabará nunca lo lacho.

Abierto de patas, el cuello tieso, los ojos muy abiertos, "González" quiso irse detrás de la yegua, pero Hidalgo lo sofrenó de un tirón. Quedó inquieto, rascando el suelo, relinchando y moviendo la cabeza. Poco a poco notamos con desazón que comenzaba a desplegar sus atributos de macho, y su postura se hizo ridícula. Hidalgo y yo nos hicimos los desentendidos. Mercedes miró aquello con asombro.

—Bueno, creo que ya iremos andando... —dije—. Y de la compra, ¿hay algo?

—Míster Hamburguer vendrá esta tarde con uno de los interesados, un italiano de Los Angeles, dueño de varios restaurantes. A lo mejor cuaja al tiro. Yo te avisaré si resulta la cosa.

"González" seguía en su postura grotesca. Hubiese querido acercarme a él y despedirme con más afecto, pero en esas circunstancias habría sido absurdo. Un caballo así, tan hombre, se merecía un apretón de manos, hasta un abrazo. Si la venta se verificaba, no volvería a verlo como hermano; yo sería un extraño para él, un carrerista más a quien llenar la cabeza de falsas ilusiones; acaso no le volviera a ver más. Si el nuevo dueño era de Los Angeles, se lo llevaría a correr allá, y allá dispondría de él cuando advirtiera su incapacidad.

—Bueno, guachito —le dije al caballo—, será hasta otra vez.

Lo miré a los ojos, quise hacerle sentir mi agradecimiento y mi cariño, pero no se dignó entenderme. Permaneció allí gozando las cosquillas que el cepillo

le causaba en el vientre, mojado y muy macho. Me acerqué a palmotearle el cuello.

Volvimos a la ciudad. Mercedes se fue al hospital y yo a buscar un departamento, porque ahora sí eran serios mis proyectos de trabajar y seguir una carrera. No una carrera de caballos, sino profesional, digna y burguesa. Marcel tenía para un mes todavía en cama. La quebradura de la pierna fue grave, y el médico no se atrevía a pronosticar una curación perfecta. Podía quedar ligeramente inválido. El sindicato le pasaba una pensión; los gastos del hospital y médico corrían a cuenta de un seguro. Pero aun así, presentí meses de privaciones y apuros para Mercedes y su padre. Sobre todo si ella dejaba su empleo en el cabaret. Poco a poco, subrepticiamente, se fue formando en mí el sentimiento y la conciencia de una responsabilidad que nunca tuve antes y que me halagaba con lo que en ella se encerrraba de superioridad y entereza varonil. Sentí que yo era el destinado a ayudarles, y en esa idea de sacrificio voluntario se me vino, como una oleada de sangre al rostro, el ansia de poseer a Mercedes, de sujetarla en mis brazos, de acariciarla, de hundirla con todo el peso de un amor y una ternura acumulados hasta el desborde.

Esa noche supe por medio de Hidalgo y Mr. Hamburguer que habíamos vendido a "González" por quince mil dólares. Descontadas las comisiones e impuestos, pagadas todas nuestras deudas, nos quedaban alrededor de doce mil para repartirnos entre Hidalgo y yo. La predicción de Hidalgo se había cumplido. Nuestra gallina de los huevos de oro los había puesto, y ¡qué huevos! En tanto Hidalgo preparaba su viaje a Chile, yo arrendé el departamento más moderno y cómodo que encontré en las colinas cercanas a la universidad. No tuve que decir adiós a mis amigos. Porque al Cuate y al Cowboy los seguiré encontrando mientras haya en mí predilección por una copa de vino en la Costa Bárbara o en el muelle de los pescadores, donde se retiran a trabajar entre temporadas hípicas. A los demás los tengo aquí a mi alcance; todos ellos yacen en los nichos de Golden Gate Fields, el hipódromo vacío, que

está a pocas cuadras de mi casa, en el plano, junto al mar. Terminada la temporada en Tanforan, aquí vendrán a correr los caballos y ahí revivirán mis amigos y montarán en su carrusel de luces, serios, concentrados, gloriosamente ilusos y místicamente derrotados.

En cuanto a Mercedes..., bueno, hemos llegado a los acontecimientos de hoy, a esta esplendorosa mañana de sol, tibiamente primaveral. Desde mi ventana diviso la bahía envuelta en una ligera bruma, que a ratos parece espuma de mar, a veces nube de gaviotas. El agua es celeste y verde. Las chimeneas de Richmond sueltan gruesas espirales de humo. El galpón verde y blanco de Golden Gate Fields me contempla con la expresión de un rostro conocido una vez y olvidado. Por la ancha pista abandonada no corren más que la brisa y uno que otro boleto amarillento de temporadas idas. Sobre la mesa, junto a la taza de café, tengo el *Chronicle* desplegado: el titular me dice que "González" ha muerto. Para ellos ha muerto un caballo de obscura historia, que dio un fantástico golpe de suerte un día, y que pudo haber sido una amenaza para los campeones en el clásico de Tanforán. Murió en circunstancias que el periódico describe con disimulo para no ofender a sus lectores. Pero que son circunstancias épicas para mí, que conocí su hombría a toda prueba, su valor sin igual, su sentido romántico y caballeresco de la vida. Porque "González" iba a ser transportado a un nuevo establo y lo sacaron a la calle; se aprestaban a introducirlo en un camión, cuando pasó a su lado un grupo de caballos, y entre ellos, una hermosa y espectacular yegua de tres años. "González" emitió un sonoro relincho y, soltándose del palafrenero, que dejó ir la brida, se abalanzó sobre ella y la montó con ímpetu salvaje, pero con movimientos que su edad y su cansancio hicieron torpes. La yegua se revolvió herida y, parándose en dos patas, se dejó ir de espaldas, arrastrando en su caída a "González", que azotó el cráneo en el pavimento. Quedó mal herido, y el veterinario no tuvo más remedio que matarlo de un balazo. No dice el periódico que en su rostro el

campeón criollo revelaba la emoción del goce divino y que en sus músculos se contraía el impulso de mil batallas espléndidamente ganadas.

No lo dice, pero yo sé que así ocurrió, porque mi caballo era hecho de esa fibra: grande en sus bondades y admirable en su desamparo. Supongo que era un genio. No tuve tiempo de conocerlo a fondo. Pocos son los que, nacidos en arrabal sudamericano, surgen al dominio de la fama y deslumbran a un público internacional. Simuladores maestros abundan y se les tolera con cierta benevolencia. Pero el genuino campeón es inconfundible. Para él no hay términos medios en la admiración de la multitud, nadie enturbia su aureola. Es único... Mi campeón venía de un vallecito sureño de mi Chile natal. Centauro criado entre chacolíes y alcoholes de madera, rápido ante la esencia de la cebolla y el anca rubia de las potrancas. No conocía sino el idioma que habla la uva, el volantín de sus tiempos de potrillo y la chaucha de quienes le iniciaron en las pistas del Hipódromo Chile. Imagínense. Un caballo que sólo conoce cobradores de góndolas y conductores de golondrinas. Nació entre humo de cigarrillos "Joutard" y calor de tuza de choclo. La doctrina cristiana la aprendió con Hidalgo, el Siete Millones, y de Chile le gustaba evocar la albahaca y los claveles del Año Nuevo. Tal vez pensaba con nostalgia en el ranchito pelado y la medialuna del fundo lejano. Pero fue feliz. Salió a navegar porque todo chileno es "pateperro". Incluso los caballos. Y caballo más "pateperro" que mi campeón...

Por eso lo recuerdo con una lágrima en los ojos; por eso su modesta historia irá siempre con algo de sabor doméstico y familiar en mi pecho.

—¿Qué lees? ¿Algo muy importante?

Mercedes ha salido del dormitorio. Tiene el pelo suelto sobre su cuello suave y dorado; la bata, ligera, vaporosa, le deja los hombros y el nacimiento de los senos desnudos; se acerca a mí, y mi brazo le enlaza la cintura, esa cintura ardiente que yo acaricio como un anillo, anillo de oro para mi ternura apasionada e insaciable. Me besa en la frente y me mira extrañada.

Luego dirige sus ojos a la primera plana del periódico. "González" ha muerto. Murió como un caballo. Es lo único que podría decir, ¡y cómo suena!

Por la ventana veo a la viejecilla que riega sus plantas y hace morisquetas bajo la luz del sol. La cortina de lino se infla a veces con una brisa suave y se agita al descender como el pecho cándido de una adolescente. A veces quiere salirse y entregarse, perdida, entre los dedos rojos de una fucsia que la palpa anhelosamente. Siempre retorna a su recato, sin embargo, y, mientras yo la observo con mirada risueña, la cortina se alisa los pliegues y se queda silenciosa contra la pared. Tal vez ella también nos mira y se prenda de Mercedes, que me enlaza el cuello con ambos brazos y me borra la tristeza de "González" con besos dulces, largos y profundos.

F I N